

The background of the cover is a painting of an interior scene. Two figures are wrapped in white shrouds. One figure stands on the left, while the other is seated on the floor in the center. The room has a wooden wall and a doorway on the right. A patterned curtain is visible on the left side.

Amin

Maalouf

Los Jardines de Luz



Biblioteca Maalouf
Alianza Editorial

TÍTULO ORIGINAL: *Les jardins de lumière*

TRADUCTORA: María Concepción García-Lomas

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1994

Primera reimpresión: 1998

Primera edición en «Área de conocimiento: Literatura»: 2001

Primera reimpresión: 2002

Primera edición en «Biblioteca de autor»: 2003

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Ilustración: *Interior de la Gran Mezquita de Damasco*, de Jean Léon

Gérome (1824-1904). Colección particular/Bridgeman

ArtLibrary

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jean-Claude Lattés, 1991

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1994, 1998, 2001, 2002, 2003 Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléfono 91393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 84-206-5690-9

Depósito legal: M. 42.793-2003

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.

Printed in Spain

Digitalización y corrección por Antiguo.

La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular.

Salmos

ÍNDICE

Prólogo	5
1. El palmeral de los Túnicas Blancas	15
2. Del Tigris al Indo	49
3. Cerca de los reyes	87
4. El destierro del sabio.....	120
Epílogo	157

Prólogo

Al contrario que el Nilo, que se puede descender llevado por la corriente o remontar a vela, el Tigris es un río de sentido único. En Mesopotamia, los vientos corren, como las aguas, de la montaña hacia el mar, nunca hacia tierra adentro, hasta tal punto que las barcas, a la ida, deben cargar con asnos y mulas que puedan remolcarlas a la vuelta por los secos caminos, como bamboleantes y azarados cascarones, hasta su lugar de atraque.

En el extremo norte, donde nace, el Tigris indómito corre entre las rocas y sólo algunos barqueros armenios se atreven a navegarlo, con los ojos clavados en las efervescencias de las pérfidas aguas. Extraña arteria en la que los navegantes no se cruzan, no se adelantan, no intercambian saludos ni consignas. De ahí esa impresión embriagadora de navegar solo, sin demonio protector, sin otra escolta que las palmeras de las orillas.

Luego, al llegar a la ciudad de Ctesifonte, metrópoli del país de Babel y residencia de los reyes partos, el Tigris se calma, la gente puede acercarse a él sin respeto, ya no es más que un gigantesco brazo fluido que se puede cruzar de una orilla a otra en unos serones redondos de fondo plano en los que se amontonan hombres y mercancías y que se hunden hasta la borda y a veces giran como trompos sin que por ello naufraguen, vulgares cestos de junco trenzado que despojan al río del Diluvio de su imponente aspecto. Es entonces tan manso que pueden chapotear en él unas siniestras parejas abrazadas: pellejos de animales decapitados, vaciados, recosidos y luego inflados, a los que se aferran cuerpo a cuerpo los nadadores, como para una danza de supervivencia.

La historia de Mani comienza al alba de la era cristiana, menos de dos siglos después de la muerte de Jesús. A las orillas del Tigris han quedado rezagados multitud de dioses. Algunos emergieron del Diluvio y de las primeras escrituras, otros vinieron con los conquistadores o con los mercaderes. En Ctesifonte, pocos fieles reservan sus plegarias para un único ídolo, sino que van de templo en templo dependiendo de las celebraciones. Se acude al sacrificio de Mitra para merecer una parte del festín; luego, a la hora de la siesta, se busca un rincón de sombra en los jardines de Istar y, al final del día, se va a merodear por los alrededores del santuario de Nanai para acechar la llegada de las caravanas; es junto a la Gran Diosa donde los viajeros encuentran refugio para pasar la noche. Los sacerdotes los reciben, les ofrecen agua perfumada y luego les invitan a inclinarse ante la estatua de su bienhechora. Aquellos que vienen de lejos pueden dar a Nanai el nombre de una divinidad familiar; los griegos la llaman a veces Afrodita, los persas Anahíta, los egipcios Isis, los romanos Venus, y los árabes Allat; para todos es madre nutricia y su seno generoso huele a la cálida tierra roja regada por el río eterno.

No lejos de allí, sobre una colina que domina el puente de Seleucia, se yergue el templo de Nabu. Dios del conocimiento, dios de lo escrito, vela por las ciencias ocultas y

visibles. Su emblema es un estilete, sus sacerdotes son médicos y astrólogos y sus fieles depositan a sus pies tablillas, libros o pergaminos que él acepta más gustoso que cualquier otra ofrenda. En los gloriosos días de Babilonia, el nombre de este dios precedía al de los soberanos, que por eso se llamaban Nabonasar, Nabopolasar, Nabucodonosor... Hoy, sólo los letrados frecuentan el templo de Nabu, el pueblo prefiere venerarle a distancia; cuando la gente pasa por delante de su pórtico para acudir ante otras divinidades, apresura el paso lanzando furtivas y temerosas miradas hacia el santuario, ya que Nabu, dios de los escribas, es también el escriba de los dioses, el único encargado de inscribir en el libro de la eternidad los hechos pasados y venideros. Algunos ancianos, al bordear la pared ocre del templo, se tapan el rostro precipitadamente. Quizá Nabu haya olvidado que están aún en este mundo, ¿por qué recordárselo?

Los letrados se ríen de los temores de la multitud. Ellos, que aman la sabiduría más que el poder o la riqueza, más incluso que la felicidad, se jactan de venerar a Nabu más que a cualquier otro dios. El miércoles, día consagrado a su ídolo, se reúnen en el recinto del templo. Copistas, negociantes o funcionarios reales forman pequeños corros animados y locuaces que deambulan, cada uno según sus costumbres. Unos toman la avenida central y rodean el santuario para desembocar en el estanque oval donde nadan los peces sagrados. Otros prefieren la avenida lateral, más umbría, que lleva al cercado donde están encerrados los animales para el sacrificio. De ordinario, gacelas, corderos, pavos reales y cabritos andan sueltos por los jardines; sólo permanecen encerrados algunos toros y dos lobos cautivos; pero la víspera de las ceremonias, los esclavos que dependen del templo reúnen a los animales para dejar libres las avenidas y prevenir la caza furtiva.

Entre los paseantes del miércoles, se reconoce fácilmente a Pattig. Unas piernas enfundadas en un pantalón con forma de tubo, plisado a la moda persa, unos brazos delgados que revolotean bajo una capa de brocado y, coronando esta silueta endeble, envuelta en colores vivos, una cabeza que parece robada a una estatua de gigante: barba oscura abundante, rizada como un racimo de uvas, y cabellera espesa y esponjada, sujeta en la frente por una banda de sarga bordada con la insignia de su casta, la de los guerreros, que es sólo una reliquia, ya que Pattig no ejerce ya ni la guerra ni la caza. En sus ojos se ha apagado toda violencia y sus labios están constantemente agitados por un temblor, como si una pregunta, contenida durante mucho tiempo, se dispusiera a brotar.

Aunque apenas tiene dieciocho años, este hijo de la alta nobleza parta estaría rodeado de una gran consideración si su mirada no trasluciera un candor infantil que le despoja de toda majestad. ¡Cómo no recibir con sonrisas condescendientes a aquel que irrumpe ante un desconocido y se presenta en estos términos: «Soy un buscador de la verdad»!

Precisamente con estas palabras se ha dirigido Pattig, este miércoles, a un personaje totalmente vestido de blanco que se mantiene apartado, inclinado sobre el estanque oval, y que lleva en la mano un largo bastón nudoso, rematado por una empuñadura colocada de través que golpetea con un movimiento protector.

—Buscador de la verdad —repite el hombre sin burla aparente—. ¡Cómo no serlo en este siglo en el que tanta devoción se codea con tanta incredulidad!

El joven parto se siente en terreno amigo.

—Mi nombre es Pattig. Soy originario de Ecbatana.

—Y yo soy Sittai, de Palmira.

—Tus ropas no son las de la gente de tu ciudad.

—Tus palabras no son las de la gente de tu casta.

El hombre ha acompañado su réplica con un gesto de irritación. Pattig, que no ha notado nada, prosigue:

—¡Palmira! ¿Es verdad que han erigido allí un santuario sin estatua, consagrado «al dios desconocido»?

El otro deja transcurrir un largo rato antes de responder con evidente desgana:

—Eso dicen.

—¡Así que jamás has visitado ese lugar! Sin duda hace mucho tiempo que abandonaste tu ciudad.

Pero el palmireno se contenta con un carraspeo. Sus rasgos se han endurecido y mira a lo lejos como para divisar a un amigo que se hubiera retrasado. Pattig no insiste. Susurra una palabra de despedida y se une al corro más próximo sin dejar de vigilar al hombre con el rabillo del ojo.

Aquel que se ha identificado como Sittai permanece en el mismo lugar, solo, jugueteando con su bastón. Cuando le ofrecen una copa de vino, la toma, aspira su perfume y hace ademán de llevársela a los labios, pero Pattig observa que en cuanto el sirviente se aleja, derrama la bebida al pie de un árbol hasta la última gota; cuando le presentan una brocheta de langostas asadas, la actitud es la misma: comienza por rechazarla y, puesto que insisten, toma una y pronto la deja caer por detrás de él, hundiéndola luego en el suelo de un taconazo antes de inclinarse sobre el estanque para enjuagarse los dedos.

Absorto en ese espectáculo, Pattig no escucha a sus interlocutores que, irritados, se apartan de él. Sólo le distrae la voz de un joven sacerdote clamando que la ceremonia va a comenzar e invitando a los fieles a apresurarse hacia la gran escalinata que lleva al santuario. Algunos tienen aún en la mano una copa o un vaso y conversan mientras caminan, pero sus pasos pronto se aceleran, ya que nadie quiere perderse los primeros momentos de la celebración.

Sobre todo, hoy. En efecto, se ha corrido el rumor de que, la víspera, Nabu se había agitado en su pedestal, señal manifiesta de su deseo de moverse. Hasta parece que se vieron gotas de sudor que le corrían por las sienes, la frente y la barba, y que el Gran Sacerdote le había prometido de rodillas organizar una procesión ese miércoles a la puesta del sol. Según una antigua tradición, Nabu conduce él mismo sus cortejos; los sacerdotes se contentan con llevarlo, con los brazos estirados, muy alto por encima de sus cabezas, y el dios, con imperceptibles empujones, les indica la dirección que deben tomar. Algunas veces, les hace ejecutar una danza, otras, un largo trayecto rectilíneo que les lleva a un lugar donde exige que se le deposite. Sus menores movimientos son otros tantos oráculos que los adivinos tonsurados se comprometen a interpretar; porque el ídolo habla de cosechas, de guerras y de epidemias, dirigiendo a veces a este o a aquel personaje unas señales de alegría o de muerte.

Mientras los fieles penetran por grupos en el santuario y el canto de los oficiantes va ganando en amplitud, Sittai, que se ha quedado solo afuera, pasea de un lado a otro por el atrio que lleva desde la gran escalinata a la puerta oriental.

El sol no es ya más que una cresta de ladrillo ardiente, lejos, más allá del Tigris; los portadores de antorchas forman un semicírculo en torno al altar, los sacerdotes inciencian la estatua de Nabu, los chantres recitan un encantamiento, acompañándose de un monótono timbal:

¡Nabu, hijo de Marduk, esperamos tus palabras!
¡De todas las regiones, hemos venido a contemplarte!
¡Cuando preguntamos, eres tú quien responde!
¡Cuando buscamos refugio, eres tú quien protege!
¡Tú eres el que sabe, tú eres el que dice!
¿Quién más que tú merece que le sigan?
¿Quién más que tú merece nuestras ofrendas?
Nabu, hijo de Marduk, planeta resplandeciente,
Grande es tu lugar entre los dioses.

Nabu sonrío a la luz temblorosa de las antorchas, sus ojos parecen clavados en la afluencia de fieles, sobre los que reina de pie, con su larga barba que le llega hasta la mitad del pecho, enfundado en una ceñida coraza y en su túnica de madera veteada que se ensancha formando un pedestal. Se acercan seis sacerdotes, desplazan la estatua y la instalan sobre unas andas de madera que izan hasta sus hombros y luego más alto, por encima de sus cabezas. Mientras se forma la procesión, el dios se eleva a cada paso hasta flotar en el aire. Sus portadores le encuentran muy ligero; con las manos extendidas, apenas le rozan y el dios parece flotar por encima de la multitud que se apretuja con gritos de éxtasis. Los portadores giran sobre sí mismos, luego dibujan un círculo más amplio antes de dirigirse hacia la salida. Los fieles se apartan.

Ahora la procesión está fuera, en el pequeño atrio. El dios efectúa una corta danza alrededor del pozo de las aguas lustrales y avanza hacia la escalinata. En ese momento, un sacerdote tropieza y se esfuerza por recobrar el equilibrio, pero ya el siguiente se tambalea a su vez y se desploma. La estatua, sin sujeción, parece saltar hacia la monumental escalera por la que rueda dando brincos, seguida por las miradas de la multitud petrificada.

Por muy guerrero, por muy parto que sea, Pattig no puede contener las lágrimas. No es el funesto presagio lo que le abrumba. Para él se trata de otra cosa: es su fervor el que ha sido insultado. Ha querido creer en Nabu; semana tras semana, experimentaba la necesidad de contemplarle, macizo en su trono, infalible, sin edad, sonriendo a la decadencia de los imperios, haciendo caso omiso de las calamidades. ¡Y, bruscamente, esta caída!

Sin embargo, se le ocurre una idea que le impide abandonarse a las lamentaciones. Arrodillándose en el lugar del drama, no tarda en descubrir, clavado entre dos losas de mármol, un trozo de bastón. Lo extrae, lo examina y no le cabe la menor duda de que la punta superior ha sido aserrada. «¡Maldito palmireno!», murmura Pattig que recuerda a Sittai paseándose por el atrio, deteniéndose y clavando su bastón en el suelo antes de retorcerlo y arrancarlo como se haría con una mala hierba. Pattig se levanta y busca inútilmente con los ojos, a su alrededor, al hombre del traje blanco. «¡Maldito palmireno!», refunfuña una vez más, tentado de gritar «al asesino», «al deicida», de lanzar a la exaltada muchedumbre en persecución del sacrilego.

Pero los sacerdotes suben ya, llevando con inútiles precauciones las piezas rotas de la estatua, un trozo de brazo pegado aún al hombro, un mechón de barba colgado de un lóbulo de la oreja... La cólera de Pattig se transforma en tristeza resignada. Casi le reprocha a Nabu ofrecer semejante espectáculo. Se aleja, dispuesto a vagar hasta el alba por los senderos del templo. Por instinto, sus pasos toman de nuevo el camino del estanque oval y, con los ojos aún llenos de lágrimas, mira hacia el lugar donde se encontraba aquel hombre maldito.

Allí está Sittai. En la misma losa. En la misma postura. Tan blanco como siempre, desde el gorro hasta las sandalias, golpeando con la mano la empuñadura de un bastón singularmente corto. Pattig se planta ante él, le coge por la túnica y le zarandea:

—¡Ay de ti, palmireno! ¿Por qué has hecho eso?

El hombre no deja traslucir ni sorpresa ni inquietud y tampoco intenta soltarse. Su elocución es tranquila y firme.

—Si es verdad que Nabu ha guiado los pasos de sus sacerdotes, es él quien les ha hecho tropezar. ¿O bien ignoraba, a pesar de su omnisciencia, que yo había roto mi bastón en aquel lugar?

—¿Por qué le guardas rencor al dios Nabu? ¿Te ha castigado de alguna manera? ¿Se ha negado a salvar a un hijo enfermo?

—¿Guardar rencor a esa viga esculpida? No puede ni afligir ni curar. ¿Qué podría hacer Nabu por ti o por mí si no puede hacer nada por él mismo?

—¡Y ahora blasfemas! ¿No respetas la divinidad?

—El dios que yo adoro no se cae, no se rompe, no teme ni mi bastón ni mis sarcasmos. Sólo él merece un fervor como el tuyo.

—¿Cuál es su nombre?

—Es él quien da los nombres a los seres y a las cosas.

—¿Y por él has roto la estatua?

—No, la he roto por ti, hombre de Ecbatana. Tú que buscas la verdad, ¿la esperas aún de la boca de Nabu?

Pattig abandona la lucha y con aire ausente va a sentarse, ya vencido, en el borde del estanque. Sittai avanza hacia él y le pone la mano abierta sobre la cabeza. Un gesto de posesión al que acompañan estas palabras:

—La verdad es una amante exigente, Pattig, no tolera ninguna infidelidad; a ella le debes toda tu devoción, todos los momentos de tu vida son suyos. ¿Es realmente la verdad lo que buscas?

—¡Nada más que eso!

—¿La deseas hasta el punto de abandonar todo por ella?

—Todo.

—Y si fuera a ti a quien se le pidiera mañana romper un ídolo, ¿lo harías?

Pattig se sobresalta y se echa atrás.

—¿Por qué tendría que ofender a Nabu? En este templo me han recibido como a un hermano, he compartido su vino y su carne y, a veces, alrededor de este estanque, las mujeres me han abierto los brazos.

—A partir de este día, no beberás vino, no volverás a comer carne y no te acercarás a ninguna mujer.

—¿A ninguna mujer? ¡He dejado una esposa en mi pueblo deardino!

Es una súplica, Pattig está desconcertado, pero Sittai no le deja un instante de respiro:

—Tendrás que abandonarla.

—Va a dar a luz dentro de unas semanas. ¡Estoy impaciente por ver a mi primer hijo! ¿Qué padre sería si los abandonara?

—Pattig, si realmente es la verdad lo que buscas, no la encontrarás en el abrazo de una mujer ni en los vagidos de un recién nacido. Ya te lo he dicho, la verdad es exigente; ¿la deseas aún o has renunciado ya a ella?

* * *

Cuando, corriendo a su encuentro hasta el camino alto se lanza a su cuello, jadeante, y él la rechaza fríamente con las dos manos, Mariam se dice que su marido, por pudor, no quiere que el extranjero que le acompaña sea testigo de sus efusiones.

Con todo, se siente un poco herida, pero se guarda de demostrarlo y ordena que lleven a los dos hombres unos lebrillos de agua y toallas para que puedan lavarse el polvo de los caminos. Ella se escabulle tras una colgadura. Cuando reaparece, una hora más tarde, es un verdadero festín lo que lleva a la terraza. Mientras ella avanza con las primicias, dos copas del mejor vino de la tierra deardino, un sirviente la sigue cargado con una gran bandeja de cobre donde se superponen platos y escudillas. Totalmente concentrado en escuchar al hombre de blanco que le habla a media voz, Pattig no les ha oído acercarse.

Mariam hace señas al sirviente de que no haga ningún ruido al colocar los manjares sobre la mesa baja. Si dos platos se entrechocan, esboza una mueca, pero inmediatamente se tranquiliza con el espectáculo de esas golosinas a las que Pattig es tan aficionado: yemas de huevo duro rematadas con una gota de miel, lonchas finas de faisán con puré de

dátiles... Los días en que su hombre va a Ctesifonte, Mariam ocupa así su tiempo, ingeniándose en prepararle los más sabrosos manjares; de esa manera, él tendrá siempre prisa por volver, y si está con amigos, antes que ir a una taberna descuidando sus obligaciones, los traerá orgullosamente a su casa, seguro de que allí estarán mejor atendidos que los comensales de un rey.

Después de una última ojeada para verificar que todo está en su sitio, Mariam va a sentarse en un cojín al otro extremo de la habitación. A veces, cuando su marido está solo, cena con él; nunca cuando tiene invitados, pero apenas se aleja, preocupada en comprobar a cada instante que a los comensales no les falte de nada.

Transcurren unos largos minutos. Absortos en su charla, Pattig y Sittai no han tendido aún la mano hacia la mesa. ¿Se han dado cuenta siquiera del festín que se les ofrece? ¿Han olido el aroma que invade la terraza? Mariam se apena en silencio. Aunque se hubieran parado en el camino para comer, deberían al menos, por pura cortesía, tomar una albóndiga, una aceituna, un sorbito de esas copas que ha colocado justo delante de ellos.

Pero ahora el invitado saca de debajo de su túnica una especie de chal que extiende sobre sus rodillas, extrae de él un pan negruzco, lo parte y se lleva un trozo a la boca. Mariam contiene la respiración. ¡Así que ese individuo desdeña todo lo que ella ha preparado para mordisquear un vulgar pedazo de pan! Y eso no es todo. Ahora desenrolla más el chal, saca de él dos pequeños pepinos arrugados y los moja en una garrafa de agua antes de darle uno a su anfitrión. Pattig, visiblemente azarado, se queda con la hortaliza en la mano, pero el palmireno mastica la suya ostensiblemente.

No pudiendo aguantar más, Mariam se acerca al extraño personaje.

—¿Hay algo en esta comida que incomode a nuestro invitado?

El hombre no dice nada y aparta la mirada. Pattig interviene:

—Nuestro huésped no puede comer estos alimentos.

Mariam contempla la mesa con desolación.

—¿De qué alimentos hablas? Hay aquí tantas cosas diferentes. Platos cocinados con aceite, otros con grasa, otros asados o cocidos, carnes, verduras crudas e incluso pepinos. ¿Nuestro invitado no puede tocar nada de todo esto?

—No insistas, Mariam, vete, estás importunando a nuestro huésped.

—¿Y tú, Pattig, no tienes hambre después de haber caminado?

Con un movimiento de la mano, su marido repite el mismo gesto de alejamiento que hizo al llegar y añade:

—Llévate todo esto, Mariam, ni él ni yo tenemos hambre, no deseamos ningún alimento. ¿No puedes dejarnos solos?

Mariam no ha esperado a salir de la habitación para estallar en sollozos. Corre hacia su cuarto sujetándose el vientre como si éste fuera a rodar a sus pies. La anciana Utakim, su sirvienta, su única amiga, que se ha apresurado a reunirse con ella, la encuentra sentada en el suelo aturdida, respirando agitada y quejumbrosamente.

—Entonces es verdad lo que dicen de los hombres; ¡basta un maleficio, un encuentro, un elixir, para que su amor aparezca, para que su amor se vaya!

Utakim ha visto nacer a Mariam. Cuando su madre murió de parto, fue ella quien la amamantó, y la víspera de su boda, fue ella quien la vistió y la maquilló. ¿Quién mejor que ella podría consolarla?

—Ya conoces a tu hombre; en cuanto una idea le preocupa, se olvida de comer, comienza a palidecer, a adelgazar, como si estuviera enamorado. ¿Acaso no sabes que es así? Hoy tiene a ese visitante y se alimenta de sus palabras, pero mañana lo habrá olvidado y será de nuevo un amante insistente, un padre impaciente. Así es como siempre ha sido y así es como lo has amado.

—¡Sus ojos, Utakim, tú no has visto sus ojos! Por lo general, me basta con que se crucen con los míos un instante para olvidar dolores e inquietudes. Si sus ojos me hubieran hablado, habría ignorado las palabras de su boca y los gestos de sus manos. Pero esta noche, sus ojos no me han dicho nada.

Utakim la reprende con desenvoltura:

—¿No sabes que un hombre nunca es cariñoso en presencia de un extraño? El huésped se irá pronto a dormir y nuestro señor vendrá a reunirse contigo. ¡Vamos, déjame deshacerte las trenzas!

Mariam se abandona a las manos que no han cesado de acunarla. La noche está cayendo y su hombre vendrá. Jamás en el pasado abandonó su lecho. La muchacha se ha recostado apoyando la cabeza en un cojín y los pies descalzos en otro más alto. Utakim se sienta justo al borde de un cofre situado a su cabecera y toma entre sus manos los dedos de su señora, que acaricia lentamente y se lleva a los labios de cuando en cuando. Su mirada llena de amor envuelve el rostro rosáceo enmarcado por una cabellera con reflejos malva. Desearía decirle: «Te conozco bien, Mariam. Tienes las manos lisas de las hijas de los reyes y el corazón frágil de aquellas a las que un padre ha amado demasiado. Cuando eras niña, te rodearon de juguetes; ya núbil, te cubrieron de joyas y te entregaron al hombre que habías elegido. Luego, viniste a vivir a esta tierra de abundancia y tu marido te cogió de la mano. Como el primer día, camináis juntos por los huertos que os pertenecen donde, cada estación, hay mil frutos que recoger. Y tu vientre lleva ya al hijo. Pobre niña, vives tan feliz desde hace tanto tiempo que te basta con sospechar en los ojos de tu hombre la menor ausencia, el alejamiento más pasajero, para perder pie y que a tu alrededor el mundo se ensombrezca».

Utakim dibuja de nuevo con los dos pulgares las cejas sudorosas de la que, para ella, será siempre una niña, y Mariam, que comenzaba a adormecerse, abre los ojos e implora a la sirvienta, que se va a buscar noticias.

—Están hablando, no paran de hablar. O más bien, es el visitante quien diserta y nuestro señor evita interrumpirle.

Si Mariam no hubiera tenido la mente tan ofuscada, habría descubierto en la voz de Utakim el temblor de la mentira. Era verdad que la sirvienta había oído un rumor de conversación, pero los dos hombres no estaban ya en la terraza y Pattig había ordenado que le extendieran una estera en la habitación de los invitados para pasar allí la noche.

A su vez, Utakim está tan preocupada que no puede conciliar el sueño, pero finge que duerme, una vieja treta de nodriza que daba muy buenos resultados cuando Mariam

era niña y que sigue siendo eficaz. Verdad es que, por muy esposa y futura madre que sea, su señora apenas tiene más de catorce años. Muy pronto, su respiración se hace más lenta, más reguiar, aunque, de cuando en cuando, un hipido hace recordar que la niña se ha dormido desconsolada.

El aceite de la lámpara colgada de la pared acaba de consumirse, cuando Mariam se incorpora de un salto.

—¡Mi hijo! ¡Me han quitado a mi hijo!

Grita y se agarra con rabia a las sábanas. Utakim la sujeta firmemente por los hombros.

—¡Has tenido una pesadilla, Mariam! Nadie te ha quitado a tu hijo, está ahí en tu vientre, bien protegido y no sabemos si será un hijo o una hija.

Mariam no se tranquiliza.

—Se me ha aparecido un ángel. Volaba y zumbaba como una enorme libélula y luego se posó delante de mí. Cuando quise huir, me dijo que no tuviera miedo y, por otra parte, parecía tan dulce que le dejé que se me acercara. De pronto, como un relámpago, extendió unas manos que parecían garras y me arrebató el hijo de mis entrañas para volar con él hacia el cielo, tan alto que pronto dejé de divisarlos.

Utakim no encuentra ya palabras que la consuelen. Sabe que un sueño jamás es inofensivo y se promete ir a interrogar sobre su presagio a los ancianos de la región.

Por un tragaluz enrejado entra la primera claridad del día. Mariam solloza. Su hombre no ha venido. La sirvienta se levanta y con paso decidido entra en la habitación de los invitados. Sittai, ya despierto, reza de rodillas; Pattig duerme. La mujer le zarandea, simulando que está enloquecida:

—¡Mi señora se siente mal! ¡Te necesita!

Aún con cara de sueño, Pattig corre junto a la esposa que, al verle, se abandona al llanto.

—He tenido un sueño horrible, te llamé y no viniste.

—No he oído nada.

—Pattig, ¿por qué te siento tan lejano? ¿Por qué me huyes?

Si bien con la espontaneidad del despertar Pattig se ha precipitado a la cabecera del lecho de su mujer, al recobrar la conciencia recupera toda su frialdad de la víspera. Se ve claramente que está a disgusto en la habitación de Mariam y, de pronto, evita sentarse en el lecho, su propio lecho nupcial, incapaz de apartar la mirada de la puerta, como si temiera ver aparecer a su censor. Y a los reproches de su esposa, se vuelve más duro.

—Cuando se recibe a un huésped —dice—, ¡se debe permanecer a su lado, ¿no lo sabes?

—¿Quién es ese hombre? Me da miedo.

—Te daría menos miedo si fueras capaz de acoger sus palabras de sabiduría.

—¿De qué palabras se trata? ¡Ese hombre no me ha hablado ni una sola vez!

—Una mujer no puede comprender lo que dice.

—¿Qué dice tan importante?

—Me habla de su dios, el dios único; ha prometido conducirme hacia él, pero debo merecerlo, expiar mis años de idolatría. No volveré a comer la comida de los impíos, no volveré a beber vino, ni jamás me tenderé junto a una mujer. Ni tú ni ninguna otra.

—¡Yo no soy un alimento ni una bebida! Yo soy la madre de tu hijo. ¿No decías también que yo era tu compañera, tu amiga? ¿Debo yo igualmente abandonar a todos los humanos para vivir como un ermitaño?

—Yo viviré en una comunidad de creyentes donde sólo hay hombres. No se admite a ninguna mujer.

—¿Ni siquiera a tu esposa?

—Ni siquiera a ti, Mariam. Es un dios exigente.

—¿Quién es, pues, ese dios celoso de una mujer?

—¡Ese dios es mi dios, y si quieres blasfemar me iré de aquí al instante y no me volverás a ver!

—Perdóname, Pattig.

Sus ardientes lágrimas de niña se deslizan en silencio, su alma está vacía de toda espera; tímidamente, pone la cabeza sobre el brazo del hombre, con dulzura, sin apoyar, haciéndose tan ligera como un mechón de sus cabellos. ¿Revivirá alguna vez con el esposo esos momentos de paz en los que el calor es frescor, la transpiración es perfume y el despertar es olvido? Con una mano aún torpe, pero ya enternecida, Pattig le acaricia los cabellos; en el silencio y la penumbra, vuelve a encontrar los gestos de cariño que son naturales en él; de sus ojos se escapan también algunas lágrimas.

Entretanto, a través de la puerta que ha quedado abierta, llega la voz de Sittai, quien, una vez terminado su rezo, reclama a su anfitrión.

—¡Pattig! —le llama—, tenemos que partir, hay todavía un largo camino.

¿No debería el esposo maldecir al importuno? No, es a Mariam a quien rechaza con brusquedad y corre ya sin volver la cabeza.

1. El palmeral de los Túnicas Blancas

En medio de los hombres he caminado con sabiduría y astucia...

MANI

Uno

El hijo que Mariam esperaba era Mani.

Dicen que nació en el año 527 de los astrónomos de Babel, el octavo día del mes de Nisan —según la era cristiana el 14 de abril del 216, un domingo—. En Ctesifonte reinaba Artabán, el último soberano parto, y en Roma gobernaba despóticamente Caracalla.

Su padre había partido ya, no muy lejos por el camino, pero hacia un mundo extraño y cerrado. Río abajo de Mardino, a dos jornadas de marcha a lo largo del gran canal excavado por los antiguos al este del Tigris, se encontraba el palmeral donde Sittai reinaba como maestro y guía. Allí vivían unos sesenta hombres de todas las edades, de todos los orígenes, hombres de ritos exagerados que la historia habría ignorado si su camino no se hubiera cruzado un día con el de Mani. A imitación de otras comunidades surgidas en aquel tiempo a orillas del Tigris y también del Orontes, del Eufrates o del Jordán, se proclamaban cristianos y a la vez judíos, pero los únicos verdaderos cristianos y los únicos verdaderos judíos. También predecían que el fin del mundo estaba próximo. Sin duda alguna, cierto mundo se moría...

En la lengua del país se llamaban «Hallé Hewaré», palabras armenias que significaban «Túnicas Blancas».

Esos hombres habían elegido la proximidad del agua, ya que esperaban de ella pureza y salvación, e invocaban a Juan Bautista, a Adán, a Jesús de Nazaret y a Tomás, al que consideraban su gemelo, pero más que a ninguno, a un oscuro profeta llamado Elcesai del que procedían su libro santo y sus enseñanzas: «Hombres, desconfiad del fuego, no es más que decepción y engaño, lo veis cerca cuando está lejos, lo veis lejos cuando está cerca, el fuego es magia y alquimia, es sangre y tortura. No os reunáis en torno a los altares en los que se eleva el fuego de los sacrificios, alejaos de aquellos que degüellan a las criaturas creyendo que agradan al Creador, separaos de los que inmolan y matan. Huid de la apariencia del fuego, antes bien, seguid el camino del agua porque todo lo que ella toca encuentra de nuevo su pureza primera y toda vida nace de ella. Si un animal dañino muerde a alguno de vosotros, que se apresure hacia el curso de agua más

cercano y se meta en él invocando con confianza el nombre del Altísimo; si alguno de vosotros está enfermo, que se sumerja siete veces en el río y la fiebre se disolverá en la frescura del agua».

Al día siguiente a su llegada al palmeral, Pattig fue conducido en procesión hacia el recinto de los bautismos. Toda la comunidad lo acompañaba. Había algunos niños, muy pocos, algunas cabezas canas, pero la mayoría parecía tener entre veinte y treinta años. Todos se habían acercado al recién llegado para mirarle de hito en hito y salmodiar por él un fragmento de oración.

A una señal de Sittai, Pattig se había introducido totalmente vestido en el agua del canal, hundiéndose en ella hasta la frente, y luego, incorporándose, se había quitado una a una sus prendas de ropa, adornos del tiempo de impiedad, de los que se había desprendido con repugnancia, esperando que una corriente dócil se los llevara. Mientras se elevaba un canto, el hombre, que se había visto delgado y desnudo ante tantos ojos escrutadores, intentaba cubrirse con las dos manos temblorosas, pues si bien el sol de primavera calentaba ya, el agua del Tigris guardaba aún fresco el recuerdo de las nieves del Tauro.

Pero esto no era más que una primera prueba. Tenía que sumergirse en el canal una segunda vez y luego dejar que le cortaran la barba y los cabellos, antes de que le metieran la cabeza bajo la superficie del agua una última vez, mientras resonaban estas palabras: «El hombre antiguo acaba de morir, el hombre nuevo acaba de nacer bautizado tres veces en el agua purificadora. Bienvenido seas entre tus hermanos. Mientras vivas, guarda esto en tu memoria: nuestra comunidad es como el olivo. El ignorante coge su fruto y lo muerde; al encontrarlo amargo, lo tira lejos. Pero ese mismo fruto, cogido por el iniciado, maduro y tratado, revelará un sabor exquisito y proporcionará, además, aceite y luz. Así es nuestra religión. Si te acobardas al primer sabor de amargura, jamás alcanzarás la Salvación».

Pattig había escuchado con contrición, había pasado la mano sin pesar por sus cabellos rapados y por el resto de su barba y se había prometido volver la espalda a su vida pasada y someterse sin un estremecimiento de duda a las reglas de la comunidad. Sabía, sin embargo, que en el palmeral el tiempo no era más que una serie de obligaciones. Primero la oración, el canto y los actos rituales, bautismos cotidianos, discretos o solemnes, aspersiones y abluciones diversas, ya que la menor mácula, real o supuesta, era un pretexto para renovadas purificaciones; luego venía el estudio de los textos sagrados, el Evangelio según Tomás, el Evangelio según Felipe o el Apocalipsis de Pedro, releídos y comentados cien veces por Sittai y copiados incansablemente por aquellos «hermanos» que se distinguían por la mejor caligrafía; a estas obligaciones, que enardecían el fervor de Pattig y su insaciable curiosidad, se añadían otras que no eran en modo alguno de su agrado.

En efecto, los Túnicas Blancas se jactaban de tener las tierras mejor cuidadas y las más fecundas de los alrededores, que les proporcionaban su alimento así como un abundante excedente que ellos iban a vender a las localidades vecinas. A Pattig le horrorizaba esta última actividad: partir por la mañana temprano con un cargamento de melones o de calabazas, extender la mercancía en la plaza de un pueblo, esperar a pleno sol a algún cliente tiñoso, soportar mil chirigotas... ¿Cómo podría soportarlo ese hijo de

la nobleza parta? Se lo confió un día a Sittai, pero su respuesta fue inapelable: «Ya sé que te agradan la oración y el estudio y que en ellos encuentras placer. El trabajo de los campos y la venta de nuestros frutos en el pueblo son las únicas actividades que te impones para agradar al Altísimo, ¿y desearías que se te dispensara de ellas?». Asunto concluido. Durante largos años, Pattig se agotaría labrando los campos de la comunidad, cuando a dos jornadas de allí, a orillas de ese mismo canal, sus propios campesinos araban las tierras que le pertenecían, pero de las que había renunciado a alimentarse.

Y es que los Túnicas Blancas se sometían a estrictas observancias alimentarias; no contentos con prohibirse la carne y las bebidas fermentadas y con practicar frecuentes ayunos, jamás se llevaban a la boca lo que provenía del exterior. Sólo comían el pan sin levadura que salía de su horno, y quien partiera pan griego era, a sus ojos, un impío. De igual manera, sólo consumían las frutas y hortalizas producidas por su tierra, a las que se referían como «plantas machos», ya que a todo lo que se cultivara en otra parte se le llamaba «planta hembra» y estaba prohibido a los miembros de la secta.

¿Por qué asombrarse de semejante denominación? Lo que es femenino está prohibido, lo que está prohibido es femenino; para esos hombres había en esto una equivalencia perfecta. En los sermones de Sittai, esta palabra se repetía sin cesar en el sentido de «nefasto», «diabólico», «turbio» o «peligroso para el alma». Él mismo evitaba nombrar a las mujeres de las Escrituras, si no era para ilustrar la calamidad de la que podían haber sido causa. Evocaba de buen grado a Eva y a Betsabé y sobre todo a Salomé, pero rara vez a Sara, a María o a Rebeca. Pattig aprendió pronto que en el palmeral estaba mal visto mencionar a su esposa o a su madre, incluso la palabra «nacimiento» no era decente más que si se hablaba del bautismo o de la entrada en la comunidad, si no, era mejor decir «llegada». Sin embargo, la prohibición de matrimonio era inusitada en las comunidades a orillas del agua. ¿No se había casado Juan Bautista? Pero Sittai había querido establecer una regla más rigurosa, de la que sus adeptos se enorgullecían: cuando para alcanzar el cielo se ha elegido el camino estrecho, ¿no es el más merecedor aquel que más sufre y se abstiene y se priva?

Por eso, Pattig no intentó siquiera saber si Mariam había dado a luz en su ausencia ni de qué hijo era desde entonces padre. ¿Cómo pedir permiso a Sittai para acudir junto al recién nacido sin hacerle creer que tenía remordimientos, dudas, o que estaba pensando en reanudar su vida anterior? Entonces se resignó, su curiosidad se fue debilitando y terminó por no pensar más en ello, o muy poco.

Así pues, cuál no sería su sorpresa cuando el propio Sittai le ordenó, al cabo de algunos meses, que fuera a su casa:

—Si lo que ha venido al mundo es una niña, que se quede con su madre; pero si es un niño, su lugar está entre nosotros, no le puedes dejar para siempre en manos impuras.

Pattig tomó el camino de Mardino, verdad es que acompañado por dos «hermanos».

Cuando llegó ante su casa, se detuvo al otro lado de la verja para gritar:

—¡Utakim!

La sirvienta, que salió descalza y con un pañal en la mano, tuvo que acercarse mucho al visitante para reconocer su cabeza rapada y como reducida. Pattig dejó que le mirara de arriba abajo.

—Dime, Utakim, ¿ha dado a luz tu señora?

—¡No pensarás que ha estado embarazada trece meses!

Los compañeros de Pattig sonrieron, pero él se limitaba a formular sus preguntas:

—¿Es un niño?

—Sí, un hermoso niño hambriento y gritón.

Al evocar al recién nacido, el semblante de la sirvienta se iluminó con una súbita jovialidad que Pattig no se dignó tomar en cuenta.

—¿Le han dado ya un nombre?

—Se llama Mani, como lo habías decidido.

—Di a tu señora que vendré a buscar a mi hijo cuando esté destetado.

Una vez entregado su mensaje, le dio la espalda para partir con gestos de sonámbulo cuando Utakim gritó:

—¿Sabes siquiera si mi señora ha sobrevivido?

El efecto fue inmediato. Pattig se sobresaltó y volvió sobre sus pasos, visiblemente contrariado de no poder terminar su misión como lo había proyectado; tuvo que violentarse para articular:

—¿Mariam se encuentra bien?

Fue entonces cuando Utakim, a su vez, se dio la vuelta con el rostro súbitamente ensombrecido. Sin una palabra más, se dirigió arrastrando los pies hacia la casa, mientras Pattig se agitaba, la llamaba, la conminaba a detenerse, a responderle. Pero la sirvienta se había vuelto sorda. Él dudó, consultó con la mirada a sus dos compañeros que, inquietos por el cariz que estaban tomando los acontecimientos, le aconsejaron que se fuera. Pero ¿cómo podía hacerlo? Necesitaba saber lo que pasaba. Cruzó la valla y se precipitó hacia la casa como si ésta hubiera vuelto a ser suya.

En ese momento, Mariam, que estaba ocupada en la huerta detrás de las cocinas, apareció poniendo las manos a modo de bocina; Utakim, trastornada, le hizo señas con gestos desesperados de que se callara, que desapareciera. Quería que Pattig penetrara en la casa, que escapara por un momento de sus guardianes, pero Mariam no la vio y comenzó a gritar el nombre de su marido al que creía de regreso. Pattig, tranquilizado al saber que estaba con vida y sin preguntar nada más, huyó para reunirse con sus «hermanos».

Se alejaron los tres, recogiendo los faldones de sus tres túnicas blancas. Mariam supo que ya no podría alcanzarlos.

En medio de la tormenta que desde ese momento la arrastraba, la joven madre no sabía a qué dios encomendarse, aunque excluía, de entrada, el de Sittai. ¿Debía llevarse a su hijo lejos de allí, hacia Media, su patria de origen? ¿Pero en qué casa viviría? Su padre había muerto y sus hermanos se habían repartido sus posesiones. Pensando con sensatez, ella no podía abandonar su propiedad, sus tierras, sus sirvientes, renunciar a toda esperanza de recuperar a su esposo, para ir a vagar por los caminos en busca de aquel o

aquella que tuviera a bien acogerla. ¿Qué hacer, entonces? ¿Amamantar a su hijo, esperando que un padre imprevisible viniera a arrebatárselo para siempre?

Esos tiempos de angustia para Mariam eran también tiempos de desolación para Mesopotamia. Sin embargo, aquel año se había hablado de paz entre romanos y partos. El emperador Caracalla había pedido, incluso, la mano de la hija de Artaban, quien había aceptado. Debían unirse en una ceremonia en Ctesifonte, en el templo de Mitra, la única divinidad venerada con igual devoción por los dos soberanos. La ciudad se disponía, pues, a festejar la paz y la boda.

Así pues, Caracalla llegó un día, vestido con su larga blusa gala, estrechamente vigilado por sus pretorianos y seguido por sus falanges. Pero apenas habían cruzado el puente de Seleucia cuando resonó un grito entre sus filas. Era la señal convenida para que cada romano se lanzara, blandiendo el sable, sobre el parto más cercano. Los hijos de la nobleza, adornados con afeites y enfundados en sus trajes de gala, fueron masacrados; entre ellos había varios miembros del clan Kamsaragán al cual pertenecía Mariam. Luego, les llegó el turno a los ciudadanos, hombres, mujeres y niños, que se habían congregado para ser testigos de ese memorable encuentro. Los romanos saquearon e incendiaron palacios y templos, el de Nabu el primero, como para cumplir el funesto oráculo de la estatua.

Dicen que fue entonces cuando Artabán y los jefes de las siete grandes familias reunieron a sus tropas en el parque de Aspanabr, a fin de repeler a los invasores. Pero ¿para qué? No se trataba de una invasión, era un simple golpe de mano, muy del estilo de Caracalla. Al cabo de una hora, los romanos abandonaron la ciudad para ir a reunirse con el grueso de sus tropas que estaban acampadas en el exterior de las murallas, alrededor del desfiladero de Mahozé. Los Inmortales, el cuerpo de élite, hubiera querido lanzarse en su persecución, pero Artabán los contuvo, temiendo una emboscada, persuadido de que la acción de Caracalla no tenía otro objetivo que excitar al ejército parto para que saliera de la ciudad y terminara aniquilado.

Al cabo de tres días, decepcionados, sin duda, porque el enfrentamiento no había tenido lugar, los romanos comenzaron su venganza. Durante semanas y meses, en el transcurso del primer año de la vida de Mani, el huracán Caracalla devastó Mesopotamia, destrozando los sarcófagos de los antiguos reyes, quemando los campos de trigo, arrancando las vides y decapitando campesinos y palmeras.

Fue un milagro que Mani se salvara. Las tropas romanas habían llegado a los límites del pueblo y Mariam se había encerrado en la casa con su hijo, con Utakim, con sus sirvientes y algunos campesinos esclavos. Esperaban lo inevitable, pero lo inevitable se alejó. Un día corrió el rumor, propagado no se sabe cómo a través de las desiertas callejuelas: Caracalla había muerto, asesinado en Harrán, al norte de Mesopotamia, por sus propios soldados. De Roma a Ctesifonte, el crimen fue acogido sin desbordamientos de tristeza.

A lo largo de aquel año de tormenta, Pattig no volvió jamás a pisar la tierra de Martino, nunca fue a buscar noticias. Sólo reapareció mucho más tarde, cuando Mani acababa de cumplir cuatro años. Como la vez anterior, se presentó con dos «hermanos» guardianes y, como la vez anterior, permaneció al otro lado de la verja.

—¡Utakim! He venido a buscar a mi hijo.

La sirvienta no se mostró acogedora. Apoyada en la puerta, le habló de lejos, desde la otra punta del pequeño patio, con la voz potente de la gente de campo.

—Mariam está dándole el pecho. Puedes esperar fuera, a menos que quieras entrar para verlos.

Sólo de pensar en encontrarse ante su mujer medio desnuda, Pattig enrojeció y dirigió hacia sus compañeros una mirada forzada, como para disculparse, intentando disimular.

—No voy a entrar, Utakim, no vale la pena. ¿Crees que va a amamantarte durante mucho tiempo?

—Tu mujer acaba de ponerle al pecho y cuando éste se agote le dará el otro. Tardará un rato.

—No estoy hablando sólo de hoy —se impacientó Pattig—. El niño está entrando en su cuarto año y quiero saber cuánto tiempo más le va a alimentar así.

—¡Ven a preguntárselo, entra! En este momento no puede levantarse, pero nada le impide hablarte.

—No he venido para entrar en esta casa. ¿No podrías responderme tú misma? ¡También tú amamantaste en tu juventud!

—He visto amamantar a decenas de madres y no he conocido dos que sean iguales. Algunas tienen tan poca leche que su hijo deja el pecho sin haberse saciado; otras amamantan durante años cuatro niños a la vez. Mariam es de formas generosas, sus senos son grandes y de una blancura resplandeciente. No se le va a agotar la leche tan pronto.

—¡Pero algún día habrá que destetar al niño!

—Tienes razón, señor, no sería bueno para él mamar demasiado tiempo; habrá que destetarlo antes del Noruz.

—¿Del próximo Noruz? ¡Pero si la fiesta acaba de pasar! ¡Tendré que esperar todavía un año!

—Es posible que Mani esté destetado antes, pero ¿para qué hacer diez viajes inútiles? Si vienes para el Noruz, el niño estará vestido para partir y sus cosas preparadas. Prometido.

Cuando Pattig apenas se había alejado, internándose por el camino alto a la sombra de los almendros de ramas nevadas de pétalos, los «hermanos» le abrumaron a críticas:

—Muy ingenuo debes de ser para dejarte engañar así por esa vieja bruja descalza. Hemos soportado dos largas jornadas a pleno sol, tenemos ante nosotros otras dos de regreso y tú dejas que te despidan con unas cuantas palabras melosas. ¿Qué dirá *mar Sittai*, nuestro padre? Aun cuando hubiéramos tenido que esperar, deberías al menos haber insistido para ver al niño. ¡Aunque sólo fuera para asegurarte de que aún está aquí!

Demasiado afectado para mantenerse firme en cualquier decisión, Pattig consintió en volver sobre sus pasos. En el pequeño patio, en el mismo lugar donde Utakim había estado apoyada, Mariam estaba sentada sobre una losa, con un tupido abanico de menta fresca entre las manos, del que separaba las briznas muertas.

Los «hermanos» se reían sarcásticamente cada vez más. Pattig se sentía humillado.

—Así que Utakim se ha burlado de mí.

Mariam enrojeció.

—Estaba amamantando a tu hijo. Acaba de terminar.

—Cuando llegué, acababa de empezar y había para largo; apenas he vuelto la espalda y ya ha acabado, tú has cogido esa menta y has expurgado la mitad. ¿Podría al menos ver a mi hijo?

Mariam se apresuró a llamar a Mani y éste hizo irrupción en el marco de la puerta, donde se quedó inmóvil, observando y dejándose observar. Ciertamente, en su rostro se podían descubrir los rasgos finos, esbozados, tan propios de los rostros de niños. Sin embargo, lo primero que se veía en él eran las cejas, anchas y negras, que se juntaban y se arqueaban para formar, por encima de la nariz, como una tercera ceja; luego, la mirada, franca, directa, pero rebosante de emociones contenidas y de infinitas preguntas.

Y cuando, después de algunos instantes, avanzó en dirección a los desconocidos, lo hizo arrastrando una pierna, la pierna derecha, no como una rama muerta, sino de forma majestuosa, como se arrastraría por detrás un vestido de ceremonia.

—Cojea —comprobó Pattig con un tono un poco acusador.

—Nació con esa pierna torcida, cojeará toda su vida. ¿Lo quieres aún?

Adivinando toda la rabia que su madre dejaba traslucir en sus palabras, el niño volvió a acurrucarse contra ella, antes de señalar con el dedo a Pattig balbuceando:

—Calacalacala.

—¿Qué dice?

—¡Caracalla! Con este nombre se asusta a los niños en Mardino cuando no está su padre para hacerles obedecer. Si se niegan a dormir o a comer, si se alejan demasiado de la casa o si ensucian las sábanas, Caracalla vendrá a degollarlos. Como degolló a mis primos, como estuvo a punto de degollarnos a todos aquí, grandes y chicos, apenas hace dos años.

—Ignoraba que los romanos hubieran llegado hasta Mardino.

—¿En qué mundo vives, Pattig?

—En un mundo sin fuego ni guerra.

Y añadió, de nuevo impasible:

—Es en ese mundo donde va a crecer Mani.

—¿Y yo, Pattig, en qué mundo voy a vivir sin mi marido y sin mi hijo?

—Ten confianza en los designios de Dios y no retengas más a este niño. Dámelo, soy su padre y me pertenece.

Se acercaba para coger al niño cuando Mariam comenzó a temblar. Utakim vino corriendo.

—Me prometiste volver a buscarle en el próximo Noruz.

—Tú que me has mentido y engañado ¿cómo te atreves a hablarme de promesas?

—Te lo suplico, Pattig —sollozaba Mariam—. Allí donde vives no encontrarás una nodriza para amamantarle; déjame aún estos pocos meses. ¿No vas a tenerlo tú toda la vida?

Los compañeros de Pattig le ordenaban que se llevara a su hijo sin tardanza, pero él flaqueó de nuevo frente a las lágrimas de una mujer a la que ya había hecho sufrir tanto, frente a la mirada asustada de un niño que le tomaba por un monstruo sanguinario.

A su regreso al palmeral, el culpable fue convocado por Sittai, que le ordenó escuchar de rodillas lo que tenía que decirle:

—Si te encargué esa misión fue porque te creía el más capaz para llevarla a cabo. Pero no te engañes, Pattig, has de saber que ese hijo ya no es tuyo, pertenece a nuestra comunidad, pertenece a Dios, si no, ¿por qué Él le hizo venir al mundo justo cuando abandonabas a tu mujer y tu casa? ¿No ves en ello una señal, un mandamiento del Altísimo? He tomado ya una decisión: no volverás a Mardino, seré yo quien traiga al niño. Mañana me pondré en camino. Me acompañarán doce hermanos y no perderé el tiempo parlamentando con mujeres.

Dos

Sin duda, Mani debió de resistirse el día en que los Túnicas Blancas fueron a recogerle. Sin duda hasta gritaría, cuando le sumergieron tres veces en el agua del canal y le arrancaron la ropa, pero a pesar de su tierna edad, tuvo que conformarse con su ley, llevar la túnica blanca, comer su comida, esbozar sus gestos e imitar sus rezos. Muy pronto, el niño no supo ya quién era, ni por qué milagro había ido a parar en medio de aquellos extraños.

No volvería a ver a su madre y, durante años, ni siquiera oiría hablar de ella. ¿Y se puede decir que vivió con su padre? Se trataban, como lo hacían todos los «hermanos» del palmeral, pero Mani no era hijo de nadie, era hijo de la comunidad. Sólo podía llamar «padre» a Sittai, sólo a él debía obedecer, igual que Pattig le llamaba «padre» y le obedecía.

Obedecer, someterse, arrodillarse... el niño no podía hacer otra cosa. Sin embargo, desde el primer instante de su secuestro, algo en él siguió siendo rebelde. Como un jirón de alma refractario.

En el anodino paisaje de los devotos, ¿qué otra guarida puede haber si no es la soledad? Mani aprendió pronto a conquistarla, a cultivarla, a defenderla contra todos. Se buscó un espacio de descanso separado de la comunidad, un reino de niño que ningún pie de hombre pisaba, al que acudía en cuanto le era posible. Era un lugar donde el canal del Tigris serpenteaba por en medio de una hilera de palmeras, algunas de las cuales crecían

rectas, muy juntas, formando una apretada media luna, y otras se inclinaban sobre el agua como para beber. Había que atreverse a saltarlas y, entonces, se encontraba uno en una península de aromas y de sombra, pero de una sombra que no ahuyenta la luz, sino que, por el contrario, la aspira, la filtra y la destila, para prodigarla a aquellos que saben recibirla. Allí, Mani se sentaba o se tendía, lloraba, exultaba o soñaba. Y a menudo hablaba solo, a voz en grito, sin miedo de descubrirse.

Pero esos momentos eran escasos, ya que en el palmeral jamás había tiempo libre. Se vivía siempre entre dos ritos, entre dos trabajos. Constantemente, Mani tenía que alejarse con pena de su refugio para ir a mezclarse sin placer con la multitud informe de los Túnicas Blancas. De todos aquellos hombres que se llamaban «hermanos», ninguno había sabido ser un amigo. A los ojos asustados del niño, habían seguido siendo, durante ocho años, diferentes carceleros que se vestían sin alegría y hablaban con brusquedad; y si Mani imitaba devotamente sus ritos hasta tal punto que parecía idéntico a ellos, era porque había probado los castigos que Sittai infligía a la menor falta, tanto a los mayores como a los pequeños: ayunos obligatorios, flagelación, acarreo de agua en barricas desbordantes o interminables letanías de arrepentimiento.

A veces, la penitencia era menos común, lo cual significaba una ocasión para sonreír o reír a carcajadas, una ocasión muy apreciada por los «hermanos», como cuando el viejo Simeón, culpable de haber proferido reniegos obscenos, fue condenado a trepar a una palmera y quedarse agarrado a ella, a la espera de que Sittai le autorizara a bajar.

Pero la víctima más asidua de ese humor provocado por las penitencias seguía siendo Maleo, un tirio, el más barrigón de los «hermanos» y el más joven, exceptuando a Mani. Era incluso más nuevo en la comunidad que este último. Su padre, un mercader de apariencia próspera, había llegado inopinadamente al palmeral tres años antes, sin que, a decir verdad, se supieran los verdaderos motivos de tan repentina fe. Se rumoreó entonces que acababa de sufrir reveses de fortuna, que había perdido familia y bienes y que, acosado por los acreedores, había buscado refugio en aquel lugar para ocultar sus desgracias y conseguir que le olvidaran. Al cabo de algunos meses, murió ahogado; sin duda, había perdido el deseo de vivir. De este modo, Maleo se convirtió, como Mani, en hijo de nadie.

Con la diferencia, sin embargo, de que Mani había abandonado Mardino demasiado joven, de que habían transcurrido demasiados años desde su infantil plenitud, vivida entre Mariam y Utakim, días felices que reposaban enterrados en un rincón confuso de su memoria. Sus más bellas reminiscencias de olores y de sabores permanecían modeladas en la amargura, en la insuperable amargura del niño desvalido, desamparado, abandonado, o al menos, mal protegido por el ser más querido. Desde entonces, sólo estaba presente en él esa adversidad cotidiana que le envolvía, esa muralla opaca que se erguía del palmeral al cielo, más allá de la cual nada osaba existir. Mientras que Maleo había vivido en el vasto mundo una verdadera infancia, cuyas costumbres conservaba y de la que sentía nostalgia.

Para convencerse de ello, bastaba con oírle reír. Entre los Túnicas Blancas, la risa comenzaba con un carraspeo, culminaba con una risa burlona e hiposa y se terminaba con una fórmula de mortificación. La risa de Maleo venía de otra parte. Se expansionaba, retumbaba y se pavoneaba; si nadie le hacía eco, se aumentaba de su propio soplo y cuando se la creía reprimida, estallaba en carcajadas, sobre todo en los momentos de intenso recogimiento colectivo. Esos descarríos le valían al joven tirio unos castigos

apenas más ligeros que los que sufría al regreso de sus fugas; sin embargo, sólo eran ausencias de algunas horas, pero Sittai acusaba al adolescente de aprovecharlas para atracarse de toda clase de manjares prohibidos. Sin duda, no estaba en un error, ya que viendo al barrigón y mofletudo Maleo entre todos esos rostros invariablemente demacrados, quedaba claro que se resignaba mal a la frugalidad ambiente.

Ocurrió aquel día, a la hora de la segunda comida, la del crepúsculo, en la que, como de costumbre, todos los «hermanos» estaban reunidos en el refectorio, repartidos en tres largas mesas paralelas; Sittai presidía la de en medio, los más ancianos le rodeaban y Maleo se sentaba al otro extremo de la misma mesa, muy cerca de la puerta. Para comenzar, se pusieron a rezar. Pensar que se trataba de mascullar una oración para salir del paso sería desconocer las costumbres del palmeral. Después de haber recitado la habitual acción de gracias, Sittai se lanzó a una monótona homilía. Todos los «hermanos» estaban de pie, con la cabeza inclinada, esperando que terminara para saltar sobre la comida. Pero su maestro no tenía prisa. El hambre es una enemiga —explicaba—; antes que satisfacerla, el hombre virtuoso debe dominarla, como debería poder dominar todos los deseos de la carne. Era su tema preferido a la hora del apetito: el cuerpo —decía—, es una muía, su jinete es el espíritu, a veces no hay más remedio que pararse para alimentar al animal, pero no es él quien debe elegir el camino ni las etapas; vergüenza y desdicha para el jinete que se doblaga a su montura.

Las mesas de los Túnicas Blancas estaban sobriamente abastecidas: aceitunas, pepinos, almendras, nabos, algunas frutas, pan y agua. Sin embargo, sesenta pares de ojos miraban de reojo estos modestos alimentos. Una dura jornada en los campos había seguido a la última comida, que se tomaba justo después de la oración del alba. Con todo, había que tener paciencia, meditar y mortificarse, puesto que al hambre se añadía la vergüenza de tener hambre y, por anticipado, los remordimientos por cada bocado de placer.

Maleo, sin poder aguantar más, adelantó una mano temblorosa hacia la cesta más cercana, no sin haber verificado antes que a su alrededor todas las cabezas estaban inclinadas y todos los párpados cerrados. Cogió un dátil amarillo, tierno y jugoso, que se apresuró a engullir antes de recomponer el más piadoso semblante.

Esperó algunos instantes antes de comenzar a comérselo, lentamente y sin ruido, con el cuello tan inclinado que la mandíbula le chocaba contra el pecho al masticar. Al hundirse lentamente en el fruto, sus dientes liberaban un jugo azucarado que él recogía con la lengua, paseaba por la boca y dejaba después que se deslizara por su garganta con una culpable delectación.

Y aún seguía deleitándose cuando el «padre» acabó por fin su discurso y los «hermanos», con una prisa mal contenida, tomaron asiento como un solo hombre en los altos bancos. Mareado por el alboroto que le rodeaba, Maleo comenzó a masticar sin disimulo, pero cuando se estaba sentando, un instante después que los demás, unos ojos acusadores le miraron fijamente: los de Gara, el propio sobrino de Sittai, que estaba frente a él. Maleo le dirigió una sonrisa de ángel, pero el hombre, obedeciendo sólo a su deber, se inclinó hacia su vecino y le cuchicheó al oído una acusación; el otro, después de haber lanzado al muchacho la misma mirada indignada, susurró la noticia a su otro vecino, provocando así una verdadera cadena de delación que, de un extremo a otro de la mesa, propaló el relato del crimen.

Cuando le llegó el turno a Pattig, escuchó gravemente la denuncia y, frunciendo el entrecejo, reprobó el imperdonable pecadillo del adolescente, pero en el momento de inclinarse hacia el oído de su vecino, pareció dudar. Él, que había sido educado en las costumbres de la nobleza parta, ¿cómo podría practicar la delación? Sin embargo, precisamente porque Sittai le había reprochado tanto su ascendencia, sus arrebatos de orgullo, su desprecio hacia ciertas tareas, ahora se imponía evitar toda actitud que le distinguiera del común de los adeptos. Así era el espíritu de la Comunidad, para el que toda compasión, toda tolerancia y toda indulgencia eran sospechosas y cualquier gesto magnánimo parecía mancillado por el orgullo.

¡Incorregible Pattig, siempre dispuesto a seguir los peores caminos por las mejores razones del mundo! Delante de Sittai, temblaba más que cualquier otro «hermano», se arrodillaba, se golpeaba el pecho y se humillaba, cuando hubiera bastado abandonar aquel palmeral llevando a su hijo de la mano para acceder a una vida risueña. Pero ni se le ocurría. En ocho años, ni siquiera se había atrevido a revelar a Mani el lazo de sangre que los unía, contentándose con dedicarle, de lejos, sonrisas enigmáticas que irritaban al muchacho y le hacían desconfiar. Sin embargo, Pattig no era un cobarde, o al menos, su cobardía era muy singular: estaba dispuesto a arriesgar su vida, pero no su alma. Y era esa piadosa flaqueza el origen de todas sus mezquindades.

Cuando el grave asunto del dátil que se había comido Maleo llegó a conocimiento de Sittai, este último se levantó, sombrío, ceremonioso, ofendido.

—¿Quién de entre nosotros querría comer al lado de la podredumbre? ¿No hemos venido a este lugar bendito para sustraernos a la impureza del mundo? Pero todos nuestros esfuerzos se habrán perdido, todos nuestros sacrificios serán inútiles si uno solo de nosotros cede a la vil tentación, si la impureza del mundo llega a su cuerpo y a su alma, ya que todos quedaremos mancillados.

Luego, pronunció la sentencia:

—Maleo, pasarás entre tus «hermanos» con un tazón donde cada uno de ellos te echará el hueso de un dátil que se haya comido. Ése será tu único aumento. A continuación, vendrás a mostrarme el tazón vacío. Puesto que el dátil te ha arrastrado al pecado, vas a poder apreciar, más allá de su dulce sabor, su realidad ósea.

Un regocijado alboroto siguió a la sentencia, aunque pronto se fue apagando. En aquella asamblea que tanto se preocupaba de rehuir los alimentos prohibidos, las comidas se acompañaban de un ritual lleno de gravedad. Qué lejos se estaba allí de los banquetes de Nabu, de Dioniso o de Mitra, de esos festines orgiásticos en los que el cuerpo se convierte en templo para celebrar ruidosamente todos los sabores de la tierra. El refectorio era un lugar sombrío donde cualquier placer, por ser culpable, debía compensarse con privaciones. Mientras uno de los «hermanos» leía algún texto santo, los adeptos, encaramados en unos bancos altos y obligados por ello a doblar el cuello, como cisnes, encima de las mesas, cogían los alimentos entre el pulgar y el índice y los introducían en un tazón de agua, salmodiando a cada bocado: «¡Maramé barej!», «¡Señor, te pedimos tu bendición!».

Así fue como Maleo, en medio de un concierto de murmullos, pasó con su escudilla y cada uno de los «hermanos» le dio de limosna un hueso, sin decir palabra, pero con gestos de rumiantes ofendidos y desdeñosos. Uno de aquellos virtuosos personajes, al

darse cuenta de que el hueso que acababa de depositar era demasiado pequeño, se apresuró a añadir otro, satisfecho de no haber fallado en su papel de justiciero.

Mani fue el único que se distinguió de todos ellos. En el momento de depositar su óbolo, metió resueltamente los dedos en la escudilla y agarró un buen puñado de huesos que se metió furtivamente en el bolsillo, haciendo una mueca bondadosa y consoladora. Maleo, por su parte, guardándose mucho de manifestar su agradecimiento, volvió a su sitio y dio comienzo a su incongruente comida. Pero, al saber que en esa asamblea contaba con un amigo, su corazón se sintió aliviado. Le pareció que los huesos habían conservado un regusto dulce y que eran exquisitamente crujientes. Algunos «hermanos» observaron su aspecto sereno, poco arrepentido y, en algunos momentos, hasta impudicamente regocijado, y pensaron que estaba poseído por el diablo.

Más que gratitud, fue una verdadera devoción lo que Maleo sintió desde ese día por su joven bienhechor. Se prometió seguirle a todas partes, protegerle contra todos, soportar en su lugar mil flagelaciones e innumerables días de ayuno. Por algunos huesos de dátil escamoteados, por una mueca vagamente cómplice, estaba dispuesto a compartir con Mani lo más valioso que poseía en el mundo.

Al día siguiente del incidente, en el momento en que la comunidad se reunía en la Santa Casa para el culto del alba, Maleo acudió con entusiasmo. Sabía que debería, una vez más, mascullar el interminable ritual, pero no le importaba. Ese día, un amigo estaría allí, repitiendo en el mismo instante, en la misma sala fría e inhóspita, los mismos gestos. A la salida, fueron caminando juntos y el tirio, en cuanto se alejaron de los otros «hermanos», le preguntó con gravedad:

—Si te digo mi secreto, ¿prometes no traicionarme jamás?

Mani se sintió irritado. Si bien comprendía fácilmente que Maleo fuera a la búsqueda de un amigo, a él le era indiferente. Al cabo de tantos años vividos entre los Túnicas Blancas, había conseguido forjarse una soledad, una querida e irremplazable soledad con la que se envolvía como si fuera una cota de mallas. Compartirla era perderla. Deseaba poder volver, cada vez que tuviera la ocasión, a su discreta guarida, solo, sin otra compañía que él mismo. ¿Por qué permitir que un ronroneo humano le machacara los oídos? No queriendo herir al adolescente, que con tanta frecuencia era el chivo expiatorio de Sittai y de tantos otros «hermanos», esbozó una sonrisa amable, pero evitó responderle y apresuró el paso. A pesar de todo, el tirio se aferraba a él, le perseguía, se ponía delante, detrás, dando saltitos con una pierna y luego con la otra, infatigable y sordo a todas las reticencias:

—¡Promete que no vas a denunciarme!

Esta vez, Mani se encogió de hombros, diciendo con impertinencia y con el tono del que no se acuerda ya de qué se trata:

—¿Denunciarte? ¿Acaso he denunciado alguna vez a alguien?

Aparentemente tranquilizado, Maleo recobró el aliento antes de decir de un tirón como si se tratara de una sola palabra:

—Conozco-a-una-mujer.

Luego, con la boca abierta, esperó la avalancha de preguntas que su joven amigo no dejaría de lanzar sobre él.

Pero no. Mani no tuvo ni un sobresalto de sorpresa ni profirió la menor exclamación. ¿Acaso Maleo se molestó o se sintió desanimado? Todo lo contrario. La impasibilidad de su compañero le pareció la expresión del más completo asombro. Le creyó subyugado, anonadado de sorpresa y admiración, sintió que su triunfo estaba cerca y se entusiasmó:

—No permaneceré mucho tiempo en este maldito palmeral. En cuanto cumpla quince años, me marcharé. Ella vendrá conmigo y nos iremos a vivir a Ctesifonte. Allí encontraré un empleo de dependiente con algún mercader tirio o palmireno. Acompañaré a las caravanas a Egipto, a la India y a Armenia. La estoy viendo, bella como una estatua griega, envuelta en un largo vestido de seda bordada en oro y pedrería, descendiendo lentamente la escalera de mi palacio de Ctesifonte, rodeada de doce esclavas blancas y negras.

Saliendo de su silencio, Mani entró un instante en el juego de su interlocutor, sólo para sembrar una duda:

—¿Cómo has hecho para construirte un palacio, tú que sólo eres un dependiente de un mercader de Ctesifonte?

Pero Maleo necesitaba mucho más para desconcertarse:

—No seré dependiente mucho tiempo; pronto tendré mi propio negocio, con agentes en Antioquía, en Palmira, en Petra, en Deb, en Berenice... Entonces podré construirme un palacio en Ctesifonte y otro en Tiro. Y un tercero, si quiero, en las montañas de Media, donde instalaré a la dama cada vez que ella quiera huir de los grandes calores y de las epidemias.

Ya no pasaba un día sin que Maleo hablara de «la dama» con las palabras más exquisitas, y con frecuencia también, las más ampulosas. Y si bien Mani no le animaba, si evitaba siempre interrogarle sobre ella, sobre su nombre o su edad, ya no manifestaba la misma indiferencia. Le escuchaba a menudo con atención y compartía algunas de sus emociones; y a veces, cuando el tirio bogaba por sus parlanchines ensueños, se embarcaba con él en silencio. También él pensaba en la dama y se sorprendía, en su soledad, queriendo adivinar a qué podría parecerse, y bajo qué árboles habría podido Maleo conocerla.

Ambos solían ir, como todos los «hermanos», al mercado del pueblo vecino para vender los productos de la comunidad. Era el único lugar donde tenían la oportunidad de encontrarse con mujeres, la mayoría de las veces campesinas con siluetas de calabaza, cargadas con canastos y golpeando el suelo con paso dolorido. Por otra parte, miraban con desprecio a los Tunicas Blancas, esos hombres que no eran hombres, esos seres flacos de pálidas mejillas, que, año tras año, amasaban el oro de sus abundantes cosechas sin que jamás mujer ni hijo gozaran de él, esa horda huidiza e indeseable a la cual se atribuían los peores vicios y las prácticas más inconfesables.

Verdad es que algunas, al ver a Mani solo, en cuclillas, rodeado de sus mercancías, pensativo y miserable, se compadecían de él, le tocaban la frente diciendo «hijo mío» y, finalmente, le compraban sus últimos nísperos con su último *pashiz* de cobre o de estaño.

El «hijo» se esforzaba por tener un aire ausente, pero su ternura le encendía el pecho. ¡Hubiera deseado tanto retener algunos instantes más aquellos ojos llenos de arrugas que le habían sonreído!

A veces las acompañaban mujeres más jóvenes, de doce o trece años. Iban pintadas y tenían esos andares a ratos artificiosos, a ratos sumisos o traviosos, tan característicos de aquellas cuya infancia se acaba, cuya suerte está echada, de aquellas que al año siguiente estarán encintas y pesadas, y que, al otro año, se confundirán con sus madres. Contra ellas, sobre todo, Sittai solía prevenir a los «hermanos»: «No cojáis nada de su mano, no os sentéis en el lugar donde ellas han podido sentarse, y sobre todo, no os paréis a mirarlas, son bellas el tiempo de una cosecha y se marchitan en cuanto las poseen».

¿Sería una de ellas «la dama» de Maleo?

Un día, cuando los muchachos volvían de un trabajo que les había llevado al lindero del pueblo, una piedra rozó la oreja de Mani, que se sobresaltó; pero fue Maleo quien gritó, quien recogió rápidamente una piedra del tamaño de un huevo y quien se puso en guardia con los brazos en posición defensiva, gritando:

—¡Muéstrate, si eres un hombre!

A modo de respuesta, les llegó un silbido de chiquillo y, entre las ramas de un melocotonero, apareció una manita que se agitaba. Tranquilizado, Maleo tiró el proyectil por detrás del hombro escupiendo un reniego.

—¿Le conoces? —se asombró Mani.

—Quizá —respondió Maleo, que evidentemente habría preferido encontrarse en otra parte.

—¿Quiénes?

—Una chica.

Cuando estuvo ante ellos, Mani vio que en sus rodillas se veían aún las huellas de caídas recientes, que sus cabellos claros estaban recogidos en un gorro deshilachado y que, a modo de joya, lucía un collar de rabos de cereza trenzados. En la mano que no lanzaba las piedras, tenía un melocotón que mordía con fuerza, recién robado en el huerto de la Comunidad; luego, se levantaba el faldón de su blusa para limpiarse la barbilla. Era sólo una niña.

—Espero no haberte herido —le dijo a Mani.

—No le has hecho sangre —respondió Maleo—, ¡pero hubieras podido saltarle un ojo!

—¿Cómo te llamas? —preguntó la chiquilla.

—Mani —respondió de nuevo Maleo.

—¿El amigo inseparable del que me has hablado?

Dijo esto acercándose a Mani, cuyo rostro escrutaba ostensiblemente.

—Me dijiste que leía mucho, que tenía una hermosa letra, tres cejas y una pierna torcida, pero olvidaste decirme que era mudo.

Dignamente, Mani reanudó la marcha. Maleo le llamó y la niña corrió tras él.

—Yo me llamo Cloe. Maleo y yo jugamos con frecuencia. Podrías venir con nosotros.

Mani prosiguió su camino y Cloe se encogió de hombros. Maleo permaneció rezagado un momento y luego corrió para alcanzar a su amigo.

—No debería haberle hablado de tu pierna. Discúlpame. Le hablaba tanto de ti... y quería que te reconociera si algún día te veía pasar.

—No tienes que disculparte por tan poco, jamás pensé mantener mi defecto en secreto.

En lugar de parecer ofendido, Mani mostró, por el contrario, un semblante exageradamente regocijado, antes de decir:

—Así que es ella la dama de la que tanto me has hablado. Supongo que si me la describiste tan fielmente fue para que yo también pudiera reconocerla si algún día la veía pasar. ¿Es ella la que comparabas con una estatua griega?

—¡Es ella! —fanfarroneó Maleo.

—Es verdad que hay estatuas de todas las dimensiones...

Pero al decir esto y como para atenuar el efecto de sus propias burlas, rodeó con un brazo amistoso los hombros del tirio. Este último se enardecía:

—Admitamos que te he ocultado cosas, pero no he dicho ninguna mentira. Si yo viera en aquel ciruelo un brote florecido y dijera «allí hay una ciruela», ¿estaría mintiendo? De ningún modo, simplemente me habría adelantado una estación a la verdad.

Tres

La dama, esa niña que parecía un chico y que silbaba, se llamaba, pues, Cloe. Sin embargo, en su pueblo, aquel cuyas tierras lindaban con las del palmeral, a nadie se le habría ocurrido jamás llamarla así. Ni a las mujeres, a las que ayudaba a abrir los higos para ponerlos a secar en los tejados, ni a los campesinos, que la dejaban coger de los árboles la fruta que quería comer. Entraba en todas partes sin llamar, mientras pudiera permitírsele, ya que aún no había accedido a la molesta dignidad de núbil. Todos amaban a Cloe, ladrona y generosa, pero ladrona de manzanas y generosa en sonrisas. Para ellos, era y sería siempre «la hija del griego».

En efecto, la chiquilla pertenecía a una de aquellas familias de colonos, cuyos antepasados habían llegado antaño a Oriente a guerrear en el ejército de Alejandro, y luego, a la muerte del macedonio, habían elegido permanecer en tierra conquistada, por lo que habían comprado una hacienda y tomado mujer para tener descendencia. El padre de

Cloe llevaba todavía con orgullo el nombre de su antepasado, Carias, y creía vivir aún, como él, tras las huellas de Alejandro. Los escasos momentos de pasión por los que a veces atravesaba se producían cuando conseguía un auditorio para narrar, una vez más, la gran batalla de Arbelas, cuando el ejército del Conquistador había aniquilado a las tropas de Darío, cuando tantos valientes se habían reunido, los tracios, los odrisios, los jinetes peonios, los arqueros cretenses, los mercenarios de Andrómaca, la Falange y los Compañeros. Sobre todo, aquellos irremplazables Compañeros de los que el padre de Cloe hablaba con familiaridad, imitando a uno, sermoneando a otro, hasta ese instante crucial del relato en que hacía intervenir a su antepasado, diciendo «nosotros los Carias», y complaciéndose entonces en la confusión que leía en los ojos de su oyente.

Es necesario recordar que la batalla de Arbelas había tenido lugar veinte generaciones antes, pero eso no importaba, el tiempo no es más que el tonel donde fermentan los mitos, el de Alejandro más que cualquier otro, y sobre todo en Mesopotamia. Esa tierra le había sepultado joven y joven le había conservado, como un eterno novio sin arrugas, y el número de sus años, treinta y tres, había permanecido como la edad de la inmortalidad. Era él, Alejandro, quien presidía el paso del tiempo. ¿No habían elegido los astrónomos de Babel la fecha de su muerte como comienzo de la nueva era? Desde entonces se habían sucedido muchos reyes, pero lo único que hicieron fue reinar a la sombra del macedonio; los primeros fueron sus propios generales, a continuación sus descendientes y luego, cuando el poder cayó en manos de los partos, sus soberanos tuvieron buen cuidado de añadir constantemente a sus nombres el título de «El heleno», «amigo de los griegos», para afirmarse, también ellos, como los legítimos guardianes de la noble herencia de Alejandro.

Si cinco siglos después el rey de reyes en persona experimentaba la necesidad de invocar el recuerdo del Conquistador, ¿cómo podía sorprender que el padre de Cloe cultivara su parcela de leyenda, él, que no poseía ya ni la menor apariencia de grandeza, ni tierras, ni oro, ni caballos, ni sirvientes? Era un frágil anciano de barba rojiza que vagaba por una casa inmensa, pero deteriorada; vivía solo con Cloe, que le había nacido, en el ocaso de su vida, de una esclava ya difunta. Padre e hija no ocupaban más que un ala, aun así demasiado grande para ellos; el resto no era más que tejados desplomados, paredes derruidas y puertas carcomidas por la corrosión y los gusanos.

La chiquilla vagaba por aquellas ruinas, escondrijos inagotables, montículos de polvo y de piedra que pisaba sin nostalgia. Maleo había ido a jugar allí a veces, cuando se fugaba, y un caluroso día de *tammuz* había persuadido a Mani de que le acompañara. Les tocaba trabajar en el mercado del pueblo y, nada más llegar, un negociante de Nippur les había comprado toda la carga, dándoles así la ocasión de callejear. Esperaban encontrarse con Cloe, pero era su padre el que vagabundeaba pensativo, con un bastón en la mano.

—¿De quién sois hijos, niños?

—Hemos venido a ver a Cloe —prefirió decir Mani.

—¿A mi hija?

—Sí, que Dios la bendiga.

—¡Que Dios la bendiga! ¡Que Dios la bendiga! —repitió Carias con una jovialidad algo desdentada.

Y contemplaba de arriba abajo al extravagante granujilla que se expresaba así.

—Acércate para que te vea, hijo mío. ¿No serás uno de esos locos del palmeral?

Pero el griego vio en los rasgos del adolescente tal dulzura, tal inocencia y tanta melancólica gravedad que terminó por tranquilizarse.

—No me parecéis muy temibles. Seguidme, mi hijita no debe estar lejos. Os daré jarabe de moras que os refrescará la cabeza.

Pasando por encima de ruinas y escombros, llegaron al ala habitada de la casa. Cloe no estaba allí, pero a su padre le importó poco, encantado como estaba de haber conseguido un nuevo y cándido auditorio ante el cual podría contar una vez más las hazañas del antepasado y la gloria de Alejandro. Hablaba gesticulando mucho, en el dialecto arameo de la región, debidamente salpicado de palabras griegas, sobre todo cuando se trataba de términos militares. Maleo le escuchaba con fascinación, al contrario que su joven amigo, quien, poco sensible a las proezas guerreras, se distraía mirando unas curiosas marcas en la pared.

Podrían ser sólo manchas que un propietario más adinerado habría ordenado tapar con cal, pero los ojos de Mani reconocían líneas y colores. Se acercó y se puso a raspar superficialmente con la uña un polvo azulado que extendió sobre el dorso de la mano y luego fue trazando febrilmente con el índice los borrosos contornos. Carias, que hacía rato que le seguía con la mirada, interrumpió su relato para responder a sus preguntas sin formular:

—Fue un artesano de Dura-Europos quien pintó esa escena. Dicen que los colores eran brillantes y realzados con pan de oro. En esta casa patrimonial se alojaron muchos visitantes ilustres. Aquí mismo, en esta sala, celebraban sus festines, los más alegres y los mejor regados de Mesopotamia, puedes creerme.

Transcurrieron varias semanas antes de que los dos muchachos tuvieran de nuevo la ocasión de volver a casa de Carias, donde se repitió la misma escena: en la vasta sala donde antaño, según afirmaba el griego, tenían lugar los fastuosos banquetes, Maleo escuchaba sin desagrado un episodio de la cabalgada macedonia, mientras Mani, a algunos pasos de allí, sentado con las piernas cruzadas frente a la pared y con la barbilla levantada, estaba ensimismado en la contemplación de un fresco que sólo él veía; Cloe iba de un rincón a otro según le apetecía, escuchando un fragmento de epopeya o intentando en vano adivinar en los ojos maravillados de Mani la insondable visión que le deslumbraba.

Fue en el transcurso de esos largos ratos de silencio y de éxtasis cuando Mani sintió por primera vez que le invadía el irreprimible deseo de pintar. Extraño deseo para un Túnica Blanca, deseo impío, deseo culpable. En aquel medio refractario a toda belleza, a todo color, a toda elegancia de las formas, en aquella comunidad para la que el más modesto icono revelaba un culto idólatra, ¿qué clase de milagro hizo posible que el talento y la obra de Mani surgieran? Mani, que con la perspectiva de los siglos está considerado como el verdadero fundador de la pintura oriental y del que nacerían, por cada pincelada suya, mil vocaciones de artista, tanto en Persia como en India, en Asia Central, en China y en Tíbet. Hasta tal punto que, en algunas regiones, se dice aún «un Mani» cuando se quiere decir, con puntos de exclamación, «un pintor, un verdadero pintor».

Ese día, a la hora de despedirse, el chiquillo que aún vivía en él hizo un gesto curioso que habría parecido divertido si no hubiera estado impregnado de emoción. Inclinandose envarado ante el padre de Cloe, solicitó de él permiso para restaurar la pintura mural. Carias se guardó bien de reírse, pues se dio cuenta de que el muchacho estaba a punto de llorar. Sólo pudo balbucear con dificultad su consentimiento, al cual Mani respondió con un apretón de manos de adulto.

El griego, mientras le miraba alejarse cojeando, se sintió dividido entre la preocupación por haber confiado semejante tarea a un niño y el sentimiento de que estaba tratando, a pesar de todo, con un ser muy particular que, por alguna razón, le turbaba a él, el viejo Carias, e incluso le intimidaba.

Durante las semanas siguientes, Mani se dedicó a los preparativos. Primero los pinceles, hechos con sus propias manos con unas cañas en cuya extremidad ató pelos de cabra, obtenidos en el pueblo, para que tuvieran un tacto suave, o pelos tupidos de liebre. Luego los colores, pálidos o chillones, que descubría o componía él mismo con pasión e ingenio: de la arena, separaba los granos de color ocre o ladrillo; machacando cáscaras de huevos, conseguía la tonalidad del marfil; con pétalos, bayas o pistilos, completaba los reflejos y los matices; para fijarlos, los mezclaba con la resina que extraía de los troncos de los almendros.

Cuando se presentó la ocasión para hacer una nueva visita a los griegos, Mani acudió con sus pertrechos que fue desembalando sin precipitación. En aquel horno que era Mesopotamia en verano, pinturas y resinas exhalaban toda una paleta de fragancias. Carias y Maleo se fueron a la terraza para charlar como padre e hijo a la sombra de una palmera florecida mientras Cloe cortaba rajadas de sandía para que todos saciaran su boca sedienta.

Al acercarse a Mani para servirle, la chiquilla sólo pudo ver una mezcla de colores; azul cielo a modo de fondo y zonas imprecisas, terrosas o sanguinas. Permaneció tras él, mirando. Y lentamente, entre la maraña de líneas y de luces, creyó distinguir un rostro. Los dedos de Mani revoloteaban a su alrededor y, a cada pasada, afirmaban sus rasgos. Apareció un personaje, como un viajero que emergiera de una bruma de otoño, sus cejas, su nariz, sus labios parecían atravesar la pared para volver a tomar asiento en el banquete de los vivos.

Subyugada, Cloe se acercó más al adolescente, que se interrumpió y retrocedió un paso para admirar a su personaje. Estaba empapado en sudor. Con un gesto ingenuo, la hija del griego levantó el borde de su blusa para secar gota a gota aquel sudor condensado en las sienes, en el contorno de los ojos y en el débil bozo donde también brillaban algunas gotitas como el rocío que la hierba retiene. A Mani le gustaba el agradable olor de Cloe, ese pícaro perfume de fruta, pero en aquel instante ya no lo olía, sino que lo respiraba, llenaba el aire a su alrededor, le envolvía, le invadía. Cada vez que la blusa de la niña le rozaba la cara, sentía que sus gestos se entorpecían, que su respiración se hacía más débil, que los ojos se le estrechaban. Pronto sólo vio su pincel, ese trozo de caña que, como un estúpido, sostenía levantado a la altura de sus labios. Su mirada se clavó en él, como si todo lo demás hubiera dejado de existir súbitamente. Ya no sentía sus miembros ni su cuerpo entero, sólo reconocía aquella mano que sostenía el pincel, que lo apretaba, que se aferraba a él desesperadamente. Y cuando la hija del griego se apartó para que el

muchacho pudiera reanudar su obra, le vio inmóvil, con el pincel en suspenso, como si se dispusiera a dar un último toque de color.

Entonces, Cloe hizo señas a su padre para que se acercara sin hacer ruido, pero al entrar en la habitación, Carias dio rienda suelta a su alegría:

—¡Era así! ¡En tiempos de mis antepasados, esa esquina de la pared debía de ser exactamente así!

Evidentemente, para él no podía haber mejor elogio. La figura reanimada por los pinceles parecía declarar en favor de la época gloriosa que él solía evocar.

—¿Quién es ese personaje?

—Juan Bautista —dijo Mani como si descifrara el nombre en la pared.

—Nada de eso —se burló el griego—. En esta sala no ha habido jamás un Bautista. Sería más bien la diosa Deméter, Madre de los Cereales, o Ártemis Cazadora, o quizá Dioniso, a los que estaban consagrados todos nuestros banquetes. O incluso...

Se acercó a la imagen que había reaparecido.

—También podría ser el dios Mitra, ya que el pintor que vino de Dura-Europos estaba al tanto de todos sus misterios. Ahora estoy seguro, es él quien está representado aquí. ¡Mira, aún se ve la marca de los rayos de sol dibujados alrededor de su rostro!

—Mitra —murmuró Mani, lleno de terror.

Y tirando su pincel salió corriendo de la sala sin un gesto de despedida.

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! —no cesaba de repetir.

¿No le habían enseñado desde la infancia a huir de los griegos? ¿No le habían prohibido comer su pan y entrar en sus casas? ¿Qué locura de orgullo le había inducido a arrogarse el derecho de hacer caso omiso de esas prohibiciones? Y ahora estaba pintando ídolos. Impío, infiel, maldito.

¿Dónde habría podido refugiarse, sino en su península que ni siquiera Maleo conocía? Habría deseado encerrarse allí, olvidarse de todo, sepultarse, y que nadie jamás encontrara su cuerpo. Sin tomar aliento, se inclinó sobre el agua para calmar sus ojos.

Ahora se encontraba tendido, con los codos apoyados en el lecho del canal y la cara pegada a la superficie del agua. Sus amplias mangas flotaban como velas náufragas. Permaneció allí un largo rato, entumecido, quizá adormilado. Cuando miró de nuevo, vio su imagen reflejada, al principio borrosa, pero cada vez más nítida a medida que la superficie del agua se aquietaba. Jamás había visto su rostro tan de cerca. Una gota de agua estaba suspendida de sus labios entreabiertos.

Dijo una vez más «¡maldito!». Pero sus labios en el agua permanecieron inmóviles.

Aunque quería crisparlos con una mueca desolada, los labios en el agua no se crispaban. Sonreían. Y, lentamente, sus labios los imitaban. No era ya el agua la que reflejaba su imagen, era su rostro el que imitaba a ese otro ser que era él mismo y que veía en el agua.

Y, súbitamente, unas palabras fluyeron de sus labios, unas palabras que no eran suyas, pero que, sin embargo, pronunciaba con su voz:

—¡Salve, Mani, hijo de Pattig!

Le temblaba la mandíbula y sintió dolor. Hubiera querido responder, hacer preguntas, pero sus palabras, sus propias palabras se le quedaban en la garganta, mientras las palabras del otro salían de su boca dominada:

—Salve, Mani, de mi parte y de parte de Aquel que me ha enviado.

Es el propio Mani quien cuenta esta escena sucedida al borde del agua. Para él, como para aquellos a los que un día llamarán maniqueos, señala el comienzo de su Revelación. Así nacen las creencias, dirán algunos: un deslizamiento de lo imaginario en el viraje de la pubertad, un encuentro con la mujer, la mujer prohibida; y el deseo se desborda...

Sin duda. Mani necesitaba contemplarse en ese espejo de niño para pegar los pedazos de su memoria rota; sospechaba la verdad sobre su nacimiento, sobre su llegada al palmeral, y había ido recogiendo fragmentos, pero no se atrevía a colocarlos uno detrás de otro; fue necesario que aquella voz le llamara «hijo de Pattig», fue necesario que oyera de la boca de la «aparición» el nombre de Mariam.

«A los doce años, supe al fin qué mujer me había concebido y alumbrado, cómo fui engendrado en aquel cuerpo de carne y de quién provenía la simiente de amor que me había hecho nacer.»

Éstas son las propias palabras de Mani; transcritas unos años más tarde por sus discípulos.

Aunque era hijo de su siglo, posaba sobre esas cosas una mirada candida y ferviente. A la imagen que vio o creyó ver, a aquel resplandor anclado en la superficie del agua, lo llama en sus libros «mi Gemelo», «mi Doble», y habla de él como de un verdadero compañero. Un compañero de infortunio para el adolescente rebelde y, sobre todo, un valioso aliado contra los Túnicas Blancas, sus dogmas y sus prohibiciones.

Por eso, el día de aquel primer encuentro, cuando, aterrado a pesar de todo por la aparición, quiso arrepentirse de haber pintado en la pared el rostro del dios Mitra, oyó de la boca del «Gemelo» la respuesta que esperaba:

«Pinta lo que quieras, Mani. Aquel que me envía no conoce rival, toda belleza refleja Su belleza.»

Cuatro

¿Podía, pues, el niño pintar sin terror, aunque fuera la imagen de un ídolo? Su «Gemelo» le dijo muchas otras cosas que ansiaba oír: que las creencias de los Túnicas Blancas no eran las suyas, que jamás había pertenecido a su religión, que la pureza de

aquellos hombres no era más que vanidad y perversidad. Y que un día, cuando estuviera maduro para afrontar el mundo, abandonaría el palmeral.

Mani se prometió no hablar a nadie de todo esto, pero emanaba de él tal alegría, que se diría que su alma, en lugar de estar escindida, partida o desdoblada, acabara, por el contrario, de unirse estrechamente a sí misma después de una larga alienación. Había abandonado la casa de Carias como si huyera de un tugurio en llamas, pero días más tarde vuelve, se instala de nuevo ante la pared, recoge el pincel que tiró y, con algunos trazos ardientes, reaviva los rayos que adornaban la cabeza de Mitra. Había estado evitando a Maleo sin un gesto de consideración, pero ahora se vuelve de nuevo hacia él, más atento, más asiduo también en la amistad.

El tirio veía que su amigo había cambiado, que era diferente, pero ¿en qué era diferente?

Cuando los dos adolescentes se arrodillaban uno al lado del otro en la Santa Casa, lugar del culto, Mani no cantaba. Movía los labios, la barbilla, las cejas, para aparentar que cantaba, pero de su boca no salía ningún sonido. Y un día que estaban bregando juntos en el huerto de la comunidad, Maleo se dio cuenta de que Mani tampoco trabajaba. Levantaba la laya con esfuerzo, la bajaba lentamente, tan lentamente que cuando tocaba el suelo apenas lo arañaba, y luego, de cuando en cuando, mostrándose tan cansado como si hubiera labrado de verdad, se detenía, apoyaba delicadamente su herramienta contra el tronco liso de un granado y resoplaba.

Ese día, Maleo no pudo por menos de preguntarle lo que estaba haciendo. Entonces Mani recogió una rama cortada, ya marchita pero aún verde, que hizo girar y restallar como un látigo.

—¡Escucha este silbido! Es el aire que gime porque lo he ofendido. Si supieras escucharlo, le oirías decir: hazte más ligero sobre esta tierra, anda sin apoyar, evita los gestos bruscos, no mates a los árboles ni a las flores. Haz como si labraras la tierra, pero no la hieras, confórmate con acariciarla. Y cuando los demás se desgañiten, mueve los labios y no grites.

Evocando sus años de juventud en el palmeral de los Túnicas Blancas, Mani diría más tarde:

«En medio de aquellos hombres caminé con sabiduría y astucia, observando el descanso, no cometiendo injusticia, no infligiendo ninguna clase de sufrimiento, no manteniendo ninguna conversación a su manera y sin seguir su ley».

Hacía falta mucha astucia para vivir día tras día en el seno de aquella comunidad sin conformarse jamás con sus prácticas, pero sin que pareciera tampoco que se las contradecía. Y es que el adolescente debía guardar oculta su verdad, aprender, meditar, madurar durante largos años, hasta que estuviera preparado para afrontar el mundo. Mientras tanto, debía vivir fingiendo, aparentando, disimulando. Por otra parte, se aplicaba a ello con tenacidad y cuando a veces perdía el valor o la constancia se repetía: «Imitando los gestos del mundo es como se aprende su futilidad».

Sin embargo, subsistía un terreno donde Mani se guardaba bien de fingir. Entre todos los edificios del palmeral, sólo existía uno, la biblioteca, cuya puerta cruzaba sin hastío; pero por desgracia, en aquel mismo edificio, Sittai había fijado su domicilio. Sólo ocupaba una celda muy modesta, pero aun así estaba allí, muy cerca de los libros y de los

lectores. Mientras Mani se limitaba a consultar las obras que el «padre» aprobaba, no se le molestaba, pero en cuanto se arriesgaba a hojear cualquier otro manuscrito, podía tener la seguridad de que unos minutos más tarde vería acercarse a Sittai o a un «hermano» a sus órdenes, profiriendo amenazas y maldiciones.

Ahora bien, en aquella biblioteca, en verdad muy rica y que nadie hubiera esperado encontrar en un rincón perdido del valle del Tigris, raras eran las obras a las que tenían acceso los adeptos, sobre todo los más jóvenes. Bastaba con que el autor fuera pagano para que, simplemente, sus escritos se juzgaran impíos. Sólo escapaban a los interdictos algunos tratados antiguos sobre medicina, plantas, astros y viajes. Si el autor era judío, había que verificar que no había ofrecido animales en sacrificio sobre un altar, a semejanza de Abraham, y que no había aprobado notoriamente semejantes prácticas; lo que explica que la Biblia, tal como se leía en el palmeral, tuviera censurada una parte importante de sus textos. Finalmente, si el autor era cristiano existían, de entrada, con respecto a él fuertes presunciones de herejía; por eso, de la veintena de Evangelios, cuyas copias poseía la biblioteca, sólo dos o tres estaban admitidos y el resto apenas estaba mejor considerado que las epístolas de Pablo de Tarso, al cual la gente de la secta jamás le había aplicado el epíteto de «santo», pero sí los de impío, traidor y príncipe de los herejes, puesto que, según la fórmula de Sittai, «había tergiversado la doctrina de Jesús para hacerla del agrado de los griegos».

Mani leía y releía los escasos libros que no le estaban prohibidos, antes de aprenderse de memoria largos pasajes que le habían gustado, o que le habían impresionado o intrigado. A veces, al recorrer con una mirada perezosa un texto que ya se sabía palabra por palabra, se sorprendía viendo en imágenes la escena evocada. Entonces se apoderaba de él el deseo de pintar. Aquello comenzaba siempre con un largo diálogo entre él y la página; luego, ésta se cubría, alrededor de la escritura aramea, de una escena con abundantes personajes, flores y animales míticos. No obstante, en ningún momento tenía la impresión de acompañar un texto, de ilustrarlo o iluminarlo, aunque este último término le habría complacido sobremanera; por el contrario, estaba persuadido de que si se leían atentamente sus imágenes, se comprendería su substancia sin recurrir a las palabras.

El arte de Mani se desarrollaba así en los márgenes de los libros, sin premeditación, pero con la hábil pasión de la madurez precoz. Primero trazaba con la tinta de los copistas los débiles contornos de los seres y de las cosas y luego los llenaba de luces. Minutos de felicidad, robados día tras día a la vigilancia de los «hermanos».

Pero el asunto tenía que descubrirse. La primera vez que un Túnica Blanca vio a Mani «ensuciar» las páginas de un libro santo, corrió a advertir a Sittai del sacrilegio que se estaba perpetrando. El muchacho no quiso suplicar ni huir. Embriagado por el instante de creación, no cedió al miedo, ni siquiera a la prudencia que se había impuesto. Y cuando el maestro se encontró ante él, se arriesgó a una confesión insolente:

—Aún no he terminado mi dibujo.

Apoderándose del libro, un ejemplar del Evangelio de Tomás, Sittai clavó su mirada en el frontispicio, en el que una pintura representaba a Jesús entre sus apóstoles. Ninguno de los personajes estaba figurado con su cuerpo, no eran más que trece rostros, el del Nazareno en el medio, con un disco solar detrás de la cabeza a la manera de las divinidades de Palmira. Muy cerca de él, se encontraba Tomás, su gemelo según la fe de

la secta; y en torno a ellos, las otras caras, gravitando como planetas en un cielo azul y negro. Sittai contuvo la respiración. Tras él, los adeptos esperaban su veredicto en silencio.

Pero el veredicto tardaba en llegar. El maestro colocó el libro sobre una mesa, la más próxima a la ventana y, a la luz del día, lo contempló de nuevo. Esa figura que él miraba, le miraba también a él, existía más allá de la hoja, y llegó al convencimiento de que no había podido nacer de la imaginación del adolescente. Se puso lívido y su mirada se hizo más sombría como si el miedo se hubiera apoderado de él.

Mientras el hombre permanecía postrado, Mani recorría con la mirada las paredes, contra las cuales se amontonaban pergaminos, rollos de papiros y libros de hojas de palma atados con cuerdecillas gastadas. El muchacho reconocía cada obra por su encuademación y sus labios comenzaron a murmurar, por juego, el nombre de los autores: Tolomeo, Arriano, Marción, Bardesanes... Habría podido estar así horas sin cansarse, repasando de memoria lo que había retenido de cada uno de ellos y, a veces también, lo que había estado tentado de dibujar. Una sonrisa iluminó su rostro de niño maravillado. A su alrededor, todo había dejado de existir... hasta que esa frágil serenidad se rompiera al oír la primera palabra.

—¿Quién te ha inspirado esta pintura, Dios o Satán? —dijo Sittai.

Sus ojos y su voz traicionaban su turbación y, al instante, se volvió y salió para señalar que no esperaba ninguna respuesta de la boca de Mani.

Los días siguientes, el maestro de la secta se mostró igualmente sombrío, como si meditara alguna acción ejemplar que se grabara para siempre en la blanda memoria del adolescente. También los «hermanos», a excepción de Maleo, tenían buen cuidado de no dirigir jamás la palabra al culpable, temerosos de que la cólera de Sittai los alcanzara, y por el santo terror que les inspiraba a todos el pecado aún impune.

Los días pasaban y la atmósfera del palmeral se hizo abrasadora sin que el sol del verano de Mesopotamia tuviera nada que ver con ello. Esta vez, la proximidad del Tigris no la atenuaba. El maestro sentía su poder amenazado. «¿No fui yo —se decía— el que, obedeciendo a un súbito impulso, decidió un día acudir a Ctesifonte, al templo del ídolo Nabu, para pescar al borde del estanque a un extraño príncipe parto que buscaba la verdad? ¿No fui yo, Sittai, el que insistió para que ese niño viniera a la Comunidad? Y cuando Pattig flaqueó, ¿no fui yo en persona quien se desplazó para traer al niño? ¿No he sido en todo esto el instrumento de una Voluntad Suprema? ¿Y no me he convertido, de alguna manera, en el padrino de Mani, su padre en la Comunidad?

»Y sin embargo, este muchacho que creo designado por la Providencia es el mismo que viola nuestra ley, ¡el mismo que con sus dedos sucios se atreve a reproducir los rasgos de la Santa Faz! ¿Con qué lenguaje debo hablarle? ¿Qué actitud debo adoptar? Y sobre todo, ¿cómo impedirle que propague la irreverencia y la confusión en este palmeral?»

Pero la confusión estaba ya sembrada entre los «hermanos». Algunos de ellos, ciertamente poco numerosos, se interrogaban: «¿No es a los doce años, al salir de la infancia, cuando se revelan los Elegidos y su sabiduría resplandece ante los ojos de sus mayores? ¿Como Jesús ante los doctores de la ley en el templo de Jerusalén, así también

Mani!». Esta comparación irritaba a la mayoría de los Túnicas Blancas, que reprochaban ahora a Sittai su falta de firmeza frente al impío. Desde que la secta había sido fundada, cuarenta años atrás, era la primera vez que el guía era objeto de una controversia. «Si Mani fuera ese ser santo designado por la Providencia —decían sus adversarios—, habría podido elegir por compañero, entre tantos adeptos virtuosos, a cualquier otro que no fuera ese depravado de Maleo, que infringe a diario nuestras reglas de vida y que hace alarde de su desprecio por nuestra Comunidad.»

Ciertamente, el joven tirio no podía ser considerado un modelo de piedad. Iba a cumplir quince años, la edad reconocida como la de la madurez, y no ocultaba ya su deseo de abandonar el palmeral, como tampoco se privaba de hablar a todos de Ctesifonte, de su futuro negocio, de su palacio y de sus caravanas. Por otra parte, Sittai y los demás Túnicas Blancas habían renunciado a impedir sus fugas, conscientes de que ya no pertenecía a su ley.

Cuál no sería, pues, la sorpresa de Maleo cuando una noche, a su regreso del pueblo, tres «hermanos» de los más vigorosos saltaron sobre él, le inmovilizaron contra el suelo y luego le arrastraron hasta el atrio de la Santa Casa, donde le ataron a la palmera de los penitentes y, sin ninguna explicación, se dispusieron a darle una buena paliza.

Cuando Mani acudió corriendo, los tres látigos de bejuco trenzado se abatían sobre la espalda y las piernas de su amigo con una implacable regularidad, acompañados de las acostumbradas exhortaciones: «¡Confiesa tus faltas!», «¡Confiesa!», «¡Arrepiéntete!». Los alaridos del tirio se hacían cada vez más prolongados, más dolientes.

A un gesto de Sittai, la mano de los verdugos se hizo aún más dura y el adolescente aulló, de pronto, con un sobresalto de rabia:

—No soy aquí el único que se fuga, ¿por qué se me castiga a mí?

Una sonrisa iluminó el rostro de Sittai. Por fin llegaba la denuncia a la que aspiraba. Por eso, como si sólo esperara esas palabras, se acercó al torturado para que los verdugos suspendieran al instante sus golpes.

—¿Quién estaba contigo?

Recobrando el sentido, Maleo se retractó.

—¡Nadie! ¡Estaba solo!

—Ya sé que esta noche te has ido solo, pero los otros días ¿cuál de estos hermanos te ha acompañado?

—¡Ninguno!

Sólo se oía el jadeo del adolescente torturado cuando Sittai, volviéndose con solemnidad hacia Mani, dijo con voz triunfante:

—Sé que eres tú, Mani, quien le acompaña en sus escapadas, y la mayoría de los hermanos también lo saben. Pero hubiera querido oírlo de tu boca.

Sittai casi gritaba y luego hizo una seña a los verdugos para que reanudaran su tarea. Mani se apresuró a responder:

—Si una palabra de mi boca puede evitar a Maleo este suplicio, la diré.

—Pues bien, dila, pronúnciala —aulló Sittai.

—Es verdad, he acompañado a Maleo en algunos paseos.

—¿Adonde ibais?

Ya no era una valiente confesión lo que Sittai reclamaba, sino una denuncia.

—Íbamos al pueblo —confesó Mani.

—Eso lo sospechábamos, pero ¿a casa de quién ibais?

—A casa de diferentes personas.

—¿A casa de los griegos?

—Algunas veces.

—Una sola vez es ya demasiado. ¡Os habéis hundido en la impureza y en la impiedad!

Un clamor de aprobación acompañaba ahora cada frase de Sittai, que prosiguió con una voz cada vez más irritada, más acusadora:

—Y cuando ibais a casa de los griegos ¿no comíais jamás su pan?

Mani tiene ya en la mente su respuesta, da un paso con la cabeza levantada y se dispone a decir con orgullosa voz: «Sí, he comido pan griego como lo hicieron antes que yo los apóstoles de Jesús. Cuando Él los envió a predicar a las naciones, no llevaron consigo ni muela ni tortera. Sólo tenían, por todo equipaje, las ropas que llevaban puestas». Apenas dijera estas palabras, Sittai enrojecería y los Túnicas Blancas clamarían en su favor. Pero en el momento de hablar, cuando ya se había adelantado con paso desafiante, se le nubla la mente, los miembros se le aflojan, ya no manda en sus labios ni en sus manos y se queda allí, desconcertado, lastimoso, sollozando.

Sittai triunfa. Ha recuperado su autoridad y manda callar a los que protestan. Mira a Mani de hito en hito, de arriba abajo, antes de concluir, afectando generosidad:

—Hermanos, algunos de vosotros desearíais que se expulsara en este instante de nuestra comunidad a los dos jóvenes ignorantes que han violado nuestra ley, que desprecian nuestra tradición y que han dado pruebas de tanto orgullo y presunción. Pero no puedo tratar de la misma manera a estos dos pecadores. Maleo jamás ha pertenecido de pleno derecho a nuestra religión. Los que han venido a este lugar ya adultos han hecho una elección piadosa por la que serán recompensados. Los que vinieron de niños, han crecido en el seno de nuestra ley. Maleo no se cuenta entre los unos ni entre los otros. Le permitimos quedarse por fidelidad a su difunto padre, pero sepamos admitir que jamás formará parte de nuestra comunidad; pertenece a la impureza del mundo y ahora debe volver a ella. Tenerle aquí es arriesgarse a que corrompa a los más débiles de nuestros adeptos; esta noche hemos tenido la prueba. Sin la influencia nefasta de Maleo, sin las tentaciones permanentes a las que le somete, Mani se convertirá pronto en el cordero más dócil de este rebaño.

Cinco

Aquella noche, cuando Mani se tendió en la estera que desde siempre le servía de cama, el dormitorio estaba oscuro y desierto, ya que los «hermanos» estaban aún reunidos en la Santa Casa para las oraciones vespertinas. Sus voces entremezcladas le llegaban por oleadas. Luego, había periodos de un silencio opresivo. Mani se incorporó y dobló la pierna izquierda, la pierna sana, sobre la que se sentó con el rostro vuelto hacia la ventana, hacia la luna llena, hasta que su halo le impregnó los ojos; luego los cerró, como para digerir la luz así captada.

Entonces, se dibujó en su mente la misma imagen que había visto antaño en el agua del canal, su propia imagen, la de su «Gemelo», para que, solo con ella, el adolescente pudiera llorar.

—¿Por qué me he humillado así delante de toda la Comunidad? ¿Por qué no pude responder a Sittai y confundirlo?

«No ha llegado la hora», respondió el Otro.

—¿Por qué no se puede decir a esos hombres la verdad?

«¿No has leído jamás las palabras de Jesús? ¡No se tiran las perlas a los puercos! Sólo se desvela la verdad a aquellos que la merecen. Tú tienes por misión subyugar a reyes, trastornar las creencias, conmocionar al mundo, ¡y sólo piensas en asombrar a algunos Túnicas Blancas!»

—Con todo, es aquí donde he vivido desde la infancia y esos hombres son los únicos que frecuento.

«Tú jamás has pertenecido a los Túnicas Blancas, tu destino es otro, no envejecerás en medio de esa gente.»

Mani dejó de llorar cuando esas palabras se formaron en sus labios y, por espacio de un momento, acarició un sueño: ¿Y si partiera con Maleo ahora? Pero frente a su impaciencia, el Otro se revistió con la máscara serena del tiempo abolido.

«No Mani, no puedes descubrirte, es demasiado pronto aún para afrontar el mundo, nadie escucharía a un niño.»

Aunque Maleo había sido desterrado sin apelación, le autorizaron a permanecer algunas semanas más en el palmeral. Una tolerancia que no dejaba de tener relación con las heridas demasiado visibles que le habían infligido. Sittai, su verdugo, no quería ofrecer a la gente del pueblo vecino un espectáculo que pudiera avivar su desconfianza.

Mani estaba persuadido de que su amigo iba a rechazar esa clemencia tardía y sospechosa y que, en cuanto llegara la noche, aprovecharía para escapar. Pero el tirio no desdeñó la prórroga que le proponían. «¡No me gustaría llegar a casa de los griegos en semejante estado!», explicó a Mani. No deseaba presentarse ante la mujer de su vida y ante su futuro suegro como un adolescente flagelado y humillado. ¡Y puesto que podía esperar oculto a que las señales hubieran desaparecido...!

En realidad, Maleo no parecía tener mucha prisa en partir y cuando, veinte días después del incidente, un «hermano» fue a avisarle de parte de Sittai que tenía que partir, pareció desamparado.

—Ya es hora de que te confiese que te he mentado, Mani. Te he mentado mucho.

—No es el momento de confesiones, tus mentiras están olvidadas. Y no adoptes esa voz de despedida, nos volveremos a ver.

—No hablaba de las mentiras pasadas. Estoy hablando de ahora. Te he dejado creer que los griegos me esperaban, que estaban ansiosos por recibirme cuando abandonara el palmeral. ¡Pues bien, he mentado!

—¿Carias no te quiere por yerno?

—¿Crees que me he atrevido siquiera a proponérselo?

—¡Vamos! Os he visto juntos cientos de veces, hablando y riendo, te quiere como a un hijo.

—¡Mientras le interrogue sobre las hazañas de su antepasado en la batalla de Arbelas! Pero si hubiera podido sospechar un solo instante que yo soñaba con arrebatársela a su única hija para llevármela a Ctesifonte, no me habría vuelto a abrir su puerta jamás.

—¿Tú qué sabes? Estoy seguro de que si le hubieras pedido realmente la mano de Cloe, habría aceptado sin la menor vacilación.

—¡Quién negaría la mano de su hija a un Túnica Blanca!

Los dos amigos se echaron a reír, no muy alto, ya que podrían oírlos.

Mani no volvió a tener noticias suyas. Él mismo estaba bajo una constante vigilancia y cada vez que cruzaba la tapia que rodeaba el recinto le acompañaban dos «hermanos». Sólo encontraba la paz en su guarida secreta. ¿Por qué prodigio los Túnicas Blancas nunca le molestaban cuando iba o venía de allí? Se decía que aquel lugar le dotaba de una especie de invisibilidad y que el tiempo que allí pasaba no transcurría para él.

Sin embargo, un día, al saltar por encima de la palmera que servía de barrera, divisó una presencia extraña.

—¡Cloe! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El tono era brusco. Ningún otro ser humano había pisado aún el suelo de su península.

—Te seguí una vez, hace mucho tiempo, pero parecías tan ensimismado que no me atreví a acercarme.

Mani recobró enseguida el acento afectuoso que siempre adoptaba con la hija del griego. Su intrusión estaba perdonada.

—¿Qué noticias tienes de Maleo?

—Ha encontrado donde alojarse al otro lado del canal, en casa de un granjero que necesitaba brazos para la recolección. Trabaja de la mañana a la noche hasta caer

agotado. Sólo ha venido una vez a casa. Echamos de menos vuestras visitas. Mi padre me preguntó ayer si no querrías restaurar otras pinturas de nuestras paredes.

Sus cabellos de niña estaban sujetos con un pañuelo de mujer y haría unos gestos de pudor que Mani no conocía en día.

—Conservo un maravilloso recuerdo de aquellas escapadas. Veo aún a tu padre con Maleo, se volvían tan locuaces...

—Mani, cuando veníais a vernos, yo te miraba a ti sobre todo...

Como si no hubiera oído, el muchacho intentó conservar la misma entonación festiva.

—...su batalla de Arbelas que no terminaba nunca, el antepasado que llegaba siempre en el momento preciso para salvar a Alejandro, y esa risa feliz de Maleo...

Pero Cloe adoptó un aire grave.

—Mani, era a ti a quien yo miraba siempre. Mi padre también te quiere.

Una sonrisa había comenzado a relajar los rasgos de Mani, pero la reprimió y retrocedió un paso.

—¿Y Maleo?

—Entre él y yo jamás hubo una promesa.

—Él sueña desde hace años...

—¿Tengo que cargar con los sueños de los demás?

—Pero yo he prometido... —balbuceó Mani.

Con el brazo izquierdo, abrazó un árbol familiar, como para pedir su apoyo antes de pronunciar las palabras que alejarían de él a la «dama» de Maleo.

—En este palmeral, hice el juramento de no tomar nunca mujer. Mira, me he atado esta cuerda a la cintura...

Como si quisiera consolar a Cloe, añadió:

—En aquella época, no te conocía.

—No, no me conocías. ¿Has conocido jamás otra cosa que este palmeral? ¿Conocerás alguna vez otra cosa? ¿Amarás alguna vez a alguien?

—¡He pronunciado unos votos! —insistió Mani, esforzándose en adoptar el más seco de los tonos.

Entonces, Cloe huyó. Su pañuelo mal atado se enganchó a una rama, pero ella no se detuvo para cogerlo.

Mani esperó a que estuviera lejos para llorar, para pedirle perdón en silencio. Y para perdonar a Maleo.

Un mes más tarde, Mani se enteró, por un rumor que corría por el palmeral, que Maleo se acababa de casar con la hija del griego y habían partido juntos a Ctesifonte.

Seis

Mani tuvo que esperar más, mucho tiempo más, hasta pasados ya sus años de adolescencia. Según la tradición consignada en los escritos de los discípulos, hasta la edad de veinticuatro años no recibió, «de labios de su Gemelo», las palabras tan esperadas: «Te ha llegado la hora de manifestarte a los ojos del mundo y de abandonar este palmeral».

Si permaneció durante tanto tiempo junto a los Túnicas Blancas a pesar de rechazar sus prácticas y sus creencias, a pesar de que vivir con ellos era para él un sufrimiento diario, fue quizá porque su deseo de partir se acompañaba de una inconfesable aprensión. Él, que había vivido toda su juventud en el universo cerrado de la secta, universo represivo y protector en el que se envejece y se amarga uno sin madurar realmente, universo pusilánime, desconfiado, inmerso en sus obsesiones y, finalmente, ignorante de todo lo que puede suceder más allá de la tapia que lo cercaba, ¿cómo podría pensar con ligereza en el enfrentamiento con el mundo?

Había dejado, pues, que transcurrieran los días, las semanas, todas iguales, lentas, sombrías. Hasta aquella mañana de abril, aquella mañana de la liberación, cuando, al despertarse, fue a lavarse la cara con el agua del canal del Tigris. Permaneció allí durante largo rato, inclinado, inmóvil, hasta mucho después de que todos los «hermanos» se hubieran ido. Luego, incorporándose lentamente, miró a la lejanía con deseo. El sol estaba ligeramente velado, el aire era tibio y lánguido, las palmas de las datileras se movían con el triste balanceo de las alas cautivas. Súbitamente, el tiempo de su vida le pareció de gran valor.

Había tomado una decisión: ¡antes de que llegara la noche, partiría!

«Partir —se repetía Mani—, partir es una fiesta, la única quizá, de mil formas diversas, con mil vestidos de gasa o de roble. ¿Han celebrado alguna vez otra cosa los hombres, eternos rehenes del horizonte?»

Para su partida del palmeral no eligió el engaño ni la huida, sino la ufanía y la frente alta, y también la ceremonia: primero, despojarse, separar lentamente de su piel esa otra piel blanca que, desde hacía veinte años, le envolvía y le ahogaba, respirar en la desnudez, mirar con desprecio su ropa vieja desparramada por el suelo, desplomada, vacía de todo espesor de vida.

Luego, renacer en los colores: «Mani llevaba un pantalón bombacho con las perneras teñidas de amarillo rojizo y verde puerro», cuenta una crónica muy antigua. Se había echado sobre los hombros un chaquetón azul cielo y aunque su blusa era blanca, estaba salpicada de flores dibujadas con embeleso, como se borda un ajuar de boda, por el propio pintor en sus tristes épocas de espera. Sin embargo, cuando más tarde los discípulos de Mani evocaran este día de ruptura, preferirían hablar de Natividad, olvidando a Mariam yardino, y los apretados pañales de Utakim. No —dirían—, de las entrañas de una mujer a las entrañas de una comunidad no se produjo un nacimiento, sino

una gestación inacabada; se necesitaba otra cosa, veinte años de un lento viaje en torno a sí mismo. La conmoción del mundo se concibe en la paciencia.

Aquel día, cuando Mani hubo terminado de arreglarse y se presentó ante los Túnicas Blancas reunidos bajo la bóveda de la Santa Casa, lo hizo mirando de frente, con un bastón en la mano y un libro bajo el brazo. Se percibía la seguridad de su paso, pero su barba rala dejaba traslucir aún cierta fragilidad.

Entró el último, y aunque la oración había comenzado ya, su aparición desencadenó murmullos. Los blancos hombros se volvían y si algún «hermano» permanecía recogido, su vecino le zarandeaba para mostrarle con la barbilla o con el codo al innombrable atrevido. Sólo el sacerdote, Sittai, aparentó proseguir su oficio, pero el último canto, de ordinario tan ferviente, fue despachado en dos compases apresurados y luego los adeptos salieron andando hacia atrás, con la cabeza inclinada y evitando pasar por la nave central en cuyo centro se encontraba Mani, envuelto en colores chillones, por lo que se retiraban rozando las paredes de las naves laterales. Parecían galeotes sin remos o pescadores sin redes.

Una vez fuera, se reunieron cerca de la puerta profiriendo imprecaciones, sintiéndose agraviados también por su indumentaria, por su repentina locura y por su criminal impiedad. Y cuando, una hora más tarde, Mani se aventuró por fin a salir, un clamor se elevó entre ellos. Cuando ya unas manos se tendían hacia él para agarrar sus ropas abigarradas, para hacerle pagar su provocación, Pattig, como si se acordara súbitamente que era padre y que tenía unos deberes, se interpuso, cogió por el brazo a su hijo con firmeza y le arrastró hasta la orilla del canal, donde los «hermanos» no pudieran espiarlos.

Mani se dejó conducir sin perder ni un ápice de su serenidad ni de su orgullo. Era Pattig, sobre todo, quien parecía inquieto, desamparado; aunque escrutando más de cerca su semblante, se habría podido descubrir en él una inconfesable felicidad: la de encontrarse, por primera vez en su vida, protegiendo a su hijo, apartándole de los peligros. Verdad es que, al día siguiente de la partida de Maleo, se había forjado entre ellos una discreta amistad, después de tantos años de alejamiento y de aparente indiferencia; pero en ningún momento había tenido Pattig la ocasión de semejante familiaridad, de coger a Mani por el brazo, apartarle de la Comunidad y sermonearle como el verdadero padre que era:

—¡Qué ridícula idea te ha cruzado por la mente para que lleves este disfraz!

—No puedo dar crédito a mis oídos —respondió el hijo—. ¿Es realmente un Túnica Blanca el que intenta enseñarme de qué manera hay que vestirse para ir por el mundo?

Pattig se esperaba una respuesta más sumisa.

—¿Por qué hablas en ese tono, como si estuvieras rodeado de enemigos? Aquí sólo tienes hermanos. Ven, sígueme, vamos a ver a *mar* Sittai. Sabes que te tiene en gran estima, estoy seguro de que estará dispuesto a olvidar este estúpido incidente.

—Yo no quiero que lo olvide. Quiero que conserve para siempre esa imagen ante sus ojos y que, dentro de veinte años, vea aún en sueños a Mani con ropas de colores.

—Domínate, Mani, recupera el sentido, ya no es momento para bravatas de chiquillo, el sínodo de los ancianos va a reunirse para ordenar tu expulsión. Quizá tenga tiempo aún de hablarles, de calmar su cólera.

—Yo deseo partir y el sínodo quiere que me marche, ¿por qué he de temer el enfrentamiento? Ellos, que creen castigarme, no hacen más que apresurar mi liberación.

—Partir, partir, no tienes otra palabra en los labios, pero ¿adónde irías? Has vivido siempre en esta Comunidad. Fuera de aquí, estarás perdido. Pronto te recogerán al borde de un camino como un fardo deshecho.

—¿Me estás diciendo que hay suficiente sitio para mí en este miserable palmeral y que en el vasto mundo me sentiré limitado?

—Aquí al menos encuentras gente que te escucha y debate contigo, somos tu única familia. Y respecto a mí que te estoy hablando... eres de mi carne y de mi sangre, ¿lo ignorabas?

En el pasado, Pattig jamás había pronunciado estas palabras y ahora las lanza como un mal argumento, con la esperanza de desarmar a Mani, quien, de hecho, se siente turbado. Su mirada se vuelve vacía y ausente. El corazón le martillea en las sienas y, temiendo desfallecer, busca con la mano una pared donde apoyarse. Pattig le tiende la suya abierta como para acogerle, pero en cuanto el hijo la toca, en cuanto nota su áspero sudor, se arrepiente y se yergue, para anunciar con voz inexpresiva:

—Es ya demasiado tarde para que un hombre sea mi padre.

Hasta ese momento, ninguno de los dos se había permitido evocar, ni siquiera por alusión, el lazo de sangre que los unía; cada uno de ellos se contentaba con saber que el otro sabía, y esa muda complicidad daba a sus relaciones una emoción inalterable. Por lo tanto, las palabras pronunciadas por Pattig, no solamente acababan de traicionar un tácito y sabio acuerdo, sino que, dichas en esas circunstancias y con semejantes segundas intenciones, habían resonado en los oídos de Mani como algo agresivo y obsceno. Tuvo que hacer un esfuerzo para respirar sosegadamente antes de añadir con un tono que quería ser definitivo:

—Está escrito desde el alba de los tiempos que tú serías el medio por el cual yo vendría a este cuerpo. Pero no serás un obstáculo en mi camino.

Los ancianos de la Comunidad se habían reunido en la sala del sínodo, contigua a la Santa Casa. Allí estaban Sittai, que presidía, su sobrino Gara, un «hermano» de Edesa, otro de Farat y otro de Kashgar. En total cinco jueces instalados a todo lo ancho de la mesa maciza y, de pie, frente a ellos, el acusado con un rostro impasible.

A Sittai le correspondía hablar el primero.

—No nos hemos reunido para castigarte, Mani, sino para invitarte a arrepentirte. Has llevado durante veinte años el blanco de la pureza y ahora adoptas los colores del orgullo. Has vivido entre nosotros como una oveja dócil, como una novia tímida y decente, has guardado puro el cuerpo, no te has llevado a la boca más que alimentos puros, ¿por qué locura quieres hoy perder el beneficio de semejante gracia?

Mani parecía clavar la mirada no se sabe en qué punto de la pared, por encima de la cabeza de sus censores.

—Los alimentos, puros o impuros, terminan en deyecciones. ¿Habría, según vosotros, deyecciones puras e impuras?

—Te hemos convocado para escucharte con indulgencia, ¿por qué te muestras tan desdeñoso desde las primeras palabras?

—No existe en mí ningún resentimiento, pero os jactáis de haberme hecho vivir en la pureza, y yo os respondo que esa pureza que vosotros predicáis no corresponde a nada. Pretendéis que los frutos que salen de las tierras de la Comunidad son «machos» y puros, ¿no es eso lo que decís? ¿Por qué, entonces, los vendéis fuera a los aldeanos impuros que los muerden con sus dientes impuros?

—¿Adonde quieres llegar?

—Es pura superstición hablar de alimentos puros o impuros; es pura necedad hablar de hombres puros o impuros; en todas las cosas y en cada uno de nosotros la Luz y las Tinieblas están mezcladas.

—¿Y es para protestar contra nuestra exigencia de pureza por lo que te has quitado tu túnica blanca?

—No. Me he vestido así porque me dispongo a partir.

Dio un paso hacia la puerta. Sittai le llamó.

—Acabas de exponernos tus ideas, pero aún no las hemos discutido contigo ni las hemos debatido entre nosotros y ya te alejas.

A decir verdad, en aquel enfrentamiento era Mani el que demostraba más agresividad. Más tarde, perdonaría a Sittai que le hubiera arrancado de los brazos de su madre, que le hubiera secuestrado y aterrorizado durante veinte años. Más tarde, hablaría sin rabia del maestro de la secta y de la mutua fascinación que se había establecido entre ellos, pero con todo, en aquel momento había que saber romper, liberarse, escapar. Había que saber partir.

—No me voy a causa de ningún desacuerdo con vosotros, sino porque tengo que entregar un mensaje al mundo.

—¿Y cuál es ese mensaje?

—No es aquí donde lo debo entregar. Oiréis mi grito cuando el mundo os haya enviado su eco.

—No eres razonable. Nos hemos reunido para escucharte y tú quieres partir sin ninguna explicación. Cuando un campesino consigue una semilla nueva, primero la prueba en una pequeña parcela; si agarra, puede permitirse sembrarla en todos los campos. Explícanos tu mensaje, nosotros te diremos lo que pensamos de él y te ayudaremos a discernir lo verdadero de lo falso.

—Lo que es verdadero es verdadero, lo que es falso es falso, vuestras opiniones o las mías importan poco.

La voz de Sittai se hizo más firme sin que, no obstante, pareciera hostil.

—No se trata solamente de opiniones. Somos cinco ancianos, fieles a los libros y a nuestras tradiciones, te hemos visto crecer, te hemos enseñado todo lo que sabes, ¿no puedes extremar tu orgullo hasta pretender que la opinión de un solo hombre como tú tiene más importancia que la nuestra!

—Fuiste tú mismo quien me lo enseñó, Sittai: no hay mayoría en la verdad. Bajo los cuatro climas, una infinidad de personas cultivan las más absurdas supersticiones, ¿acaso su gran número añade algún valor a sus creencias?

—¡Pero los hermanos ante los cuales te encuentras no son la multitud informe, sino los más eruditos, los más sabios de los hombres!

—Las leyes del universo no han sido votadas por asambleas de sabios. Son lo que son, ¿en qué podrían modificarlas vuestras opiniones?

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Sólo estoy seguro del mensaje que me ha sido revelado.

—Aún falta saber si ese mensaje te viene de Dios o del diablo. ¿Te has preguntado alguna vez por qué el Cielo te habría elegido a ti? ¿Eres el más santo, el más piadoso, el más virtuoso?

—No interrogo sus designios. Quizá sea yo su preferido.

A Sittai se le agotaba la paciencia, pero siguió esforzándose por dominarse.

—Supongamos que el Altísimo te haya designado realmente, Mani. Habría querido entonces distinguir este palmeral, ¿no crees? Si tú eres santo y bendito, el árbol que te ha producido es igualmente bendito.

—Cuando nací, ¿qué hicieron del agua sucia en la que estuve sumergido durante nueve meses? La tiraron. Este palmeral es el agua en la cual estuvieron sumergidas mi infancia y mi adolescencia.

Era demasiado. Sittai, sin poder creer lo que estaba oyendo, hubiera querido hacer repetir al insolente la frase que acababa de proferir, pero Gara, su sobrino, había saltado ya de su asiento gritando «¡Hereje!», y un instante después, como para responder a su señal, la puerta se abrió y una horda de Túnicas Blancas inundó la sala vociferando, abalanzándose sobre Mani, lanzándole barro e intentando despojarle de sus ropas de colores.

Sittai intervino:

—¡Todo hombre que se encuentre a menos de tres pies de él será excomulgado inmediatamente!

Los golpes se interrumpieron, pero cuando Mani, ya en el suelo, se atrevió a levantar la cabeza, una avalancha de barro fue a estrellarse contra su frente, chorreándole luego por las cejas y por el resto de la cara. Se desplomó de nuevo y a duras penas Pattig consiguió levantarlo y arrancárselo a la horda.

Fue entonces cuando en medio de sus lágrimas Mani recuperó la sonrisa. ¿Cómo podía sorprenderse de haber sido maltratado? ¿Acaso creía que iban a aclamar triunfalmente a aquel que había escarnecido su ley? A decir verdad, era él quien había estado lamentable. Había bastado una bofetada y un chorro de barro para que perdiera toda prestancia y se encontrara llorando como un niño en brazos de su padre.

Se limpió la cara lentamente con el revés de la manga y se incorporó; levantó la tapa del cofre de madera tosca donde guardaba sus cosas y sacó de él su recado de

escribir y sus pinceles para envolverlos en un pañuelo de lino que se anudó alrededor de la cintura.

Luego, se levantó, pero permaneció aún un largo rato con los brazos caídos, incapaz de poner un pie delante del otro, como si esperara de su voz interior una última confirmación.

«Sí, Mani, hijo de Babel, estás solo, despojado de todo, rechazado por los tuyos, y partes a la conquista del universo. En eso se reconocen los verdaderos comienzos.»

2. Del Tigris al Indo

*Mi esperanza ha llegado hasta el oriente del mundo,
y a todos los lugares de la tierra habitada.*

MANI

Uno

Fue en el mes de abril del año 240 cuando abandonó para siempre el palmeral de los Túnicas Blancas. Había vuelto una página de su historia: hasta entonces había vivido sedentario y oculto; en lo sucesivo, viviría por los caminos.

Su primera etapa fue Ctesifonte. Cuando Mani nació, la gran ciudad del valle del Tigris era la residencia de los reyes partos, y aunque después su imperio había desaparecido, barrido por el de los persas sasánidas, los nuevos señores del país se habían establecido en la misma capital, que de ese modo había conservado su prestigio y su prosperidad.

Hoy, el nombre de Ctesifonte está borrado del mapa. Sin embargo, fue una de las grandes metrópolis del mundo antiguo, cuna del maniqueísmo y también un importante lugar de la cristiandad oriental. No lejos del emplazamiento donde, cinco siglos más tarde, los árabes fundarían la ciudad de Bagdad, se pueden admirar aún los vestigios del palacio donde Mani consiguió su más espectacular conquista.

Pero al día siguiente de su partida del palmeral aún no había llegado ese momento. Aunque el hijo de Babel tenía un alma de conquistador, su apariencia era distinta, la de un monje errante vestido con unas extrañas ropas de colores.

Iba a pie, con la cabeza protegida por un pañuelo, y debería haber llegado a la ciudad en cuatro o cinco días; pero el viaje se había prolongado a causa de una crecida del río Tigris que había roto los diques e inundado los caminos. Hasta el décimo día, a la puesta del sol, no llegó a la ciudad, y pronto se vio arrastrado por el cotidiano barullo. En efecto, los habitantes más ricos de Ctesifonte tenían por costumbre poseer multitud de animales, monturas y grandes rebaños, que los pastores esclavos llevaban a pacer todas las mañanas fuera de las murallas, hacia los pastos de Nassir o de Mahozé, y traían de regreso por la tarde, obstruyendo las puertas de la ciudad con una nube de lana, de cayados y de olores.

Como muchos otros viajeros, el hijo de Babel tuvo que entrar tras sus huellas, tosiendo, soportando empujones y aturrido por un alboroto más urbano, ya que las calles, adormiladas a mediodía, se animaban al acercarse el crepúsculo cuando el sol se ponía. Empleados, porteadores, pregoneros, soldados, camelleros, que a la hora de la siesta habían desaparecido, recomenzaban su ajetreado bullicio al cual se unían los paseantes, cada hora más numerosos a lo largo de las orillas, donde les esperaban las barcas de los vendedores ambulantes para ofrecerles esteras, gorros y chucherías de gran precio. Las monedas caían a puñados ruidosamente de una bolsa a otra. Ctesifonte era así. No se deambulaba por la ciudad para respirar aire fresco, sino para presumir, para exhibir a los niños rollizos y a los sirvientes, a las esposas sobre todo, preferentemente regordetas y de tez lechosa, cargadas de collares sobre la piel de los escotes y de pulseras ensartadas de dos en dos y de cuatro en cuatro hasta el codo. En esa ciudad, la gente llevaba encima todo lo que poseía, todo lo que era o pretendía ser. Y si, a veces, alguien tiraba una de esas pulseras a un mendigo desplomado contra la pared de un templo, lo hacía para que la multitud se quedara boquiabierta.

Cuando el cielo se iba oscureciendo y se terminaba el paseo, todo el mundo se retiraba a su casa con sus animales y su familia, para comer y beber, ya que las tabernas sólo eran para los viajeros y para algunos granujas. En efecto, todo ciudadano que se respetara se emborrachaba en su casa y acostado; siempre debía beber acostado y rodeado de los seres queridos o gratos. También en esto había que saber alardear, probar que se tenían los medios para embriagarse, ofrecer el vino en odres panzudos a los amigos, a los vecinos, a los clientes, y emborracharse hasta perder el sentido. ¿No era así como se comportaba el rey de reyes? ¿No tenía, además de sus catadores y de sus coperas, un escribano encargado de la embriaguez que llevaba un registro de todo lo que el soberano decretaba en estado de soberana borrachera, a fin de recordárselo cuando se despertaba y así lo pudiera reparar? Si la víspera había tenido el vino pródigo y había abolido cuatro años de impuestos, era necesario que los restaurara; si había tenido el vino colérico y había despojado de su cargo al jefe de los magos, culpable de haberse negado a bailar, era necesario que le rehabilitara.

Ctesifonte. La embriaguez ordenada, la grandeza meticulosa. Ctesifonte, heredera de Babilonia y rival de Roma; entre sus murallas dormiría Mani aquella noche.

Pero primero, para dar un rostro a la ciudad, había que encontrar al amigo. Mani interrogó a un transeúnte que parecía tener menos prisa que los demás. ¿Conocía, por casualidad, a un tirio llamado Maleo? ¿Maleo?, repitió el hombre entornando exageradamente los ojos. Por lo menos hay diez o doce que llevan ese nombre. Y dices que su mujer es griega...

Y fue así como Mani llegó al barrio del templo de Nabu, no lejos de la plaza de los Relieves, ante una casa de dos pisos, recién encalada y reluciente, detrás de una fila de palmeras. El portero condujo al visitante ante su señor, que apareció al final de la avenida, abriendo exageradamente los brazos.

—No es el palacio que había prometido, pero ya me he construido esta choza —dijo modestamente Maleo con su voz de trueno, satisfecho y próspero, orondo y resplandeciente.

Cloe, incrédula, vino corriendo. Había cambiado poco. Si no fuera por la criatura rolliza que llevaba con soltura en la cadera, sujetándola con un brazo, sería la misma

chiquilla alegre y traviesa por la cual Mani había conservado el mismo cariño. Sus cabellos claros estaban, como siempre, despeinados. En la fugaz mirada que intercambiaron se podía descubrir una alegría verdadera; también, sin duda, un resto de pena, pero ninguna ambigüedad.

—¿Y esa ropa? —dijo ella.

—Sí, he abandonado a los Túnicas Blancas.

—¿Para siempre?

—E incluso más allá.

Dio un paso hacia ella y con una mano emocionada rozó las mejillas de la criatura, una niña de apenas dos años que se dejó acariciar por el visitante desconocido y que, incluso, le regaló una sonrisa antes de agarrarse tímidamente a la blusa de su madre.

—Aquí eres bienvenido —dijo Maleo—, esta casa es la tuya, bien lo sabes.

—Si alguna casa en el mundo pudiera ser la mía, sería ésta; pero sólo estoy de paso.

—¿Adonde vas?

—Eso aún lo ignoro. Mientras tanto, ¿me ofreces alojamiento para esta noche?

—Para esta noche, para mañana por la noche y para todas las noches de mi vida.

—Para mañana, te lo pediré de nuevo mañana.

Maleo hubiera querido protestar, pero reconoció en su amigo ese tono lejano, súbitamente desinteresado y como sonámbulo. No servía de nada insistir, más valía cambiar de tema.

—Mañana te llevaré a ver mis almacenes y mis talleres, luego, el palacio y el nuevo hipódromo...

Pero su amigo le interrumpió, cogiéndole la mano con gesto de excusa,

—No, Maleo, lo que más necesito es callejear por esta ciudad sin rumbo fijo. Ya es hora de que contemple cómo vive el mundo.

Al día siguiente, al regresar a su casa para comer y dormir, Maleo llevaba su mula, como todos los días, por un atajo a través de un jardín baldío, especie de huerto abandonado, cuando vio a Mani sentado en una piedra, en medio de un pequeño grupo. Al acercarse, advirtió que su amigo tenía sobre las rodillas un libro abierto en el que parecía dibujar algo, a la vez que conversaba con las personas que le rodeaban. El tirio se disponía a echar pie a tierra cuando, al reconocer a las cinco o seis cabezas que se apiñaban alrededor del pintor, cambió de parecer y reanudó su camino mirando a otra parte.

Ya en su casa, se sentó a la mesa sin decir palabra.

—¿No quieres esperar a Mani? —le preguntó Cloe con tono de reproche.

—Ya comerá cuando venga. Tengo hambre.

Cuando se le ponía cara de mal humor, Maleo parecía más rollizo aún que de ordinario y su barba redonda se le encrespaba.

—Otra vez problemas con los caravaneros —concluyó ella...

Pero su marido callaba y devoraba su comida bocado tras bocado, mirándose los dedos fijamente. Cloe no insistió más y continuó trajinando a su alrededor.

Después de las frutas, Maleo no se fue a dormir la siesta, sino que se sentó en un cojín desgranando con rabia su rosario de ámbar. Una hora más tarde llegó Mani. Maleo no levantó los ojos.

—Al pasar por el jardincillo, te vi... Estabas en plena conversación con ciertos individuos... ¿Los conoces?

—No. Estaba dibujando una guirnalda con tinta roja, se acercaron y yo les hablé.

—¿Sin conocerlos?

—Fuera de tu casa, no conozco a nadie en esta ciudad.

—Voy a decirte quiénes son esos individuos: ociosos golfos, chiflados, borrachos, todos aquellos que no tienen otra cosa que hacer por la mañana que vagabundear por los descampados... ¡No dices nada! ¡Te es indiferente que tus oyentes sean los peores granujas del barrio!

Mani callaba. Pero había tanto candor en el mutismo de ese niño de veinticuatro años, ese niño grande, barbudo y vestido de colorines, que Maleo no insistió más. Dejó caer los brazos y con los ojos entornados se fue a echar la siesta inútilmente retrasada.

Durante los días siguientes, el tirio evitó pasar por el jardín. Prefería obligarse a dar un gran rodeo antes que encontrarse de nuevo con las malas compañías de Mani. ¿Fue por curiosidad, por cansancio o por simple inadvertencia por lo que, una semana más tarde, tomó de nuevo su antiguo camino? Había por lo menos quince personas rodeando al pintor, entre ellas dos o tres de los mirones del primer día, pero también individuos de toda condición, y uno de ellos era un vecino, tirio como Maleo, rico y respetado. Sentado, como tenía por costumbre, sobre la pierna izquierda doblada, el hijo de Babel tenía su libro abierto ante él, pero había dejado de pintar y se había colocado el pincel detrás de la oreja. Echando pie a tierra, su amigo se acercó para escucharle, medio escondido detrás de un ciprés joven. Mani no dio la impresión de haber notado su presencia y prosiguió su discurso:

—... en los comienzos del universo existían dos mundos, separados uno del otro: el mundo de la Luz y el de las Tinieblas. En los Jardines de Luz se encontraban todas las cosas deseables, en las tinieblas residía el deseo, un intenso deseo, imperioso, rugiente. Y de pronto, en la frontera de los dos mundos, se produjo un choque, el más violento, el más aterrador que el universo haya conocido. Las partículas de Luz se mezclaron entonces con las Tinieblas de mil formas diferentes y fue así como aparecieron todas las criaturas, los cuerpos celestes y las aguas, y la naturaleza y el hombre...

Su palabra se interrumpió, como para buscar la inspiración. Luego, fluyó de nuevo.

—En todos los seres como en todas las cosas se rozan y se entremezclan Luz y Tinieblas. Cuando os coméis un dátil, la pulpa nutre vuestro cuerpo, pero el sabor dulce, el perfume y el color alimentan vuestro espíritu. La Luz que está en vosotros se nutre de belleza y de conocimiento, tenéis que alimentarla sin cesar, no os contentéis con atiborrar vuestro cuerpo. Vuestros sentidos están concebidos para captar la belleza, para tocarla, respirarla, saborearla, escucharla, contemplarla. Sí, hermanos, vuestros cinco sentidos son

destiladores de Luz. Ofrecedles perfumes, músicas, colores. Evitadles la pestilencia, los gritos roncros y la suciedad.

Cuando su auditorio esperaba la continuación, Mani se levantó apoyándose en el palo que llevaba constantemente en la mano y todos se apartaron con respeto para dejarle partir, aún pendientes de su rostro demacrado de adolescente huraño. Luego, como si unos tenues hilos los ataran a él, uno tras otro le siguieron pisándole los talones, subyugados y mudos.

Sin duda, Maleo se había tranquilizado con respecto a las compañías de su amigo, pero no por ello se habían disipado sus temores. Ayer temía que un guardián celoso le confundiera con los golfos del barrio; hoy, le aterraba verle preso por razones más serias. No se podía reunir todos los días en las calles de Ctesifonte a decenas de ciudadanos, quizá pronto a cientos de ellos, sin despertar sospechas de estar urdiendo alguna conspiración. Ciertamente, lo que acababa de oír de la boca de su amigo no contenía ninguna palabra sediciosa. Pero Maleo desconfiaba. Conocía suficientemente a Mani para adivinar que su enseñanza no había hecho más que comenzar, para presentir que no se limitaría indefinidamente a consideraciones idealistas sobre los comienzos del mundo. Un día, que podría estar cercano, su amigo pronunciaría la frase de más que provocaría lo irreparable. A medida que el tirio daba vueltas en la cabeza al asunto, el peligro le parecía más evidente, más inminente. Él mismo se veía ya preso por complicidad en cualquier calabozo, su comercio arruinado, todas sus ambiciones aniquiladas y a su mujer, reducida a la mendicidad...

—Tengo que hablarte, Mani —le dijo bruscamente.

El tono no era hostil, sólo quería que fuera grave y franca. El hijo de Babel comenzó por sonreír.

—No frunzas el ceño, entonces. Ese aire sombrío no concuerda con tu cara mofletuda. Pero habla, dime lo que tienes en el corazón...

—Tú y yo vivimos toda nuestra juventud en aquel palmeral, apartados del mundo, de sus alegrías y de sus obligaciones, y tú, mucho más que yo, viviste en tus libros, nadie conoce mejor que tú la medicina y la teología; admiro tu ciencia, tu talento, tu entusiasmo, los hombres como tú dejan huellas en la tierra que han pisado y en el corazón de sus allegados. Pero hay muchas cosas que se te escapan y que el más zafio de los hombres captaría mejor que tú. ¿Estás dispuesto a admitirlo?

Mani asintió y su amigo se animó a proseguir.

—Primero, parece haber olvidado que el señor de Ctesifonte y de todo este imperio es Artajerjes el Sasánida, rey de reyes. Tengo empeño en recordarte su nombre y el de su dinastía, y que ha instituido su poder borrando de la faz del mundo el imperio de los partos y matando a Artabán, su último soberano. Te lo repito, por si no lo hubieras comprendido: los sasánidas han establecido su reino sobre las ruinas de los partos, los han perseguido por toda esta tierra de Mesopotamia, en Media y hasta las puertas de Arabia y de la India. Y tú, Mani, tenlo constantemente en cuenta, eres parto. A los ojos de los nuevos señores eres, en primer lugar, un príncipe parto. No solamente tu padre es de la noble familia de los Haskaniya, sino que tu madre, según dicen, pertenece a la de los Kamsaragán, aún más noble y más antigua, que se aliaron con el reino de los partos.

—He ignorado durante mucho tiempo esta ascendencia y cuando me enteré no le di importancia. Sabes bien que a mis ojos no existen razas ni castas.

—Lo sé, Mani, y te respeto por ello, pero el mundo no ve las cosas así. Esta noche, una mano malintencionada puede presentar un informe al rey de reyes sobre un príncipe parto llamado Mani que organiza reuniones en las calles de su capital. Y eso será el fin de tus locuras.

—¿Por qué habrían de inculparme? No me ocupo de los asuntos del Estado, sólo hablo del Cielo, no incito a la sedición.

—¿No acabas de decirme que no creías en razas ni en castas? Bastaría con que pronunciaras en público esas palabras para ser culpable de lesa majestad, ya que nuestro rey de reyes está orgulloso de su casta y de su raza. Y aunque sólo hablaras del Cielo, ¿crees que eso bastaría para declararte inocente? Quizá no tengas consciencia de ello, pero los tiempos han cambiado. En la época de tus parientes partos se toleraban todas las creencias. Entre mis vecinos hay cristianos que practicaban su culto sin esconderse. El patriarca de los judíos en el exilio tenía acceso libre al palacio, y ni siquiera se sabía cuál era la religión del príncipe. Pero Artajerjes es diferente. Está rodeado de un grupo de magos que intentan imponer el culto del fuego en toda la extensión del imperio. En un palmeral olvidado a la orilla de un canal del Tigris se puede practicar aún la religión elegida. Pero aquí, en la capital, hay que callarse, esconderse, y si se quiere invocar a Jesús, o a Baal, o a Nabu, o a Moisés, se hace al amparo de las propias paredes.

—Tus palabras no me asustan, Maleo. Si vienen a detenerme tendré la oportunidad de exponer mi mensaje ante el señor del imperio.

—En esto reconozco tu ingenuidad. Recuerdas haber leído en tus libros alguna fábula antigua sobre un acusado que comparecía ante el rey y ya te imaginas tú frente al monarca, dialogando con él, subyugándole y convirtiéndole. ¡Despierta, Mani! ¡Abandona ya esos sueños de adolescente! No te conducirán ante el rey de reyes, desgraciado, te meterán en algún calabozo cenagoso y sólo podrás discutir con las ratas y los parásitos.

—En eso te equivocas. Yo sé que algún día hablaré a los reyes...

Maleo observaba a su amigo, intentando discernir las razones de semejante seguridad, cuando apareció Cloe, con la mirada vacilante del que no sabe si la noticia que trae va a suscitar alegría o fastidio.

—Pattig está aquí —dijo.

Mani se levantó y dio un paso hacia la puerta; por el contrario, su anfitrión lo hizo de mala gana, preocupado aún, inquieto, pero cuando Pattig entró en la habitación, vestido todavía a la manera de los Túnicas Blancas, le tendió los brazos efusivamente. El viejo «hermano» no le concedió más que un abrazo apresurado; sólo tenía ojos para su hijo, al que, sin embargo, no se acercaba, contemplándole a distancia como a una aparición ardiente e incierta, un poco peligrosa.

—¡Estaba convencido de que jamás volvería a verte! Cuando te fuiste, lloré, quise ayunar hasta la muerte. Y Sittai también lloró como si hubiera perdido a su verdadero hijo. Luego llegaron unos hermanos que te habían visto cruzar el puente de Seleucia y supuse que habías venido a casa de Maleo, ya que no conoces a nadie más en estas ciudades. Por lo tanto, te seguí. Todos los hermanos deseaban acompañarme en cortejo.

Tu partida les ha apenado y conmovido. Si al menos pudiera llevarte de regreso a nuestro palmeral, toda la Comunidad exultaría. Nadie, ¿me oyes?, nadie pensaría en reprocharte nada, podrías hablar en voz alta, exponer tus ideas...

El rostro de Mani se iba endureciendo a cada palabra de su padre.

—Si has venido para decirme esto, más te habría valido quedarte con los Túnicas Blancas. Entérate de una vez por todas, no volveré jamás a tu palmeral, ya no pertenezco a esa religión.

—¿Y yo, Mani? ¿Has pensado un instante en mí? Abandoné el mundo y sus placeres, abandoné a mi mujer para vivir en esa comunidad, creyendo encontrar allí pureza y fraternidad, y ahora resulta que mi propio hijo me dice que el sacrificio de toda mi vida ha sido inútil. Si te escucho, reniego de todo a lo que me había consagrado, y si permanezco unido a la Comunidad, pierdo al único ser que está emparentado conmigo. Sólo te tengo a ti en este mundo.

—Entonces quédate conmigo. Escucha mis palabras. Si responden a tus esperanzas, me seguirás en mi camino, como en el pasado seguiste a Sittai. Si no, volverás al palmeral.

Mani había hablado a su padre como a un extraño. O a un rival. Sentía las efusiones de Pattig como agresiones y toda alusión a su lazo de parentesco le parecía fuera de lugar. Maleo y Cloe observaban la escena con pudor, testigos azarados de un arreglo de cuentas entre dos destinos. El padre había sometido a su hijo y a todos los suyos a los caprichos de un piadoso extravío, y ahora sobrevénía el irreal desquite: de pronto, Pattig cayó de rodillas, como bajo el efecto de una exhortación divina,

—Me quedaré contigo, Mani, escucharé tus palabras esforzándome para que penetren en mi corazón. Impónme las manos, seré tu primer discípulo.

Mani no respondió. Con los ojos cerrados, vagaba en medio de sus recuerdos a la búsqueda de alguna señal, de algún presagio que hubiera podido anunciarle esta extraña escena que estaba viviendo. Jamás habría podido imaginar que las cosas sucederían así. Luego, abriendo lentamente los párpados, puso la palma de la mano derecha sobre la cabeza de su padre arrodillado. De este modo, reproducía sin saberlo, y de alguna manera borraba, el gesto con el que, antaño, Sittai había adquirido tanta influencia sobre Pattig en el jardín del templo de Nabu.

Los siguientes días, Maleo refunfuñaba, echaba pestes, se embrollaba e iba de un lado a otro por sus talleres, impotente para realizar cualquier trabajo útil. Ciertamente, Mani le había intrigado siempre, pero jamás le había parecido tan desconcertante, tan incomprensible. A veces, tenía gestos de maestro rodeado de sus discípulos y, al instante siguiente, gestos de niño; a veces, Maleo le admiraba, casi le veneraba y, al instante siguiente, sólo sentía deseos de protegerle como a un hermano menor.

Sobre todo, el tirio no cesaba de dar vueltas en la cabeza a los acontecimientos de la víspera: una curiosa Iglesia había visto la luz en su propia casa, nacida del vasallaje antinatural de un padre ante su hijo. ¿Qué papel le hacían representar a él, Maleo de Tiro, dedicado a comerciante, sectario arrepentido que había huido de Iglesias y de Comunidades?

En sus relaciones con su amigo, había un malentendido cuya amplitud y consecuencias no había valorado hasta entonces. Uno y otro habían abandonado con

alivio el palmeral de los Túnicas Blancas, pero sus motivaciones eran muy diferentes. Él había sabido siempre con certeza lo que quería de la vida: la fortuna, la mujer amada, la vivienda confortable a la espera de construirse un palacio... ¿Y Mani? ¿Con qué soñaba al abandonar la secta? ¿Con una nueva religión? Seguramente había en él ese deseo de predicar, y ahora hacía frecuentes alusiones a una voz celeste... Pero entonces, cómo explicar que, la misma noche de la llegada de Pattig, Maleo hubiera oído de su boca esta frase desconcertante: «¡A veces me pregunto si no será el señor de las Tinieblas el que inspira las religiones, con el único fin de desfigurar la imagen de Dios!».

¿Eran éstas las palabras de un nombre de religión?

Dos

Fue durante esta primera estancia fuera del palmeral cuando el padre y el hijo hablaron de Mariam. Anteriormente, jamás la habían mencionado e incluso ese día Mani consiguió no pronunciar su nombre. Dijo simplemente:

—¿Supiste alguna vez qué fue de ella?

Caminaban juntos por una tranquila alameda de Ctesifonte, ambos pensativos, desde hacía un rato. Amanecía y el sol no había lanzado aún su hoguera sobre la ciudad que se despertaba lentamente envuelta en la dulzura de una brisa fluvial. Pattig no vaciló, como si estuviera convenido que la sombra que flotaba entre ellos desde hacía un cuarto de siglo debiera unirse al fin a esa reunión tardía.

—Hace algunos años, volví a pasar por Mardino. Me mostraron su tumba en el jardín de nuestra antigua casa. Quisiera explicarte algunas cosas, Mani...

Pero el hijo se había inmovilizado tan bruscamente que su bastón se había clavado en el suelo. Con la palma levantada, muy cerca del rostro de Pattig, hizo ese gesto que este último empleaba antaño para someter a su esposa, un gesto que quería decir «ni una palabra más».

Pattig obedeció. Fuera de su casa, siempre había sabido obedecer. Y cuando Mani reanudó su marcha a grandes zancadas, le siguió en silencio a dos pasos de él.

En lo sucesivo, nunca se volvería a tocar ese tema, pero la herida seguía abierta y algunas torpes palabras la reavivarían a veces.

Entre Pattig y Mani iba a entablarse la más extraña relación que pueda concebirse entre un padre y su hijo. A lo largo de los años, nacería y crecería una amistad, un afecto real, profundo, que, sin embargo, no se debería a su lazo de sangre. Muy al contrario, se formaría a pesar de ese lazo y como para negarlo. Pattig sería hasta su muerte un discípulo inseparable de Mani, su más fiel compañero de viaje, su oyente más asiduo.

Asiduo, pero muy circunspecto durante los primeros tiempos. Cada vez que Maleo cruzaba el jardín donde su amigo solía pintar y enseñar, veía al padre sentado a distancia sobre el tronco de un árbol caído, aguzando el oído hacia el orador y constantemente absorto y como atormentado. El tirio iba a veces a sentarse a su lado, saludándole con un gesto rígido y una débil sonrisa y evitando pronunciar la menor palabra que pudiera distraerle. Él mismo se ponía a escuchar el discurso de Mani, a la vez que permanecía atento a las reacciones del auditorio entre el cual intentaba divisar algunos rostros familiares. A alguien que le estuviera observando le habría parecido tan atormentado como Pattig, aunque fuera por razones diferentes.

Los temores que abrigaba desde la llegada de su amigo iban a revelarse plenamente fundados, puesto que un día, cuando Mani estaba hablando con voz potente ante una multitud más numerosa que de ordinario, un ruido de pasos distrajo a Maleo, unos pasos fuertes que hacían crujir la hierba seca. Al volverse, sus ojos se cruzaron con los de un *gzyr*, un guardián del orden, que le llamó con un gesto.

—¿Quién es aquel hombre?

—Un joven sacerdote del país de Babel. Su nombre es Mani.

—¿De qué está hablando?

—De oración y de ayuno.

—¿Qué religión profesa?

¡También Maleo habría querido saberlo! Pero juzgó prudente responder con una mueca:

—Creo que la del Nazareno.

El oficial inscribió la respuesta en el registro de su cabeza.

—¿Y tú quién eres? Te he visto ya por este barrio.

—Mi nombre es Maleo. Soy negociante, originario de Tiro. Pasaba...

Irritado por el murmullo que se estaba produciendo tras él, Pattig se volvió con mano amenazadora, dispuesto a imponer silencio a los perturbadores; pero la mano cayó cuando el hombre divisó al *gzyr* de uniforme, que le ordenó acercarse.

—¿Le conoces? —preguntó el oficial señalando a Mani.

—¡Es mi hijo!

—¿Cuál es tu nombre?

—Pattig.

—Si no me equivoco, es un nombre parto.

—Si, soy parto, originario de Ecbatana.

—¿Y cómo es que tu hijo y tú habláis tan bien el arameo?

—Vine muy joven al país de Babel y mi hijo nació por aquí, en el pueblo de Mardino.

—¿A qué clan perteneces?

—A los Haskaniya —dijo Pattig, recobrando de pronto un orgullo de ordinario enterrado.

—¡Un linaje de valerosos guerreros, cuyos hechos de armas están en todas las memorias! —dijo el oficial súbitamente admirativo y deferente.

La actitud complaciente fue efímera, ya que Pattig dio a conocer inmediatamente sus creencias, con un tono poco conciliador.

—Jamás en mi vida he tomado parte en una batalla. Mi religión me prohíbe llevar un arma, cualquiera que sea el motivo.

—Así que, a tus ojos, si yo esgrimo esta espada para imponer el orden y combatir a los enemigos de nuestro soberano, apenas valgo más que un asesino o un bandolero.

Maleo juzgó que había llegado el momento de intervenir:

—El príncipe Pattig y su hijo han vivido siempre retirados en un palmeral; se dedican a la lectura de los antiguos libros santos y no comprenden muy bien lo que pasa en este mundo.

El oficial se dejó ablandar por esta explicación, así como por el guiño insistente que le hizo Maleo. Pero Pattig juzgó indispensable añadir:

—Vivíamos felices en ese palmeral hasta el día en que mi hijo decidió venir a Ctesifonte. Yo tuve que seguirle.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Quiere predicar a los pueblos una nueva religión.

—¡Sólo eso! ¿Y por cuánto tiempo nos vais a honrar con vuestra presencia?

Pattig habló en voz baja, como para sí mismo.

—Si sólo dependiera de mí, me iría al instante. Cuando se tiene la suerte de vivir lejos de esta corrupción, de esta podredumbre, de estas tabernas...

—Era mucho mejor en el pasado —sugirió el oficial.

—Sin duda.

—Todo iba mejor en tiempos de los partos.

A pesar de su inconmensurable ingenuidad, Pattig terminó por darse cuenta de que le estaban tendiendo una trampa. Pero Maleo le salió al paso inmediatamente:

—¡Que el Cielo prolongue la vida de nuestro divino señor Artajerjes y de su bienamado hijo Sapor que comparte con él el poder! Jamás esta ciudad ha sido tan próspera y tan civilizada como desde que la tomaron bajo su protección. ¡Ojalá permanezcan siempre sobre nuestras cabezas!

El oficial levantó la nariz y se retorció el espeso bigote como diciendo «Ya veo, tirio, que conoces las fórmulas usuales, pero esto no bastará para sacarte del apuro». Sin embargo, tuvo que recitar a su vez:

—¡Que sean eternos!

Un silencio de veneración sucedió a la réplica consagrada. Luego, el oficial miró otra vez a Pattig de arriba abajo, disponiéndose a formular una nueva pregunta que sería una nueva trampa; pero la voz de Mani se elevó, atrayendo hacia él los oídos y las miradas.

—... Dios, que es Luz pura, conocía mal el mundo de las Tinieblas, por lo que llamó al primer hombre y le dijo: «Tú, en quien están mezclados la Luz y las Tinieblas, eres el mejor aliado que yo pueda tener. Sí, hombre, eres la trampa que la Luz tiende a las Tinieblas. A ti te confío la tarea de dominar la Creación y de preservarla».

Mientras, el oficial se iba acercando a él. Contoneando su barriguda silueta, con un corto bastón en la mano y su sable al costado, cruzó el estrecho y pedregoso paso que separaba a la asistencia de Mani. Cuando se encontró justo delante de él, se detuvo y resopló. El mensaje fue comprendido inmediatamente, puesto que todos los oyentes, sin excepción, apartaron los ojos del orador para clavarlos en el *gzyr*, se levantaron uno tras otro y fueron retirándose, andando hacia atrás con torpes precauciones. Luego, en cuanto pudieron, dieron media vuelta y salieron corriendo.

El oficial se sentó con cara de regocijo, orgulloso de haberse convertido él solo, por el milagro de la autoridad, en la totalidad del auditorio.

Se oyó una última frase de Mani:

—Enseñaré la religión de la belleza a los pueblos de los cuatro climas.

Luego calló, pero no por ello se movió de su sitio. Se diría que proseguía para sus adentros el sermón interrumpido. El oficial le observaba enjuiciándole y luego se mostró preocupado como si buscara inútilmente las palabras que podría dirigir a aquel hombre extraño. Finalmente, renunció a hablarle y le dejó levantarse y alejarse con su andar renqueante.

El oyente solitario permaneció en su sitio, envarado, casi adormecido y no volvió en sí hasta que Mani hubo desaparecido. Sólo entonces se levantó y, corriendo, alcanzó a Maleo a la puerta de su casa.

—Diles a esos partos que no quiero volver a ver sus túnicas arrastrándose por las calles de Ctesifonte. ¡Que vuelvan a su pueblo y que se entierren allí para siempre! ¡Recuérdame sus nombres!

—Pattig y Mani.

—Y el tuyo es Maleo, ¿no? ¿Es aquí donde vives? ¡Hermosa casa!

Mientras el oficial recorría lentamente la propiedad con una mirada envidiosa y amenazadora, Maleo se sorprendió contemplando las paredes de su casa con nostalgia, como si las viera de pie por última vez.

Entró tambaleándose y fue a tenderse en el umbrío patio donde Cloe le preparó un jarabe de moras. Se lo tomó de un trago y reclamó otro antes incluso de secarse el sudor. Si quería proteger a su familia y sus bienes, sabía lo que estaba obligado a hacer, sabía que tenía que hacerle a Mani una petición odiosa. Pero ¿cómo podrían salir de sus labios esas palabras? Pattig fue a hacerle compañía, pero él sólo le habló con gestos y ahogados cuchicheos.

Hasta una hora más tarde no se les unió Mani, resplandeciente, sereno, inspirado.

—He reflexionado —dijo—. Tengo que irme de esta ciudad.

Al principio, Maleo sintió un alivio que se esforzó en no dejar traslucir. Mientras, el hijo de Babel añadía con un tono algo afectado, pero que no estaba exento de malicia:

—He pedido consejo a mi Compañero celeste, que me ha respondido: «Ctesifonte es una puerta gigantesca, si no puedes forzarla, trata de obtener la llave». Partiré esta misma noche y si *mar* Pattig lo desea, podrá acompañarme.

A modo de respuesta, el padre se levantó y se desató la cuerda de su túnica blanca para atársela más apretada.

Maleo había encontrado de nuevo el uso de las palabras corteses.

—¿No sería más razonable esperar al alba?

Más allá de la fórmula de educación, estaba sinceramente confuso y cada instante que pasaba, un poco más. Se sentía avergonzado de haber deseado que Mani partiera, incluso de haber estado a punto de pedírselo. La escena que estaba viviendo le llenaba de amargura, una amargura que, lo presentía, arrastraría hasta el fin de su vida. ¿No había conservado en su memoria durante años la imagen reconfortante de su amigo escamoteando esos huesos de dátíl en el refectorio del palmeral? Ahora estaba persuadido de que dentro de diez años, de veinte años, recordaría aún con una vergüenza intacta y con la misma amargura el día que le había expulsado de su casa. ¿Expulsado? No le había expulsado y en los ojos de Mani no se leía ningún reproche; pero el tirio no se perdonaría jamás su falta de magnanimidad. ¿Qué hacer entonces? ¿Retener al hijo y al padre? ¿Arriesgarse a perderlo todo, su casa, su comercio, todo lo que había construido desde su llegada a Ctesifonte?

Así, poco a poco, sin que se lo confesara a sí mismo, iba surgiendo en su mente una idea descabellada, una monstruosa idea, que se apresuró a borrar de su pensamiento, pero que volvía, insistente.

Y allí estaba Maleo, lívido, abrumado, lamentable, mirando cómo sus huéspedes recogían su pobre equipaje, cuando llegó Cloe. De una ojeada, y sin haber oído la menor palabra de explicación, comprendió lo que estaba pasando: la partida de los invitados y el dilema del esposo. Los envolvió a todos con una amplia mirada de ternura y luego llevó a este último aparte.

—Si estás pensando en acompañarlos una parte del camino, no lo dudes más. A pesar de su edad, estos hombres no son más que niños; no saben nada de caminos ni de viajes y sin ti estarían perdidos.

Como si sólo esperara estas palabras de ánimo, Maleo se puso de pie, repentinamente henchido de energía. Y además, alegre.

—¡Vámonos! Voy a pedir a los sirvientes que preparen las monturas.

¿Una parte del camino, había dicho su mujer? Años más tarde, Maleo seguiría preguntándose cómo había podido embarcarse con tanta ligereza en aquella aventura.

* * *

Mani parecía no conocer la meta de su viaje. Cada mañana se abría camino, sin tenderse jamás dos noches en la misma estera. Sus compañeros le seguían. Hacia Ganazak, en Atropatena, hacia Armenia, hacia los montes de Media o las ciénagas de Mesena y, finalmente, a Kashgar, a orillas del Tigris, donde se embarcaron.

—¿Y ahora, adónde vamos?

Maleo no esperaba respuesta, pues no la había recibido a sus veinte preguntas anteriores. Se había desplomado a popa, al lado de Pattig, con la cabeza envuelta en un pañuelo mojado. El sol estaba tan cerca que le oía latir en las sienes. Sólo Mani estaba de pie, con su sombra agazapada a sus pies. Sin volverse, anunció como si estuviera hojeando el diario de a bordo:

—La próxima noche dormiremos en Charax. Luego, un navío nos llevará por el Gran Mar hasta la India.

Maleo había perdido la costumbre de argumentar. Se acostaba, se levantaba, escuchaba, andaba. Sin embargo, detrás de sus ojos demasiado sumisos, jamás cesaba de echar sus cuentas. Estamos en *ayar*, último mes de la primavera, se decía, y es el comienzo de los monzones que empujan los barcos hacia Oriente; los marineros lo saben, así como los mercaderes que hacen largas travesías. ¿Pero cómo puede tener Mani esos conocimientos profanos? Maleo se incorporó, apoyándose en un codo, con la esperanza de ver más claro. ¿Habría estudiado su amigo el régimen de los vientos? ¿Le habría arrastrado a ese periplo errante previendo desde el principio llegar a Charax en el momento preciso en que se abren los caminos estacionales de la India? ¿O sería su «Gemelo» el que sabía y el que le guiaba? ¿Su «Gemelo»? Pero ¿quién era Mani y quién era su «Gemelo»? Con la misma mano nerviosa, Maleo espantó sus dudas y los mosquitos de los pantanos.

Tres

En Charax, almacén de Mesopotamia, los viajes se preparaban en los tugurios situados a lo largo del estuario. Fletadores, marineros, cambistas, traficantes honorables, rufianes, echadoras de suertes... Toda una fauna entre la que resonaban risas estrepitosas y dichos atrevidos y de la que Mani y Pattig permanecieron apartados e incluso prudentemente lejos, en una calle umbría y de mucho tránsito. Maleo tenía que hacer solo las maniobras de aproximación; Maleo, cuya mirada buscaba ya a un compatriota. Estaba seguro de encontrar alguno o varios, ya que los tirios recorrían desde siglos atrás la ruta del clavo y del cardamomo.

De hecho, en un pequeño grupo, uno de los menos ruidosos, divisó un rostro, un corte de barba, un gorro, un anillo. Se acercó y consiguió que le ofrecieran un asiento y cerveza de cebada. Se hablaba de dracmas y de dinares, de talentos y de áureos, y luego de marejadas, arrecifes y piratas. Maleo evocó Ctesifonte, jactándose de sus talleres, de su buena reputación, de sus proezas comerciales y de su clientela, seduciendo a su

interlocutor con el señuelo de lucrativos negocios en común. Una hora más tarde, los dos tirios se ponían de acuerdo con un apretón de manos.

—¿Cuándo partiremos?

—La mercancía está a bordo, así como el agua dulce; sólo esperamos los augurios. La pasada noche, nuestro carpintero vio en sueños un rebaño de cabras, negras como un violento temporal, y los marineros no quisieron embarcarse. Mañana por la mañana ofreceré un toro en sacrificio en el templo del malecón. Si es aceptado, zarparemos por la tarde, antes de que los dioses cambien de opinión.

Se levantaron riéndose con crispación. Un viaje por mar no se emprende jamás sin angustia. Luego, Maleo fue a encontrarse con sus amigos para anunciarles que todo estaba arreglado.

Mani y Pattig estaban en medio de un corro de oyentes, del mismo modo que en cada una de las localidades que habían visitado. ¿Los interrumpiría para gritarles su éxito? Pero ¿para qué? Sabía por adelantado su reacción; le mirarían con ojos de cordero degollado, como si estuviera convenido desde siempre que al entrar en aquella taberna encontraría a un armador tirio que partía, precisamente, hacia la India, y que, precisamente, había retrasado un día su viaje y aceptaría gustoso llevarlos a bordo a los tres. No, Maleo no diría nada, prefería dejar que los dos partos se dedicaran a sus celestes misiones, mientras que él se ocupaba de una tarea menos elevada: los víveres, ya que si bien su compatriota había insistido cortésmente en llevarlos gratis, era evidente que, al igual que todos los pasajeros, ellos deberían sufragar su comida.

¿Puede uno imaginarse la montaña de provisiones que había que reunir para avituallar a tres hombres durante toda la travesía? Maleo se dirigió a grandes zancadas hacia el bazar del puerto, y mientras andaba, no cesaba de rezongar; sin darse cuenta, las palabras le subían de las entrañas, como esas burbujas de los peces en la superficie del agua. Al partir de Ctesifonte, había previsto llevarse uno o dos criados, como lo habría hecho cualquier hombre sensato, pero Mani no había querido ni oír hablar de ello.

—¿Quién se ocupará de levantar nuestras tiendas y de cocinar para nosotros?

—No tendremos tiendas ni cocina. En cada etapa, unos seres generosos nos ofrecerán alojamiento y subsistencia.

—¿Iremos solos por los caminos como si fuéramos mendigos?

Mani se echó a reír.

—¿Quién merece más que un mendigo guiar al mundo?

Esta reflexión resultaba irritante para un hombre de negocios.

—Hay días, Mani, en que no comprendo nada de lo que dices. Me pregunto si sólo hablas así guiado por el deseo de confundirme.

Pero el hijo de Babel había adoptado su expresión más seria para explicar:

—Aquellos que han elegido conducir a los demás deben renunciar a todo poder, a toda riqueza, sólo deben poseer la ropa que llevan, nada más, ni siquiera la comida del día siguiente. Así es como se podrá distinguir a los sabios de los falsos devotos vendedores de creencias.

—Pero ¿cómo sobrevivirán esos sabios?

—El pueblo los alimentará cada día.

—¿No podría cansarse el pueblo un día de alimentarlos?

—Cuando en toda la superficie de la Tierra no se encuentre ya a un solo ser que quiera alimentar a un sabio, el mundo no merecerá a los sabios y les habrá llegado la hora de partir.

—¿Se dejarán morir?

—Cuando el mundo haya abandonado a los sabios, los sabios lo abandonarán. Entonces el mundo se quedará solo y sufrirá por su soledad.

Maleo daba vueltas al gorro entre sus manos.

—En pocas palabras, emprenderemos el viaje sin comida y sin oro.

—Sí, sin nada de todo eso. Partiremos como sabios.

El tirio habría dicho «como locos», pero cuando la incomprensión es tan grande, ¿cómo tender un puente?, ¿por dónde empezar a argumentar?

Habían partido, pues, Mani, su padre y su amigo sin otro equipo que sus monturas. Sin embargo, Maleo no había podido por menos de llevarse una bolsa escondida entre sus ropas, aunque no había tenido nunca la ocasión, a lo largo del recorrido, de aflojar su cordón. En cuanto cruzaban la puerta de una ciudad, ya fuera Holvan, Kengavar o Artaxata, o la más modesta aldea, la gente se agrupaba a su alrededor, primero por curiosidad hacia el forastero; luego, en cuanto Mani comenzaba a predicar, se congregaba una multitud para escucharle. Cuando el hijo de Babel ignoraba el habla del lugar, un hombre de entre los asistentes se proponía como intérprete, y al final del día, ese mismo hombre o cualquier otro suplicaba a los viajeros que le hicieran el honor de pasar la noche en su casa.

A la hora de comer, los notables se disputaban sentar a su mesa a los visitantes y, a lo largo de los días, mientras Mani hablaba, las mujeres llegaban con frutas y bebidas frescas para él, sus compañeros y sus oyentes.

Antes de partir el pan, Mani tenía la costumbre de rezar esta corta oración: «Señor, para preparar esta comida, ha sido necesario ofender a la tierra, a las plantas y a otras criaturas. Pero aquellos que lo han hecho no tenían otra intención que alimentar la Luz que está en el hombre y dejar vivir Tu palabra».

Luego, distribuía los alimentos a su alrededor como si fuera el señor de la casa, contentándose él con un poco de pan y algunas frutas. Le gustaba particularmente la sandía, y si alguien le preguntaba la razón, explicaba que en ningún otro alimento se concentraba tanta Luz: «Observad la sandía, vuestros ojos gozan con su color, vuestra nariz, con su discreto perfume, vuestra mano acaricia su piel firme y lisa; no necesitáis beber al mismo tiempo, ya que el agua está en ella; no tenéis que abrirla en un plato, puesto que madura y se ofrece en su propio recipiente. Comenzad por los extremos e iros acercando al corazón, y cada bocado os acercará a los Jardines de Luz».

Apreciaba igualmente el pan caliente, los pepinos y los dátiles, sobre todo los más límpidos, aquellos a través de los cuales se ve la luz. Por el contrario, apartaba con un gesto apenas cortés todos los platos de carne. En cuanto al vino y a las bebidas

fermentadas, no los probaba; solamente simulaba mojarse los labios al principio de las comidas para que los comensales se sintieran libres de beberlos; pero no toleraba la embriaguez y bastaba que un hombre entre los asistentes mostrara alguna señal de ella para que Mani se levantara y se alejara, sin consideración para sus anfitriones.

A menudo, en el momento de ponerse de nuevo en camino, Mani había conquistado ya a algunas personas que no querían separarse de él. Pero él les decía: «No me sigáis aún, no ha llegado la hora. Esperadme, sed mi esperanza en esta ciudad, propalad a vuestro alrededor lo que habéis oído de mi boca y decid a todos que volveré».

A veces también, los notables del lugar iban a ofrecerle regalos, ropas nuevas y monedas de oro. Éstas brillaban en los ojos de Maleo, pero Mani, levantando las cejas, le advertía que no las tocara. Luego, se dirigía a sus bienhechores: «Acepto vuestro presente con gratitud; guardadlo en vuestra casa, bien a la vista, os recordará cada día mi paso y os anunciará mi regreso».

De este modo, habían llegado a Charax alimentados y atendidos cada día, no más ricos que a la ida, pero tampoco más pobres, puesto que Maleo no había tenido que echar mano de su bolsa ni una sola vez. Habría admitido de buen grado que su precaución había sido inútil si no hubiera sido por ese proyecto de viaje por mar para llegar a la India. Por los caminos se puede encontrar alojamiento y pitanza en todas las etapas; en eso Mani había tenido razón y las dudas de Maleo se habían revelado injustificadas. Pero en el mar, las cosas no podían presentarse de la misma manera; cada cual llegaba con sus provisiones, sobre todo en esa travesía hacia la India, donde el litoral estaba a menudo desierto y rara vez era hospitalario.

¿Para cuánto tiempo habría que prever el avituallamiento? Maleo se lo había preguntado al armador tirio. Si se navega a lo largo de las costas en contra de los vientos, el viaje puede prolongarse durante meses. Si uno se deja llevar por el monzón, se puede llegar al valle del Indo en sólo tres semanas. Digamos treinta días para tener en cuenta las inclemencias.

Treinta días de víveres imperecederos para tres personas, calculaba Maleo, y, dirigiendo su mirada hacia la plazoleta más próxima, llamó a dos porteadores que estaban sentados al pie de una fuente. Tenían costumbre de servir a los viajeros y le condujeron directamente al bazar del puerto, a la tienda de su proveedor habitual que, seguramente, tenía unos precios más ajustados, un nabateo natural de Petra, quien, con un guiño, confirmó a sus ganchos su acostumbrada comisión.

Después de preguntar acerca del trayecto, él mismo hizo la lista de los comestibles necesarios. Para la primera mitad del viaje, huevos duros, tortas de pan, queso y pescado seco o prensado; para después, cebada, espelta, lentejas, habas, judías y garbanzos; y por supuesto, dos tinajas de dátiles prensados, unas ristras de cebollas y de ajos, aceitunas, miel, albaricoques secos, aceite, sal y diversos condimentos; sin olvidar el vino —dijo—, hay que llevar algunos pellejos que el capitán, si quiere agradaos, guardará semienterrados en la arena mojada que lastra la bodega, y que habrá que beber en su compañía.

—En cuanto a utensilios y recipientes, supongo que habréis comprado ya lo necesario para el viaje.

—No —se lamentó Maleo—, sólo teníamos un cántaro para beber.

—¿Y cómo cocinabais?

—No sería sencillo de explicar. Contábamos con la bondad del Cielo.

—Una forma como cualquier otra de viajar —comprobó el nabateo, acostumbrado a la mayor circunspección en materia de creencias—. ¡Tomad, a pesar de todo, una olla y algo de leña!

Cuando después de mucho regateo terminó de comprarlo todo, Maleo tuvo que recurrir a un tercer porteador y luego a un cuarto; él mismo no se contentó con ir abriendo paso y, al reunirse con sus compañeros llevaba los brazos cargados de paquetes hasta la barbilla. Mani hablaba y hablaba y Pattig le escuchaba atentamente. El tirio hizo señas a los mozos de cuerda de que tuvieran paciencia y ellos depositaron su carga sin refunfuñar esperando un aumento de la propina.

Cuando por fin se terminó el discurso, Mani contempló sin entusiasmo la mercancía alineada.

—Te has esforzado para nada.

Maleo prefirió callarse, no como lo habría hecho un discípulo ante su maestro, sino todo lo contrario, como un hermano mayor muy decidido a no contrariar más a su inmaduro hermano menor. Y además, sin ser más supersticioso que cualquier otro, sabía que dos amigos no deben nunca pelearse en el momento de hacerse a la mar.

¿Quién sería el marinero desengañado que dio un día a los tres escollos más asesinos del Gran Mar el nombre inimitable de «Mi Seguridad y sus Hijas»? La denominación había pasado de boca en boca en las truculentas leyendas de todos los que navegan desde Cantón a la Escalas de Abisinia. Son tres picachos sombríos que atraviesan la superficie del mar como una horca infernal, a menudo oculta por la oscuridad y la bruma. Los juncos los rodeaban prudentemente y algunas barcas de menor calado se escurrían entre ellos, audacia suicida de la que el fondo próximo guarda como recuerdo tantos restos de naufragios.

Para los compañeros de Mani, la travesía era una sucesión de sustos. Apenas rebasado el estrecho que lleva el divino nombre de Ormuz, un alarido interrumpió con sobresalto la siesta de los viajeros:

—¡Ballenas! ¡Ballenas!

Era un marinero natural de Susa quien había dado la alerta, con la mano extendida hacia alta mar. El armador corrió junto a él y luego el capitán, preocupado ante todo de evitar que cundiese el pánico entre los pasajeros y se precipitaran todos en tumulto hacia el mismo sitio, desequilibrando mucho más el barco que las dos ballenas que venían directamente hacia ellos.

—¡Que todos permanezcan en su sitio, al primero que se levante le tiro por la borda!

Sin creer realmente en la amenaza, los viajeros se quedaron inmóviles. Después de asegurarse de que había sido obedecido, el capitán añadió:

—No perdáis la calma, el casco es seguro. ¡En todos los viajes nos atacan las ballenas y seguimos a flote!

Como para desafiarle, los animales rozaron la embarcación, que cabeceó.

—¡Que traigan los batintines! —gritó el capitán.

¿Los batintines? De todos los pasajeros, nadie se sentía tan desamparado como Pattig. Siempre había sabido que esos instrumentos se utilizaban en las iglesias a modo de campanillas, por lo que cayó de rodillas con las manos juntas, murmurando: «¡Recemos, recemos, sólo nos queda la oración!». Sin embargo, la docena de batintines que trajo el carpintero debían de servir para otro oficio muy diferente. Los distribuyó entre la tripulación y como quedaron dos, le dio uno a Maleo, recomendándole que se inclinara por la borda y que golpeara el mazo contra el casco haciendo el mayor ruido posible. El cocinero del capitán vino en su auxilio blandiendo una bandeja de cobre que golpeaba con un cucharón. Poco a poco, todos se pusieron a hacer lo mismo, convirtiendo cada superficie en un gong sobre el que golpeaban y tamborileaban, al mismo tiempo que ululaban, silbaban y daban alaridos con tanto regocijo como terror. El estrépito resultó eficaz. Al cabo de unos minutos, observaron un chorro de agua que brotaba, a una milla aproximadamente, a estribor. Las ballenas habían huido y ya no las volverían a ver.

Más inquietante fue la tromba que surgió al crepúsculo del tercer día. Al principio, no se vio más que una nube blanca, pero minuto a minuto, fue creciendo, hinchándose y haciéndose más densa, hasta que empezó a girar cada vez más deprisa, imitando el aspecto de un inmenso cuerno a punto de hundirse en el mar. Sin embargo, se produjo lo contrario, ya que, repentinamente, en aquel lugar preciso, el mar se puso a borbotar como una olla sobre el fuego, y, ¡oh, prodigio!, la superficie del agua se levantó, atraída, aspirada por el remolino; ahora, se alzaba una columna de agua negra que subía y subía retumbando, y parecía que todo el mar iba a ser aspirado hacia el cielo.

Los pasajeros estaban petrificados. Verdad es que, a causa de la oscuridad, la tromba evocaba mucho más a un monstruo del apocalipsis, una especie de gigantesco dragón suspendido entre el cielo y el mar, que a un trivial fenómeno acuático. El propio armador estaba asustado y fue a sacar de su maleta un collar hecho con monedas de oro ensartadas que se puso alrededor del cuello. Un joven marinero desenvainó un puntiagudo puñal y lo apuntó hacia su garganta, como si sólo esperara una señal para darse muerte. Y Pattig, prosternado de nuevo, comenzó a rezar otra vez.

Aquella noche, nadie durmió. Todo el mundo aguzaba el oído y escrutaba el horizonte sin descanso para comprobar si el peligro se acercaba. Dos hombres, sólo dos hombres no se sentían dominados por el miedo. Primero el capitán, un viejo marino de Charax. Si para alejar a las ballenas había tocado zafarrancho, cuando apareció la tromba se contentó con arriar velas. ¿Qué más podía hacer? Sabía que la tromba se desplomaría, cerca o lejos, quizá en golpes de mar que harían zozobrar al barco o quizá en finas gotitas, salpicaduras inofensivas. A la espera del desenlace, deambulaba con paso apaciguador entre su inquieta grey. Todos le agarraban, le suplicaban, le apostrofaban y él se contentaba con prodigarles palabras de calma y a veces alguna mirada de altiva compasión.

En un momento dado, sus pasos le condujeron hacia Mani, y ya se disponía a soltarle la palabra precisa para reconfortarle, cuando fue el hijo de Babel quien le interpeló:

—¿Serás tú el único hombre en esta cubierta que comparte mi serenidad?

En los ojos del capitán apareció una especie de vacilación. Esa inversión de papeles convertía de pronto en superfluas todas las fórmulas que tenía preparadas.

—¡Ésas son palabras valientes que te honran! ¿Quién eres tú, noble pasajero?

Le habían dicho ya el nombre de ese personaje, como el de cada uno de los otros veinte pasajeros, pero se suponía que esa pregunta devolvería la autoridad al hombre que mandaba.

Mani no se entretuvo en presentaciones.

—Tengo una misión que cumplir en la India y este barco me conduce a ella. Ninguna tromba, ningún escollo, ninguna ballena, ningún remolino interrumpirá mi viaje. Es así y el mar no puede impedirlo.

—¡Qué alegría oír en semejante noche a un hombre tan seguro de sí mismo! Se dice a menudo que el mar es asesino; yo jamás le he tenido miedo. El día en que me muera, lo haré en mi casa de Charax, fulminado por alguna maldita fiebre. Pero en el agua, permanezco de pie, escupo sobre los peligros, sé que no me puede pasar nada.

El hijo de Babel y el capitán, de pie y apoyados en la borda, continuaron hablando durante toda la noche, ya fueran relatos de gente de mar o prédicas de letrados, cada uno de ellos escuchaba los discursos del otro sin cansancio y ambos prodigaban las mismas palabras de ánimo a los pasajeros que iban hacia ellos, ya que, en cubierta, todos seguían nerviosos y atemorizados. Sin embargo, la primera claridad del día trajo el consuelo; la tromba se había desvanecido a lo lejos sin dejar rastro ni causar estragos. El silencio azul de los mares del sur se alzaba al fin sobre la reverberación de las olas, ahora arrepentidas.

Todo el mundo respiró y las lenguas se desataron; ya podían permitirse hacer preguntas que, la víspera, habrían parecido indecentes o de mal augurio. El armador tirio explicaba el motivo por el que llevaba al cuello el collar de oro.

—Cuando estoy en el mar y la muerte amenaza, me pregunto siempre con terror qué será de mi cuerpo si, por desgracia, me ahogo. Sin duda, será arrastrado hacia la playa donde alguien lo descubrirá y no sabrá qué hacer con él; si encuentra todas estas monedas de oro, se juzgará generosamente recompensado y, por gratitud, ofrecerá a mi cadáver la sepultura más conveniente.

Habló también el joven marinero aparentemente decidido a matarse. Decía que si tenía que sobrevenirle la muerte, prefería que su alma se separara al aire libre y partiera hacia los cielos, antes que se la tragaran las olas y permaneciera prisionera de los genios maléficos que reinan en las profundidades.

Desde aquel momento, Mani tuvo derecho a todas las atenciones. Más venerado aún que en todas las ciudades que había atravesado, constantemente rodeado, seguido y escuchado, estaba invitado a compartir todas las comidas y todas las veladas del capitán,

y sus dos compañeros gozaban del mismo privilegio. Las provisiones acumuladas por Maleo permanecerían casi intactas hasta el final del viaje.

El capitán sólo revelaba a veces su itinerario a Mani, a sus compañeros y al armador. Por eso, cuando Maleo se dio cuenta de que el navío, en lugar de ir recto hacia el sol naciente se desviaba hacia el mediodía, el capitán consintió en informarle:

—Los que no conocen el mar, sólo ven una inmensa extensión de agua. Pero aquí, como en tierra firme, hay senderos, caminos tortuosos, callejones sin salida, y también amplias avenidas que trazan las corrientes y los vientos. Como ésta, que en esta estación, va desde la punta de Arabia hasta la India. Debemos ir hacia el sur para poder tomarla y nos internaremos por ella. Sólo entonces iremos rumbo a Oriente, a toda marcha, como por la ruta mejor balizada. Llegaremos a Deb sin haber atracado ni una sola vez, sin ni siquiera haber visto tierra, sólo a veces algunas islas sobre las que existen leyendas espantosas y en las que ningún marino se atreve a fondear.

¿El capitán había dicho Deb? La ciudad se elevaba en el delta del Indo y sobre un brazo que, poco a poco, los aluviones arrastrados desde las montañas más altas habían cubierto de arena. Cada año había menos barcos capaces de llegar hasta allí y, una mañana, el puerto se despertó rodeado de tierras, naufragado. Entonces los hombres lo abandonaron por otros lugares de los alrededores, Tatta, Sindi, Lahri y, más tarde, Karachi.

¿Qué ha quedado de Deb? ¿Qué ha quedado de sus palacios, de sus templos sobre las colinas, de su aduana de color ladrillo, aquella construcción puntiaguda que los marinos avistaban desde lejos como un faro? Hasta el siglo xvii, los viajeros señalaban aún su existencia. Luego, todo desapareció. Ni el menor rastro de un nombre, ni la sombra de una ruina. Nadie sabe ya nada. En el momento en que se escriben estas líneas, los arqueólogos realizan excavaciones en las bocas del Indo a la búsqueda de un vestigio de vestigio.

Los contemporáneos de Mani no podían ignorar a Deb. Sobre todo los más aventureros. Ese nombre resonaba en sus oídos como una ahogada llamada y hada nacer en ellos el deseo de partir. En aquel entonces se conocía el mundo por sus murmullos, se le recorría a tientas, ya que los planisferios eran muy confusos y se inspiraban en relatos fantásticos que convertían las islas en continentes y los brazos de mar en océanos de donde surgían monstruos que los geógrafos dibujaban; sobre la montaña que domina Deb, un escriba metódico había trazado como si indicara el nacimiento de un río: «En este lugar se supone que nacieron los escorpiones».

En cada etapa del viaje, la gente esperaba cruzarse con la peste, las fieras, el hambre, la guerra y los saqueadores, pero también con los cíclopes, los dragones y toda clase de sortilegios, aunque no por ello renunciaban a él. La muerte era una ortiga familiar. La aventura se vivía así: uno decía adiós y se iba. Sin fecha ni seguridad de regreso. Y si tenía de su parte la audacia, la suerte y los vientos, conseguía llegar a Deb.

Mani escribió que, en su tiempo, el mundo se dividía en cuatro grandes imperios: el de los romanos, el de los persas sasánidas, el de los chinos y el de los axumitas del mar Rojo, herederos del reino de Saba. En ninguna otra parte como en Deb se frecuentaban

tan estrechamente los súbditos de esos imperios; para los juncos de Cantón era la última escala antes de Arabia, y la puerta de la India para el que venía de Occidente, ya que a esta última palabra se le daba el sentido con el que el propio Mani la utilizaba, abarcando Italia, Grecia y Cartago, pero también Egipto, Fenicia y el conjunto del país de Aram, esas tierras que, por un deslizamiento de la Historia, llamamos ahora el Cercano Oriente.

Entre los numerosos relatos de viajes que el hijo de Babel había leído en la biblioteca de los Túnicas Blancas, había uno en particular que había excitado su imaginación: el de Tomás, del que se decía que era el gemelo de Jesús y que había ido a propagar por la India la palabra del Nazareno. Probablemente, Mani había querido seguir su ejemplo al decidir efectuar esa travesía.

Ahora bien, según la tradición, fue en Deb donde Tomás fondeó.

Cuatro

En el siglo de Mani, todas las iglesias de la India llevaban el nombre de Tomás. Todas proclamaban haber sido fundadas por el apóstol en persona y conservaban leyendas y reliquias suyas. Con frecuencia, esos santuarios eran muy modestos y algunos estaban situados en las grutas del Gandhara; bastaba con una cruz y tres antorchas para animar esa devoción aún reciente.

No sucedía lo mismo en Deb. Como es de rigor en una ciudad de comerciantes, la prosperidad iluminaba lugares y objetos de culto, ya que el oro honrado aflucía por gratitud y el oro sospechoso por arrepentimiento. La iglesia se había adornado y agrandado, y los ciudadanos se cruzaban allí con la gente de paso, como podía ser un marinero convertido de Alejandría o un catecúmeno de Ostia, encantados de poder, al fin, vivir su fe a plena luz.

La ciudad, conviene decirlo, había vivido mucho tiempo bajo la benevolente férula de los Kushanas, herederos del gran Kaniska, uno de los reyes más justos cuyo recuerdo haya guardado Oriente, el sublime Kaniska, quien, en la cima de su poder, se sentía honrado acogiendo bajo su techo a cualquier monje mendicante. Los príncipes Kushanas habían tenido siempre el cuidado de no desmentir la fama de su antepasado, revelándose en todas las circunstancias magnánimos y justos y apadrinando todas las creencias. Sus monedas llevaban en el reverso los símbolos de veintiocho cultos diferentes.

Así, bordeando la plaza de los mercaderes extranjeros se encontraban la iglesia de Santo Tomás, los templos de Poseidón, de Anahíta y de Visnú, los santuarios de Allat y de Yam, una sinagoga que, según decían, había sido construida en tiempos de Alejandro y, en el camino de Taxila, el *stupa* de los budistas con su monasterio.

Estos cultos se observaban aún, el uno junto al otro a la llegada de Mani, y su primer gesto al poner pie en tierra firme fue dirigirse a la iglesia, bien visible desde los muelles. Era domingo y la gente se apresuraba hacia el atrio. Tomás había enseñado a los

indios lo que Jesús enseñó a los apóstoles: observar el *sabbath* cada semana con un fervor ejemplar y, al día siguiente, reunirse de nuevo para sus propios ritos, sobre todo para la enseñanza, la lectura de los textos sagrados, del comentario de los ancianos y de las epístolas que llegaban de las comunidades extendidas por todo el mundo; y a veces, cuando un fiel eminente pasaba por la ciudad, ofrecerle la palabra.

Por la manera de abrirse paso entre el gentío y por su altiva cojera, Mani supo manifestarse desde el primer momento como un hombre al que había que escuchar. El sacerdote le cedió el pulpito de buen grado, aunque de pie en el ábside, permanecía vigilante. Había tantas voces herejes, reconocidas o solapadas, que era necesario saber intervenir en el momento oportuno, imponer silencio y, a veces incluso, expulsar al corruptor de las almas solicitando la ayuda de algunos valientes descargadores del puerto que se encontraran entre los asistentes y que se sacrificarían por tan piadosa tarea.

Mani se expresaba en arameo y no eran muchos los que podían comprender todo lo que decía: el oficiante, dos o tres letrados... Y sin embargo, todo el mundo le escuchaba. ¿No era la lengua de Jesús y de Tomás la que resonaba? La emoción era intensa. El contenido importaba poco. Todo residía en la entonación, en algunos nombres benditos que flotaban en el aire, en el rostro demacrado de aquel hombre con la pierna lisiada que venía de tierras santas.

Él no intentaba violentar a su auditorio. Al considerarse verdadero sucesor de Jesús, repetía fielmente sus palabras tal como las había relatado Tomás. Su método no era único. Los cristianos del Imperio Romano actuaban así en las sinagogas de la diáspora. Se presentaban, anunciaban que llegaban directamente de Jerusalén, evocaban los acontecimientos recientes que concernían a la comunidad, informaban de la miseria y de la espera de la gente de Judea, hablaban de la Biblia citando de memoria los textos que predecían un Mesías y luego sugerían que, quizá, dado el infortunio en el que se encontraban en aquel momento los judíos, las profecías se estuvieran cumpliendo. Los más astutos conseguían hablar durante largo rato y cuando, finalmente, eran desenmascarados, habían logrado ya seducir a una parte del auditorio o, por lo menos, suscitar el deseo de saber algo más. Algunas personas los seguían al exterior y a veces incluso los invitaban a continuar su enseñanza en su propia casa. Por lo tanto, un apóstol se distinguía por su habilidad de esos exaltados que, desde su entrada en la sinagoga, gritaban su nueva creencia, por lo que, inmediatamente, se encontraban de nuevo fuera, solos y a veces apaleados, antes incluso de que los asistentes hubieran comprendido por qué se les expulsaba.

Según este criterio, Mani tenía el temple de los grandes apóstoles, Pablo, Marcos o Tomás, y actuaba en las iglesias como sus predecesores en las sinagogas. Y con la misma convicción. Del mismo modo que los primeros cristianos de Palestina se consideraban mejores judíos que los judíos, quizá los únicos judíos verdaderos, Mani estaba persuadido de que había venido a realizar el mensaje de Cristo, a consumarlo con una fe universal, capaz de reunir todas las creencias sinceras de los hombres.

En la iglesia de Deb, mientras él comenzaba su sermón, Maleo y Pattig miraban a su alrededor con ansiedad, espionando las reacciones de unos y de otros al acecho del más imperceptible guiño del sacerdote ya fuera de enfado o de aprobación. ¿Escucharía hasta el final? O gritaría de pronto: ¡Al hereje! ¡Al blasfemo!

Curiosamente, nada se produjo. Ni entusiasmo, ni admiración, ni tampoco indiferencia. Se podía leer el fervor en todos los ojos, pero un fervor teñido de tristeza. En cuanto al sacerdote, escuchó con una gravedad impasible hasta que el visitante se hubo callado; entonces se levantó, pronunció una fórmula de agradecimiento, alabó la erudición de Mani, su amplio conocimiento de los textos y luego, después de una corta oración repetida a coro por el auditorio, despidió a los fieles deseándoles la paz.

Después de la genuflexión y la señal de la cruz, la gente se retiró andando hacia atrás, mientras el sacerdote invitaba a Mani y a sus compañeros, así como a un notable de la comunidad, a seguirle a su casa, una modesta construcción de ladrillo contigua a la iglesia.

—Perdonadnos, nobles hermanos, si el recibimiento que os hemos dispensado no es digno de vuestro rango y de vuestra sabiduría; pero quizá hayáis percibido en los fieles el miedo que los domina.

El más asombrado por este preámbulo fue Pattig.

—Sin embargo, vuestra comunidad parece feliz en comparación con todas las demás. Hemos estado con vuestros hermanos en Ctesifonte, en Kashgar y en veinte ciudades más, y en ninguna de ellas resonaban sus oraciones.

Maleo insistió:

—Es raro encontrar una felicidad como la vuestra. En las provincias romanas los cristianos son perseguidos, y en el imperio sasánida el culto al fuego se ha convertido en la religión oficial y sólo se tolera a las otras comunidades si han renunciado a ganar adeptos. Se las vigila de cerca, se las oprime con tributos y se las confina en sus barrios, obligándolas a llevar la ropa que las diferencia.

El sacerdote se mostró conmovido y avergonzado.

—Vuestras palabras son la pura verdad, quizá no hayamos dado gracias al Padre suficientemente por los años de clemencia que hemos conocido... En efecto, nada de lo que describís existía en Deb. Vivíamos en medio de la gente, llevábamos la misma ropa y hablábamos en voz alta.

Dijo esto con voz ahogada y se le saltaron las lágrimas. Mani, Maleo y Pattig evitaron mirarle, desconcertados. Sólo el notable colocó una mano filial y consoladora sobre su hombro súbitamente abatido. En el momento de las presentaciones, el sacerdote le había llamado Bar-Turna, describiéndole como el comerciante cristiano más respetado de la ciudad. Tenía la tez muy morena y mate y los lóbulos de las orejas perforados a la manera de los indios; sin embargo, dado su nombre, típico del país de Aram, se trataba seguramente de un mestizo.

Hasta entonces, había permanecido silencioso, pero adivinando el gran malentendido que estaba adueñándose de ellos, se esforzó por disiparlo.

—Nobles visitantes, ¿seréis los únicos hombres en esta ciudad que ignoran que nuestros soberanos, los príncipes Kushanas, acaban de ser derrotados por el ejército persa y que se han retirado más allá de los cinco ríos?

Hablaba un arameo bastante correcto, pero acentuando erróneamente la mayoría de las sílabas, como tantos creyentes que consideraban un deber aprender la lengua litúrgica, pero que no tenían ocasión de usarla en los intercambios cotidianos. Cuando le faltaba

una palabra, la reemplazaba con soltura por su equivalente griego, convencido de que todas las personas presentes le comprendían.

—Nobles hermanos —insistió con una impaciencia que seguía siendo respetuosa—, ¿no habéis observado que no hay ni un soldado en las calles de Deb?

—Efectivamente, lo he observado —respondió Maleo—, pero sólo he visto en ello la prueba de que en esta ciudad reina la paz y la seguridad.

—La serenidad de tu alma ha enmascarado la triste realidad. En realidad, nuestra ciudad ha sido abandonada a su suerte, la guarnición se ha marchado, así como el gobernador; antes de irse, convocó a los jefes de todas las comunidades y de los gremios para aconsejarles que ofrecieran su sumisión a los nuevos señores del país.

—¿Y dónde están esos nuevos señores?

—Dicen que su ejército está acampado a una jornada de aquí, en las colinas del Taran, y que está mandado por un príncipe muy joven, Ormuz, nieto de Artajerjes, rey de reyes. ¿Qué piensa hacer? ¿Cuándo tomará nuestra ciudad? ¿Por qué ese príncipe sasánida no ha exigido aún nuestra rendición teniendo a sus tropas tan cerca? El Altísimo no se ha dignado aclararnos estas preguntas. De ahí esta angustia que nos invade a todos, incluso a los más creyentes, a los que más confían en Su sabiduría. ¿Habéis visitado los mercados de la ciudad?

—No —respondió Mani—. ¡En cuanto pusimos un pie en el muelle, el otro tomó el camino de este lugar santo!

El sacerdote, que se había recobrado un poco, dijo con fervor:

—¡Benditos seáis! ¡Que el Padre llene la tierra de gente a vuestra imagen!

Bar-Turna prosiguió:

—Cuando hayáis recorrido la ciudad, lo comprenderéis. Los puestos están vacíos; el oro, las telas de valor, las especias raras y las joyas han desaparecido. La hospedería de la gente de Cantón está desierta y cada junco que atraca parte de nuevo cargado de mercancías y de mercaderes. En los barrios bajos, los pobres también tienen miedo, hasta tal punto que los hombres han readmitido a sus mujeres.

Temiendo haber sido poco claro, se apresuró a añadir:

—Aquí es la tradición. Cada mes, cuando la mujer está impura, su marido la expulsa de la casa para demostrar a todos que no la ha tocado; ella, durante una semana, se instala en la calle bajo un cobertizo. Pero ahora, mancilladas o no, las han trasladado de nuevo a sus casas por miedo a que los soldados, al llegar, se las lleven cautivas.

—Ese terror me parece excesivo —intervino Maleo—. La tropa no puede entrar en una ciudad conquistada sin que se produzca algún saqueo, hay que resignarse a ello; pero se puede evitar lo peor. No dejéis los puestos vacíos, si no queréis que los soldados, frustrados, se venguen en los habitantes. Dejadles algo para que puedan saquear sin empobreceros y mostraos afligidos sin protestar. Si la ciudad está decidida a entregarse sin lucha, si ofrece suntuosos regalos al príncipe, habrá poca depredación y, muy pronto, las mercancías escondidas podrán volver a los escaparates. Yo mismo soy mercader en Ctesifonte y consigo ejercer mi comercio sin demasiados contratiempos. A lo largo de los últimos años, los sasánidas han ocupado varias ciudades portuarias como Charax de

donde venimos; esa ciudad no ha sufrido demasiado por su dominación. Son gente de orden, os harán pagar unos impuestos, pero os dejarán trabajar y os protegerán de los piratas.

Estas palabras de Maleo tuvieron la virtud de reconfortar a sus interlocutores que, antes que complacerse en lamentaciones, comenzaron a considerar el envío de una delegación al encuentro del conquistador. El sacerdote sugirió que estuviera formada por los mercaderes más notables llevando presentes, y que un hombre respetado hablara en nombre de los ciudadanos.

—Se puede pensar en mejores soluciones —protestó cortésmente Bar-Turna—. Un montón de mercaderes rollizos, envueltos en chales de brocado y con las orejas cargadas de perlas y esmeraldas, ¿no será una incitación al saqueo y al asesinato?

El sacerdote reflexionaba. Deseaba ir él mismo con aquellos que guiaban a las otras comunidades, pero si era verdad que esos sasánidas sentían tanta hostilidad hacia las diversas religiones, temía que su presencia no sirviera más que para irritarlos.

A lo largo de esas discusiones, Mani había permanecido silencioso, encerrado en sí mismo, tan ausente que los demás casi le habían olvidado. Quizá le juzgaran demasiado ajeno a esas preocupaciones terrenales. Por eso, se sorprendieron al verle tomar la palabra súbitamente, en el más ingenuo de los tonos:

—Seré yo quien vaya al encuentro de ese príncipe.

—¡Ah, no! —se sobresaltó Maleo—. ¡Tú desde luego que no!

Buscó un argumento plausible que encubriera su demasiado espontánea reacción.

—Tú también eres un hombre de religión y, además, acabas de llegar a esta ciudad. ¿Cómo podrías hablar en su nombre?

—Soy de Babel —prosiguió Mani como si no hubiera oído—. ¿No sería prudente que el hombre que hable en nombre de esta ciudad sea un súbdito de los sasánidas y que se dirija a ellos en un lenguaje que comprendan?

El tono de Maleo se volvió suplicante. Aún tenía presente en sus ojos la imagen de aquel oficial que merodeaba alrededor de su casa.

—¡Hemos abandonado Ctesifonte para huir de los soldados de Artajerjes y tú quieres correr a su encuentro!

—¡Pero yo jamás he tenido la intención de huir! —dijo cándidamente Mani—. He venido con una misión.

—¿Ante el ejército sasánida?

El hijo de Babel no respondió inmediatamente. Pareció ausente de nuevo, pero su rostro revelaba una inmensa plenitud.

—Hasta hoy —dijo al fin—, yo ignoraba con qué misión había sido conducido hasta la India. ¡Ahora, ya lo sé!

Ormuz, nieto del señor del Imperio, se pavoneaba en su asiento de madera labrada en el interior de una inmensa tienda, verdadero palacio de lona con algunos lienzos recogidos para que penetraran el viento y la luz. Oficiales y escribas se afanaban junto a él, pero con la cabeza inclinada y los brazos a lo largo del cuerpo, y sin una entonación fuera de lugar.

Antes de conceder audiencia al visitante, su secretario le había informado: «Un hombre con la pierna lisiada, procedente del país de Babel. Su navío atracó hace tres días en el puerto de Deb».

—¿Qué carga has traído? —preguntó el príncipe a Mani.

—Sólo mis palabras.

—¡Curiosa mercancía!

Cuando Ormuz se reía a carcajadas, el aro de plata que sujetaba la extremidad de su barba saltaba y sus cortesanos se alborotaban, pero sin dejarse llevar por la alegría, ya que en cuanto recuperaba su aspecto serio, estaban obligados a imitarle al instante, so pena de parecer libres y arrogantes. El propio príncipe sólo se reía con mesura y con la mirada constantemente al acecho.

—Admirable mercancía es la palabra —prosiguió como si, decididamente, la expresión le complaciera—. No pesa nada en las bodegas y, si sabes sacar partido de ella, puede enriquecerte.

Y para el caso en que sus allegados no hubieran comprendido sus alusiones, explicó:

—¡Este hombre es un narrador! Le haré venir para las veladas de los oficiales. ¿Conoces las epopeyas antiguas de Ciro y de Darío, las hazañas de los aqueménidas y las de nuestra dinastía?

—También conozco otras historias que nadie ha oído jamás.

—Tus otras historias no me interesan. A mis hombres sólo les gusta escuchar las epopeyas que conocen, o si no, relatos de caza. Si conoces alguno, si sabes hacérselo revivir, no te marcharás de aquí con la bolsa vacía.

—Yo no vendo mis palabras, las regalo.

—Así que no eres ni comerciante ni narrador.

El príncipe estaba irritado por haber comprendido tan mal a su visitante y los cortesanos bajaban los ojos cuando un hombre se acercó. Una barba rubia cuidadosamente peinada adornaba su rostro sin arrugas y llevaba un abrigo de brillante seda amarilla que llegaba hasta el suelo, adornado en el cuello con bordados negros. Inclinandose con toda confianza sobre Ormuz, cuchicheó a su oído unas palabras antes de volver a su sitio.

—Mi fiel consejero, el respetado mago Kirdir, cree que tú eres uno de esos nazarenos que se multiplican en las regiones de Mesopotamia y que has venido a Deb para difundir tu herejía.

—No he venido al encuentro del príncipe para hablar de religión. Se trata de la ciudad...

Ormuz le interrumpió,

—Primero quiero saber si Kirdir ha acertado.

—El honorable mago sólo se ha equivocado a medias. Venero a Jesús, pero también a Buda y a nuestro señor Zoroastro.

Kirdir se sobresaltó como si acabara de ser abofeteado y dio un paso hacia Mani.

—¡Con qué arrogancia este nazareno se permite mezclar el nombre de nuestro santo profeta con el de los impostores!

—Que nuestro respetado mago vuelva a su sitio —prosiguió Ormuz—. Seguramente el visitante no ha querido insultar a nadie. Por otra parte, esta discusión ha terminado; los debates sobre religión me dan sueño y me entristecen. He tenido un día magnífico, estoy en la mejor disposición y supongo que nadie querría que mi humor se alterara.

Como todos los cortesanos se apresuraron a aprobarle, se lanzó a un exaltado y meticuloso relato sobre la caza del día.

—... Les dije a los guardias que se alejaran, que me dejaran ese león, que no quería que hubiera en su cuerpo otras huellas que las de mi lanza. Y lo perseguí solo. El animal no corría mucho y de pronto se detuvo e hizo un movimiento hacia mí. Mi yegua se asustó y entonces salté a tierra para que pudiera huir.

»Nos quedamos solos, frente a frente, la fiera y yo. Avanzábamos el uno hacia la otra, con calma. Ninguno de los dos quería escapar de una muerte tan noble. Menos de sesenta pasos nos separaban. Entonces, mis compañeros, haciendo caso omiso de mis órdenes, vinieron a rodearme con sus lanzas. La fiera se detuvo, se volvió y se alejó sin correr, conservando su dignidad. Ahora todos querían alcanzarla, pero yo grité tan fuerte que se quedaron todos clavados en el sitio: "Os prohibo que persigáis a ese león, venía hacia mí como un valiente y sólo se alejó porque vosotros malograsteis nuestro duelo. ¡Dejadle vivir!".

Mani no preveía semejante desenlace de la caza principesca. Su reacción fue espontánea.

—¡Ésta es una historia que contaré a la gente de Deb! Así sabrán que pueden esperar magnanimidad y demencia del conquistador y que éste tomará la ciudad sin matanza ni destrucción.

Aún absorto en sus recuerdos, Ormuz no reaccionó. Fue el mago Kirdir quien respondió a Mani.

—El león quiso luchar, por eso mereció la gracia del príncipe. La gente de Deb no quiere combatir, no son más que corderos, y como los corderos, su destino es que los esquilen y los degüellen.

—¡Son mercaderes a quienes la ley del Imperio prohíbe llevar armas! —gritó Maleo, quien, con Pattig, se mantenía a la entrada de la tienda y comenzaba a inquietarse del cariz que estaba tomando el debate.

—¿No tenía la ciudad una guarnición? —interrogó el mago.

—¡Los soldados partieron con el gobernador! —dijo de nuevo Maleo.

—Los ciudadanos deberían haberlos retenido. ¿No tienen suficiente oro para pagarlos? ¿Por qué el príncipe habría de mostrarse noble con esos mercaderes grasientos y llorosos?

—¿Quién salió glorificado por la clemencia del príncipe hacia el león, este último o el primero? —preguntó Mani.

Emergiendo al fin de su ensueño, Ormuz se dignó conceder con un movimiento de cabeza que era a él a quien le correspondía la gloria. Pero Kirdir tomó de nuevo la palabra:

—El príncipe es un guerrero, como todos los miembros de la divina dinastía. Para él, cada combate es una oportunidad de demostrar su valor. La gente de Deb le ha decepcionado. Sólo merecen su desprecio.

En la sala, una verdadera ovación saludó esta declaración. Mani no comprendía en absoluto ese ensañamiento.

—Resulta que hay una ciudad que acepta la autoridad del príncipe, que le abre sus puertas, que se dispone a recibirle con sumisión y a ofrecerle presentes, ¡y se pretende castigarla!

Pero de la boca de Ormuz se escapó cándidamente la verdad.

—Desde que nuestros soldados se pusieron en marcha, sólo piensan en las riquezas de Deb, en sus mercados, en sus almacenes, en sus mujeres. Cada vez que debían cruzar una montaña o un desierto de sal, les hablábamos de Deb.

—¡Pero si la ciudad abre sus puertas, la ley del Imperio exige que no sea saqueada!

Precisamente. En el mismo momento en que hablaba, Mani comenzó a comprender. A los mercaderes de Deb no se les reprochaba su pusilanimidad, sino su sabiduría. ¡Al negarse a combatir, privaban a los saqueadores del botín! El hijo de Babel percibió más claramente la importancia de la gestión que efectuaba en nombre de la ciudad y habló en alta voz:

—Las puertas de Deb están abiertas y así permanecerán. La guarnición se ha marchado y ninguna otra la reemplazará. No hay ni un arma en la ciudad, ¡la gente ha roto hasta los cuchillos de cocina! Los soldados pueden entrar y podrían matar, saquear, violar e incendiar, pero, según las leyes del Imperio y las leyes del Cielo, sería una felonía. Y no puedo imaginar ni por un instante que un valiente hijo de la gran dinastía lo permitiera.

Ormuz pareció turbado y Mani prosiguió:

—La gente de Deb sólo desea que se respeten sus exenciones y sus tradiciones y que se preserven su vida y sus bienes. No piden más que vivir en paz bajo la autoridad de un príncipe recto y sagaz. Eso es lo que les conviene, pero también es lo que conviene al príncipe. Esa ciudad es la joya del país que él tiene la obligación de conquistar y de gobernar. ¿Por qué iba a querer arruinarla?

Sintiendo que su señor dudaba, Kirdir replicó:

—No es competencia de los comerciantes de la India interrogarse sobre la rectitud de nuestros príncipes y aún menos sobre los intereses del Imperio. El ejército ha luchado, se le ha prometido una recompensa y es justo que se le conceda.

De la fila de los oficiales surgieron gritos de apoyo.

—Por más que Deb abra sus puertas y oculte sus armas, sigue siendo una ciudad impía. Nuestras tropas victoriosas partieron a la guerra para someter a las regiones infieles, para castigarlas, para imponerles la Religión Verdadera. Eso es justo y agradable al Cielo. Deb será entregada a los soldados durante tres días, todos los lugares de culto impíos serán derribados y luego se organizará una ceremonia de acción de gracias en el puerto, como lo ha ordenado el divino Artajerjes, rey de reyes, el señor de todos nosotros.

Ormuz sabía que su abuelo, el rey de reyes, deseaba que se celebrase esa ceremonia, y conocía, igualmente, los deseos de sus oficiales. Pero él mismo no era insensible a los argumentos de Mani, cuyo apoyo solicitó discretamente:

—Las palabras del mago Kirdir me parecen sensatas, ¿tienes algo que responder, hombre de Babel?

—Tendría que ser muy descarado para atreverme a responder, ya que sólo soy un visitante de paso, mientras que el mago es, evidentemente, un personaje notable, puesto que se permite indicar al príncipe a dónde debe conducir a sus ejércitos y de qué manera debe comportarse en las ciudades conquistadas.

Kirdir dio un brinco con la mano en el corazón:

—¿Si es un crimen ofrecer consejo a mi rey, que se me castigue! Jamás he hablado ni actuado por otra razón que no fuera el bien de la divina dinastía, para que este Imperio y su religión se extiendan bajo todos los cielos y aplasten a todos los enemigos bajo sus pies como si fueran serpientes, escorpiones, criaturas maléficas. Mi señor, nieto del divino Artajerjes, no se dejará prevenir contra mí, no puede haber olvidado las sabias prescripciones del Avesta. ¿No está dicho en el Libro que los lobos de dos patas deben ser exterminados mucho antes que los lobos de cuatro patas?

—¿De qué lobos se trata? —interrogó demasiado ingenuamente Ormuz.

—El lobo de cuatro patas salta sobre un cordero para devorarlo; el lobo de dos patas se sirve de la palabra para acallar la desconfianza del pastor y arrastrar a todo el rebaño por el camino de la perdición.

—Los lobos de dos patas —rectificó Mani— son los hombres que consideran a los demás como presas, los que intentan constantemente someter, reducir, castigar, humillar. Hoy se ha elevado una voz para decir que los habitantes de Deb no eran más que corderos y que merecían ser degollados. ¿No es ése el lenguaje de un lobo de dos patas? Si el santo y sabio pastor Zoroastro se expresó como lo hizo en el Avesta, ¿acaso no fue pensando en aquellos que recurren a semejantes matanzas?

—En el fondo, cada cual interpreta el Avesta a su manera.

Con esta observación, Ormuz intentaba atenuar un poco el efecto del ataque proferido directamente contra Kirdir. Pero éste estalló enfurecido:

—¿De qué interpretación se habla? ¿Así que cada cual tiene derecho a interpretar a su antojo los textos sagrados? ¿Así que la interpretación de un pérfido nazareno sería

comparable con la mía? ¿No soy yo el que estudió durante dieciséis años nuestra Religión Verdadera? ¿No soy yo aquí el depositario de la fe de Zoroastro?

—Puede suceder que un hombre se crea depositario de un mensaje cuando no es más que su ataúd.

Kirdir no quería creer que semejantes palabras pudieran serle dirigidas. Se las hizo repetir al oído por un familiar, antes de avanzar hacia el pilar central. Al tumulto provocado por la frase de Mani acababa de suceder un silencio sepulcral. El hijo de Babel leía el ultraje y la indignación en todos los ojos, salvo quizá en los de Ormuz, en los que no faltaba una chispa maliciosa que el mago debió de advertir, ya que comenzó con un tono de reproche:

—¿El señor sabe de qué calaña son estos nazarenos?

No tendría tiempo de proseguir. Los aullidos de una mujer muy joven que acababa de irrumpir en la sala, abriéndose paso entre el círculo de cortesanos y lanzándose a los pies del príncipe, ahogaron providencialmente sus primeras sílabas.

—¡Señor! ¡Tu hija! ¡Tu hija!

—¡Habla, Denagh!

El príncipe zarandeaba por los hombros a la mujer, que se había quedado súbitamente sin fuerzas como un niño agarrado al vestido de su madre.

—¡Estaba corriendo cerca del arroyo, se cayó y ya no se mueve!

—¿Está herida?

—¡No, no se ha hecho sangre!

—¿Respira?

—Sí —aseguró la mujer, aterrada—. Respira, pero no consigo reanimarla.

Ormuz permaneció postrado en su asiento, olvidando toda majestad; un torbellino de pesadilla arrastraba su mente. Kirdir juzgó propicio el momento para extender un dedo acusador:

—La infidelidad que ha penetrado en este lugar atrae las plagas sobre nosotros. Se han proferido palabras blasfemas. Si a la hija del príncipe le llegara a suceder una desgracia, este maldito nazareno tendría la culpa.

Ormuz había perdido todo discernimiento y toda voluntad. Todos, en su círculo, sabían el cariño que experimentaba por su hija. La esposa preferida del príncipe había muerto al traerla al mundo, y Ormuz había volcado en la niña todo el amor que sentía por su madre. Bastaba, pues, que Kirdir designara a Mani como supuesto responsable de su desgracia para que el príncipe mirara hacia él con rabia. Pero Mani no perdió su seguridad.

—Soy médico. En lugar de utilizar el mal de la niña para iniciar una vil polémica, tratemos mejor de curarla. ¡Que me conduzcan junto a ella!

No queriendo desdeñar ninguna esperanza, Ormuz acompañó a Mani a la cabecera del lecho de la niña.

Ésta se encontraba recostada, con los cabellos tan perfectamente trenzados y los pliegues de su vestido tan bien arreglados que parecía una muerta. Sólo un cofre mal cerrado del que sobresalía un juguete roto daba un toque de desorden y de vida a la habitación; una habitación que no era, sin embargo, más que un sector de la tienda principesca, con, a modo de puerta, unas hileras de cuerdecillas cargadas de conchas de colores, que llegaban a dos codos del suelo para que la princesa fuera la única que pudiera entrar sin hacerlas tintinear.

Mani puso la mejilla sobre la frente de la niña, le tomó el pulso, le levantó el párpado y luego pidió a la joven, a la que el príncipe había llamado Denagh, que cortara cinco trozos de tela blanca y limpia, cada uno del tamaño de la palma de la mano, y que se procurara algunas pulgaradas de alcanfor. Él mismo fue a coger, entre los árboles y en los terraplenes, ciertos tallos, flores, hierbas medicinales y bayas, que eligió uno a uno, tomándose el tiempo de estrujarlos entre los dedos para verificar su naturaleza.

Regresó a la habitación con ese brazado heterogéneo y comenzó a machacar las hierbas hasta formar una pasta color tierra, como turba espesa, que espolvoreó abundantemente de alcanfor, antes de extenderla sobre los trapos. Dobló éstos, los comprimió y los aplastó, y colocó uno de ellos sobre la frente de la niña, tapándole igualmente las orejas; enrolló otros dos alrededor de las muñecas y los últimos en la punta de los pies, apretándole los dedos. A continuación, cogió un cántaro y dejó que fluyera un chorrillo de agua para que empapara las compresas.

A su alrededor, nadie osaba hacer el menor ruido. Cada vez que un trapo se secaba, Mani lo empapaba con un poco de agua, y cuando al cabo de una hora se vació el cántaro, se lo alargó al príncipe diciendo:

—Hay que llenarlo con agua del torrente.

Ormuz cogió el recipiente y se lo entregó, con un gesto natural de autoridad, al ayudante de campo, que estaba de pie tras él.

—¡No, con la mano del príncipe! —dijo Mani, que habló sin levantar los ojos.

Sorprendido en un primer momento, el sasánida cogió de nuevo el cántaro y fue a llenarlo él mismo, bajo la mirada asombrada de los soldados y de los cortesanos. Supuso, sin duda, que al ser cogida por sus manos principescas, el agua adquiriría virtudes curativas. Lo mismo se cuchicheaba entre la multitud. Maleo fue el único en sospechar que la explicación podría ser diferente. Había observado ya lo bastante a su amigo en las ciudades que habían visitado como para saber que cuando una mujer humilde le daba de comer un tazón de sopa y una cebolla, él los aceptaba con gratitud; que cuando la esposa de un mercader próspero le ofrecía un manjar suntuoso, él mostraba la misma gratitud, aunque sólo probara un bocado; pero que cuando una sirvienta se presentaba provista de una bandeja, Mani la despedía: «Ve a decir a tus señores que me traigan la limosna ellos mismos para que yo pueda bendecirlos y darles las gracias».

Así, quería recibir del príncipe, y no de su ayudante de campo, el agua que había pedido.

Y Ormuz volvió, trayendo el cántaro con las dos manos, pero con tanta torpeza que tropezó con un pilar de la tienda; los cortesanos más cercanos hicieron un movimiento para sostenerle, desviando rápidamente los ojos en cuanto él recuperó el equilibrio, para que no advirtiera que le habían visto tropezar.

Atardecía, y Mani, sentado sobre su pierna doblada, a la izquierda de la niña, continuaba vigilando las compresas y mojándolas en cuanto se secaban. Arrodillada muy cerca de él, Denagh se mostraba inquieta, dispuesta a levantarse en cuanto él se lo pidiera. Ormuz, el más nervioso de todos, estaba sentado al otro lado de la niña.

Súbitamente, cuando todo el mundo guardaba silencio, el príncipe dijo:

—Si mi hija se cura, juro no entregar Deb al saqueo. Los habitantes, las casas, los mercados, los lugares de culto, todo será preservado. Pero que mi hija se salve.

Mani no se movió. Solamente dijo, con el mismo tono la plegaria:

—¡Que el Cielo oiga tus palabras sabias y generosas!

Luego se hizo de nuevo el silencio. Las horas pasaban y, a pesar de la inquietud, el sueño vencía al nieto del rey de reyes. Denagh le sugirió a media voz que tomara algún descanso, prometiendo despertarle en caso de necesidad. El príncipe se tendió allí mismo, con el brazo a modo de almohada.

La luz del día penetraba ya por un lienzo de la tienda que estaba recogido, cuando Ormuz se incorporó. Habían dado las seis; Denagh estaba sentada en la misma postura y Mani vaciaba la última gota de agua sobre la frente de la niña.

—¿Quieres que llene de nuevo el cántaro? —murmuró el príncipe.

—No hace falta —dijo Mani en voz alta—. El Cielo te ha oído. Tu hija está curada.

Como si respondiera a su llamada, la chiquilla abrió los ojos y sonrió.

—¿La has despertado? —preguntó Ormuz aún incrédulo.

—He adormecido su mal.

Sin mostrarse turbado por su éxito, Mani incorporó a la niña para que apoyara la espalda sobre un gran cojín; luego, le quitó una a una las compresas y se las dio al príncipe.

—Hay que tirarlas al torrente, en el lugar donde habéis llenado el cántaro.

Ormuz las tomó con las dos manos abiertas, como si se tratara de una valiosa ofrenda. Tenía los ojos llenos de lágrimas y un nudo en la garganta.

—Llévalas con una sola mano y con la otra coge la de tu hija que desea acompañarte.

La niña estaba de nuevo en pie, risueña, alegre y saltarina.

En el exterior, una ovación saludó al padre y a la hija, y Mani, que seguía sentado en el mismo lugar, escuchaba su eco con serena delectación. Cerca de él, Denagh, agotada, se había adormecido. Por primera vez, pudo contemplarla. Habían pasado una noche entera uno al lado del otro, habían compartido la misma inquietud y la misma esperanza y su presencia abnegada y alerta había sido tan tranquilizadora... Pero aún no la había mirado; ni siquiera había advertido esa única trenza, esa larga trenza negra que le llegaba hasta la rodilla. Mani se sorprendió un poco al descubrirla tan joven. Durante su vela en común, sus gestos habían sido los de una mujer, y ahora, su nariz, su barbilla, sus labios, todo en su rostro parecía infantil, menudo. Y tan bien dibujado... Sólo la alejaba

de la infancia su pecho, que parecía haber crecido demasiado deprisa para la tela que lo envolvía. ¿Qué edad podría tener? Trece años, se dijo Mani, quizá doce.

Lentamente, sin un gesto brusco que pudiera despertarla, le levantó la cabeza para apoyársela en un cojín.

Seis

Mani esperó a que se calmaran las aclamaciones de los soldados y de los cortesanos para abandonar la habitación de la niña y, seguido orgullosamente por Maleo y Pattig, ir a despedirse del príncipe.

—Bendito sea el día en que te cruzaste en mi camino, médico de Babel.

Los ojos de Ormuz estaban aún rojos por la emoción y su voz sonaba insegura.

—Te daré el oro suficiente para que pases tu vida entera libre de necesidades.

—No quiero oro. Puesto que he adquirido la facultad de curar, ¿cómo podría dejar que esa niña se apagara sin intentar nada? Si por esa acción aceptara una recompensa, me sentiría indigno de mi ciencia.

—¡Soy yo quien sería indigno de mi fortuna si te dejara partir sin recompensa!

—No quiero tus riquezas ni los honores que puedas prodigar. Sin embargo...

Se detuvo súbitamente, como si le hubiera llegado una llamada apremiante y hablara bajo su lejano dictado.

—Sin embargo, tengo que hacerte una petición.

—¡Habla, está concedida de antemano!

—Quiero la más dulce de las muchachas de tu casa.

—¿Denagh?

—La misma.

Ciertamente, Ormuz estaba sorprendido y claramente molesto. Pero ¿cómo describir la reacción de Maleo y de Pattig? Ambos miraron a Mani como si acabara de ser sustituido por un sosia bromista.

—He dicho que no te negaría nada, pero esa muchacha no forma parte de los bienes que poseo. Es la hija de un oficial al que yo quería y que murió hace cuatro años combatiendo a mi lado. Yo me había aventurado imprudentemente hasta el corazón de las líneas enemigas y él acudió corriendo a salvarme. Yo pude escapar con una herida superficial, pero él dejó allí su vida por mi culpa. Por lo tanto, decidí acoger a su hija única, que tenía nueve años, la tomé bajo mi protección y la he tratado con cariño. Si a veces se ocupa de mi hija es porque ambas se quieren mucho, pero Denagh no es ni sirvienta ni esclava. Pertenece al clan Karen, uno de los más nobles de nuestra raza. En su

familia, como en la mía, no se entrega una hija contra su voluntad. ¿Consentirá ella en seguirte?

—Así lo creo.

—¿Te lo ha dicho?

—No se lo he preguntado.

—Que la hagan venir; voy a interrogarla yo mismo.

Cada instante de espera parecía aumentar la confusión de Ormuz que comenzó a reflexionar en voz alta:

—Mi hermano mayor, Bahram, acudió a visitarme hace un año. Vio a Denagh, le complació y me habló de ella. Como en aquel entonces yo tenía otros proyectos para ella, le dije que no era núbil. ¡Era verdad, no lo era! Pero cuando Bahram se entere de que he dejado marchar a esa muchacha con otro, me guardará un rencor eterno. Él, que mira ya con envidia todo lo que yo poseo...

Sin embargo, al terminar su monólogo, el príncipe se mostró resignado:

—Acabas de devolverme a mi propia hija, médico de Babel, mi deuda contigo no tiene límites. Si hubiera podido pagarla con una simple palabra a mi tesorero, ¿habría tenido la sensación de haberla satisfecho?

Apenas habían cruzado el perímetro del campamento, cuando Maleo se volvió hacia Mani. Había mil preguntas en sus labios, pero se resumían en una sola:

—¿Qué vamos a hacer con ella?

Hizo un gesto con la cabeza, designando a Denagh, cuya montura estaba justo detrás de la suya. Mani respondió con voz clara, para que la muchacha pudiera oírle.

—Adonde yo vaya, vendrá ella. Los que me den hospitalidad, se la darán a ella también.

—¡Una mujer! ¡La gente va a hacer mil preguntas!

—¡Porque necesitan comprender!

¿Comprender? El propio Mani no había intentado comprender. Esa Voz, interior o celeste, que hablaba a veces por su boca, le había ordenado pedir a esa muchacha y él había obedecido. Denagh había venido a unirse a su caravana.

Ese día, Maleo se alejó para ceder el sitio a Pattig, quien rumiaba sus propias inquietudes.

—Hijo mío, ¿has decidido tomar mujer?

Al instante, el rostro de Mani se volvió impasible.

—¿Para qué ha de tomar mujer un hombre si debe abandonarla después?

La frase no tenía réplica y el padre no se atrevió a defenderse. ¿Iba a justificar su actitud hacia Mariam, su partida de Mardino después del encuentro con Sittai en el templo de Nabu, y a recordar sus votos pronunciados en el palmeral? Demasiado sabía cómo reaccionaría su hijo. Por eso, prefirió apartarse a su vez.

La montura de Denagh fue entonces a cabalgar junto a la de Mani. Ambos jóvenes miraban a lo lejos con asombro y alegría, y también, con una especie de orgullo. A caballo, el hijo de Babel parecía recordar sus orígenes partos, quizá porque como en el suelo cojeaba a causa de su pierna torcida, a lomos de una montura recuperaba su buena presencia. Igualmente, Denagh parecía más bella a caballo; su busto, de ordinario curvado debido a su pudor de adolescente, se enderezaba y mostraba su pleno desarrollo. Su piel tostada, la trenza que le caía sobre el hombro y su perfil tendido hacia el horizonte le daban la apariencia de una viajera de las estepas. Mani posó su mirada sobre ella y su montura se le acercó aún más, hasta tal punto que sus estribos se rozaron.

Aún no habían intercambiado ni una palabra. Su silencio se prolongó, sólo perturbado de cuando en cuando por los gritos de los soldados de la escolta o por algún relincho.

A lo lejos, revoloteaba ya el polvo de la ciudad.

Desde que la antigua guarnición había abandonado la ciudadela y las torres de las murallas, no era raro ver a los hijos de Deb subir hasta el camino de ronda, tanto por el placer de correr a lo largo de una cornisa antaño prohibida, como por escrutar aquel camino del norte hasta que se perdía de vista, por donde se suponía que afluirían los invasores.

Ahora bien, aquel día, un chiquillo comenzó a gritar y los ciudadanos acudieron corriendo y escalaron las más altas construcciones, congregándose en tan gran número que los tejados amenazaban con derrumbarse. También se apiñaban por las callejuelas cercanas a la puerta de Pashkibur que se había mantenido abierta de par en par, como prueba de que no se proyectaba ninguna resistencia.

El rumor corrió más deprisa que los jinetes, que estaban aún a considerable distancia; tanto, que ni siquiera la hija mayor del anciano zapatero, famosa por su larga vista y a la que habían conducido a la torre más alta, pudo distinguir las casacas ni las enseñas. Sólo pudo estimar que, a juzgar por la nube de arena que se elevaba hacia el cielo, no se trataba aún del ejército sasánida, sino de un simple destacamento que venía, quizá, como explorador o portador de una conminación.

Lo que no podía adivinar era que esa nube la formaba la escuadra a la que Ormuz había encargado llevar a Mani de regreso hasta Deb. Se componía de un oficial y diez hombres, los primeros soldados sasánidas que los ciudadanos veían desde que se creían asediados, invadidos ya, y a los que tanto temían. Por otra parte, los jinetes hicieron un alto a tres estadios de las murallas; el oficial saltó a tierra para saludar a Mani, y más apresuradamente a sus compañeros, antes de subir de nuevo al caballo, volver grupas y alejarse, sin que su mirada se detuviera sobre las personas, las almenas o la acogedora puerta. Puerta que Maleo, Denagh y Pattig cruzaron tranquilamente a caballo, antes de apartarse para ceder el paso al héroe del día.

La llegada poco tumultuosa de los militares, su actitud deferente hacia Mani y, finalmente, su pronta partida habían suscitado en la multitud una jovialidad guasona e incrédula. Durante algún tiempo, todos extrajeron su miedo como se hace con una astilla. Abrazaban entusiasmados y con los ojos llenos de lágrimas al desconocido más cercano,

invocaban al dios que creían causante del prodigio y bendecían a aquel que parecía ser su instrumento.

Mani penetró en la ciudad con la cabeza erguida, sereno, como si toda su vida hubiera cabalgado triunfalmente y acumulado conquistas. ¿Era el despertar tardío de la sangre principesca que su padre y él mismo habían denigrado constantemente? Los fervientes devotos han buscado con frecuencia en los profetas unos orígenes reales, como si, en la Tierra, la sola unción del Cielo no confiriera suficiente legitimidad. ¿No se ha vinculado a Jesús al linaje del rey David y a Buda al de los príncipes Sakya? Dios encarnado y, mejor aún, incierto vástago de un sátrapa. ¡Hay que suponer que algunos adeptos necesitan esos pobres suplementos! En la misma línea, si hay que prestar fe a las ingenuas declaraciones de los cronistas, Mani llevaba en él desde la infancia, e incluso en la humildad del palmeral de los Túnicas Blancas, ese atributo eminentemente real que es el aplomo, herencia manifiesta de los soberanos partos, cuyo imperio se había extendido antaño hasta Deb. Si no, ¿cómo habría tenido el atrevimiento de dirigirse al nieto de Artajerjes, y más tarde, a otras testas coronadas? ¿Cómo habría podido desfilar con tanta soltura por aquella ciudad delirante?

Los ciudadanos convergían ahora hacia él desde todos los barrios, impacientes por interrogarle, sin que, no obstante, ninguno se permitiera abordarle, ni siquiera aquellos que le reconocían, ni siquiera aquellos que habían escuchado su sermón en la iglesia. Maleo supuso que su amigo se dirigía simplemente a casa del notable cristiano Bar-Turna, quien los había alojado la única noche que habían pasado en la ciudad. Pero tomó otro camino, el de la residencia del antiguo gobernador, cuya verja cruzó sin que la milicia urbana que la guardaba hiciera además de interponerse. Y una vez allí, cuando todos pensaban verlo subir los escalones del palacio, se apartó súbitamente de la avenida pavimentada y avanzó a través del jardín hacia una morera blanca, una morera que, según los ancianos, era el árbol más viejo de la región y que, solitario, se erguía sobre una tierra seca y árida, extendiendo a esa hora hacia el Oriente su sombra atormentada.

Mani echó pie a tierra y luego levantó los brazos, a fin de que la comitiva se detuviera para que él pudiera caminar solo hacia la morera, ante la cual se inclinó con las palmas de las manos apoyadas en el tronco. Mientras estuviera en esa ciudad, dijo, pasaría allí su días y sus noches.

Entonces, los ciudadanos se acercaron, formando un halo a su alrededor, y los labios menos tímidos osaron formular las preguntas esperadas: ¿Había hablado con el conquistador? ¿Qué clase de hombre era ese Ormuz? ¿Cuándo tomaría posesión de su ciudad? ¿Qué suerte les reservaba? ¿Podría reanudarse el comercio? ¿Serían respetados los cultos?

—El príncipe que me ha recibido —respondió Mani— no está desprovisto de sabiduría ni de discernimiento. En todos los hombres hay una chispa oculta bajo los cascos, los adornos y las cotas de mallas.

Si bien Mani no quiso prometer nada, estas pocas palabras tranquilizaron a la gente, que le rodeó aún más. ¡Qué extraño era ver a aquella venerable ciudad de mercaderes confortarse así con la compañía de un mendigo recién desembarcado! En realidad, la gente de Deb tenía la ferviente convicción de que mientras Mani estuviera allí apoyado en su árbol, y hablara y rezara, y se dejara alimentar por las mujeres más humildes, ningún ejército del mundo atacaría su ciudad. Por eso, poco a poco, los muelles se fueron

reanimando. De nuevo se cargaba y se descargaba, y en los mercados, la gente se aventuraba a adornar los puestos.

Desde aquel momento, los habitantes de la ciudad, en una mezcla de clases y de creencias, se reunían bajo la morera. Allí era donde se ponían de acuerdo y arreglaban sus litigios; a veces, sus voces subían de tono, pero bastaba una palabra de la boca de Mani para que el silencio se restableciera y todos los oídos prestaran atención. Para el hijo de Babel, ése era el auditorio sediento de verdad, para seducir al cual había estado preparándose durante mucho tiempo. Había tenido que ir hasta la India para encontrarlo y para descubrir, en ese espejo de múltiples facetas, su propia imagen de mensajero:

—Benditos sean todos los sabios de los tiempos pasados, presentes y venideros, benditos sean Jesús, Sakyamuni y Zoroastro; una Luz única iluminó sus palabras y es esa misma Luz la que hoy resplandece sobre Deb. Aquel de entre vosotros que siga mis enseñanzas no deberá abandonar el templo en el que siempre ha rezado ni el altar sobre el que honra a los manes de sus antepasados.

En Deb, donde florecían tantas creencias, las palabras de Mani eran gratas para los oídos de los hombres conciliadores. En aquellos tiempos de prueba, fueron numerosos los que se aferraron a su fe generosa; pero, al mismo tiempo, aparecían objetores entre el auditorio, a quienes las palabras de Mani escandalizaban y desconcertaban:

—Si dices lo mismo que el Mesías o Buda, ¿por qué intentas crear una religión nueva?

—La esperanza de aquel que se ha alzado en Occidente apenas ha florecido en Oriente; la voz de aquel que se ha alzado en Oriente no ha llegado a Occidente. ¿Es necesario que cada verdad lleve la ropa y el acento de aquellos que la recibieron?

—Maestro, admito que ciertas creencias merecen ser respetadas; pero los ídolos, los adoradores del sol...

—¿Crees que un rey se sentiría celoso si besaras el faldón de su vestido? El sol no es más que una lentejuela en el vestido del Altísimo, pero mediante esa resplandeciente lentejuela, los hombres pueden contemplar mejor Su Luz. Los seres humanos creen que adoran a la divinidad cuando no han conocido nunca más que sus representaciones; representaciones en madera, en oro, en alabastro, en pintura, en palabras o en ideas.

—¿Y aquellos que no reconocen a ningún Dios?

—El que se niega a ver a Dios en las imágenes que le presentan está, a veces, más cerca que los demás de la verdadera imagen de Dios.

Un día, le preguntaron:

—¿Qué nombre lleva aquel del que eres el Mensajero?

—Yo le llamo «el Rey de los Jardines de Luz».

—¿No es el Padre, el Todopoderoso, el Infinitamente bueno, el Creador de todas las cosas?

—¿Cómo podría ser a la vez bueno y todopoderoso? ¿Es acaso él quien ha creado la lepra y la guerra? ¿Es él quien deja morir a los niños y que maltraten a los inocentes? ¿Es

él quien ha creado las Tinieblas y a su Señor? ¿Ha prometido que este último existe? Si pudiera aniquilarle de un gesto, ¿por qué no lo haría? Si no quiere aniquilar las Tinieblas, es que no es Infinitamente bueno; si quiere aniquilarlas, pero no lo consigue, es que no es Infinitamente poderoso.

Después de un corto silencio, añadió:

—Es al hombre a quien ha confiado la creación. Es a él a quien le corresponde el primero hacer que las Tinieblas retrocedan.

El hijo de Babel llevaba ya diez días junto a la morera blanca, cuando el ejército sasánida tomó posesión de Deb. Se desplegó por las puertas, por la torres de las murallas, por los muelles y por las calles comerciales, sin asesinatos ni saqueos. Después, Ormuz fue a instalarse con sus allegados en la residencia del antiguo gobernador.

Mani permaneció algunos días más en el jardín vecino, rodeado de una multitud ferviente que se confortaba con su presencia, pero que pronto oiría de su boca palabras de adiós.

En efecto, una noche, Ormuz le mandó llamar con urgencia. Mani velaba aún, apoyado en su árbol; el ayudante de campo le ayudó a levantarse con una mano y con la otra sostenía una antorcha.

Junto al príncipe, se encontraba un escriba de alto rango.

—Es Nam Veh, mi hombre de confianza. Acaba de llegar de Ctesifonte.

—Una gran desgracia se ha abatido sobre el mundo. El señor de todos nosotros, el gran Artajerjes, rey de reyes, dios entre los hombres, hombre entre los dioses, ha ido a reunirse con los gloriosos soberanos... —comenzó el escriba.

—Mi abuelo ha muerto —le interrumpió Ormuz.

En sus ojos, se había apagado un terror. En los de Mani, se perfiló el camino de regreso.

El encuentro con aquel príncipe sasánida no dejó de tener un mañana. Entre Mani y la dinastía más poderosa de su tiempo acababa de nacer una relación que se revelaría tormentosa, intensa y a veces cruel; y constantemente ambigua, como deben ser las relaciones entre los portadores de ideas y los portadores de cetros.

La existencia del hijo de Babel se vería conmocionada por ella. Pero también la del Imperio.

3. Cerca de los reyes

*He venido del país de Babel
para hacer resonar un grito en todo el mundo.*

MANI

Uno

Mientras esperaba a que llegara su turno para entrar en el salón del Trono, Mani no podía apartar los ojos de la puerta monumental ante la que estaban alineados los hombres de la guardia con sus gorros de fieltro color rojo sangre. ¿No era aquella puerta la que evocaba su «Gemelo» cuando hablaba de conquistar Ctesifonte? Había sido necesario que él fuera hasta las orillas del Indo, que conociera a aquel príncipe y que sanara a su hija, para obtener esa carta de introducción, dirigida por Ormuz a su propio padre, Sapor, el nuevo señor del Imperio...

En el vestíbulo, dejó que le describieran una vez más el ceremonial. En los labios del jefe de protocolo se repetía como un exorcismo una palabra, *padham*. Así era como llamaban, en los tiempos de los sasánidas, al pañuelo blanco que debía colocarse ante la boca cualquiera que se acercase a los objetos sagrados, por temor a que fueran mancillados por el aliento de un mortal; el del mago en el momento de officiar ante el altar del fuego, o el de cualquier hombre que hablara en audiencia pública a la persona del rey de reyes.

Por eso, los cortesanos guardaban siempre un *padham* en la manga, y los dignatarios del palacio ofrecían uno a los visitantes extranjeros, al mismo tiempo que se preocupaban de enseñarles el gesto de veneración: el índice de la mano derecha extendido hacia adelante y hacia arriba, ligeramente curvado, así como de inculcarles las frases convenidas, ya que tanto en Ctesifonte, como en el Egipto de las dinastías y, por otra parte, en Roma, aunque de un modo más puntilloso, el soberano era augusto. Para dirigirse a él, no se podía usar ni un nombre ni un título, sino unas fórmulas consagradas de las que nadie podía apartarse: «¡Vosotros, personajes divinos!», «¡Vosotros, los dioses inmortales!» o, al menos, «¡Vuestra divinidad!».

En el reglamento de la corte, cada disposición tenía como objetivo ahondar el abismo entre el monarca y el resto de los mortales. Todo contribuía a forjar esa imagen de inhumano poder, de celeste pompa y de perennidad. La bóveda del salón del Trono era

tan alta que parecía construida por una congregación de gigantes, y, a lo largo de las paredes, hasta donde alcanzaba la vista, sólo se veían tapices, ni una pulgada que revelara la desnudez original de las superficies.

Al fondo de la gigantesca estancia, no había más que un estrado, protegido por una cortina alrededor de la cual se distribuía la asamblea de los cortesanos. A diez codos, las personas de sangre real; diez codos más lejos, los íntimos de Sapor, el rey de reyes, sus comensales, sus consejeros más cercanos, los dignatarios religiosos, exégetas y recitadores del Avesta, así como los sabios, los astrólogos y los médicos de renombre; otros diez codos más allá, se encontraban los que divertían al rey, bufones, juglares, acróbatas y bailarines, todos ellos personajes muy considerados en la corte sasánida, mucho más que los arquitectos, los pintores y los poetas, pero, a pesar de todo, sin comparación con los músicos. Conforme a los deseos debidamente codificados del fundador de la dinastía, a los compositores y a los maestros reconocidos de instrumentos y de canto se les trataba igual que a los príncipes reales y se colocaban, pues, a diez codos de la colgadura, pero a la izquierda. Detrás de ellos se alineaban los músicos y los cantores de segundo orden, y diez codos más lejos, la masa de tañedores de laúd, de «zand» o de mandolina.

Para despertar al lánguido auditorio, un redoble de tambores precedía al clamor ritual: «Hombres, que vuestra lengua cuide de preservar vuestra cabeza, vuestro Señor está entre vosotros». Luego, mientras los músicos de la primera fila ejecutaban el aire previsto para ese día, y que ya no se oiría antes del mismo día del año siguiente, unas manos invisibles separaban la cortina.

Todos se prosternaban con la frente contra el suelo, esperando que un nuevo clamor los autorizara a alzar la vista: el soberano estaba allí, ídolo inmóvil, cegador derroche de oro; oro tejido en el traje, en el cojín, en la colgadura; oro macizo en el trono, oro cincelado en los collares, en los anillos, en las fíbulas; hasta la barba estaba espolvoreada de oro, polvo deslumbrante que salpicaba también los labios, las pestañas y las cejas.

Sobre el monarca podía contemplarse la legendaria corona que pesaba más que un hombre, y que ninguna cabeza, aunque fuera imperial, habría sido capaz de llevar; pero había que acercarse para descubrir que estaba sujeta por una fina cadena cuyo eslabón estaba clavado en la bóveda, de tal manera que cuando el rey se retiraba, la corona seguía suspendida, como por milagro, sobre el trono vacío; los hombres divinizados envejecen y mueren, la majestad permanece.

De lejos, la ilusión era total; sólo se contemplaba a un ser de leyenda, inconcebible, nacido de todos los terrores de los mortales, de sus morbosos deseos, una aparición suntuosa que petrificaba, que fascinaba, que imponía su misión.

¡Y era a aquel monstruo fabuloso al que Mani había ido a domar!

Por el momento, el hijo de Babel no cesaba de repetirse mentalmente cada paso o cada gesto, de recordar las palabras que había decidido pronunciar, sobre todo las primeras, las de los instantes en que se está aturdido, aquellas que de ordinario se balbucean bajo las miradas inquisidoras y que, entre todas, son las más importantes; las rumiaba sin descanso, con nerviosismo.

Luego, una voz gritó su nombre. Se volvió para asegurarse de que había oído bien. Demasiado tarde, porque la puerta estaba ya abierta y una mano le empujó. ¡ Ay de aquel

que hiciera esperar al divino Sapor! Mani avanzó a lo largo de la alfombra ribeteada que conducía a los peldaños del trono, pero tenía la sensación de ir a la deriva, de tal manera había perdido toda noción de las distancias. El rey le parecía cercano, como podía serlo el sol de Mardino, cercano hasta el deslumbramiento, hasta la insolación, y sin embargo, el camino alfombrado que llevaba hasta él le parecía interminable, pedregoso, empinado, y lo recorría con una impresión de extremada lentitud, de ahogo y de opresión. Era la hora de la duda y del arrepentimiento. Arrepentimiento por no haber escuchado los prudentes consejos de Maleo, quien, hasta la entrada del palacio, le conjuraba aún a renunciar. Arrepentimiento por no haber permanecido oculto en su palmeral, «como una ramilla de hisopo entre las piedras», habría dicho Sittai. Hacía dos años de aquello. ¡Dos años! ¡Una eternidad! A Mani le vino a la memoria, pero sus recuerdos estaban cargados de bruma, como si pertenecieran a una vida anterior.

Invocó a su «Gemelo», a su Doble. ¡Que se manifestara, por favor! Necesitaba asegurarse de que estaba allí, con él, que caminaba a su lado por ese camino de prueba, que tomaría la palabra cuando su propia boca le fallara. «Conserva la serenidad, Mani, olvida el oro, ignora la pompa, no te dejes deslumbrar jamás por un ser humano, aunque sea rey o profeta. El destino ha depositado en él lo que ha depositado en ti y en todos. Lo importante es ser consciente de ello. Dentro de mil años, sólo se hablará de Sapor porque tu camino se cruzó con su corte.»

Llegó por fin a la altura del chambelán. Éste le hizo señas para que se prosternara y luego le cuchicheó que estaba autorizado para levantarse. Antes de hablar, Mani sacó de la manga el *padham* immaculado.

—¡Honra al más poderoso de los hombres! ¡Que se cumplan sus más nobles deseos!

La fórmula era inusitada. El dignatario frunció el entrecejo y el rostro altanero del rey se estremeció con un asombro de mortal; pero no se había dicho nada que fuera irreverente. Finalmente, Mani fue invitado con un gesto a presentarse.

—Soy un médico del país de Babel.

—Mi hijo bienamado me ha hecho llegar una carta elogiosa con respecto a ti. Parece que supiste agradecerle.

—La Providencia quiso que sanara a su hija a la que él creía perdida.

—¿Cómo sanas?

—Mediante la palabra y las plantas.

—¿Y el cuchillo, el fuego y las sanguijuelas?

—En eso, otros son más hábiles que yo.

Mani no lo sabía, pero la palabra «sanguijuela» era una trampa, dada la aversión de Sapor por ese tratamiento y por aquellos que lo utilizaban. Tranquilizado sobre ese punto, el monarca prosiguió:

—Mi hijo hace mención, igualmente, a ciertas ideas que querrías difundir.

—Me ha sido revelado un mensaje.

Entre los cortesanos se elevaron murmullos, pero nadie se atrevió a opinar por adelantado sobre la reacción del monarca, quien, por su parte, esperaba que Mani

prosiguiera. Y como la continuación se hacía esperar, interrogó a su visitante con un principio de irritación:

—¿Qué mensaje? Te escuchamos.

—Ha comenzado una era nueva que necesita una nueva fe, una fe que no sea la de un solo pueblo, de una sola raza ni de una sola enseñanza.

Mani no tenía necesidad de precisar a qué pueblo, a qué raza y a qué enseñanza se estaba refiriendo. Entre los dignatarios de la segunda fila se agitó un pañuelo.

—¡Yo conozco a ese hombre!

A Mani le bastó volverse para divisar entre la multitud de magos la barba rubia de Kirdir.

—Es un nazareno, el más pérfido enemigo de nuestra religión. Se cruzó en mi camino cuando yo estaba en la India junto a nuestro ejército victorioso. Nuestro señor, el divino Artajerjes, me había ordenado encender un inmenso fuego sagrado en aquella región para celebrar el triunfo de la gloriosa dinastía y ahogar las voces impías; pero este nazareno multiplicó los maleficios para impedirme ejecutar ese acto de piedad.

Kirdir lo había conseguido. Desde ese momento, los asistentes podían sentirse ofendidos por la actitud de ese médico de Babel hacía el difunto rey de reyes. Ahora, de todos aquellos que tenían los ojos clavados en Mani, Sapor parecía el menos hostil, uno de los pocos que estaban aún dispuestos a escuchar su defensa.

—Sólo estoy aquí para transmitir un mensaje al primero de los hombres —prosiguió Mani—. El Cielo ha dado a su juicio más peso que a todas las opiniones. ¡Ojalá reciba mis palabras con serenidad, sin dejarse distraer por la hostilidad de la que algunos quieren rodearme!

—Si he consentido en recibirte, es para escuchar tu mensaje. Tienes la palabra.

—Vuestro Imperio se ha extendido al oeste hacia el país de Aram, Adiabena y Osroena, donde los nazarenos son numerosos; al este, hacia Bactriana, India y Turan, donde se venera a Buda. Mañana, el reino de la dinastía se extenderá hacia unas regiones donde no se tiene costumbre de adorar a Ahura Mazda, y tendrá innumerables súbditos que profesarán toda clase de creencias. ¿Sería prudente humillarlos hasta transformarlos en traidores? ¿Quién es el mejor aliado de la dinastía? ¿El que intenta conciliar a los hombres o el que atrae sobre ella el resentimiento de sus propios súbditos?

En los rasgos del soberano podía sospecharse un esbozo de aprobación que Kirdir se apresuró a disipar.

—¡El mejor aliado de la dinastía! —se burló—. ¡Estoy en presencia de nuestro divino señor y me veré obligado a explicar en qué un adorador de Ahura Mazda es mejor aliado de la dinastía que un nazareno! Puesto que los corazones no comprenden ya las palabras veladas, ¿me darían la libertad de hablar sin rodeos? He tenido en las manos algunos de los textos que los nazarenos propagan por las ciudades del Imperio; me han contado, igualmente, lo que dicen en sus reuniones. ¿Mi divino señor desea saber en qué términos hablan de nuestra religión, de nuestras leyes, de nuestras tradiciones y de la dinastía? Esa gente pretende que toda la descendencia de los sasánidas está maldita.

A Sapor no le complacía que semejantes palabras fueran pronunciadas, aunque estuvieran atribuidas a los nazarenos, y su mano se crispó sobre la empuñadura del cetro. Kirdir no se mostró en modo alguno asustado y prosiguió con voz más fuerte, más rabiosa también, pero con una rabia controlada.

—¿No se ha dicho en el Avesta que el esplendor divino acompaña al *jvedodah*, el matrimonio entre hermano y hermana, que borra los pecados mortales y expulsa a los demonios? ¿No está escrito que ningún acto de piedad es tan agradable al Cielo? ¿No hemos aprendido que, a imagen del gran Darío, todos nuestros soberanos, así como los magos y los guerreros deben unirse al pariente más cercano, su hermana, su hija o su madre cuando ésta se queda viuda? ¿No ha convertido nuestro divino señor a su hermana, la divina reina Azur Anahít, en su esposa preferida entre todas? Pues bien, para los nazarenos, todos nosotros estamos condenados al Infierno, y también nuestro divino señor y su divina reina y hermana, ya que lo que para nosotros es suprema piedad es para ellos suprema abominación.

Al pronunciar unas frases tan inconvenientes, Kirdir arriesgaba la cabeza. Pero su audacia había surtido efecto. Todos adivinaban la razón y la víctima de la cólera que descomponía ahora el rostro del monarca.

—¡Miserable médico de Babel! ¿Es ése el sentimiento que profesas por los seres divinos de nuestra dinastía? ¡Sufrirás la suerte que nuestra ley reserva a los profanadores!

Los guardias acudieron para sujetar al culpable. Cuando sintió sus bruscas manos abatirse sobre sus brazos y sus hombros, Mani tuvo la impresión de que, a su alrededor, todas las imágenes se nublaban. Impotente, mudo de terror, se sentía a punto de desmayarse. Un solo pensamiento le mantuvo en pie: ¡el «Gemelo», su compañero celeste, no podía abandonarle en ese día! Cerró los ojos intentando entrever su semblante tranquilizador.

Súbitamente, se produjo un tumulto, salpicado de risas apenas ahogadas. La extrema tensión que pesaba sobre la corte se alivió como por milagro. Un *padham* se agitaba y pareció que sólo con verlo había bastado para que los rasgos de Sapor se relajaran.

—¡Que el eternamente joven Juvanoé se acerque!

La súbita alegría del soberano se reflejó al instante en todos los rostros, exceptuando el del interesado, el cual no apreciaba las burlas que suscitaba cada una de sus intervenciones. Preceptor del monarca desde la infancia, era el decano de los magos de la corte, donde nadie habría pensado poner en duda su erudición y su persistente lucidez. Sólo le perjudicaba ese nombre de Juvanoé, «hombre joven», muy extendido entre los nobles y los magos, pero que resultaba molesto sobre los hombros de un nonagenario. Así, el bufón del rey había convertido al anciano mago en su blanco favorito, imitando de maravilla su voz áspera, su porte taciturno, el movimiento pendular de su barba algodonosa y el desorden de sus dedos huesudos. Cualquier ciudadano que, a lo largo de los últimos veinte años, hubiera tenido la ocasión de compartir una sola de las veladas de Sapor, no podría por menos de asociar al venerable preceptor con la imagen del bufón, cuyo nombre, por otra parte, nadie recordaba, de tal manera se había acostumbrado todo el mundo a darle el de su víctima.

El augusto pupilo sonrió, como cualquier mortal, pero apenas comenzó a hablar Juvanoé, frunció el entrecejo para advertir a todos que el intermedio divertido había terminado.

—Durante toda mi larga vida, he tenido el privilegio de recordar a mi divino señor las cualidades que harían de él un gran rey a imagen de sus predecesores más gloriosos: la buena religión, el buen sentido, la fuerza del perdón, el amor de los súbditos, la alegría, la generosidad, la justicia...

—No lo he olvidado —se impacientó Su Divinidad, que no ignoraba nada de la interminable lista.

—Este hombre de Babel ha sido acusado de cosas graves que merecerían un castigo; pero si mi señor se niega a pasar por un tirano a los ojos de la posteridad, tiene el deber de escuchar su defensa. ¡Así es nuestra ley!

Sapor envolvió a su preceptor en una mirada afectuosa y filial. Luego, divertido, se encogió de hombros y gritó a un secretario:

—¡Escribe que en el día de hoy he decidido conceder una túnica de honor al venerable mago Juvanoé, que ha evitado que cometiera una injusticia indigna de nuestra dinastía!

Y mientras el anciano mago, resplandeciente, se retiraba agitadamente andando hacia atrás para volver a su sitio, el soberano se volvió hacia Mani, declarándose ahora dispuesto a escucharle, aunque el verdugo estuviera aún al alcance de la voz.

Las palabras del hijo de Babel se escaparon como el suspiro de un superviviente.

—Al intentar contradecirme, el respetado mago Kirdir no ha hecho más que apoyar mis palabras con el más desgarrador de los ejemplos. Cada uno de nosotros se siente trastornado, amenazado, ofendido; todos nos damos cuenta ahora hasta qué punto los odios religiosos pueden afectar nuestra existencia y la del Imperio. Yo mismo debería sentirme tan turbado como todos vosotros, ya que soy de descendencia parta y entre mis antepasados siempre hubo matrimonios entre hermano y hermana, por fidelidad a las costumbres y por deseo de efectuar un acto agradable al Cielo.

»Sí, los nazarenos están indignados con esos matrimonios a los que llaman incestuosos. Sin embargo, está escrito en su Biblia que Dios creó al primer hombre y a la primera mujer y que por ellos solos la Tierra comenzó a poblarse. ¡Fue, pues, necesario que los hijos de aquella única pareja se unieran entre ellos! La humanidad entera ha nacido de matrimonios incestuosos. Los partidarios del Avesta podrían, pues, a su vez, burlarse de los partidarios de la Biblia; pero ¿a qué vienen las disputas, las imprecaciones, las burlas? Cada pueblo tiene costumbres que se han inscrito en sus leyes y que se atribuyen a la voluntad divina. ¿Será ésta diferente para cada pueblo? La verdad es que no sabemos nada de la voluntad divina, no sabemos nada de la divinidad, ni su nombre, ni su apariencia, ni sus cualidades. Los hombres dan a Dios innumerables nombres y todos son verdaderos y también falsos. Si Él tuviera un nombre, no podría escribirse con nuestras palabras ni pronunciarse con nuestras bocas. Se dice que es rico y poderoso. Riqueza y poder son sólo cualidades a escala de los hombres, pero no significan nada a escala de Dios. También se le atribuyen deseos, temores, irritaciones y humores; algunos dicen que está celoso de una estatua, ofendido por un gesto, preocupado por nuestra forma de hablar, de estornudar, de vestirnos o de desnudarnos.

Yo, Mani, he venido a traer un mensaje nuevo a todos los pueblos. Me he dirigido en primer lugar a los nazarenos, entre los que pasé mi infancia y mi juventud. Les he dicho: escuchad la palabra de Jesús, es un sabio y un limpio de corazón, pero escuchad también la enseñanza de Zoroastro, aprended a encontrar la Luz que brilló en él antes que en todos los demás, cuando el mundo entero estaba sumergido en la ignorancia y en la superstición. Si algún día mi esperanza prevaleciera, sería el fin de los odios.

»Vuelvo, pues, mi mirada hacia el mago Kirdir y le digo con el respeto que le es debido: tú has sabido describir el mal que amenaza al Imperio y yo he prescrito el remedio; tú has hablado como un paciente y yo he hablado como un médico.

—Este hombre es hábil acallando nuestra desconfianza —dijo el mago—, pero sigue sin confesar a qué religión invoca.

—Invoco a todas las religiones y a ninguna. Se ha enseñado a los hombres que deben pertenecer a una creencia como se pertenece a una raza o a una tribu. Y yo les digo: os han mentido. Aprended a encontrar en cada creencia, en cada idea, la substancia luminosa y a separar los desperdicios. Aquel que siga mi camino podrá invocar a Ahura Mazda, a Mitra, a Cristo y a Buda. A los templos que elevaré, cada cual vendrá con sus plegarias.

»Yo respeto todas las creencias y, a los ojos de todos, ése es mi crimen. Los cristianos no escuchan cuando les hablo de las bondades del Nazareno y me reprochan que no hable mal de los judíos ni de Zoroastro. Los magos no me oyen cuando elogio a su profeta; quieren oírme maldecir a Cristo y a Buda. Y es que cuando reúnen al rebaño de los fieles, no lo hacen en torno al amor sino al odio; sólo se sienten solidarios frente a los otros y no se reconocen como hermanos más que en las prohibiciones y los anatemas. Y yo, Mani, pronto seré considerado el enemigo de todos, en lugar del amigo de todos. Mi crimen es querer conciliarios y lo pagaré, porque se unirán para condenarme. Sin embargo, cuando los hombres se hayan hastiado de los ritos, de los mitos y de las maldiciones, recordarán que un día, en los tiempos en que reinaba el gran Sapor, un humilde mortal hizo resonar un grito en todo el mundo.

El soberano estaba intrigado.

—La religión que quieres propagar, ¿tendrá templos y magos?

—Tendrá lugares de culto y Elegidos. Éstos se consagrarán a la oración y a la enseñanza, al arte y a la escritura, y al ejercicio de la justicia, como lo hacen los magos de hoy, a condición, sin embargo, de que renuncien a desear fortuna, gloria o poder.

Esta reserva suscitó en el monarca una satisfacción evidente. Kirdir agitó de nuevo su *padham*, pero Sapor se había vuelto ya hacia su *jorrambash*, el encargado de la cortina, que estaba permanentemente a su lado, y, con un leve movimiento de los dedos, le dio una orden. En los segundos que siguieron se vio acudir a dos escribas, que se sentaron a los pies del soberano. Era la señal de que la deliberación había terminado y el monarca se disponía a legislar, con un procedimiento que se llevaba a cabo desde los tiempos de los partos: el rey de reyes dictaba en lenguaje simple su deseos, que uno de los secretarios repetía en voz alta, no palabra por palabra, sino adaptándolo, como por traducción simultánea, a la jerga ampulosa de las ordenanzas oficiales, que el otro escriba se ocupaba de inscribir, con hermosa caligrafía, en el registro reservado con ese fin.

«En el día de hoy, hemos decidido...», dijo el soberano, y el secretario amplió: «Nosotros, el divino Sapor, rey de reyes del Irán y del No-Irán, dios entre los hombres, hombre entre los dioses...»

Sapor dejó que se transcribiera antes de proseguir:

«... que autorizamos a nuestro fiel súbdito Mani a propagar con toda libertad, por las ciudades y pueblos del Imperio, su mensaje celeste que ha obtenido nuestro soberano beneplácito. Se da la orden a todos los reyes, sátrapas, gobernadores y funcionarios, de ofrecerle asistencia como si fuera nuestro emisario en todos los lugares».

Dos

Al abandonar el palacio, Mani no pudo hacer otra cosa que andar, andar recto hacia adelante, golpeando con su único talón sano la calzada polvorienta de Ctesifonte. La gente se volvía a su paso, señalándole con el dedo para mostrar a los chiquillos aquel diablo extranjero medio loco, aquel mequetrefe poco agraciado que había bajado de las nubes. ¿Qué otra idea de él podían tener ese día?

Pero al día siguiente, no más tarde del día siguiente, toda esa gente comprendería. Desde el alba, los heraldos irían a pregonar en las plazas públicas el edicto donde se mencionaba este nombre: «Mani, médico del país de Babel». Entonces, se divulgarían por toda la capital los relatos, convenientemente aderezados, de su audiencia en el palacio, la gente se complacería en describir su estafalaria vestimenta y todos se jactarían de haber reconocido en su calle su paso inspirado y la capa de un color que parecía reflejar al cielo. Antes de diez días, los correos partirían hacia las más lejanas regiones sasánidas llevando las órdenes del rey de reyes, copiadas y selladas con cera y sal.

Mani tenía veintiséis años, y aquellas calles, aquella tierra de Mesopotamia, aquel Imperio y el universo entero no eran ya lo suficientemente vastos para sus pasos. ¿Podemos imaginarnos a Jesús, a quien él amaba tanto, partiendo hacia Roma después de haber predicado en las aldeas de Galilea, entrando en el palacio del cesar Tiberio y abandonando el monte Palatino provisto de un edicto que le autorizara a difundir su enseñanza en la ciudad y en las provincias, con orden terminante a todos los Herodes y a todos los Poncio Pilatos de facilitar su misión?

Esta comparación es la que Mani tenía en la mente aquel día. La apariencia de las cosas alentaba sus más insensatas esperanzas e, incapaz de calmar sus ideas o sus pasos, andaba y andaba, ebrio, transfigurado.

Sus amigos le esperaban ante las verjas del palacio, pero él salió sin verlos. Allí estaban Denagh, Pattig, Maleo y Cloe; le llamaron, pero él estaba sordo; se lanzaron tras él, pero siguió su trayectoria, como un trozo de roca escapado de una catapulta. Las mujeres, agotadas, tuvieron que detenerse, así como su padre. Sólo Maleo le siguió.

Desde la época de los Túnicas Blancas, había conservado aquella obstinación para alcanzarle siempre.

Al llegar a su altura, y habiéndosele adelantado incluso algunos pasos para intentar leer en sus ojos extraviados si corría así por dicha o por rabia, Maleo, jadeante, le suplicó que anduviera más despacio, que se volviera hacia él, en fin, que respondiera. Pero Mani no le habló de Sapor ni del salón del Trono; le anunció simplemente su intención de partir.

—¿Partir? Hemos recorrido el Imperio, de Ctesifonte a Deb, de Deb a Ctesifonte, por los caminos, por los ríos y por el Gran Mar. ¿Adonde ir ahora?

—A los cuatro climas, al lejano horizonte de las llanuras, y más lejos, más lejos, al umbral de cada criatura. ¿Me seguirás?

Antes incluso de que su amigo respondiera, prosiguió como si no pudiera detenerse, como si sus palabras se hubieran desbocado:

—De ahora en adelante, a los que vengan a mí no les diré ya que esperen, los invitaré a unirse a mi comitiva. Seremos cientos, miles, levantaremos más polvo que un ejército, trazaremos sobre la piel del mundo un surco que no se borrará jamás.

Y diciendo esto, apresuró el paso. Maleo no intentó ya alcanzarle. Se sentó pesadamente sobre una gran piedra, mientras su amigo se alejaba.

«¿Cómo podría seguirle otra vez?», se preguntó el tirio. No hablaba de aquella carrera absurda por las calles de la capital, pensaba en ese viaje más absurdo aún, en ese periplo por todos los rincones del mundo al que Mani acababa de invitarle.

«Invitar... ¿Será ésa la palabra adecuada?», volvió a interrogarse Maleo, y la fatiga convirtió la sonrisa que esbozaba en una mueca de dolor. Desde aquel primer encuentro en el refectorio del palmeral jamás había podido negarle nada a Mani. Solía discutir, refunfuñar, echar pestes, jurarse que... ¿Para qué? Siempre terminaba haciendo exactamente lo que quería su amigo. Y si, a veces, intentaba resistirse, era Cloe, su propia esposa, la que intercedía en favor del otro.

Sin embargo, ni él ni ella compartirían jamás las preocupaciones del Mensajero, Y quizá fuera eso lo singular de su amistad. Frecuentar a un fundador de una creencia sin que éste intentara imponer sus convicciones sólo podía imaginarse porque Mani era lo que era, el apóstol de una fe generosa, y porque su dios no iba en busca de adoradores.

Al tirio no le interesaban las ideas religiosas; simplemente, había conocido a un sabio, un sabio enamorado de la belleza, un ser al que todo hombre habría deseado tener como amigo. Él no podía desdeñar semejante privilegio. Mientras sus piernas pudieran llevarle, le seguiría.

Mientras Maleo estaba sumido así en sus pensamientos, Mani estaba ensimismado en los suyos. Había caminado hasta las orillas del Tigris, y allí, en un lugar menos frecuentado que otros, su euforia se había desvanecido para dejar paso a la angustia.

Cuando no tenía protección ni introducción real, soñaba con apresar el mundo sólo con sus manos. ¡Pero ahora le ofrecían el mundo, los caminos se allanaban, la conquista debía comenzar! ¿Conquistar sin armas? ¿Arrastrar su pierna lisiada de país en país, enfrentarse con los sátrapas, con las naciones, con las castas, con las sectas, con las hermandades? ¿Poner desorden entre los rebaños agrupados, trastornar los rituales

osificados y las opacidades de todo hombre? ¿Enseñar, escribir, dibujar, debatir sin descanso y luego partir de nuevo hacia la etapa del día siguiente para reunir a otras multitudes? ¿Inventar para cada auditorio el tono que seduce, desampara, consuela y fustiga a la vez, hasta que la humanidad entera estuviera reformada?

Como solía sucederle, sus meditaciones comenzadas en monólogo tomaron pronto la forma de diálogo con su *alter ego*, su «Gemelo».

—¿Cuánto tiempo se me ha concedido para todo lo que tengo que hacer?

«Eso no lo sabrás», le dijo el Otro.

—¿Podría al menos saber si aún dispongo de siete años, si alcanzaré la edad de Cristo y de Alejandro?

«¿Qué importancia tiene eso si posees la eternidad y el instante? El tiempo es el anzuelo de las Tinieblas, no te dejes engañar, ¡que cada día no tengas otro cuidado que no sea tu misión!»

—¿Podría al menos saber si veré el fin de mi obra?

«Confíame el porvenir; camina, tu destino galopa ya lejos delante de ti. ¡En Beth-Lapat la gente se impacienta!»

Desde que fue publicado el edicto imperial, no había ciudad donde Mani no fuera esperado, pero él no perdió el tiempo dudando y tomó la dirección de Beth-Lapat.

Sólo era un pueblo grande de Susiana, sin pasado ni prestigio, pero se decía que a Sapor, que se había detenido en él varias veces, le habían agradado su aire y sus aguas y que había encargado a sus arquitectos efectuar allí trabajos de ampliación; según ciertos rumores, el soberano acariciaba la idea de convertirlo un día en su residencia de verano. Sin duda, esperaba sacar provecho de su emplazamiento entre Mesopotamia y Pérsida y, por lo tanto, entre los dos extremos del Imperio sasánida, el Occidente semita y el Oriente de habla aria. ¿Fue ésta la razón que empujó a Mani a empezar su periplo en Beth-Lapat?

Aunque no había visitado jamás aquella aldea, sabía que en ella se había desarrollado una activa comunidad cristiana, a la que dirigirse en primer lugar. Pero pronto tuvo que rendirse ante la evidencia: ya no vivía en el tiempo de las peregrinaciones anónimas y no tenía, como en Deb, la oportunidad de encaminar sus pasos hacia el lugar de su elección.

Apenas se enteraron de la llegada del visitante y de su séquito, los notables del lugar acudieron corriendo con el reyezuelo local a la cabeza. Éste, sacando el pecho, reivindicó el privilegio de alojar bajo su techo al protegido del divino Sapor. De tal manera que cuando Mani replicó que había adquirido la costumbre de elegir un jardín como residencia, al pie del árbol más venerable, el hombre se enfadó, recitó pomposamente su genealogía, que le hacía remontarse hasta los más antiguos dinastas y, con la aprobación de los escribas que le rodeaban, se permitió insistir. Rechazar su invitación significaba que se desdeñaba su ascendencia o bien que se ponía en duda la piedad de su casa. A pesar del apuro de Denagh y del cansancio de Pattig, Mani no cedió. Sería al pie del árbol adonde iría la gente a escuchar sus enseñanzas; sería allí y en ningún otro lugar donde pasaría la noche.

A decir verdad, la actitud era poco conciliadora, y quizá, incluso, inútilmente ofensiva; sin embargo, era la única prudente, ya que, a lo largo de sus viajes, el hijo de Babel debería enfrentarse a esta clase de asaltos, dictados, con frecuencia, por los más puros instintos de hospitalidad, pero la mayoría de las veces, por consideraciones menos estimables, como el deseo de un notable de subrayar su preeminencia recibiendo en su casa a un protegido de Sapor, si es que no tenía la intención de espiar a Mani, a sus compañeros y a la gente de la región que se mostrara peligrosamente sensible a sus enseñanzas.

En efecto, desde el comienzo del periplo apareció esta ambigüedad. Si bien los dignatarios de las provincias no podían hacer otra cosa que aparentar la más rastrera sumisión cuando se trataba de obedecer las órdenes del rey de reyes, si como consecuencia debían dispensar el mejor recibimiento a las personas que habían sabido obtener su divina benevolencia, no ignoraban lo pasajeros que son los favores, los del soberano más que los otros, y aunque contemplaban al visitante con envidia, tenían constantemente en la mente su posible desgracia; llegado el momento, tenían que estar preparados para probar que jamás habían dejado de desconfiar.

Con respecto a Mani, el asunto era aún más evidente. Las noticias corrían deprisa por el Imperio. Bastaba que un cortesano cuchicheara algo al oído de un *vitaxe* y que éste dejara caer una palabra durante un banquete de hidalgüelos, para que, tres semanas más tarde, el asunto se discutiera en las plazas de los pueblos. De este modo se conocieron los debates del salón del Trono y se relataron las palabras de Kirdir, lo que provocó un gran recelo hacia el médico de Babel.

En Beth-Lapat, Mani fue recibido, pues, con la cortesía conveniente, pero todos estaban sobre aviso. Cuando al atardecer se instaló en la colina al pie de un árbol, un níspero, los dignatarios y, por supuesto, los magos, se colocaron en las primeras filas de la multitud mientras los soldados merodeaban por allí, por lo demás, con aire benevolente y respetuoso ante el acontecimiento que estaban presenciando.

En el preámbulo, el visitante consideró un deber decir hasta qué punto se consideraba honrado por la confianza que le había manifestado el rey de reyes, y cuán conmovido estaba por el recibimiento que se le había dispensado en Beth-Lapat.

A continuación, después de presentar con algunas frases sus credenciales, expresó su esperanza de ver a todos los súbditos del Imperio reunidos en torno a una sabiduría común. «La misma chispa divina está en todos nosotros, no pertenece a ninguna raza ni a ninguna casta, no es macho ni hembra; todos debemos alimentarla de belleza y conocimientos y así conseguirá resplandecer; un hombre es grande sólo por la Luz que hay en él.»

Los oyentes de categoría que estaban allí intercambiaron miradas ofendidas. Ellos, que estaban orgullosos de su raza; ellos, a los que Artajerjes había encargado que hicieran respetar la jerarquía de las castas, a fin de que cada cual mirara con veneración a aquellos que la Providencia había hecho nacer por encima de él y con compasión a aquellos que había colocado más abajo; ellos, a quienes se les había inculcado que ésa era la base del orden sasánida y de todo orden terrestre o celeste, veían cómo aquel médico de Babel clamaba ante ellos y, lo que era peor, ante la multitud de los súbditos, ante la gente común, zapateros, tenderos, mozos de cuerda o tejedores de alfombras, que había que ignorar las castas e incluso despreciar la pertenencia a una raza. En otros tiempos, ese

hombre habría sido arrestado desde sus primeras palabras, encarcelado, molido a palos y, quizá, decapitado. ¡Pero el que hablaba así era el emisario protegido del rey de los reyes! Renunciando a comprender, algunos notables prefirieron desaparecer silenciosamente, pero no sucedió así con los jóvenes magos, algunos de los cuales se retiraron ruidosamente y mostrando su furor.

A lo largo de sus viajes, Mani terminó por adquirir una indeleble reputación de agitador. Cada vez que tomaba la palabra, aparecían provocadores que buscaban el incidente, ingeniándose para hacerle decir las frases más sediciosas. Él mismo no evitaba la provocación, ya que formaba parte de los instrumentos que manejaba, y aunque supo a veces mantenerla soterrada, atenuar las críticas y no arriesgarse a pronunciar las palabras que habrían sembrado la división, en cuanto se le interrogaba con un poco de insistencia, respondía, cualesquiera que fuesen las intenciones del interlocutor. Si se trataba del espíritu de raza, de las barreras de las castas, del ritual de los magos o de las divinidades celosas, hablaba sin rodeos y sin contemplaciones; y si la reunión degeneraba, él se contentaba con encogerse de hombros.

—¡Son los crujidos de la vieja piel del mundo! —decía—. Comenzaré a inquietarme cuando mis palabras sean tan suaves a los oídos de los hombres como las plumas de una almohada.

Generalmente, tales explicaciones estaban dirigidas a Denagh. Ahora, ella era la persona más cercana a Mani. Al caer el día, cuando el hijo de Babel se tendía al pie de su árbol o cuando las inclemencias le obligaban a hacerlo bajo el techo de algún fiel, Denagh nunca estaba lejos. En la comitiva, todos podían observar que su compañera le rodeaba de una ferviente atención, todos adivinaban el lugar particular que ella ocupaba, aunque nadie sabía con certeza en qué se habían convertido el uno para el otro, ni con qué palabras, con qué miradas o con qué amistad se envolvían cuando se encontraban solos.

Por otra parte, ¿quién habría tenido la audacia de preguntarlo? Un día, Pattig intentó abordar el tema con rodeos y precauciones.

—Bendito seas, hijo mío, bendito sea el día en que la Providencia me hizo seguir tus huellas. Mi corazón se llena de alegría cada vez que oigo a las gentes celebrar tus méritos, tu vida de asceta, todas esas privaciones que impones a tu cuerpo de hombre joven.

—¿Qué mérito habría —le interrumpió Mani—, en privarse de un placer que no se hubiera probado?

Pattig prefirió alejarse, contentándose con farfullar una fórmula de bendición para disimular. Mani ni siquiera lo había mirado mientras le respondía, pero después de dejarle dar unos pasos, le llamó de la manera más respetuosa:

—¡*Mar* Pattig!

Su padre acudió solícito, pero sólo para oír estas palabras:

—*Mar* Pattig, ¿cuándo dejarás de ser un Túnica Blanca?

El tono desengañado y la respetuosa designación hacían la pregunta más desgarradora a los ojos del padre, que quiso defenderse:

—Abandoné la Comunidad y a todos mis hermanos para seguirte, me he arrodillado ante ti, yo, que soy tu padre, he escuchado con humildad todos tus sermones...

—Me has escuchado cada día, *mar* Pattig, pero sigues hablando como un Túnica Blanca, y tus palabras me ofenden.

—¡Sólo te he dicho palabras que alababan tus méritos!

—El que se impone privaciones para recibir elogios no merece ningún elogio, ya que es más vanidoso que el peor de los corrompidos. El sabio sólo ayuna para estar más cerca de sí mismo, él solo es juez, él solo es testigo. Si te privas, no lo hagas para conformarte con las exigencias de una comunidad, ni por miedo al castigo, ni siquiera con la esperanza de amontonar méritos que puedas hacer valer en otro mundo. A mis ojos, esas cuentas son sórdidas.

Pattig se obligó a sonreír.

—Hijo mío, si me estás diciendo que hay que hacer el bien por el bien, sin ni siquiera esperar recompensa, tu mérito es aún mayor.

Mani le miró al fin, pero con una mirada de desolación.

—¿Me has oído alguna vez hablar del bien o del mal? ¡Esas palabras pervertidas no pertenecen a mi lenguaje! Mi «Gemelo» celeste me previno. Yo diré una cosa y los hombres, incluso los más cercanos, comprenderán otra. He dicho que en todo ser se mezclan Luz y Tinieblas, y que se necesita toda la sutileza del sabio para separarlas...

Luego respiró profundamente, como si intentara recuperar la serenidad.

—En realidad, has venido a preguntarme lo que Denagh es para mí.

Pattig, desprevenido, levantó las dos manos en un gesto de defensa. Su hijo prosiguió:

—Sus ropas dibujan los contornos de mi reino vagabundo.

Y esta vez fue Mani el que se levantó y se alejó, con un paso más saltarín que nunca, dejando a su padre dando vueltas en la cabeza indefinidamente a esa confesión de dos caras.

Nadie más osó interrogar al hijo de Babel sobre su compañera. Ni siquiera Cloe, a quien, sin embargo, le corroía la curiosidad. La mujer permanecía en Ctesifonte para ocuparse de su familia y de los asuntos de Maleo mientras este último andaba por los caminos, pero era en su casa donde Mani residía cuando pasaba por la capital del Imperio, y ella no podía evitar observarle, pensativa. ¿Por qué le había afirmado él, antaño, que ninguna mujer ocuparía jamás un lugar a su lado? ¿Habría aparecido ella en su vida demasiado pronto? ¿Le habría mentado él, simplemente por amistad hacia Maleo? Y tantas otras preguntas que la hija del griego no podía formular a nadie, apenas a sí misma, y que creía desterrar de su mente mostrándose más solícita con Denagh, pero que volvían a obsesionarla cada vez que veía a la otra mujer sentada junto a Mani y con los ojos clavados en sus labios.

Denagh. La trenza que caía sobre su pecho velaba el moreno rosáceo de su cuello inclinado. De la muchacha se desprendía una juventud sin arrogancia, una belleza sin afeites y sin espejos, pero una belleza definitiva, como el último argumento de un debate. Anudada a la cintura, llevaba una gruesa banda de lana, enrollada a modo de cinturón.

Una tarde, el cielo comenzó a oscurecerse y se levantó un viento fresco. Denagh se estremeció y, desatándose el cinturón, se cubrió los hombros con él. Pintado con trazos finos sobre la tela, había un rostro, el suyo, rodeado de flores. Todos reconocieron en él el pincel de Mani, y la tela se convirtió para los fieles en una reliquia venerada. Los que se acercaban para rozarla, respiraban el perfume que se desprendía de ella, una mezcla de áloe, ámbar, nenúfar y almizcle tibetano que el propio Mani había compuesto.

¿No dijo él un día que en los Jardines de Luz todo sería perfume y color, que nada seguiría siendo sustancia?

En la comitiva de Mani reinaba una atmósfera de fiesta apacible, aunque en ella se abordaban permanentemente temas austeros. Todos se sentían obligados a cultivar un arte, a menudo la música y el canto, puesto que éstos ocupaban un lugar de honor en el país sasánida, pero también la poesía y, evidentemente, la pintura y la caligrafía a imitación del maestro; el maestro, que les autorizaba a agruparse a su alrededor cuando tensaba la tela o apomazaba el pergamino, cuando preparaba barnices y colores e, incluso, cuando trazaba los contornos y se ponía a pintar. Nunca se dejaba distraer por la presencia de los discípulos, no parecía que sus miradas pesaran sobre su mano; y con frecuencia, mientras pintaba, se ponía a hablar y sus palabras se dejaban subrayar por sus pinceladas. Esos momentos eran los más intensos y los discípulos hubieran deseado que se prolongaran hasta el Infinito; permanecían en el mismo sitio durante horas, conteniendo la respiración por miedo a que se rompiera el encanto.

A pesar de que todos sus compañeros le rodeaban de una muda veneración, la presencia de Mani no era jamás opresiva. Si bien el hijo de Babel pedía a sus discípulos más cercanos, sus Elegidos, aquellos a quienes un día llamarían los Perfectos, que se consagraran al arte, a la enseñanza, a la meditación, y que se deshicieran de toda posesión, repetía sin cesar que se podía ir a él sin abandonar el trabajo ni las propiedades, sin apartarse de las propias costumbres y modo de vida, a condición de no perjudicar a las criaturas y de no dejar morir a los sabios.

—Así pues —se escandalizaba un día un disidente—, ¿en tu religión hay dos morales?

Mani ni siquiera pensó en negarlo.

—Hay un camino arduo que toman aquellos que aspiran a la perfección y un camino llano para el resto de los seres humanos.

—Pero si los dos caminos conducen a la salvación, ¿qué ventajas tendré si elijo el camino difícil?

—Si pronuncias la palabra «ventajas» es que ya has elegido.

A lo largo de las etapas, los fieles se multiplicaban, sobre todo en las ciudades, entre los artesanos, los comerciantes, los extranjeros y los mestizos. No cabía la menor duda, Mani seducía a los que vivían encerrados en el orden estricto de las religiones y de las castas, a los que sufrían por sentirse desgarrados entre diferentes adhesiones, a los que no se creían sentados desde siempre y para siempre en un mullido cojín de privilegios.

Sin embargo, donde sus enseñanzas se propagaban más despacio era en el seno de la casta más desprovista. ¿Cómo iba a obtener la adhesión entusiasta de los campesinos si

decía: «No matéis al árbol, no dañéis a la tierra»? Por el contrario, ganó para su causa a algunos ilustres representantes de la casta de los guerreros, como Peroz y Mirhshah, dos hermanos de Sapor. Y sobre todo, evidentemente, al precursor de todos, el hijo menor del rey de reyes, Ormuz, que se proclamaba ya abiertamente discípulo de Mani y que, a la vez que seguía adorando a Ahura Mazda, mandó acuñar en Deb unas monedas que llevaban en el reverso la efigie de Buda. A decir verdad, la mayoría de sus iguales le censuraban, así como los magos. Ante los altares del fuego de Ctesifonte, de Pérsida y de Atropatena se celebraban reuniones tormentosas. ¡Buda en las monedas sasánidas! ¡Quién lo hubiera creído! ¿Y por qué no, mañana, la cruz del Nazareno?

Exclamaciones e interrogaciones que no se dirigían, evidentemente, a Mani. Que quisiera conmocionar así el orden del Imperio, sacudir los fundamentos sobre los que habían sido establecidas la dinastía sasánida y la Religión Verdadera confirmaba, a los ojos de todos, el juicio implacable de Kirdir, «un nazareno de la especie más hipócrita, un lobo de dos patas». Pero ¿y Sapor? ¿Por qué el divino rey de reyes, señor del Imperio, querría destruir con sus manos lo que constituía el fundamento de su poder?

En los conciliábulos de los nobles y de los magos se prefería creer que había sido engañado. En cuanto estuviera convenientemente informado de los estragos causados por el hereje, sin duda alguna le retiraría su protección y le infligiría el castigo ejemplar que la ley había previsto. Una delegación, formada por los príncipes de sangre real y los magos de mayor categoría, se presentó ante el Trono, encargada de las quejas.

—Ese tal Mani conduce una horda de mendigos que se abaten sobre cada localidad del Imperio como las langostas sobre un oasis. Desafía los mandamientos celestes e incita al vulgo a despreciar a aquellos a quienes el nacimiento ha colocado por encima de sus cabezas. El artesano se quiere convertir en escriba, el escriba quiere ser noble, el respeto y la autoridad se pierden, el orden de la dinastía se derrumba y corre por todo el Imperio que es nuestro divino señor en persona quien ha querido que esto sea así...

Sapor escuchó. Se ensimismó en una larga meditación y luego se levantó inesperadamente. Los cortesanos sólo tuvieron tiempo de inclinarse con el rostro contra el suelo. Cuando se atrevieron a mirar de nuevo hacia el trono, la cortina estaba ya cerrada.

¿Se habría conmovido el rey de los reyes por lo que le habían revelado? ¿Le habría incomodado el tono empleado por los príncipes y los magos? En todo caso, a los miembros de la delegación no se les infligió ningún castigo, pero tampoco se tomó ninguna medida en contra de Mani.

Pasaron algunas semanas y no sucedió nada. Los conciliábulos y las discusiones se reanudaron. Si el divino Sapor no había reaccionado —pensaba Kirdir—, era porque no valoraba el alcance de los peligros o porque vacilaba. Si se produjera un incidente grave, el monarca se vería obligado a tomar partido resueltamente.

Tres

Kirdir no tuvo necesidad de suscitar el incidente grave, ya que fue Mani quien creó todas las condiciones para que se produjera, al decidir súbitamente ir a Ecbatana, metrópoli de Media, de donde su padre era originario, y feudo secular de los magos. La visita en sí misma tenía trazas de provocación, tanto más cuanto que el hijo de Babel se ocupó de anunciarlo con varias semanas de anticipación en un sermón público pronunciado en la plaza mayor de Seleucia, barrio de Ctesifonte, precisando que ese viaje sería duro y que no animaba a sus fieles a seguirle; pero le siguieron a cientos.

Entre sus adversarios, fue Kirdir el que decidió acudir allí en persona, no sin haber tomado antes la precaución de hacerse acompañar por Bahram, el hijo mayor de Sapor. Ni entre la casta de los magos ni entre la de los guerreros tenía Mani enemigos más feroces. Kirdir veía en el hijo de Babel una amenaza para el nuevo orden religioso que los magos intentaban imponer en el Imperio, mientras que Bahram veía en él, sobre todo, a un aliado de su hermano menor Ormuz, al que le enfrentaba una tenaz rivalidad. Evidentemente, la suerte de Denagh no había hecho más que envenenar las cosas: que una joven de la nobleza, codiciada por Bahram, hubiera preferido seguir al médico de Babel en sus vagabundeos con el consentimiento de Ormuz, era un ultraje que no podía olvidarse. ¡El episodio de Ecbatana no sería más que el preludio de las venganzas venideras!

La primera prueba que la comitiva de Mani tuvo que afrontar fue el frío. El otoño tocaba a su fin. Los días fueron aún agradables mientras caminaron por las llanuras de Mesopotamia, pero en cuanto se internaron por los caminos de montaña tuvieron que usar ropas de abrigo. A seis parasangas de Ecbatana encontraron las primeras extensiones de nieve, que los nativos de los pantanos palpaban con fascinación.

Por suerte, la comitiva no estaba formada por las «hordas de mendigos» de los que los magos se complacían en burlarse. En efecto, entre los fieles había mercaderes prósperos que consideraban un deber vestir, calzar y alimentar a los ascetas. Uno de ellos era Maleo, quien, a la hora en que las discusiones religiosas se animaban, siempre encontraba ocupación en otra parte, generalmente junto a las monturas, ya que se había atribuido la tarea de evitar a Mani todas las preocupaciones terrenales. Como tenía la experiencia de las caravanas, se reveló como el más eficaz de los organizadores. Se podía ver, incluso, amontonados sobre los lomos de las mulas, abrigos y mantas de lana guardados en reserva para mayores inclemencias. No iban a resultar superfluas, como lo marcaba un gigantesco león colocado a la entrada de Ecbatana, que llevaba en lo alto de su melena un copo blanco, minúsculo, pero humillante para la estatua más célebre del Imperio, esculpida precisamente a modo de talismán para proteger a la ciudad contra las nevadas.

A la llegada de Mani, las calles de Ecbatana estaban desiertas o lo parecían. El viento matinal se había calmado; el sol, en medio del cielo, apenas estaba velado y sus jóvenes rayos se esforzaban en entibiar la atmósfera. La comitiva atravesó una calle bordeada de tiendecillas todas cerradas. Sin embargo, no era la hora de la comida ni la de

la siesta. ¿Qué otro momento escogería la población para trabajar, pasearse, hacer recados y compras?

—¿Dónde está la gente? —murmuró Denagh ingenuamente.

—Espíandonos detrás de las rejas de las ventanas. Aparentemente han recibido orden de permanecer en su casa.

Mani había respondido mientras daba una palmada a su montura; luego miró a Denagh con aire de regocijo, por lo que ella presintió que había motivo para inquietarse. Por otra parte, él prosiguió con un acento de radiante desafío:

—A las puertas de la ciudad nos han dejado pasar sin la menor pregunta. Ahora nos están observando sin cortarnos el paso. No sé aún cuál es el lugar que han elegido para esperarnos. Quizá frente a la ciudadela.

Denagh, como todos los de la comitiva, divisaba ya, por encima de las casas bajas, la sombría silueta de lo que había sido antaño el último baluarte de Darío. Cuando Alejandro invadió Persia, el rey de reyes había mandado construir en Ecbatana un castillo de mil habitaciones, tan vasto como una ciudad, una especie de monstruosa caja de caudales donde encerrar, tras ocho pesadas puertas de hierro, a sus mujeres y a sus hijos más jóvenes, así como su tesoro. El conjunto era ya una ruina, pero se había reconstruido un ala donde, de cuando en cuando, residía algún miembro de la familia reinante.

Por las calles cercanas a la ciudadela patrullaban los soldados en grupos de diez, a pie o a caballo, ajetreándose como si estuvieran en un campo de maniobras, sin una mirada para la caravana que se acercaba. Denagh preguntó a Mani si no sería prudente volver sobre sus pasos, pero éste no quiso escucharla. Aunque estuviera amenazado de secuestro y de muerte, pasaría la noche en la ciudad, ya que nadie podía ignorar que estaba provisto de la más alta autorización. Para subrayar mejor sus palabras, saltó a tierra y soltó la brida. Sus compañeros le imitaron, de suerte que ahora los soldados estaban entre ellos y a su alrededor; un hervidero de soldados agitándose en medio de ellos, pero sin tocar a nadie.

Mani se detuvo y levantó las manos, como lo hacía cuando deseaba que su comitiva se detuviera. Él había reanudado la marcha, solo, por la explanada que llevaba a la ciudadela, cuando de pronto, obedeciendo a alguna señal convenida, cinco escuadras de soldados de infantería se lanzaron hacia él rodeándolo por todas partes y formando con sus cuerpos una barrera inmóvil. Con un empeño irrisorio, algunos fieles, y sobre todo las mujeres, intentaron apartar a los soldados para liberar a Mani, pero éste les pidió que se alejaran. Sólo Denagh se obstinó en forzar la línea de los militares, quienes, de pronto, le abrieron paso ostensiblemente como si tuvieran instrucciones especiales relativas a la muchacha de la trenza, que corrió a reunirse con el Mensajero.

Bahram, subido en la más alta de las atalayas, observaba con delectación la escena junto a Kirdir; sin que se le hubiera molestado, sin que se le hubiera dirigido la menor palabra de amenaza, Mani se encontraba encerrado con su compañera en esa extraña prisión, cuyos muros pronto se hicieron más gruesos con una segunda fila de soldados. Pasaron la noche, y luego el día, y de nuevo la noche en el mismo lugar, sin fuego, agua ni comida, y también sin mantas, calentándose sólo con su mutua presencia reconfortante, mientras que los hombres de la guardia se relevaban por turno cada dos horas.

Hasta dos días después, cuando le informaron de que «el hereje» acababa de desmayarse en los brazos de Denagh, no ordenó el hijo mayor de Sapor que cesara el castigo. Y mientras los fieles se precipitaban a prestar auxilio a los secuestrados y se apresuraban a llevarse a Mani fuera de Ecbatana, temiendo que al recuperar el conocimiento decidiera prolongar su estancia, Bahram se fue a celebrar un banquete, haciendo resonar su risa por toda la ciudad. Si Mani se quejaba al rey de reyes, el príncipe siempre podría alegar que no había hecho más que asegurar al máximo la protección del visitante y que nadie le había levantado la mano.

Pero Sapor no lo entendió así. En cuanto se propagó la noticia, convocó a su hijo a Ctesifonte, y allí, ante una multitud de estupefactos cortesanos, le acusó de desobediencia, le tachó de libertino e incapaz y luego ordenó que le encerraran en un pabellón de caza.

Ese día, mientras los jinetes de la guardia imperial iban a buscar a Bahram, otro destacamento tomaba el camino de Kengavar, donde se encontraba Mani, a fin de llevarle con urgencia a la capital. Con urgencia y solo. Como Sapor no había tolerado jamás la más leve ofensa a la dignidad de su cargo, desde el momento en que su hijo había sido humillado en público, nadie se aventuraba a imaginar qué trato se infligiría a aquel que, según la opinión general, era el culpable de los desórdenes.

Antes de separarse de sus compañeros, el hijo de Babel les hizo recomendaciones para que prosiguieran la obra emprendida. Quiso decir una palabra a cada uno de sus allegados, pero el oficial le conminó a abreviar su despedida.

Cuatro

Cuando Mani se presentó en el palacio, le condujeron al despacho del *darbadh* que dirigía la casa imperial. Éste le hizo esperar algunos minutos, se ausentó y, a su regreso, le rogó que le siguiera. Sin embargo, no le llevó al salón del Trono, sino, después de atravesar dédalos y jardines, hasta una puerta baja cincelada que cerró rápidamente tras él.

A Mani le costó trabajo reconocer a Sapor en ese hombre que estaba sentado en aquella habitación sin lujos. Esta vez no había derroche de oro. Desde luego, sus ropas estaban hechas con telas nobles que exhalaban la armonía de los motivos simétricos, pero no habrían desentonado sobre los hombros de un cortesano, como tampoco los largos cabellos rizados, perfumados con sándalo. Los gestos estaban desprovistos de la elegancia circunspecta de las audiencias solemnes, y los dedos, acostumbrados a las leves señas de mando, parecían consolarse de su inutilidad triturando las bolas rosáceas de un pasatiempo.

Al descubrir, como con un relámpago tardío, que se encontraba en presencia del monarca divinizado, el hijo de Babel puso la rodilla en tierra rebuscando en su manga para sacar el pañuelo ritual.

—Deja ese *padham*, Mani, hay alientos menos puros que el tuyo. Y levántate, ven a sentarte a mi derecha en este cojín.

Aunque continuara dando órdenes sucesivas, la voz se había suavizado y sonaba temblorosa. Sin duda, debido a la incomodidad del actor que acaba de emerger de su papel.

—Los informes que me llegan de las provincias afirman que tus enseñanzas se propagan, que en las grandes ciudades comunidades enteras te invocan. En este palacio, algunas personas se alegran de tus éxitos, otras se angustian o se indignan a causa de los incidentes que se multiplican.

Mani no pensó en justificarse. El soberano no parecía esperar una respuesta, sino sopesar las palabras que pronunciaría a continuación.

—Lo que ha sucedido hasta ahora me preocupa poco; temía resistencias mucho más brutales que las chiquilladas de mi hijo.

—Por mí, ese episodio está olvidado. Cada día que me alejo de él es un siglo; no guardo ningún rencor.

—En eso estás equivocado, la vida me ha enseñado lo contrario. La existencia es un rosario de dudas, una sucesión de arreglos de cuentas que se pueden saldar con mezquindad o con magnanimidad, pero que se tiene el deber de saldar. La impunidad me resulta insoportable, aunque sea yo el beneficiario, y, como guardián del Imperio, no tengo derecho a tolerarla. Mi hijo pagará durante mucho tiempo su debilidad de alma y su desobediencia.

El tono de las últimas frases situaba de nuevo a Mani en presencia del Sapor del salón del Trono.

—¿No perdonáis jamás?

—Únicamente a aquellos a los que mi misericordia aplastaría más dolorosamente que el castigo. Mi hijo mayor no tiene ese temple. A ti también tengo algo que reprocharte.

La transición fue tan brusca que Mani se sobresaltó.

—¿Cómo dejaste que Bahram te humillara así? ¿Has olvidado que viajas y enseñas por todo el Imperio bajo mi protección, que llevas contigo mi confianza y mi autoridad y que al permitir que se mofen de ellas es a mí a quien rebajas?

Una vez pasado el instante de sorpresa, el hijo de Babel se irguió y dijo con una voz llena de orgullo y de desafío:

—Tengo también otro mentor, un protector celeste que no teme el insulto.

Sapor soltó una risa breve y afectada, que en su rostro adquiría un valor de excusa.

—No te he pedido que vinieras para sermonearte. Me he irritado como me irrito cada vez que hablo de ese hijo. Le guardo rencor por burlarse de la protección que yo te había ofrecido y, sobre todo, me entristece verle convertirse en un juguete en las manos de los magos de Media.

«Compréndeme, no siento hostilidad hacia los magos, ya que un ser como Juvanoé ha estado más cerca de mí que mi padre; me enseñó todo lo que sé, y en él no hay más que pureza, lealtad y sabiduría; pero no todos tienen ese temple. Por un mago que se sacrifica hay cuarenta que sólo sueñan con el poder y que no viven más que para conspiraciones e intrigas. Dictan a todo el mundo cómo vestir, comer, beber, toser, eructar, llorar, estornudar, qué fórmula farfullar en cada circunstancia, qué mujer desposar, en qué momento evitarla o abrazarla, y de qué manera. Hacen que grandes y chicos vivan en el terror de la impureza y de la impiedad.

»Se han apropiado de las mejores tierras de cada región, han amasado riquezas, sus templos rebosan de oro, de esclavos y de grano; cuando el hambre hace estragos, son los únicos que no la sufren. A lo largo de los reinados, han ido acumulando prerrogativas. No hay un adolescente que sepa alinear dos caracteres sin que un mago le haya guiado la mano; no puede concluirse un acto de venta sin que ellos perciban su parte, ni puede resolverse un litigio sin su arbitraje. Los magos también deciden si un decreto real es conforme a la ley divina, ley que, evidentemente, ellos interpretan a su conveniencia. Pero me resigno, evito contrariarlos, no intento privarlos de esos privilegios excesivos. ¿Te imaginas al rey de reyes capaz de tanta paciencia?

Mani se sorprendió esbozando un gesto de compasión, mientras el señor del Imperio proseguía su acusación.

—¿Crees que todo esto les basta? ¡Sería no conocer a los magos de Media! Es el Trono, es mi Trono lo que codician, ni más ni menos, y como no pueden apoderarse de él, quieren envilecerlo y someterlo a su agobiante tutela.

»Un día que mi padre, el divino Artajerjes, consumido por la fiebre, sentía la muerte próxima, los magos más eminentes vinieron a la cabecera de su lecho llevando como un tesoro algunas páginas copiadas del Avesta que se pusieron a recitar con gran solemnidad en medio de un sofocante humo de incienso. ¿Qué querían? ¿Reconfortar a su señor, hacerle menos penosas esas horas que le quedaban? ¿Describirle un mundo mejor en el que olvidaría sus sufrimientos, en el que ocuparía un lugar entre los gloriosos soberanos del pasado? No, nada de todo eso les habría hecho acudir desde todos los rincones del Imperio. Si se habían desplazado era con el único objetivo de hacer firmar a mi padre, envejecido y debilitado, un edicto que autorizaba al jefe de los magos a designar el sucesor al Trono. Por supuesto, el asunto estaba presentado de otra manera: según el Avesta, los ángeles del Cielo son los únicos que tienen la facultad de nombrar al futuro rey de reyes, pero, según otro pasaje del Avesta, la elección de los ángeles debe ser comunicada al jefe de los magos, quien se encarga de informar a los hombres.

«Tratándose de mí, el problema no se planteaba; yo he contribuido tanto como mi padre a edificar este Imperio y compartió el Trono conmigo cuando aún vivía. Pero cuando yo ya no esté aquí, los magos restablecerán esa extravagante disposición. Por otra parte, andan murmurando al oído de mis hijos y de mis hermanos que cualquiera que ambicione acceder un día al poder, deberá doblegarse a sus deseos. ¿Comprendes ahora mi cólera cuando veo a uno de mis protegidos humillado por Bahram bajo la mirada satisfecha de los magos? No dudo que tengas otro mentor, Mani, que está muy por encima de las codicias terrestres, muy por encima de los rencores, pero es mi protección la que pediste, médico de Babel. Yo te la ofrecí y tú la aceptaste, y te has valido de ella en todas las regiones que has visitado. ¡No tienes ya derecho a abandonar! ¡Ni a traicionarme!

¿Abandonar? ¿Traicionar?

—El Cielo ha querido que yo viniera a este palacio, que mi esperanza floreciera en el seno de este Imperio bajo este reinado bendito. ¿Por qué querría yo traicionaros?

—Sin duda, no tienes intención de traicionarme, pero me has traicionado.

Mani no comprende, tanto menos cuanto que el tono es benevolente, casi amistoso, sin relación alguna, en todo caso, con una acusación tan grave.

—Has venido a hablarme, Mani, de una fe nueva que, respetando la sabiduría de Zoroastro y el culto a Ahura Mazda, prohibiría a los hombres de religión poseer tierras y oro, y los confinaría en la oración, la enseñanza y la meditación. Tú querrías ver triunfar esa fe porque ése es el mensaje que te ha sido revelado, y yo deseo igualmente verla propagarse porque conviene a la dinastía. Tú predicas la armonía entre los pueblos y las creencias para obedecer las órdenes del Altísimo, y yo invoco en mis deseos la misma armonía, porque es necesaria para la cohesión del Imperio y su prosperidad. El Cielo y yo perseguimos la misma presa, Mani, y fuiste tú quien me lo hizo comprender. El Cielo y yo encontramos los mismos enemigos cruzados en nuestro camino. Quiero combatirlos, aniquilarlos, y esperaba encontrar en ti al aliado providencial, pero tú te obstinas en traicionarme.

Mani está desconcertado. En cuanto cree comprender, Sapor se encarga de confundirle. Ante cualquier otra persona que no fuera el rey de reyes habría explotado, pero en esta circunstancia tiene que mostrar su cólera de una manera encubierta.

—Sigo sin comprender en qué he podido traicionaros, pero si lo he hecho, mi castigo es la muerte y estoy dispuesto a afrontarla.

El soberano echó la cabeza hacia atrás. Se habría dicho que ponía por testigo al rayo de sol que se introducía por el tragaluz labrado a modo de rosetón. Se enroscó en los dedos su rosario de perlas y luego confesó:

—Siento más afecto por ti que por mis propios hijos. Mientras yo viva, ninguna mano se alzaría contra ti, ni la mía ni ninguna otra, pero ¿por qué te obstinas en hablar de abolir las castas?

Así que era eso, se dijo Mani, casi feliz de haber comprendido al fin a dónde quería ir a parar Sapor. Estaba poniendo en orden sus ideas para justificarse, cuando el monarca le dispensó de ello.

—Es inútil que me expongas tu doctrina en esa materia, ya que yo podría perfectamente ser de tu misma opinión. Soy el rey de reyes y no necesito invocar una casta o una raza, son ellas las que me invocan a mí. Pero si bien estamos luchando contra los magos, no podemos perder la adhesión de la casta de los guerreros al mismo tiempo. Los guerreros son todos los gobernadores de provincias, todos los comandantes del ejército, todos los príncipes. Si toda esa gente se pusiera del lado de los magos, te aplastarían, tu esperanza sería barrida, y ni siquiera yo, Sapor, rey de reyes, señor del Imperio, podría hacer nada por ti. Quizá, incluso, fuera arrastrado en tu caída. Cada vez que hablas, ganas para tu causa a letrados, artesanos, burgueses, esclavos también, me han dicho, y muchas mujeres y muchos extranjeros. Pero esos adeptos no servirán de nada a la hora del gran enfrentamiento.

Luego prosiguió sin recuperar el aliento, pero con una voz súbitamente sigilosa y ligeramente turbada.

—Esta mañana he dado órdenes que te conciernen. En cada uno de mis palacios habrá un puesto para ti. En la sala de audiencia y también en mi consejo privado. Allí donde yo vaya, tú me acompañarás.

—Tengo que dar un mensaje a las naciones...

—Tus discípulos lo harán en tu nombre. De ahora en adelante formas parte de mis allegados. Tu periplo será una marcha triunfal, sin incidentes humillantes, sin provocaciones ni refriegas ni alborotos. Quiero que hombres de todas las castas y de todas las razas se reúnan a tu alrededor, pero sobre todo, guerreros, príncipes, sátrapas... quiero que ganes adeptos incluso entre los magos. Si lo consigues...

Sapor se interrumpió, pareció vacilar una última vez y luego, por una especie de pudor o algún sentimiento similar, bajó súbitamente los ojos en el momento de concluir:

—Si lo consigues, se promulgará un edicto para anunciar que el rey de reyes ha decidido abrazar la religión de Mani.

De su primera visita al palacio, que le daba solamente el derecho a predicar, Mani había salido con aire exultante y paso de conquistador. De su segunda entrevista, a pesar de que el rey de reyes le había prometido convertirse y le había pedido que reuniera a todos sus súbditos en torno suyo y de su mensaje, salió abrumado, como si llevara a la vez la cruz de Cristo y la corona de los sasánidas.

¿Qué le sucedía? ¿No se estaba acercando su mayor esperanza cien veces más deprisa de lo esperado? Mañana, el rey de reyes; pasado mañana, el Imperio; pronto sus ideas animarían a la humanidad entera. Ya no era solamente un sueño solitario, una promesa de su «Gemelo» a la orilla de un canal del Tigris. Él no era ya ese vagabundo mendicante, sembrador de palabras; el triunfo estaba al alcance de su mano.

Sin embargo, fue a encerrarse en la habitación que aún ocupaba en casa de Maleo cada vez que pasaba por Ctesifonte. Aquel día no volvería a salir de ella, como tampoco al día siguiente; permanecía postrado en el ayuno y la contemplación, sin dirigir una palabra tranquilizadora a la multitud de adeptos que poblaban cada rincón de la casa y del jardín. Sólo Denagh se atrevió a entrar un momento para, sin el menor ruido, depositar un cántaro de agua en el alféizar de la ventana cerrada.

Extraño, a decir verdad, y desconcertante, ese encuentro entre él, el niño cojo del palmeral y Sapor, al que las inscripciones llamaban «descendiente de los dioses, noble hermano del Sol y de la Luna, señor de los cuatro horizontes...». ¿Qué parentesco podía haber entre ellos, qué connivencia, qué intimidación, qué pensamiento común? Sin embargo, el monarca había esbozado gestos de excusa; sin embargo, había enrojecido y había apartado los ojos y luego, para ocultar su timidez, había huido en cuanto hubo confesado su deseo de abrazar su fe.

¿Abrazar la fe de Mani? ¿Convertirse? ¿Él, el rey de reyes, se pondría de rodillas y rogaría a Mani que le bendijera mediante la imposición de manos? ¿No sería aquello un enorme y cruel engaño?

Una vez más, la perplejidad del hijo de Babel desembocó en un diálogo con su «Gemelo» que le dijo con el más firme de los tonos:

«¡Sapor tiene más ambiciones para ti que las que tú tienes para ti mismo! Hoy por hoy, es el hombre más poderoso de la Tierra, sus ejércitos son capaces de vencer a los de Roma y a los de China; ya se da el título de soberano de Oriente y de Occidente y se considera sucesor de Alejandro. Y tú, Mani, has venido a anunciarle que ha comenzado una nueva era. ¡Desearía tanto que fuera verdad! El hecho de que la Revelación haya coincidido con el principio de su reinado, ¿no es una señal del Cielo, dirigida a él, Sapor, para asegurarle que sus ambiciones son legítimas y conformes a los designios de la Providencia? Quiere creer en ti, quiere que seas el digno sucesor de los profetas más santos, que seas igual que Zoroastro, e incluso más grande que Zoroastro. ¡Después de todo, los príncipes que reinaban en tiempos de Zoroastro no eran más grandes que Sapor!».

—¡Sería el adorno del reinado de Sapor!

«¿Por qué no podría ser él el instrumento de tu reinado? ¿Y por qué hablas de adorno? Este monarca quiere que le ayudes a reducir el poder de los magos, y te necesita para establecer la armonía entre las comunidades que gobierna. Cuando haya conquistado todas las tierras que codicia, cuando tenga bajo su autoridad tantos pueblos diferentes, ¿cómo podrá mantener la cohesión del Imperio? ¿Imponiendo a todos la religión ancestral de los persas y construyendo por todas partes templos del fuego para que la arrogancia de los magos sea aún más ostentosa? ¿Dejando proliferar a los sectarios de los dioses únicos, todas esas religiones celosas y pendencieras que preparan para el Imperio y para todos los Imperios milenios de fuego y de sangre? Sólo tú, Mani, puedes evitar ese extravío de los hombres.»

—Este rey quiere conquistar el mundo con las armas, ¿y yo tengo que asociarme con él, yo que detesto herir la corteza de una higuera?

Cuando al cabo de tres días salió al fin de su retiro, Mani no conservaba en sus palabras ni en su voz ningún rastro de las dudas que le habían asaltado. A los aún numerosos fieles que le esperaban les anunció que el triunfo estaba próximo, que estaban en vías de ganar el Imperio y que, debido precisamente a esa esperanza, el mensaje debía llegar sin demora a los pueblos más alejados. Pidió a sus mejores discípulos que se desperdigaran por las provincias de los cuatro imperios, desde China hasta Egipto y Axum, y desde Roma hasta Palmira. «Las antiguas religiones estaban destinadas a una sola región, a una sola lengua. Mi religión es de tal manera que debe manifestarse en todas las regiones y en todas las lenguas a la vez...»

Él mismo, menos libre ahora para desplazarse, comenzó a escribir con frenesí cientos de epístolas, himnos, salmos, y libros que no se contentaba con caligrafiar de su propia mano, sino que adornaba, ilustraba y cubría de dorados, la única circunstancia en la cual se dignaban sus dedos tocar el oro.

De este periodo data una de las obras más asombrosas de todos los tiempos, un libro que Mani tituló simplemente «La imagen», y en el cual explicaba el conjunto de sus creencias mediante una sucesión de pinturas, sin recurrir a las palabras. ¿Qué mejor manera tenía de dirigirse a todos los hombres más allá de las barreras del lenguaje?

Cinco

Desde ese momento, la silueta de Mani formó parte del paisaje de la corte. Si alguna vez desaparecía para celebrar una reunión con sus fieles, Sapor le mandaba llamar, hasta tres veces en el mismo día, a fin de consultarle sobre todo lo que turbaba su espíritu de hombre y de soberano, ya se tratase de su salud, de los astros, del humor de su hermana y esposa Azur Anahít, de las perfidias cotidianas de los magos o de las relaciones entre el Imperio y las otras potencias, sometidas o adversarias.

A la cabeza de éstas estaba Roma, eterna rival de los partos y luego de los sasánidas. Su historia no estaba hecha de ímpetus dinásticos, pero los más grandes entre sus emperadores ambicionaban, como Sapor y antes que él su padre Artajerjes, reunir bajo sus águilas de bronce las dos vertientes del mundo.

Romanos y persas, dos olas enemigas a las que una obsesión común condenaba a rodar impetuosamente la una hacia la otra, a estrellarse la una contra la otra.

Los sasánidas, cuyas tierras se adentraban hasta muy lejos en las estepas de Asia, habían querido que una región ajena a su cultura y a sus cultos, esa Mesopotamia semita y ya parcialmente cristianizada; su sueño era desplegar sus estandartes sobre todas las tierras situadas entre el Tigris y el río Strimón, cerca del cual nació Alejandro, a fin de que un día Ctesifonte no fuera ya una frontera del Imperio, sino su centro.

En esa misma época, Roma estaba totalmente vuelta hacia el Oriente, el Oriente que ella idolatraba, divinizaba, y del que esperaba gloria y salvación. Por eso, elevaba al poder a los pretorianos que llegaban de Siria o de Arabia, sus escasos filósofos estaban formados en Egipto y aceptaba que se difundieran creencias tales como las de Adonis, de Hermes Trismegisto, de Mitra el indoiranio, del Sol Invencible de Emesa e incluso, la más improbable de todas, la de un activista judío que antaño se había rebelado contra Roma. Por añadidura, se acariciaba la idea de construir, no lejos del Ponto Euxino, en la unión de Europa y de Asia, en el emplazamiento de la antigua colonia griega de Bizancio, una segunda capital para el Imperio, una metrópoli con porvenir que algunos se atrevían ya a llamar —¡oh presunción sacrilega!— la nueva Roma.

De las dos potencias que se disputaban el mundo, ¿cuál prevalecería? La ola sasánida tenía sus oportunidades. Mientras la autoridad de la «divina dinastía» se afirmaba bajo la égida de los reyes fundadores, Roma se disolvía en la anarquía. Sólo durante los reinados de Artajerjes y Sapor se habían sucedido veinticuatro cesares, como si a modo de cetro se transmitieran un mango de puñal. Los ciudadanos llegaban a desconocer el nombre de su soberano del momento y las legiones no sabían a quién obedecer; en cuanto la Ciudad aclamaba a un nuevo emperador, otro militar, en las Galias, en Dacia o incluso en Italia, se había rebelado ya. Hacía tiempo que las aguas del Rubicón habían perdido su virginidad.

Si unos bárbaros tales como los hunos, los sármatas o los alanos amenazaban alguna provincia sasánida, el rey de reyes enviaba contra ellos a un caballero de alto linaje, un valiente *spahdar*, quien, una vez terminada su misión, se apresuraba a ir a prosternarse con orgullo a los pies de su soberano para recibir algunas palabras de elogio y una túnica de honor. Por el contrario, cuando esos mismos bárbaros o los persas asaltaban el *limes*

del Imperio Romano, el emperador sentía que se resbalaba ya de su trono. No era difícil prever que cuando las legiones hubieran rechazado al enemigo, su comandante, aureolado por su reciente gloria, marcharía sobre Roma para apoderarse del poder. Y si no lo deseaba ni tenía la audacia para hacerlo, lo que constituía una excepción, sus centuriones le proclamaban *imperator* a pesar suyo. La única salida para todo sucesor sagaz de Augusto era ponerse en persona a la cabeza de sus tropas con la esperanza de recibir con sus propias manos los laureles del triunfo; pero apenas se hubiera alejado de la Ciudad, comenzarían las conspiraciones.

Y tampoco en el frente estaría fuera de peligro. Los historiadores aún se preguntan si el emperador Gordiano, tercero de este nombre, un adolescente que guerreaba al norte de Mesopotamia, fue herido de muerte por algún tirador mercenario a sueldo de los sasánidas o por orden de su prefecto del Pretorio, Marco Julio Filipo. En todo caso, fue a este último a quien los rumores de la *Urbs* imputaron el crimen, lo que hacía de él, según las costumbres constitucionales de la época, el más lógico heredero del difunto. En la lista de los emperadores romanos aparece con el nombre de Filipo el Árabe, ya que había nacido en el seno de una tribu nómada, en el lindero del desierto de Arabia. Una tribu que muy pronto se adhirió, según parece, a la fe del Nazareno. El obispo Eusebio de Cesarea, historiador de la Iglesia, afirma que Filipo fue, mucho antes que Constantino, el primer emperador cristiano que acudía en secreto a las catacumbas y se confesaba con el común de los penitentes; sólo la fragilidad de su posición a la cabeza del Imperio le habría impedido clamar en voz alta lo que se cuchicheaba tanto en los barrios bajos del otro lado del Tíber como en las avenidas del Capitolio.

Gobernó cinco años, del 244 al 249. Expresadas así según el tardío calendario cristiano, estas cifras son irrelevantes; hay que trasladarlas al romano para comprender su alcance. El año 244 corresponde al 996 de la fundación de Roma, y el 249 al año 1001. Por lo tanto, el milenario de la Ciudad se celebró, con un fasto inaudito, bajo el augusto patronazgo de Filipo el Árabe. Colosales festejos, juegos de circo, desfiles y actos triunfales, sacrificios e incesantes celebraciones en las plazas públicas en torno a un tema pregonado incansablemente, quizá para conjurar la evidencia: la inmortalidad del Imperio y de su ley.

Un breve instante de reinado para ese enigmático guerrero beduino, pero ¡qué instante!

Deseoso de saborearlo plenamente, queriendo presidir él mismo la organización del Milenario y preocupado igualmente por alejar a sus rivales y tener a raya a las turbulentas hordas godas, Filipo el Árabe necesitaba un largo respiro en el conflicto con los sasánidas, y así envió a Ctesifonte a su propio hijo, que por aquel entonces tendría unos veinte años.

Al recibir al emisario en la solemnidad imponente del salón del Trono, al oírle hablar en griego con prestancia, pero también con una especie de impaciencia juvenil, sobre su deseo de obtener una paz ilimitada, el rey de reyes pensó primero en Armenia, que desde la época de los partos era el campo de enfrentamiento perpetuo entre Roma y Ctesifonte, ya que sus príncipes se veían obligados a maniobrar de manera lamentable entre los dos gigantes depredadores. Era en Armenia donde se situaba el astil de la

balanza que provocaría el desempate entre el gran Imperio de Oriente y el de Occidente. Fue ella, pues, lo que Sapor exigió como precio de la paz.

El hijo de Filipo concedió todo y más. Las legiones se retirarían de Armenia y la nobleza local sería invitada a aceptar, desde ese momento, la soberanía del rey de reyes, con la esperanza de que el «basileus», como lo llamaba, «en su inconmensurable magnanimidad», no guardaría rencor a nadie por sus lealtades pasadas. Sapor asintió con un gesto condescendiente. Luego, moviéndose con toda la lentitud que requería su dignidad, cruzó los brazos, apoyando las manos en los hombros, señal en él de intensa reflexión. Si este árabe romano —se dijo— ha renunciado en algunos segundos a pretensiones seculares, es que está dispuesto a pagar cara, muy cara, la paz que mendiga. Con el fin de sondearle más, el sasánida se arriesgó a formular una petición desmedida. Sin duda, el hijo del César se ofendería, pero eso le permitiría, a continuación, trazar los límites de un acuerdo.

No queriendo implicar, de entrada, a su divina persona, ya que entonces no sería conveniente transigir en el menor detalle contencioso, Sapor hizo señas a su chambelán de que se acercara y le dictó al oído la postura que le encargaba expresar.

Armenia —dijo en substancia— no ha sido nunca para nosotros objeto de litigio. Si las legiones se retiraban de allí, no sería generosidad por su parte, sino simple prudencia, puesto que nuestros valientes ejércitos se están preparando para restablecer por la espada nuestros derechos eternos sobre esa porción indisputable de nuestros dominios. No, si el César de Roma quiere realmente la paz, con corazón sincero y sin ánimo de engaño, debe elegir la vía que han seguido tantos otros reyes que han sabido obtener nuestra benevolencia.

El emisario esperó, con su *padham* en la mano, a que el chambelán formulara la voluntad de su señor.

—Roma deberá pagar todos los años al divino Sapor, rey de reyes, hermano del Sol y de la Luna, soberano de Oriente y de Occidente, cien mil monedas de oro.

¡Un tributo! ¡El emperador romano pagaría al sasánida un tributo anual! ¡Se convertiría en su vasallo, con el mismo título que el kan de los sacios, el gran chamán de los vertios o el marzpan de los gedrosios! El joven emisario enrojeció, se clavó las uñas en las palmas de las manos y apretó con rabia en su puño el pañuelo blanco, deseando tirárselo a la cara, como una bola arrugada, a aquel que acababa de insultarle. Los cortesanos contenían la respiración, esperando ver al romano despedirse y correr a informar a su padre de la afrenta que le había sido infligida. Pero el hijo de Filipo no se movió de su sitio, abrió el puño y sus mejillas se fueron des congestionando hasta el punto de perder todo el color. Supo recuperar la compostura y se esforzó, incluso, en simular una sonrisa. Y cuando, al cabo de unos interminables segundos de silencio, salieron de su boca algunas frases coherentes, no intentó rechazar el principio de un tributo, sino que se limitó a negociar la cantidad y las modalidades de pago.

Sapor no osaba dar crédito a sus oídos. Imputó todo este episodio incongruente a la inexperiencia del emisario. No cabía la menor duda de que éste sería sermoneado y luego desautorizado cuando regresara junto a su padre.

Y sin embargo, no sucedió así. Filipo pagaría. Todos los años y la suma convenida. Tomaría la precaución de que el oro lo llevara una caravana de hombres de su tribu, a fin

de que el nombre de Roma y el uniforme de sus legionarios no estuvieran expuestos a la humillación. Después de guardar así las apariencias y en cuanto se celebró su entronización, hizo publicar un edicto en virtud del cual se otorgaba, además de los títulos de *imperator* y de *augustus*, el de *persicus maximus*, «gran vencedor de los persas».

Evidentemente, Sapor no supo una palabra de aquellas fanfarronadas y al día siguiente de la tregua estaba exultante. Si alguna vez había tenido dudas sobre su glorioso destino, éstas se habían disipado. Nada le impedía ya pensar que había sido designado desde siempre por la Providencia para gobernar a todas las criaturas. ¿Cómo se le podría censurar? ¿Qué más habría podido esperar que ser el soberano de su único rival? Cada año, en invierno, cuando llegaba la caravana que transportaba hasta Ctesifonte el oro de la sumisión romana, se observaban tres días de fiesta, en los templos se ofrecían sacrificios y se distribuían tinajas enteras de víveres entre los necesitados. En la capital y luego en las provincias y en los reinos asociados, los pregoneros anunciaron a bombo y platillo la noticia, a fin de que todos la oyeran, desde el más poderoso sátrapa hasta el más modesto jefe de pueblo.

Aquello aseguraba a Sapor la sumisión de todos. ¿Qué mortal osaría hacer frente al hombre al que el César de Roma pagaba tributo?

Seis

El rey de reyes parecía colmado, por más que de cuando en cuando una palabra de cansancio revelara su creciente frustración. Puesto que los romanos se mostraban hasta ese punto desamparados y vulnerables, ¿no sería una ligereza por su parte contentarse con percibir un tributo cuando podría aniquilar de una vez por todas al enemigo moribundo? ¿Por qué dar tiempo a los romanos para recobrase, perdiendo él mismo unos años preciosos? Hacía tiempo que había cumplido los cuarenta, ¿esperaría a haber envejecido para lanzarse a la conquista de Occidente? Pero un pacto es un pacto y Sapor no era hombre que traicionara su palabra y su sello. Él, cuya autoridad estaba hecha de mil juramentos de fidelidad, cometería un error si diera semejante ejemplo de felonía.

Su dilema pareció resuelto el día en que se enteró de la muerte de Filipo, asesinado por sus legiones sublevadas, como solía suceder, al mismo tiempo que su hijo, sus colaboradores y un gran número de cristianos, acusados de haberle apoyado.

Sapor convocó a los principales dignatarios del Imperio sasánida y a algunos buenos consejeros y les pidió que se expresaran libremente con respecto al camino que se debía seguir. El primero en agitar su *padham* fue Kirdir.

—Nuestro Señor —dijo— ha demostrado una generosidad extrema hacia los romanos. Él, cuyos ejércitos victoriosos habrían podido humillar a los infieles y aniquilar su Imperio ha dado pruebas de una paciencia, de una bondad y de un escrúpulo moral que

le honran, pero que nuestros enemigos no merecen. Hubo un pacto entre nuestro señor y el cesar Filipo. Si este último lo cumplió no fue por sentido del honor, sino por pura falacia y por el terror que le inspiraba el poderío de la divina dinastía. Ahora que Filipo ha vuelto a las Tinieblas de Ahriman, Roma va a poder apreciar nuestra justa cólera, del mismo modo que durante demasiado tiempo apreció nuestra magnanimidad.

Incluso envuelta en elogios, la crítica con respecto a la política que se había seguido hasta entonces no se le escapó a nadie. Por otra parte, Kirdir no era el único en opinar así, puesto que todos los que intervinieron, ya fueran magos, príncipes o secretarios, recomendaron el recurso a las armas.

Aunque estuviera prohibido mirar a la persona del rey de reyes, unos y otros levantaban a veces un ojo furtivo para intentar juzgar sus sentimientos y su humor. No cabía la menor duda de que lo que decían los dignatarios coincidía con sus más íntimas preocupaciones. La guerra contra Roma se había retrasado durante mucho tiempo, demasiado tiempo. Ahora se imponía, y se había encontrado el motivo. El soberano se disponía a hablar buscando solamente las palabras adecuadas, ya que no quería dar la impresión de ceder a la conminación del mago, cuando Mani, que hasta ese momento había permanecido en la sombra, agitó su pañuelo. Apoyándose en el brazo derecho para levantarse del mullido cojín que le servía de asiento, comenzó por enumerar las ventajas que el rey de reyes había obtenido «gracias a su hábil política de tregua», extendiéndose sobre los años de prosperidad que acababa de atravesar el Imperio sasánida y sobre el lugar preponderante que había adquirido a los ojos de todas las naciones «el primero de los hombres». El preámbulo era astuto, ya que atenuaba los remordimientos del soberano y le colocaba en una postura más digna frente a todos los que le daban lecciones. Luego, Mani previno:

—Si las tropas de la dinastía parten al asalto del Imperio Romano, no hay duda de que conseguirán victorias pero obligarán a las legiones a unirse bajo un mismo mando. Antes que acabar con el enemigo, como algunos exigen, se le habrá administrado un remedio enérgico, doloroso pero eficaz, y saludable para él. ¿Es ése el objetivo que quieren alcanzar aquellos que han tomado la palabra antes que yo? ¿Y por esta locura querrían reemplazar la juiciosa política seguida por el señor del Imperio?

Sapor pareció turbado, incluso se leía la duda en sus ojos. A su alrededor se agitaron en desorden los pañuelos, pero ya no concedería la palabra, pues había llegado el momento de recuperar su ascendiente y de pronunciar el discurso decisivo:

—Para Nosotros, nada ha cambiado aún con respecto al tratado con los romanos. Cuando un cesar sustituye a otro, hay que cumplir los compromisos que su predecesor contrajo. En cuyo caso, Nosotros seguiremos respetando lealmente los nuestros. Pero si se interrumpiera el pago del tributo, responderemos con todo el vigor que tenemos derecho a utilizar con los traidores. Con el fin de prevenir cualquier eventualidad, tenemos la intención de hacer un llamamiento a todos nuestros vasallos, las tribus sometidas y los soldados mercenarios. Al primer acto de traición, nuestros ejércitos invencibles se desplegarán por el litoral de Occidente, Anatolia y Capadocia, y continuarán devastando mucho más allá las provincias de los romanos hasta que vengan a renovar ante Nosotros su humilde sumisión.

Después de que se les despidiera, los cortesanos se dispersaron por los pasillos del palacio, haciendo comentarios sobre la falacia intrínseca del enemigo, la proverbial

cobardía de sus tropas y de sus jefes, y también sobre la imposibilidad demostrada de vencer al rey de reyes. Sólo Mani, sombrío, permanecía apartado y pronto fue olvidado por todos. En cuanto la sala del consejo se quedó vacía, fue a ver al chambelán para pedirle una audiencia privada ante Sapor, quien le recibió sin demora.

—Habría añadido algo, pero ya había tomado la palabra aquel que se expresa el último.

El monarca le hizo una seña para que prosiguiera.

—El señor del Imperio ha precisado que actuaría con rigor contra los romanos sólo en el caso en que dejaran de pagar el tributo. ¿He comprendido bien?

—Ya sabes que los adversarios de Filipo le reprocharon que firmara un acuerdo indigno y degradante. Quizá incluso le hayan matado a causa de ello.

—Quizá. Pero si por alguna razón que ignoro el nuevo cesar decide seguir pagando, ¿se le declarará la guerra a pesar de todo?

—He sido muy claro sobre ese tema. ¡Si cumplen su palabra, yo cumpliré la mía!

—Pero entonces ¿por qué obligar al tesoro, a los vasallos, a los caballeros, así como a todos los súbditos, al gasto excesivo que una movilización implica, antes incluso de conocer la postura de los romanos? Cuando se haya reunido el ejército, cuando las tribus sometidas y las tropas mercenarias estén reclutadas, querrán combatir, conseguir el botín, y ya no se podrá enviarlas a su casa con las manos varías. Esto ya ha sucedido en el pasado; se hace un llamamiento a filas a causa de una amenaza de guerra y luego, aunque la amenaza se aleje, se termina por hacer la guerra porque se ha reunido al ejército.

—No se planteará ese problema. Todos saben cuál es la actitud de los romanos. Y además ya he anunciado mi decisión y no voy a retractarme al respecto.

—El señor del Imperio no necesita retractarse de nada. Ha dicho que reuniría a sus tropas y lo va a hacer, pero nadie puede obligarle a convocar al mismo tiempo a los sátrapas, a todas las tribus, a todos los vasallos. Los preparativos pueden hacerse lentamente. Y si los romanos eligen el camino del desafío, la movilización podría acelerarse.

—No era ésa mi intención, pero consiento en aceptar tus argumentos y en seguir tus consejos. Quiera el Cielo que no tenga que arrepentirme. ¿Sabes, Mani, que de todas las personas presentes en el Consejo, ninguna otra habría podido hacerme cambiar de opinión? Si te escucho así, si me someto a tu opinión, es porque tienes un lugar en esta dinastía y en mi propio destino que ni siquiera tú sospechas.

A lo largo de las semanas siguientes, Sapor evitó mencionar los preparativos militares; sin embargo, en los pasillos del palacio, pocos fueron los que adivinaron un cambio de política; la actitud del rey de reyes se explicaba por su deseo de parecer sereno y despreciativo frente al riesgo de una guerra que todos, en Ctesifonte, juzgaban ganada por adelantado. Se decía ya que el soberano mandaría él mismo el gran ejército, secundado por uno de sus hijos, pero ¿por cuál? ¿Por el mayor, Bahram, que de nuevo gozaba del favor de su padre y al que apoyaba la mayoría de los magos y de los guerreros? ¿O bien por Ormuz, considerado como el más valiente y el más serio, pero del

que se decía que su trato con Mani y su inclinación por sus ideas le había debilitado un poco?

Las especulaciones terminaron cuando, inopinadamente, llegó un embajador romano, portador de una misiva del nuevo emperador, Decio, «a su hermano, el divino rey de reyes», asegurándole que el pacto hecho con Filipo sería respetado, incluso en sus cláusulas secretas; por otra parte, el oro estaba ya en camino, transportado esta vez, no por el púdico intermedio de las caravanas beduinos, sino abiertamente ¡por un destacamento de pretorianos!

En Ctesifonte deberían haberse felicitado. Hasta entonces, el acto de vasallaje aceptado por Filipo era el hecho de un hombre solo, un usurpador que había llegado a la cima del Imperio por los caprichos de la fortuna y que estaba dispuesto a vender a bajo precio el tesoro y las provincias con tal de conservar el poder. ¡Ahora era Roma entera la que reconocía la preeminencia del rey de reyes!

Sin embargo, en la corte sasánida, el humor era de duelo. Los que deseaban el enfrentamiento se sentían defraudados, algunos pensaban incluso en tender una emboscada al emisario romano, con la esperanza de provocar lo irreparable. Con todo, el bando que deseaba la guerra, por muy poderoso que fuera, temía atraerse la cólera de Sapor con semejantes acciones. Éste se sentía dividido. Si bien la acción militar seguía seduciéndole, valoraba el significado del nuevo acto de vasallaje romano, que le halagaba y sobre todo le tranquilizaba en cuanto a la persistente debilidad del enemigo.

Numerosos eran los que, como Kirdir, explicaban la indecisión del soberano por la creciente influencia del «maldito nazareno de Babel». En efecto, nadie ignoraba las conversaciones cotidianas, mano a mano, entre los dos hombres. Sapor, que no podía olvidar que Mani había sido el único en prever el comportamiento de los romanos, confiaba en su juicio; cada vez que las ideas de guerra le daban vueltas en la cabeza, se desahogaba con él. Y el hijo de Babel sabía encontrar argumentos que le convencían.

—No hay duda de que los romanos están aterrados con la idea de ver a vuestro ejército invadir sus provincias y amenazar sus metrópolis. Ese terror que sienten es para vos fuente de grandes ventajas. Haced que dure esta situación, obtened de vuestro enemigo todo lo que su debilidad le obliga a acordaros, dejadle confirmar, año tras año, a los ojos de todas las naciones, la preeminencia de vuestra dinastía y de vuestra persona. ¿Por qué habría de abandonar el primero de los hombres la posición providencial que es hoy la suya, para someterse al azar de una empresa guerrera?

El monarca aceptó darse por satisfecho con esos argumentos mientras el enemigo continuara pagando el tributo. Pero en Roma no se arreglaba nada. Dos años después de la muerte de Filipo, su sucesor fue asesinado a su vez. No menos de cuatro pretendientes se disputaban ahora el poder. De cuando en cuando, uno de ellos enviaba un emisario ante el rey de reyes para granjearse su benevolencia y solicitar sus favores, lo que no dejaba de divertir a Sapor. ¿Soberano de Roma y, por añadidura, arbitro de las disputas entre sus generales? El sasánida no había soñado jamás con un privilegio tan descabellado.

Pero a finales del invierno siguiente el oro no llegó. No era que Roma tuviera una voluntad deliberada de incumplir el pacto hecho con Ctesifonte, sino que ninguno de los cuatro cesares estaba en condiciones de efectuar semejante pago. En la lucha contra sus

rivales, cada uno de los pretendientes tenía una gran necesidad de todo el oro del que pudiera disponer.

En la corte sasánida, la guerra estuvo de nuevo en el orden del día. Magos y guerreros estaban enardecidos y Sapor no intentó ya resistirse. Y cuando en medio de aquel revuelo se aisló una vez más con Mani, no fue para oírle hablar de nuevo sobre los beneficios de la tregua.

—Te he escuchado siempre, médico de Babel, hasta el punto de seguir tus consejos en detrimento de mis propias inclinaciones. Ahora te toca a ti, mi protegido, mi compañero, adoptar mis opiniones; quiero que en esta batalla estés a mi lado, plenamente, con toda tu alma y toda tu inteligencia, tú, al que he convertido en pilar de mi reinado y de la dinastía.

»Esta guerra me ha sido impuesta. Durante mucho tiempo me he mostrado paciente y magnánimo, no he querido romper la tregua aunque hubiera podido hacerlo, ya que los magos me aseguraban, en nombre del Avesta, que sería legítimo y meritorio. Te he escuchado, pues, y he renunciado a movilizar mis ejércitos a fin de dar a los romanos una oportunidad de respetar sus compromisos. Ahora, han dejado de pagar el tributo, ellos mismos han violado el pacto que los protegía. Cualesquiera que sean las razones de esta felonía, no puedo tolerarla sin perder la estima y la sumisión de mis propios súbditos. La severidad del castigo debe estar a la medida de mi paciencia y de mi generosidad.

»Si consigo acabar con el Imperio de los cesares, esta guerra será la última. Una era de paz se instalará entre los hombres. Sé que te repugna derramar sangre, aunque sea la de mis enemigos, pero por estar a mi lado en esta batalla no traicionarás ninguno de tus principios, ya que por la pérdida de algunas vidas, otras, mucho más numerosas, serán preservadas.

»A lo largo de estos años mucha gente me ha prevenido contra ti, Mani. Envidiosos, celosos, pero también algunos hombres a los que creo adictos y sinceros. "Ese parto — me repetían— permanecerá a vuestro lado mientras contemporicéis, pero en cuanto llegue el tiempo de las conquistas, os abandonará. ¿Cómo podéis tener entre vuestros íntimos a un ser que se alegra de vuestros titubeos y que mañana se apenará por vuestras victorias?" ¿Han dicho la verdad? Lo ignoro. Sin embargo, es tu apoyo el que espero, es contigo con quien quiero llevar a cabo esta conquista.

Jamás Sapor se había dirigido a él en ese tono; ni a él ni a ninguna otra persona. Jamás había esperado con tanta impaciencia la reacción de un interlocutor; y las primeras frases de Mani le tranquilizaron.

—Es verdad que me repugna derramar sangre, pero no rechazo la conquista; si el señor del Imperio proyecta hoy invadir el país de Aram o Capadocia o Iberia, mi ambición es conquistar Roma, nada menos que Roma; Roma con todo su Imperio, y no me contentaré con ninguna provincia por muy vasta y próspera que sea. Quiero conquistar Roma y sé que está madura para la conquista. Ahora tengo en esa ciudad decenas de discípulos que me informan en sus epístolas de todo lo que allí se hace o se dice. Roma tiene sed de una fe nueva. Durante mucho tiempo ha tenido la convicción de que su Imperio era inmutable y su ley, eterna, de que la Tierra y el Mar le pertenecerían siempre y el Cielo la protegería infaliblemente. Hoy, Roma duda de sí misma, de sus efímeros soberanos, de su Imperio asediado en todas sus fronteras y de sus divinidades que olvidan protegerla; duda de su opulencia al contemplar sus barrios, que se llenan de

miserables. Roma espera de los países del Levante un conquistador, como una mujer madura espera al amante; y no será la espada la que la conquiste, sino la palabra que hechiza. Sí, serán las palabras de amor las que le harán abrir los brazos.

»Estoy preparado para ir a Roma. Igual que antaño pude reunir en Deb a los adoradores de Buda y a los de Ahura Mazda, reuniré a los adeptos del Nazareno y a los de Mitra, sin que por ello tenga que perseguir a los filósofos ni denigrar a Júpiter. Predicaré una fe para todos los seres humanos, una fe cuyo centro estará en Ctesifonte, de la que seré el humilde mensajero y cuyo protector será el rey de reyes. ¿No sería esto una gran conquista, digna de Darío y de Alejandro, e incluso más grande, más noble, más duradera, sobre todo, que las conquistas del pasado?

Sapor estaba perplejo, pero no quiso aclarar los malentendidos. Prefirió tomarle la palabra a Mani.

—Tú hablas de conquista y yo hablo de conquista; es normal que no utilicemos las mismas armas, pero tenemos las mismas ambiciones. Juntos podemos edificar en este mundo lo que ningún ser ha podido edificar anteriormente. Ha habido reyes conquistadores, preocupados de conducir a todas las criaturas hacia una suerte mejor, pero no tenían a su lado a un Mensajero; ha habido profetas santos y elocuentes, capaces de describir a los hombres un futuro de esperanza, pero no tenían junto a ellos a un soberano poderoso que aumentaba las mismas ambiciones. ¡Por primera vez, un mensaje celeste coincide con un gran reinado!

»Un mundo nuevo va a tomar forma bajo nuestros ojos. Yo, el rey de reyes, y tú, el Mensajero de la Luz, iremos juntos a Armenia, al país de Aram, a Egipto, a África, a Capadocia y a Macedonia; en la propia Roma estableceré el reino de la dinastía justa, tú proclamarás la fe universal que abarcará todas las creencias. Comparte, pues, mi sueño como yo aspiro a compartir el tuyo; uniré al universo por mi poder, tú lo armonizarás por tu palabra.

»Los magos se congregan ante mi puerta, desearían que esta guerra, que esta conquista fuera la suya. Desearían que, en cada país invadido, se abolieran las creencias que les incomodan y que se impusiera a todos la religión de los arios. En otros lugares, los sectarios de los dioses celosos se disponen a saltar sobre el mundo para establecer por todas partes el reino de la intolerancia. Yo y tú, tú y yo somos los únicos que podemos aún impedirselo.

»Ven, avanza a mi lado a la cabeza de los ejércitos, no tienes más que decir una palabra y dejaré a los malditos magos en sus altares del fuego; te designaré ante mis vasallos, ante mis caballeros, ante todos mis súbditos, y les anunciaré que esta conquista se hará en tu nombre, en nombre de la nueva fe, cuyo Mensajero eres tú.

El soberano estaba ahora exaltado, casi suplicante, y Mani se sentía paralizado de sorpresa y de emoción. De su boca no salía ni una palabra. Después de algunos segundos de silencio, Sapor prosiguió, con el tono de su majestad recobrada.

—Sé que no decides nada sin consultar a esa voz celeste que te habla. Ve, recógete, medita, conversa con tu ángel y luego vuelve a darme la respuesta.

* * *

Así pues, Mani se fue a deambular solo por los jardines del palacio. Los guardias reconocían ya su cojera, su capa azul y su bastón, y le dejaban que siguiera el rito de sus visitas habituales. En efecto, allí ya tenía sus costumbres, senderos que le eran familiares, árboles que solía visitar y una charca, a cuyas orillas le agradaba particularmente ir a sentarse, con una pierna doblada y la otra extendida, igual que lo hacía, siendo niño, al borde del canal del Tigris; y allí encontraba de nuevo, en la guarida del soberano más poderoso del mundo, esa alquimia de paz y de tormenta que le permitía abstraerse en la meditación.

Para que su voz interior pudiera hacerse oír.

«Hay momentos, Mani, en que uno se encuentra con una espada en la mano. Se siente vergüenza de utilizarla, sin embargo, ahí está, fría, cortante, prometedora. Y el camino está trazado. Antes que tú, otros Mensajeros se encontraron en situaciones parecidas. Cada uno de ellos tuvo que hacer su elección solo. Y solo estás tú. Más que nunca. Solo contra la opinión de Sapor y de sus cortesanos. Solo contra las redes de la Providencia. Sin otra claridad que el rayo de Luz que hay en ti, deberás discernir y escoger.»

—Bastaría que dijera «sí» para que la espada del rey de reyes me abriera los caminos del vasto universo.

«Tu nombre sería entonces venerado por los hombres siglo tras siglo, se elevarían oraciones a Mani, se ofrecerían sacrificios en su nombre, se gobernaría en su nombre, se mataría sin remordimientos invocando su nombre.»

—Aún puedo negarme...

«Si te niegas, pones tu cuerpo deleznable y tus ingenuidades atravesados en los caminos de la guerra, te interpones, te obstinas, te aferras a cada jirón de paz o de tregua. Y tu nombre será maldito, borrado, y tu mensaje desfigurado.

—¿Durante mucho tiempo?

«Quizá hasta la extinción de los fuegos del universo. Y no entrarás en Roma. Y tendrás que huir de Ctesifonte. ¿Qué eliges?»

Mani dio su respuesta de pie, mirando al Cielo a la cara:

—Mis palabras no derramarán sangre. Mi mano no bendecirá ninguna espada. Ni los cuchillos de los que ofrecen sacrificios. Ni siquiera el hacha de un leñador.

4. El destierro del sabio

*Contempladme, saciaros de mi imagen,
ya que no me volveréis a ver bajo esta apariencia.*

MANI

Uno

El rey de reyes comenzó su campaña militar sin Mani. Con cuarenta mil brazos de arqueros, con los Inmortales de su guardia que alineaban diez mil gorros de esparto de color rojo sangre; con la noble caballería provista de corazas de hierro, tanto los cuerpos como las monturas, y también con la embarrada infantería de los campesinos sujetos a trabajos obligatorios, descalzos, con las manos varías, sin otro escudo que una piel de cabra extendida sobre dos cañas cruzadas; con la tropa abigarrada de las tribus sometidas, gelos, cadusianos, vertios, dailamitas, hunos, albanos; con los elefantes y sus guías, con los tambores, las trompas y los abanderados, Sapor se puso en movimiento, izado en su trono de combate por sesenta hombros, llevando tras él a sus mujeres, sus músicos, sus médicos, sus cocineros, sus bufones, sus adivinos, sus escribas, sus aduladores y sus consejeros. Pero sin Mani.

La hueste tomó primero el camino del norte, hacia Armenia. No se trataba aún, en su sentido pleno, de una guerra de conquista, ya que el César de Roma había concedido a los persas la autoridad sobre aquel país y la nobleza local se había doblegado a ello. Sin embargo, Armenia seguía siendo un reino, vasallo pero distinto, adherido, pero a la espera de que se aflojara un día la tenaza de los sasánidas.

La gesta antigua de los armenios cuenta en qué circunstancias el venerable rey Josrov, en el cuadragésimo noveno año de su reinado, fue atraído fuera de su palacio de Jaljal, con el pretexto de una montería, y traidoramente apuñalado por dos agentes a sueldo de Ctesifonte; qué sangrientas disensiones siguieron a este suceso, y cómo Sapor, con sus tropas situadas oportunamente en las fronteras, se consideró obligado a invadir el territorio para poner fin al intolerable desorden; cómo la dinastía reinante fue desposeída de su feudo, que fue rápidamente anexionado a los dominios sasánidas; cómo, también, los magos de Atropatena, que llevaban los altares del fuego montados en carros de oración, penetraron en el país tras los jinetes y, recorriendo una a una las satrapías armenias, se dedicaron encarnizadamente a extinguir las creencias locales y a humillar a

las divinidades disidentes; cómo, finalmente, las más ilustres familias del país eligieron entonces el exilio, y se marcharon primero a Melitene y a Ponto y luego hasta la misma Roma, para intentar conmover al Pretorio y a los senadores con el relato de sus sufrimientos. Se les escuchó, se les compadeció y todo el mundo se indignó y prometió, pero nadie movió una lanza.

Precisamente de eso quería asegurarse Sapor antes de llevar a sus hombres a través de los montes Amanus y las fuentes del Éufrates hasta Capadocia, Cilicia y la Siria romana. Conquistó fácilmente a los romanos treinta y siete ciudades y sus campos, entre las cuales estaban Batna, Barbalisos, Hierápolis y Alejandreta, así como Hama, Calcis y Germanicia; y sobre todo, Antioquía, la más populosa, la más próspera de todas, que fue horriblemente saqueada. Devastaron sus huertos, raptaron a las mujeres y deportaron a miles de artesanos a Ctesifonte, donde se les asignó un suburbio.

Un procónsul romano que no tuvo tiempo de embarcarse hacia Egipto, tuvo que figurar, con los pies encadenados, en el cortejo triunfal que el rey de reyes hizo desfilar por las pavimentadas avenidas de la capital. De todos los confines del Imperio sasánida aflúan las delegaciones, cargadas de regalos, para aclamar al vencedor.

Mani no participaba en esa fiesta. A lo largo de aquellos años de guerra, caminaba por sus propios senderos, con sus propias tropas, llevado por la ambición de una conquista diferente. Más tarde, los historiadores supondrían que, en aquel tiempo, se había preocupado de edificar piedra a piedra su Iglesia; una palabra que le incomodaba, ya que prefería hablar de «mi Esperanza», o de «los míos», y, afectuosamente, de «mi Caravana» o de «los hijos de la Luz». Sin embargo, para aquellos que le observaban desde fuera, se trataba evidentemente de una Iglesia, con pastores Elegidos y rebaño adepto; pero en ella, la autoridad pertenecía solamente a los que vivían como mendigos y también a aquellos cuyas manos y cuyo espíritu prodigaban la belleza. Una jerarquía de la indigencia y de la inspiración que excluía cualquier otro mérito. Así era, así habría debido perpetuarse la Iglesia concebida por Mani.

La Esperanza del hijo de Babel florecía a lo largo de los caminos y su creencia conquistaba sin armas ni fuego ni castigos. Cuando los cautivos romanos originarios de Nórico, de Mauritania o de las Galias eran conducidos a tierra sasánida, los discípulos del Mensajero iban a su encuentro para hablarles de la vanidad de las fortunas guerreras y para ofrecer a cada uno de ellos su parte de consuelo en la humana confusión de las divinidades y de las lenguas; y un gran número de artesanos, de mujeres y de legionarios derrotados abrazaron la generosa fe.

Igualmente, entre los súbditos de Sapor eran muchos los que sufrían a causa de la guerra, ya fuera porque habían perdido a algún pariente o porque les perjudicaba que las rutas de las caravanas estuvieran interceptadas durante tanto tiempo. En ellos también resonaba la palabra de Mani. Sorprendentes años aquellos en que el rey de reyes estaba constantemente guerreando, mientras que su protegido hacía el elogio de la paz en todas las provincias del Imperio y predicaba nada menos que «el desprecio a las espadas y a los brazos que las han blandido».

Unas palabras sediciosas, insoportables a los oídos de los caballeros y de los magos. Pero ¿qué hacer? «A cada rey su loco», se burlaba Kirdir en la discreción de sus templos del fuego. «¡Cuanto más grande es el rey, más grande es su locura!» Y es que Sapor se negaba a castigar, aunque sólo fuera con un reproche público, los extravíos de Mani. Si

alguien se atrevía a tocar ese tema delante de él, se mostraba ostensiblemente contrariado y hasta amenazador; entonces, el atrevido cortesano se callaba y se refugiaba tras su tembloroso *padham*.

Así las cosas, ni que decir tiene que en aquellos años de guerra el hijo de Babel no ocupaba ya su lugar en la corte. El monarca había tomado nota y había renunciado a consultarle, pero sin retirarle su protección. ¿Por fidelidad a la palabra dada? Ésa no era la única razón. Desde que se había lanzado a sus campañas, el soberano se veía rodeado de magos fanfarrones, belicosos de boquilla, que ocupaban a su alrededor la totalidad del espacio respirable y que habían sitiado su consejo privado, su cancillería y su casa militar, donde las opiniones de Kirdir, convertido en *mobedhan-mobedh*, es decir, jefe supremo de los magos, prevalecían ahora sin debate, ya que los caballeros y los escribas rara vez se atrevían a contradecirle. Si de algo era culpable Mani a los ojos de Sapor, era de haberle dejado así solo con unos personajes a los que aborrecía, de no estar ya a su lado para hacer contrapeso, para permitirle escuchar, a veces, una voz diferente.

Cuando entre dos expediciones el monarca se concedía algunas semanas de descanso, solía preguntar a alguno de sus allegados, a su hijo Ormuz o a su hermano Peroz, o también a Zerav, su tañedor de laúd favorito, tres fieles admiradores de Mani, si habían tenido noticias recientes de él; generalmente, le respondían que se encontraba de viaje con sus adeptos en Characena, en Pérsida o cerca de Arbashahr. ¿Había que convocarle? El soberano desviaba el tema castañeteando los dedos desenfadadamente y enseguida se alejaba de su interlocutor hablando de otra cosa, como si las idas y venidas del hijo de Babel no le interesaran en modo alguno, como si jamás hubiera formulado la menor pregunta sobre ese personaje.

Hacia el cuarto año de guerra, el rey de reyes recibió de uno de sus espías, que había recorrido algunas provincias romanas disfrazado de mercader, un informe inquietante. Las legiones que luchaban entre ellas para imponer cada una a su *imperator* habían resuelto bruscamente, según parecía, sus sangrientas rivalidades; de los cuatro pretendientes al trono, tres habrían sido asesinados por sus propias tropas. El Imperio Romano, fustigado por las humillaciones que había tenido que soportar en Oriente, se encontraba, de la noche a la mañana, milagrosamente unido en torno a un César único, un patricio septuagenario llamado Valeriano, antiguo presidente del Senado y político sagaz, pero también un soldado de grandes virtudes, quien, desde su ascensión a la dignidad imperial se había fijado como objetivo poner fin al avance sasánida.

Esperando desanimar así a sus enemigos de todo afán de desquite, Sapor dirigió sus tropas por segunda vez hacia la Siria romana, ocupó otras ciudades, devastó algunas regiones que hasta entonces se habían salvado y reforzó la guarnición de Antioquía. Luego, de regreso a Ctesifonte, desfiló en un nuevo cortejo triunfal y esta vez en primera fila y llevando como trofeos a seiscientos legionarios encadenados de dos en dos tras el carro del vencedor.

Más seguro que nunca de sí mismo, planeaba el rey de reyes lanzarse sin tardanza al asalto de Grecia, o quizá de Egipto, cuando un acceso de fiebres cuartanas le obligó a postergar sus proyectos hasta el año siguiente. En el intervalo, decidió dejar a sus hombres libres.

Acababa de enviar a sus casas a las tropas auxiliares, satisfechas y ricas de botín, y había ordenado igualmente que algunos regimientos de élite se dirigieran hacia

Drangiana, a fin de someter a algunas poblaciones turbulentas, cuando le llegaron nuevos mensajes de sus espías: ¡Valeriano se acercaba a la cabeza del más poderoso ejército romano jamás reunido! Acababa de cruzar el Cuerno de Oro y avanzaba a través de Asia Menor. Su vanguardia había sido avistada en Comagena. Sus legiones intentaban agruparse bajo las murallas de Samosata, desde donde podrían desplegarse en diez días por las llanuras costeras, o incluso dirigirse hacia los valles del Cáucaso.

Estaba aún preguntándose Sapor qué crédito se podría dar a unos informes tan alarmistas, cuando le anunciaron la repentina caída de Antioquía y la masacre de su guarnición sasánida. Convocó entonces apresuradamente al consejo de los grandes del reino, insistiendo esta vez en que se buscara al hijo de Babel.

El paje que acudió en una litera oficial al domicilio de Maleo se enteró por los vecinos de que Mani había partido aquella misma mañana hacia su pueblo natal. Su padre, Pattig, había fallecido durante la noche, después de haber expresado su voluntad de ser enterrado en Mardino, en el jardín de su casa abandonada, al lado de aquella que había sido, demasiado brevemente, su esposa adulada y después la víctima de sus piadosas locuras. Mani iba, pues, a ver de nuevo el pueblo de su primera infancia, una íntima peregrinación a la cual habían deseado unirse muchos fieles.

A decir verdad, resultaba desconcertante que el padre de un mensajero, de un profeta, de un fundador de creencia, hubiera vivido durante tanto tiempo. En la vida de Moisés, de Buda, de Jesús o de Zoroastro, el progenitor estaba ausente, era como un fantasma o había desaparecido prematuramente, como si las sienes de los huérfanos fueran más aptas para recibir la unción del Cielo. No fue éste el caso de Mani. Su padre estuvo constantemente a su lado, pisándole los talones hasta la edad adulta; aventurero de la fe rígida y luego discípulo y apóstol, su trayectoria fundamenta, aclara e ilustra la de su hijo y maestro.

De pie junto a la tumba de Mariam y de Pattig, mirando a veces a la de la fiel y olvidada Utakim que estaba situada a algunos surcos de allí, Mani parecía despojado de su natural aplomo y había perdido su apariencia de conductor o de guía. Su pensamiento, como una frágil barca, se encontraba sumergido en la ola caótica de las sensaciones y de los recuerdos, y apenas pudo articular unas palabras para pedir al Elegido más cercano, un discípulo de Edesa llamado Sisinius, que dirigiera la oración en su lugar y que pronunciara el sermón. Una elegía corta y sobria que el hijo de Babel no pudo seguir hasta el final porque se sintió desfallecer. Denagh acudió presurosa, así como Maleo y Cloe, y luego Sisinius y algunos más, que le sostuvieron y le llevaron con precaución hasta la casa, hasta el lecho que había sido el de sus padres, donde se tendió, aún deslumbrado y con la mente tan nublada como el alba al caer las brumas sobre las ciénagas de Mesana.

Al día siguiente, aunque había pasado una noche inquieta, Mani insistió en partir de nuevo. Quería abandonar lo antes posible aquel lugar en el que se sentía tan vulnerable, tan poco dueño de sí mismo, y aseguró a sus amigos que soportaría sin problemas las dos jornadas que les separaban de Ctesifonte. Pero al cabo de tres horas de marcha por caminos pedregosos, se sintió desfallecer una vez más y tuvo que proseguir el viaje tendido en un carricoche bajo un baldaquino de mujer, protegido del sol y de las miradas de los suyos. Sólo Denagh permaneció a su cabecera, rociándole sin cesar la frente, la nuca y los labios con agua fresca y perfumada.

Mucho antes de que divisaran la capital, el emisario del palacio fue a su encuentro para notificar a Mani la convocatoria imperial. El hijo de Babel le rogó con voz débil que transmitiera al soberano sus excusas y la promesa de que obedecería en cuanto estuviera algo restablecido y en estado de presentarse ante el rey de reyes. El paje se dispoma a insistir, pero al comprobar por sí mismo el estado de agotamiento en que se encontraba Mani, volvió grupas y se alejó, tan contrariado que descuidó despedirse con cortesía.

Cuando, al cabo de algunas horas, la caravana llegó por fin ante la casa de Maleo, el emisario del palacio estaba allí esperándola. Pero no estaba solo. Sapor había enviado con él al *drusbadh*, jefe de los médicos del Imperio, importante dignatario, enfundado en sus atavíos reglamentarios y acompañado de todo un ejército de sangradores, boticarios, encargados de los incensarios y expertos en colocar sanguijuelas, que llevaban a la vista sus instrumentos para sanar o para martirizar. Insistiendo hasta la bufonada, el monarca había ordenado que se unieran a esta comitiva tres adivinos sacrificadores y el coro titular de las suplicantes curanderas.

Mani debería haberlo sospechado; cuando el que convoca es el divino Sapor, rey de reyes, dios entre los hombres y hombre entre los dioses, hermano del Sol y de la Luna, ni el duelo, ni la enfermedad, ni la invalidez son excusas admisibles... Acogió, pues, a toda esa gente con una sonrisa lívida pero cortés.

—Id a decir al señor del Imperio que su solicitud me ha sanado sin tener que recurrir a vuestra medicina. Iré esta misma tarde a prosternarme a los pies del trono, pero es posible que necesite a dos guardias vigorosos que me ayuden a levantarme.

Dos

Antes que nada, Sapor ordenó que le dejaran solo con Mani; Mani, al que miraba fijamente desde lo alto de su asiento monumental, en medio de un silencio compartido.

Luego, habló.

—En otro tiempo, yo tenía un amigo —dijo el rey de reyes apartando la mirada de su pálido visitante vespertino—. Le había tomado cariño y le trataba con consideración, aunque, por su edad, habría podido ser mi hijo. Pero cuando llegó el día en que no seguí uno de sus consejos, me abandonó, huyó, dejó de interesarse por mi suerte como si jamás le hubiera amado ni protegido, como si este palacio estuviera ocupado por el usurpador bárbaro de un reino sin ley.

El monarca calló. El silencio ocupó el espacio. Luego pudo oírse débilmente la respuesta de Mani.

—A lo largo de estos años, he rezado constantemente para que el Cielo concediera larga vida al señor del Imperio.

Desde el fondo de la garganta de Sapor brotó una especie de risa áspera y llena de sarcasmo.

—¡Qué caiga sobre ti el oprobio, mensajero de paz! ¿Rezas para que viva aquel que manda en todas las espadas del Imperio, rezas para que mi vida se prolongue, cuando sabes que voy a proseguir la guerra y que por mi causa miles de hombres perecerán? ¿No es contrario a tu fe contribuir así con tus oraciones a la continuación de esta matanza?

El tono de Mani se hizo neutro y didáctico, como si se esforzara por responder a las preocupaciones sinceras de un discípulo escrupuloso.

—A un médico que cuida a un paciente, ya sea rey o camellero, no le interesa lo que haga ese hombre una vez repuesto. Lo mismo sucede con mis oraciones.

—¡Rezas, pues, por mi salud, pero no llegarías a rezar para que pueda rechazar al enemigo que amenaza hoy al Imperio!

—Mi deseo es que todos los invasores sean rechazados, que todos los lugares de este universo, las casas, los templos, los hombres, los árboles, así como todos los cuerpos celestes, sean preservados de toda brutalidad y de toda humillación, que los soberanos encuentren el camino del sosiego, tanto para ellos mismos como para aquellos cuya suerte depende de sus actos.

—¿Para qué sirven tus deseos cuando el enemigo está a las puertas?

—¿Para qué han servido las empresas guerreras si el enemigo está ahora a las puertas?

Sapor hizo una mueca de dolor y un estremecimiento recorrió su rostro demacrado por las fiebres. Sin embargo, su expresión se suavizó.

—Es verdad que de todos aquellos a quienes consulté, tú fuiste el único que predijo que los romanos no tardarían en recobrar y que entonces lucharían encarnizadamente para vengarse de las humillaciones que habrían tenido que soportar. ¡Ahora puedes vanagloriarte de haber tenido razón!

—Haber tenido razón o haberse equivocado, ¿qué importancia tiene? Apenas recuerdo los consejos que pude dar. Los consejeros sólo hablan y el señor es el único que decide y manda.

—Acuérdate, médico de Babel, que durante mucho tiempo dudé, sopesé y contemporicé. Tu insistencia me hizo retractarme de las decisiones que ya había anunciado y hasta he vacilado tanto que mi autoridad ha estado a punto de verse comprometida. La corte se levantaba y se acostaba al son del descontento. Tuve que tomar una decisión, era mi deber soberano y mi prerrogativa. Tu deber era permanecer a mi lado.

El tono de su voz había ido subiendo con estas últimas palabras, antes de bajar de nuevo, como por hastío.

—Sí, Mani. No te escuché lo bastante antes de lanzarme a esos tiempos de guerra, pero a pesar de todo, tú deberías haberme acompañado en cada etapa de mi camino, ya que quizá en Armenia y ante Antioquía te habría escuchado y, seguramente, gracias a ti, habría frenado el celo demoledor de Kirdir y habría impedido a los magos que martirizaran a las poblaciones, provocando que se levantaran contra nosotros. En tu ausencia, mi hijo Ormuz y todos los cortesanos que solían escucharte estaban como huérfanos de ti y mudos. Yo también echaba de menos tu voz justa y franca. Maldito seas Mani, ¿es así como demuestras tu gratitud a aquel que te ha protegido siempre y que te

sigue protegiendo a pesar de tu traición? Si cualquier otro de mis súbditos se hubiera comportado así, si cualquier otro hombre hubiera proferido las frases sediciosas que vas propagando por el Imperio, le habría hecho empalar. ¿Por qué tengo que ceder así cuando se trata de ti, médico de Babel?

Guardó silencio, como sorprendido por su propia interrogación, como si un extraño acabara de hacerle una pregunta que nunca se le había ocurrido y que le turbaba a la vez que le desafiaba.

—Quizá... —comenzó. Una vez más se interrumpió antes de proseguir con voz entrecortada—. Cuando estoy sentado en este trono, entre las miles de miradas que se cruzan con la mía o que la esquivan, siempre hay una en la que vuelvo a descubrirme mortal. Esa mirada es la tuya.

Los dos hombres se contemplaron. Ambos se veían avejentados, lívidos, y tan parecidos... Sapor hizo una seña a su amigo para que subiera los primeros peldaños del trono monumental y fuera a sentarse en el cojín tapizado que ocupaba, de ordinario, el encargado de la cortina cuando el soberano deseaba hablarle largamente al oído. Con un gesto que jamás había hecho anteriormente, el rey de reyes puso la mano en el hombro del Mensajero y le confió:

—Hay tantos hombres que intentan halagar mis peores inclinaciones... y las voces amigas se apagan.

Sus palabras permanecieron en suspenso. Tenía el busto inclinado, como postrado sobre su pedestal.

—He perdido Antioquía, donde había dejado mi única guarnición importante. De ahora en adelante los romanos van a recuperar una a una todas las ciudades que he conquistado; y esta misma tarde han venido a notificarme que la vanguardia romana ha cruzado el Eufrates y se encuentra ya al norte de Mesopotamia. ¡Dentro de veinte días Valeriano irrumpirá en este lugar, al pie de las murallas de Ctesifonte!

El hijo de Babel no creía que la situación estuviera hasta tal punto degradada. Apartó los ojos por temor a que Sapor adivinara en él cierta irreverente compasión.

—Es necesario que conduzca al ejército a Edesa lo más rápidamente posible. Hay que salvar a Mesopotamia y, si es posible, conservar Armenia. Si tú me acompañaras ahora, me ayudarías quizá a tomar las decisiones justas.

Mani hizo un gesto imperceptible como para separarse, pero el cuerpo de Sapor se apoyaba cada vez más sobre su nombre.

—Esta mañana —dijo el rey de reyes— he firmado un decreto confiando a mi hijo Ormuz el gobierno de Armenia, con el título de gran rey. Va a ordenar a los magos que abandonen el reino. Todas las creencias, antiguas o recientes, serán respetadas de nuevo. ¿No es eso lo que deseabas?

El tono de Mani se hizo apenas interrogativo.

—¿Se reconstruirán todos los lugares de culto? ¿Se colocarán de nuevo las divinidades en sus pedestales?

—Así se hará.

El rey de reyes hizo una nueva mueca de dolor y pareció vacilar, como si sólo pudiera sostenerse apoyándose en su visitante. A cada palabra, su voz sonaba más cansada.

—Se me venera de sol a sol como a un ser divino. Dime entonces, Mani, ¿es conforme a los decretos del Cielo que los seres divinos sufran de las fiebres cuartanas?

Mani dio un suspiro de impotencia.

—Esos médicos que se ocupan de mí —prosiguió Sapor—, se reúnen en torno a mi lecho hasta siete u ocho al mismo tiempo y esparcen humo de alcanfor y de incienso farfullando algunas fórmulas sagradas; luego, me sangran y me sangran hasta que me pongo lívido y comienzo a temblar. ¿Es así como se tratan las fiebres cuartanas?

Mani se indignó.

—¿Pero qué medicina es ésta! ¿En qué manual de brujería se enseñan semejantes prácticas?

—¿Cómo quieres que lo sepa yo? Kirdir me repite que esa medicina es la única conforme a la Ley y la única que puede curarme; pero cada vez me siento más débil. ¡Ay, Mani, médico de Babel! ¡Tú que posees los secretos de las plantas! Si quisieras quedarte a mi lado, si pudieras prodigarme tus cuidados, me libraría al instante de todos esos envenenadores.

—¿Puede el señor dudar un momento de mi respuesta?

Apenas hubo pronunciado Mani estas palabras, Sapor se incorporó, recuperando súbitamente su estatura imperial. Y también el acento.

—Sabía que podía contar con tu adhesión. Mañana, al alba, partiré hacia el norte al encuentro de los romanos, y tú serás el único médico de mi séquito.

Sólo en ese instante comprendió Mani adonde había querido arrastrarle el monarca. Pero era demasiado tarde para desdecirse y tuvo que poner buena cara.

—¿No ha estado siempre mi humilde medicina al servicio de la dinastía?

Sapor se había levantado ya y se dirigía hacia la puerta que llevaba a los aposentos de sus mujeres.

—¿Qué sumisas son tus palabras, Mani, y qué rebeldes son tus pensamientos!

* * *

Si bien durante la audiencia imperial Mani se había esforzado por olvidar su propia dolencia para mostrarse sólo preocupado por la de Sapor, a la salida su debilidad se agudizó hasta tal punto que hubo que sostenerle y llevarle casi hasta la litera, a él, que unos minutos antes sostenía al monarca. Y cuando llegó a casa de Maleo, hubo que llevarle también hasta su habitación, donde durmió con un sueño febril y agitado, sin haber dicho una sola palabra de su entrevista.

Cuando al día siguiente el tirio fue a buscar noticias, la puerta de la habitación estaba entreabierta. La empujó lentamente con una mano, llamando tímidamente con la otra, mientras contemplaba una escena que no se borraría jamás de su memoria.

Denagh estaba arrodillada y sentada sobre los talones, dándole la espalda a Mani, quien, con una mano que denotaba la costumbre, rehacía su trenza deshecha. Maleo se quedó sin voz. De ordinario —se dijo—, son las jóvenes las que hacen las trenzas de los guerreros. ¿Quién es este descendiente de guerrero parto que se aplica así en hacerle la trenza a una mujer? ¡Hacía más de treinta años que se conocían y Mani aún conseguía asombrarle! Cuando Denagh se percató de su presencia, enrojeció, y él dio un paso hacia atrás, pero Mani le llamó, obligándole casi a sentarse y a hacer sus preguntas, a las que él respondió mientras proseguía, como por desafío, su curiosa ocupación.

—Sapor ha terminado por conseguir de mí, astutamente, lo que yo siempre le había negado: seguir a su ejército en sus campañas. Y ya ves, me siento más avergonzado de eso que de estar haciendo esta trenza.

Maleo no pudo evitar contar esa escena a los fieles, quienes, desde aquel momento, sintieron hacia Denagh y su cabellera un respeto que, en algunos, rayaba en la veneración. Y fue a fuerza de contemplar la trenza día tras día cómo descubrieron que tema su propio lenguaje: cuando la compañera de Mani estaba tranquila y serena, se colocaba la trenza, como por instinto, hacia adelante, en el lado derecho; cuando sentía alegría, pero una alegría teñida de espera, de impaciencia, se la echaba sobre el hombro izquierdo; finalmente, cuando estaba inquieta, angustiada, cuando se sentía desgraciada, su trenza permanecía hacia atrás.

Durante el periodo que se avecinaba, la trenza de Denagh no permanecería durante mucho tiempo en el mismo lugar.

Tres

Frente a frente en la región de Edesa, los dos grandes imperios se acechaban; los romanos dominaban la ciudad fortificada y los sasánidas la asediaban a distancia sin decidirse a llevar a cabo el asalto, ya que a su retaguardia, tanto por el norte como por el sur y el oeste, estaban los legionarios de Valeriano; unos legionarios que se desplazaban permanentemente, ocultando así sus intenciones y su número.

El otoño tocaba a su fin, y al estar tan lejos del mar y tan cerca de las montañas, las noches eran gélidas. Los víveres escaseaban, las tierras de los alrededores eran áridas, o se habían incendiado, o estaban ya cosechadas. Sapor sentía que la impaciencia de los caballeros iba en aumento y, de cuando en cuando, suscitaba una escaramuza sabiamente circunscrita. Se regresaba al campamento con un cadáver heroico e imberbe, en torno al cual todo el mundo se reunía para una fiesta mortuoria. Lo cotidiano de la guerra estaba servido y el minotauro alimentado. Si fuera necesario, se le alimentaría de nuevo mañana y cada vez que la sangre de los guerreros estuviera pronta a desbordarse. Pero nadie podía obligar al rey de reyes a entablar el combate antes del minuto elegido con detenimiento.

Por el momento, mantenía sus tropas en las colinas en posición defensiva; iba apretando la tenaza en torno a Edesa... y esperaba.

¿Qué esperaba, exactamente? Nadie lo sabía con certeza, ni siquiera sus allegados. Verdad es que había subido hacia el norte con las únicas tropas disponibles, a las que se había unido Ormuz a la cabeza de su caballería armenia. Sin duda, el soberano esperaba refuerzos, pero nada probaba que Valeriano no los recibiera por su lado, procedentes de Emesa, de Gaza, de Palmira o de Ponto. Sapor sabía todo esto e intentaba elaborar una estrategia, pesando y sopesando las diferentes opciones que se le ofrecían. Los escasos momentos en que una chispa de excitación animaba sus ojos era cuando su chambelán hacía entrar en su tienda a un oficial de exploradores o a algún espía disfrazado de cabrero de Osroena. El soberano podía pasar largas horas a solas con ellos, interrumpiendo rara vez sus relatos e interrogándolos febrilmente y, a veces, incluso, los honraba invitándolos a su mesa.

Mani jamás había visto a Sapor en campaña. Él, que le había seguido para velar, en principio, por su salud, le encontraba de pronto vigorizado, rejuvenecido; sus fiebres se habían evaporado. El rey de reyes daba a todos la impresión de dominar el menor elemento de la situación y de saber cada día con certeza lo que sucedería al día siguiente. Impresión excesiva, sin duda, pero así era como le veían todos los combatientes en ese instante y por eso le reconocían como jefe y contaban con él para la vida y para la muerte. Mani le observaba, pues, no sin admiración, y aunque se encontraba con el soberano en diversas ocasiones, principalmente en la ceremonia del despertar, éste rara vez le consultaba.

Un día, sin embargo, a la hora habitual de la siesta, un guardia fue a convocarle con urgencia a la tienda imperial, donde se encontraban ya reunidos en torno a Sapor y a sus dos hijos, Bahram y Ormuz, el comandante de la caballería, el encargado del arsenal, los principales dignatarios de la cancillería y Kirdir, el jefe de los magos, y en medio de este Consejo, un romano, oficial de alto rango, centurión, o quizá incluso tribuno de cohorte, vestido con su uniforme.

Todas las miradas estaban clavadas en este último y las lenguas permanecían atadas a la espera de que fueran reveladas su identidad y la razón de su presencia. La primera idea que vino a la mente de todos fue que Valeriano había enviado un emisario con una conminación o alguna proposición de tregua. Pero el hombre no tenía el porte ampuloso de los embajadores y estaba junto a los dignatarios sasánidas como si fuera uno de ellos.

Por otra parte, el rey de reyes comenzó a hablar sin tomarse la molestia de presentar al intruso, y dada la naturaleza de los temas que trataba, la asistencia se quedó petrificada. Y es que Sapor anunciaba con la mayor tranquilidad del mundo que tenía la intención de atacar a los romanos por sorpresa aquella misma noche, al rayar el alba, y que había convocado a los hombres del más alto rango y del mejor criterio para escuchar su opinión. Se expresaba con tanta serenidad que nadie osó preguntar, ni siquiera con un gesto, quién diablos podía ser ese oficial romano al cual el soberano incluía así entre sus allegados y los grandes del Imperio, y con el que compartía un secreto tan grave.

Una vez revelada su decisión, el monarca precisó el lugar del ataque, un terreno elevado en el camino de Harrán, que los militares llamaban «la meseta de la torre vigía» porque los romanos habían construido allí un andamio desde lo alto del cual observaban los movimientos de las tropas sasánidas. Sapor precisó además que la caballería, provista

de corazas de hierro, sería la única que atacaría, ya que los arqueros sólo tenían por misión cortar el camino a cualquier refuerzo enemigo.

Después de proporcionar esta información, el monarca se volvió hacia Kirdir:

—¿Qué dicen los astros?

La respuesta fue inmediata:

—Esta noche, mañana y toda la semana próxima serán días fastos para la empresa.

—¿Y los augurios?

—Todas las mañanas ofrezco sacrificios por si el señor me hace esta pregunta tan esperada, y los augurios nunca han sido tan claros como hoy; parece que todos los caminos se allanan ante los ejércitos de Ahura Mazda y de la divina dinastía.

—¿Y a ti, Mani, qué te han dicho esas voces celestes que te hablan?

—No las he interrogado.

En el rostro de Kirdir se manifestó una alegría de chiquillo al ver a su rival cogido en flagrante delito de indiferencia por los asuntos del Imperio. Pero Sapor acudió en ayuda de su protegido.

—Si el médico de Babel necesita retirarse unos momentos para solicitar una respuesta, le esperaremos.

No era una sugerencia y Mani tuvo que hacer inmediatamente lo que se le ordenaba.

Una vez fuera, vio un sendero que llevaba hacia un árbol solitario bajo el cual fue a sentarse. Generalmente, en un entorno como aquél, conseguía abstraerse de los murmullos cercanos y de la algarabía lejana, a fin de invocar a aquel a quien llamaba su «Gemelo».

Pero aquel día, no apareció ningún rostro ni se oyó ninguna voz familiar.

Habían transcurrido treinta años desde su primer encuentro cara a cara en el agua del canal, en la época del palmeral, y su compañero celeste siempre le había respondido. Entre Mani y ese otro yo podía haber crisis y tensiones, ya que su doble le ocultaba a veces ciertas verdades, rayando en el engaño y la burla, pero siempre aparecía, sin fallar, en el instante en que Mani le llamaba.

Hasta aquel día, en la región de Edesa.

Privado de su reflejo celeste, el Mensajero tuvo la sensación de haber dejado de existir. De pronto, todo le pareció irrisorio, superfluo, ni siquiera se acordaba de la pregunta que quería formular. Permaneció sentado en la roca, inmóvil, postrado, anonadado, hasta que un guardia fue a zarandearle y le arrastró por el brazo. El soberano se impacientaba.

—¡Y bien, médico de Babel! ¿Tienes la respuesta?

—No.

Sapor esperó la continuación, pero ésta no llegó.

—¿Qué ha respondido la voz celeste?

—Nada. Ni siquiera ha querido escuchar mi pregunta.

—¡Mucho hemos esperado para tan poco!

A pesar de la importancia de los personajes que le rodeaban, Mani habló principalmente para sí mismo.

—¡Este silencio! ¡Nada me inquieta más que este silencio! Un silencio de oscuridad y de cólera infinita.

Había perdido su porte habitual, parecía asustado, y sin duda daba la impresión a los que le observaban de haber tenido una visión de desgracia que no osaba describir. La angustia de Mani hizo vacilar a Sapor, que hasta ese momento se había mostrado confiado.

Obedeciendo a una discreta invitación de Kirdir, Bahram intentó que su padre volviera a sus disposiciones anteriores.

—Todos los adivinos y los astrólogos han percibido la bendición de Ahura Mazda para esta empresa. ¿Acaso el médico de Babel tiene un Cielo diferente al nuestro?

Sapor ni siquiera le oyó. Preocupado, confuso, miraba fijamente a Mani, y cuanto más le contemplaba, más se turbaba.

—¿Crees que nuestras tropas van a caer en alguna trampa?

Mani reaccionó rápidamente, pero apenas menos confuso:

—No lo sé, no tengo ninguna respuesta. El Cielo se ha negado a escucharme y no tengo ninguna certeza, ningún argumento, ninguna opinión, sólo recelo.

El romano, hasta entonces silencioso, juzgó necesario intervenir en un griego muy cuidado.

—Si el divino señor teme alguna trampa, yo respondo con mi vida. Permaneceré aquí mientras se desarrolla el ataque y que mi cabeza sea el precio de la menor sospecha de traición.

Uniendo el gesto a las palabras, se cogió la cabeza cubierta por el casco entre las manos y la inclinó hacia el soberano como si fuera un cántaro. El gesto era grotesco, bufo, pero ¿quién tenía humor para sonreír? Sapor había cruzado los brazos con las manos apoyadas en los hombros y mientras se interrogaba así, evaluaba y dudaba, todos a su alrededor permanecían recogidos, conteniendo la respiración. Por fin llegó la decisión:

—Nuestro ataque no se retrasará. Que se desplieguen los estandartes color de fuego, pero en picas clavadas a ras de suelo. Es necesario que el enemigo no pueda verlas de lejos.

El oficial romano fue de nuevo objeto de algunas miradas inquietas, pero Sapor las ignoró. Dirigiéndose a Ormuz, dijo:

—Tú que sientes tanto afecto por el médico de Babel, tú que compartes con tanta frecuencia sus opiniones, ¿no estás turbado por sus inquietudes?

—Me harán más vigilante, pero no menos audaz. Lucharé como lo he hecho siempre, como mi divino padre me ha enseñado a hacerlo.

Sapor movió la cabeza varias veces, muy lentamente, como si siguiera reflexionando aunque admitiera los argumentos de su hijo menor.

—Mañana, tu audacia te será más útil que tu vigilancia, ya que serás tú quien dirija la primera carga. Volverás triunfante o mártir. Ordena que distribuyan a todos tus soldados doble ración de pan, de leche y de carne, y luego reúne a los caballeros de alto rango, tengo que hablarles. En cuanto a ti, Bahram, mi primogénito, ocuparás mi asiento en el estrado imperial para presidir el recuento de los hombres.

Tal como lo exigía el ritual de los combates, los guerreros sasánidas desfilaron ante el representante del soberano, tirando, uno tras otro, una flecha en unos inmensos cestos de mimbre que se cerraron y se sellaron inmediatamente. Después del combate se abrirían con un ceremonial parecido y cada soldado iría a recoger una flecha, permitiendo así al monarca saber con precisión el número de sus hombres muertos o capturados.

Las pérdidas no fueron muy grandes en el combate de Edesa. Se esperaba un enfrentamiento titánico entre los dos grandes imperios del siglo, entre los dos ejércitos más temidos, entre dos hombres excepcionales. ¿No era Sapor el verdadero fundador del Imperio sasánida, el señor de todas las tierras que se extendían desde el desierto de Arabia hasta la India? ¿No era Valeriano el que había unificado providencialmente a los romanos, el salvador que debía conjurar la decadencia y continuar la época gloriosa de las conquistas y de la prosperidad? Todo se resolvió con un golpe de mano audaz, minucioso y afortunado: cuando la caballería, provista de corazas de hierro y conducida por Ormuz, se abalanzó sobre el campamento romano situado en el camino de Harrán, una de sus primeras presas fue Valeriano en persona, capturado en su tienda con su prefecto del Pretorio, su tesoro de campaña y la flor de su Estado Mayor, así como cierto número de senadores que se habían unido a su séquito. Desprovisto de sus jefes, el ejército romano estaba vencido antes, incluso, de haber combatido, y cuando algunas cohortes y algunas centurias acudieron corriendo, fueron aniquiladas una tras otra a medida que se presentaban; el resto prefirió cruzar el Eufrates lo más rápidamente posible para escapar al desastre.

Sapor hizo grabar en la roca, con palabras e imágenes, el recuerdo de su triunfo. El texto se complace en precisar que las tropas del cesar Valeriano venían de «Germania, de Retia, de Nórico, de Istria...» y también de «Frigia, de Fenicia, de Judea y de Arabia; una fuerza de setenta mil hombres» que el rey de reyes había hecho trizas. Un bajorrelieve representaba a Sapor a caballo, con la mano izquierda en la empuñadura de una espada aún en su vaina y el brazo derecho extendido en señal de clemencia hacia Valeriano, representado de rodillas, implorante, vestido con el manto romano y con la cabeza aún ceñida por una corona de laureles.

Al lado del César vencido, otro romano, de pie y con porte altivo, aunque sometido al rey de reyes. Se trataba del oficial tráfuga, llamado Ciriades. Merecía figurar en la estela del triunfo, ya que a su ayuda se debía haber cercado a Valeriano y haber conseguido una victoria tan fácil.

A cambio de su valiosa traición, había pedido que Sapor le reconociera como el nuevo emperador de Roma. Cumpliendo esta promesa, se le entronizó solemnemente en Edesa en cuanto la ciudad hubo capitulado, y cuando, con el impulso de su victoria, Sapor invadió por tercera vez las provincias romanas de Oriente, Ciriades intentó ganar

para él la sumisión de las autoridades locales. Tiempo perdido, ya que jamás consiguió que se le aceptara como emperador. Algunos meses más tarde cuando las tropas sasánidas se retiraron, él partió con ellas.

Debía proseguir su carrera en una villa de Ctesifonte rodeado de una corte de pacotilla, antes de caer en las mazmorras de la Historia.

Valeriano también terminaría su vida en tierra sasánida. Sapor hubiera querido sacar buen partido de su liberación, tanto más cuanto que el poder de Roma estaba en manos del propio hijo del emperador cautivo, Galieno. Pero éste se negó a toda negociación, afirmando que no se prestaría a ningún regateo, que nunca consentiría en ceder una provincia o en vaciar las arcas del Imperio para pagar el rescate de un hombre, aunque fuera su propio progenitor. Lo que presentó ante los senadores como el colmo de la abnegación fue interpretado, sin embargo, por la mayoría de los romanos como un odioso abandono, casi como un parricidio.

Cuando Sapor perdió la esperanza de sacar provecho de su captura, mandó trasladar a Valeriano a Pérsida con el resto de los prisioneros, sin consideraciones especiales, pero sin excesiva crueldad. Allí pasaría el emperador derrocado los últimos tiempos de su vida, mejor dispuesto, según parece, hacia su vencedor que hacia su indigno hijo.

El rey de reyes le confió la construcción de una presa en el río Karun, no lejos de Beth Lapat, utilizando como mano de obra a los legionarios apresados con él. Se aplicó a ello con rigor y abnegación. Diecisiete siglos después, esta obra sigue en pie. Lleva el nombre de Band-e-Kaisar, el Dique del César.

* * *

El otro perdedor de la batalla de Edesa fue Mani.

Sapor le había ofrecido su última oportunidad y él no la había aprovechado. Cuando hubo que decir al monarca que la fortuna estaba de su lado, que se le prometía la victoria y que podía sin temor dar la orden de asalto, la voz profética en él había elegido guardar silencio. Había complacencias que él no se permitía, ni siquiera por el cómodo subterfugio de los astros y de los augurios. ¿No era él quien enseñaba a sus discípulos: «Sé traidor al Imperio si es necesario, y rebelde a los decretos del Cielo, pero fiel a ti mismo, a la Luz que está en ti, porción de sabiduría y de divinidad»?

Sin embargo, los ideales mueren cuando no se les falsea, y es por los púdicos compromisos de los maestros y por la traición de los discípulos como sobreviven y prosperan las doctrinas en medio del mundo y de sus príncipes.

Cada religión habrá tenido sus legiones. No así la de Mani. ¿Se equivocaría de época? ¿Se equivocaría de planeta?

Cuatro

Más aún que el título de conquistador, los grandes reyes sasánidas codiciaban el de fundador, ansiosos de imitar en eso, como en tantos otros actos, el ejemplo inmortal de Alejandro. ¿No había sembrado en tierra antigua innumerables «Alejandrías»? Sapor hubiera querido perpetuar su gloria de la misma manera, llenando las regiones sumisas de ciudades homónimas, todas dedicadas a él. Si conseguía una victoria, quería conmemorarla inmediatamente, colocando en la hierba recién devastada la primera piedra de una ciudad a la que bautizaba «Triunfo de Sapor», «Honor a Sapor», o también «Valiente Sapor». A quien quisiera establecerse en ella le concedía pródigamente títulos, privilegios y exenciones, y si volvía a pasar por el lugar uno o dos años más tarde, se enfurecía al ver que «su» ciudad crecía muy lentamente, como si el augusto nombre con que la había gratificado fuera una garantía de inmediata prosperidad.

Entretanto, a cada campaña sucedía otra y las victorias se multiplicaban. Como otras tantas amantes, cada ciudad se sentía celosa de los esplendores de la que le había precedido. Tan pronto fundadas como abandonadas, muchas de ellas, destinadas a la perennidad, volvían a ser huertos o pastos. Señaladas sólo con una estela, esperaban en el tiempo inmóvil la pala hábil de algún arqueólogo.

Ésa fue la suerte de la nueva metrópoli proyectada en las inmediaciones de Edesa, en el mismo lugar donde Valeriano fue apresado.

Al día siguiente del combate, tuvo lugar una ceremonia para consagrar el sitio, presenciada, como invitado fetiche, por el César cautivo en persona atado a un poste, anonadado, tembloroso, ignorante aún del epílogo de su destino y temeroso quizá de que la ceremonia preludiara su inmolación. Llevaba enrollada al cuello una cadena de plata que iba a perderse bajo el estrado donde Sapor se pavoneaba.

Los magos oficiaban, después de llegar en procesión. Incienso, danzas, salmodias relativas al Avesta para los oídos iniciados, murmullos de encantamientos para domeñar a los profanos, cada soplo estaba inscrito en las tablillas de los precursores. La asistencia se dejaba hechizar.

Fue a Kirdir, el primero de los magos, a quien le correspondió pronunciar el sermón. Dio gracias a Ahura Mazda por haber concedido la victoria a sus adoradores y al primero de entre ellos, al más noble, al más piadoso, al más sagaz.

—¡Gloria al ser divino que ha conducido a nuestra raza hacia este triunfo y ha degradado a los infieles!

—¡Gloria! —aullaban todos los pechos.

—¡Que sea eterno aquel que se ha elevado por esta victoria al rango de los más majestuosos soberanos del pasado!

—¡Que sea eterno!

El monarca estaba radiante, altanero, seguro de haber merecido ese triunfo y esas ovaciones.

Pero la homilía se había convertido en arena.

—¿Qué victoria habríamos conseguido si, ¡no lo quiera el Cielo!, el divino señor del Imperio en lugar de escuchar a las voces sabias de la Religión Verdadera hubiera prestado oídos a la palabrería de los herejes, de los renegados y de los traidores? ¡Bendito sea el oído que sabe distinguir en todas las cosas lo verdadero de lo falso!

—¡Bendito sea!

Los ojos de Mani buscaron los de su protector. Sólo él podía, con un gesto o con una simple mueca de irritación, imponer silencio a Kirdir, pero los ojos de Sapor estaban clavados en el mago y parecía que, por una vez, le escuchaba sin disgusto.

Alentado, el predicador se ensañó:

—¡Maldita sea la boca venenosa que ha intentado sembrar la confusión en las almas nobles en el momento de la decisión suprema!

—¡Maldita sea!

Los rasgos del monarca seguían sin mostrar la menor señal de irritación. Ahora el hijo de Babel le miraba de frente, con un resto de imploración y un comienzo de rebeldía. Como desfilan los recuerdos a la hora de la muerte, las imágenes de su amistad desfilaban por su mente, confesiones, promesas, confidencias, un mundo que iban a construir juntos, juntos contra los magos. Y ahora, este silencio. Y sus ojos que le abandonaban.

—¡Condenado sea el traidor hereje, enemigo de la dinastía y de la Religión Verdadera!

—¡Condenado sea!

—¡Que sean aniquiladas las bestias maléficas que reptan a los pies de los seres divinos!

De pronto, resonó una voz como un trueno:

—Mago de Media, ¿tendré que hacerte tragar tu *padham* para no oír más tus imprecaciones?

No era Sapor quien había hablado y aún menos el hijo de Babel; ese lenguaje no era el suyo. Kirdir interrumpió súbitamente su perorata. Su mirada vagaba de un lado a otro.

—No busques a derecha e izquierda —dijo la voz—, soy yo, Ormuz, hijo del divino Sapor y uno de los que han combatido. Esa victoria que tanto celebras, fui yo quien la consiguió, fueron mis caballeros, mis compañeros de armas, que murieron como mártires. Y tú te sirves de su sangre para saciar tus mezquinas venganzas. Así es como sois, magos de Media; como los buitres esperáis a que los guerreros sean expuestos en las torres mortuorias para saciaros con sus cadáveres. ¿Cómo osas ofender los oídos de nuestro señor con esas palabras infames con respecto a un hombre que él ha tomado bajo su divina protección?

Ahora era el turno de Kirdir de implorar con la mirada una reacción de Sapor, quien al fin se decidió a intervenir. A una señal suya, el encargado de la cortina se inclinó y escuchó. Luego se incorporó para comunicar las frases del soberano.

—No es el momento de disputas sino de celebraciones. Hemos conseguido una victoria que nuestros hijos evocarán con orgullo hasta la trigésima tercera generación. El

señor ordena que se festeje durante diez días en el ejército y en todo el Imperio. Que todos olviden las vanas rivalidades y cualquier palabra hiriente que haya podido proferirse en un momento de abandono. Nuestro señor se ha mostrado clemente hacia todos vosotros en este día de felicidad, pero que vuestras lenguas no se arriesguen más a ofender sus oídos.

La corte entera tenía el rostro contra el suelo. Sólo Valeriano estaba de pie, de pie entre sus cadenas.

Sapor jamás perdonó a Mani que hubiera estado a punto de privarle de la más hermosa victoria de su reinado, como Mani no perdonó a Sapor su mutismo frente a las invectivas de Kirdir. La amistad entre ellos se había roto. Sin duda era antinatural, sin duda nunca había estado exenta de cálculo. Sin embargo, no sería justo pensar que el rey de reyes había permanecido siempre insensible a los ideales del hijo de Babel. ¿Convergencia de intereses? Sí, pero también encuentro de esperanzas y un verdadero afecto.

Por otra parte, de todo ello quedaría algún rastro. A pesar de la ruptura, el soberano no retiró su protección a Mani y a los suyos. Cuando un Elegido era condenado después de un breve proceso por herejía o apostasía ante un tribunal de magos, cuando los fieles eran expulsados de una ciudad y sus casas incendiadas, lo que ocurría cada vez con mayor frecuencia, el hijo de Babel encargaba a alguno de sus allegados que efectuara una gestión urgente en la cancillería o ante el *darbadh* que dirigía la casa imperial. En cuanto le llegaba el mensaje, el rey de reyes recordaba en público su edicto de protección. Entonces, la represión se suavizaba, aunque poco después se reanudaba bajo otras formas o en otras regiones del Imperio. No cabía la menor duda de que el soberano habría podido actuar con más rigor y con más firmeza, mediante algún castigo ejemplar, como el que infligió antaño a su hijo Bahram, y poner así fin a las persecuciones en lugar de contentarse con atemperarlas, pero su entusiasmo protector se había entibiado y la culpa debía atribuirse tanto a la vejez como al resentimiento.

El propio Mani tampoco acudía ya al palacio. Por otra parte, rara vez estaba en Ctesifonte. Había reanudado sus periplos de Mensajero a través del Imperio. Iba con frecuencia a Armenia, donde Ormuz seguía teniendo para él las mismas atenciones filiales. El hijo de Babel jamás volvió a pedir audiencia al rey de reyes y Sapor tampoco le volvió a convocar.

Sin embargo, hubo una excepción. Habían pasado once años y Mani se encontraba en Susa cuando un emisario fue a llamarle para que acudiera ante el monarca, quien había instalado sus cuarteles de invierno en su residencia de Beth-Lapat.

No sin nostalgia volvió Mani a la ciudad por la que había comenzado en otro tiempo su periplo por el Imperio sasánida. La aldea conservaba entonces su viejo nombre bíblico y su irrisoria fortificación de adobe que había que consolidar cada vez que llovía. Fuera de las murallas se extendían hasta perderse de vista los campos de pistacheros que constituían su modesta riqueza. Los proyectos del señor del Imperio apenas eran más que un rumor que los habitantes propalaban con entusiasmo y orgullo, sin atreverse a creer demasiado en semejante bendición.

Cuando el hijo de Babel volvió allí, el lugar estaba irreconocible. ¿Qué quedaba de la antigua aldea? Un bosque de ladrillos desportillados y renegridos, como acurrucado en un pequeño espacio, carcomido por todos lados, desmoronado. A su alrededor, una construcción sin fin, palacios con sus dependencias para los animales, templos para los altares del fuego, avenidas pavimentadas y bordeadas de arbolillos desmedrados, cuarteles para la tropa... y todo el conjunto rodeado por una muralla con torres almenadas, nueva y blanqueada como para una fiesta.

La ciudad se llamaba ahora Gundeshabuhr. En todo caso, éste era el nombre oficial, pero los nativos se resistían a llamarla así. Para ellos, su pueblo sería siempre Beth-Lapat. En cuanto a la ciudad nueva, donde sólo se aventuraban a ir por necesidad, la llamaban «Bil», por el nombre del arquitecto que la había concebido. Denominación socarrona y reprobadora que nadie habría osado repetir ante el rey de reyes.

Si la orgullosa hospitalidad de la gente de Beth-Lapat se había transformado en hostilidad era porque su terruño estaba ahora hollado por dos razas de animales de rapiña. Los soldados primero —¿cómo sacar adelante una familia, cómo comerciar honradamente, teniendo por vecindad unos campamentos de barracas que todas las noches vomitaban sus cohortes de borrachos?—. Y luego los grandes del reino, ya que apenas el soberano reveló sus deseos con respecto a la ciudad, los príncipes, los ministros, los secretarios, los grandes eunucos y los decanos de las castas acudieron en tropel y se apropiaron a mísero precio de las mejores tierras. El capital estaba donde estaba el soberano y los cortesanos lo seguían, con sus murmullos, sus intrigas y sus prelações.

El palacio encargado por Sapor fue terminado en veinte meses. Verdad es que miles de prisioneros trabajaron en su construcción, no solamente peones, sino también hábiles artesanos, maestros albañiles, maestros soladores, ebanistas, grabadores y tapiceros, capturados la mayoría en Nisibe, Hatra y Singare, así como en otras ciudades comerciales, en el transcurso de las diversas campañas que efectuaron las tropas sasánidas en los confines del Imperio Romano. Gracias a esos constructores que fueron llevados a la fuerza, pero que, a pesar de todo, trabajaron concienzudamente, el palacio podía compararse sin desdoro con el de Ctesifonte. Quizá la bóveda del salón del Trono fuera algo más baja, pero estaba adornada más delicadamente, y las hendiduras por las que pasaba la luz eran un prodigio de fineza y de habilidad, al destilar, cada hora del día, los rayos más brillantes que avivaban todos los colores sin deslumbrar, iluminaban sin calentar y dejaban que entrara permanentemente una brisa fresca y susurrante. Antes de acudir al palacio, Mani comenzó por visitar, en la ciudad vieja, el lugar de culto donde se reunían ahora sus fieles. Los artistas locales habían pintado las paredes a la manera del Mensajero, cuyo arte creaba ya escuela, y en el ábside, a modo de altares, había tres libros sobre sus atriles, abiertos como unas manos con las palmas hacia el cielo. En cuanto hubo terminado las plegarias y el sermón, la gente se apresuró a presentarle su rosario de infortunios, a fin de que los transmitiera al soberano. Mani se compadeció con un suspiro de impotencia. «El amor de los reyes es apenas menos devastador que su odio —murmuró—. ¡Dichosa el agua que nadie bebe! ¡Bienaventurado el árbol que florece lejos de los caminos! Pero ¿cómo podría conocer él su felicidad?»

El monarca recibió a Mani en una estancia a la que se accedía por una puerta baja, réplica fiel de aquélla donde se vieron por primera vez a solas. Tenía una manta de lana

sobre las rodillas. Sus cabellos largos y rizados y su barba eran de ese tono rojo anaranjado de la vejez camuflada. Sus primeras palabras exhalaban una solemnidad más conforme al lenguaje de los escribas que al del rey de reyes; quizá fuera ésa su manera de ocultar la emoción del reencuentro.

—Nuestra costumbre, desde los tiempos antiguos, exige que cada soberano mande hacer su retrato al más hábil de los pintores de su reino. Me dicen que ése eres tú, médico de Babel. ¿Tienes aún la mano firme?

—Mi mano sigue obedeciéndome.

—He ordenado que me traigan aquí el libro que reúne las imágenes de mis predecesores, a fin de que veas de qué manera tienes que hacerlo.

—Tengo mi propia manera de pintar.

—Creía haberte oído que tu mano obedecía.

—Mi cabeza dibuja y mi mano obedece. Cualquier pintor sabría imitar la manera de los antiguos, pero entonces no se distinguiría un soberano de otro más que por el tamaño de la barba o de la corona. Si el señor desea que le pinte tal como es para que se reconozcan para siempre los rasgos que son los suyos y el valor que se disimula bajo esos rasgos, le pintaré a mi manera.

—¡Haz lo que quieras! ¿Tengo que posar o bien sigues teniendo mis rasgos en la memoria?

—Mi memoria ha guardado muchas imágenes, pero no son las que mis ojos ven.

—Quizá valdría más que me representaras según las imágenes del recuerdo, pero ésa no es la tradición de mis divinos antepasados. Posaré.

Y así, durante siete días y dos horas al día, Sapor posó con traje de gala. Inmóvil. Mudo. Mani tampoco dijo una palabra. Cuando terminó su obra se la mostró al soberano, que sonrió despechado.

—Por desgracia, es así como soy ahora.

En esta etapa del recorrido de Mani debe abrirse un paréntesis. Enigmático en sí mismo, pero quizá la clave de un antiguo enigma.

Érase una vez una reina... ¿No es así como se cuentan las leyendas? Bella, rica, culta, sumamente ambiciosa y dotada de una brillante inteligencia, pero minada por un mal que ningún remedio conseguía curar. Un día se quejó a su hermana, quien le contó los relatos de los caravaneros sobre los prodigios de un médico del país de Babel. La reina expresó su deseo ardiente de conocerle y aquella misma noche, durante el sueño, vio su imagen y oyó su voz. Cuando se despertó, estaba curada... y convertida.

Ésta es la historia consignada en los escritos maniqueos. Mil milagros similares salpican el recorrido de los profetas y, a veces, se propagan los mismos relatos sobre diferentes personajes, como si los mitos pertenecieran a un fondo común de donde se sacaran de un siglo a otro, de un pueblo a otro y de una creencia a otra. Pero a veces se

encuentra en ellos una pequeña parte de verdad, el reflejo embellecido de un acontecimiento real.

Hoy se sabe que la reina se llamaba Zenobia, que su reino era Palmira, que abrazó la fe de Mani y acometió la empresa de difundirla hacia Egipto e incluso más allá. ¿Se sabrá alguna vez qué encuentro la impulsó a ello? Sea como fuere, otros misterios se han disipado. Así, durante mucho tiempo el mundo se preguntó cuáles podrían ser las creencias de la gran dama del desierto, ya que acogía en su corte a los filósofos, a los judíos, a los nazarenos, y dejaba que se honraran en los templos de su capital a las divinidades de todas las naciones. Este soplo de tolerancia era el de Mani.

Palmira era en su siglo mucho más que una rica ciudad caravanera. Tenía la ambición de convertirse en la metrópoli universal y, por el espacio de una década, estuvo a punto de eclipsar a Roma y a Ctesifonte. Por lo tanto, en la persona de Zenobia, Mani había ganado para su causa a la rival común de los emperadores de Oriente y de Occidente. Reina libre de una ciudad libre, sucumbiría, al final de su vida, a la ley de los dos colosos.

Pero su nombre ha permanecido, más luminoso que el de los vencedores.

Algunas semanas separaron la caída de Zenobia de la desaparición de Sapor. Si Moni hubiera tenido que elegir alguna vez entre dos lealtades, el dilema habría estado resuelto.

Corría el año 272. El hijo de Babel tenía entonces cincuenta y seis años. ¿Se sentía cansado, débil, herido? Su entusiasmo estaba intacto.

Cinco

Cuando los heraldos fueron gritando por las calles de Ctesifonte que ningún habitante debía recurrir a la medicina en los días venideros, a fin de que el Cielo no estuviera solicitado para otras curaciones que no fuera la del rey de reyes y la Gracia no se dispersara, todo el mundo comprendió que Sapor se moría.

Al día siguiente se proclamó el luto. Solemne y reverente, pero sin lágrimas ni lamentaciones y sin tristeza aparente. Llorar una muerte, según el Avesta, es dudar de la Salvación, es la más vulgar expresión de la incredulidad. La gente piadosa se obligaba, incluso, a hacer alarde de su alegría, puesto que el soberano, como ser divino, tendría en el Más Allá más privilegios que en este mundo. El monarca yacía aún muy cerca del trono, en medio de un denso humo de enebro que, según dicen, es agradable al olfato de los muertos. Antes de que llegara la noche, sería conducido a la cúspide de una torre de ladrillo y abandonado a las aves de presa, ya que la tierra no debía mancillarse jamás con un cuerpo descompuesto. Cuando los huesos del difunto señor del Imperio estuvieran despojados y blanqueados, los magos los depositarían en la urna que hacía las veces de ataúd.

Antes incluso de que el soberano hubiera abandonado por última vez su palacio, tres hombres se reunieron en una habitación contigua al salón del Trono. Representaban a las tres castas que se ocupaban de los asuntos de Estado: los magos, los guerreros y los escribas. El soberano les había entregado en mano a cada uno de ellos una carta sellada en la que expresaba su voluntad con respecto a la transmisión del trono. Tres documentos que serían, por supuesto, idénticos y duplicados, con el único fin de evitar las falsificaciones.

El mensaje era un misterio hasta el último instante, ya que, si bien su formulación se conformaba siempre con ciertos convencionalismos de estilo, el contenido obedecía únicamente a los deseos del soberano, que podía limitarse a enumerar las cualidades requeridas en su sucesor, «rectitud», «valentía», «piedad», sin nombrar a nadie; los dirigentes de las castas se transformaban entonces en electores para nombrar al miembro de la dinastía que juzgaran más conforme a esas vagas exigencias; si no conseguían ponerse de acuerdo, el jefe de los magos tenía la última palabra, «después de consultar con los ángeles». Ésta era la tradición consignada en los escritos santos y confirmada por el fundador del Imperio.

Tratándose de Sapor, se habría esperado que designara en vida a su sucesor y que, incluso, le dejara participar en el poder, como Artajerjes había actuado con él. Pero no lo había hecho. Sin duda porque había guardado un recuerdo amargo de aquella época en la que entre su padre y él se había instalado una solapada aversión; apenas le nombró, Artajerjes comenzó a odiarle, como si leyera en su mirada su propia muerte, y es posible imaginar que Sapor temiera vivir la misma experiencia con su propio heredero. Quizá también dudara hasta el final con respecto a la persona que debía designar. ¿No decían que, durante su última enfermedad, había convocado a los tres futuros electores para retirarles los mensajes que les había confiado unos años antes y reemplazarlos por otros, más conformes a su reciente cambio de sentimientos?

En el salón del Trono, la cortina estaba cerrada para ocultar la corona suspendida. En el lugar donde acostumbraban a prosternarse los visitantes se levantó un túmulo funerario algo inclinado, a fin de que la cabeza del soberano permaneciera en alto. A su alrededor estaban los magos, incensando y rezando, y en sus sitios acostumbrados, la gente de la corte. La multitud estaba fuera, en los jardines del palacio y cerca de la verja. Los ciudadanos contemplaban la sigilosa agitación de los poderosos y se divertían intentando adivinar el nombre de su futuro señor.

Por fin se abrió la sala de los conciliábulos. Los tres dignatarios salieron en el orden que convenía a su rango, primero el gran mago Kirdir, luego el decano de los guerreros y a continuación el jefe de los escribas. Cada uno de ellos llevaba sobre las palmas de las manos abiertas un cilindro de pergamino con los sellos rotos que desenrollaron a la vez, aunque sólo Kirdir lo leyó en voz alta, mientras sus compañeros se contentaban con verificar su copia con los ojos.

—«Yo, el adorador de Ahura Mazda, Sapor, rey de reyes del Irán y del No Irán, hijo del divino Artajerjes, he conquistado más regiones de las que pueda nombrar y he servido a la divinidad con dedicación. Quiera el Cielo que permanezca mi recuerdo.

»En esta hora en que me dispongo a partir a la réplica celeste de mi Imperio, junto a mis gloriosos predecesores, he elegido confiar el cetro y la corona al más merecedor de los miembros de la dinastía, mi hijo bienamado...»

El mago se aclaró la garganta y el silencio, ya total, se hizo más resonante.

—«... mi hijo bienamado, el divino Ormuz, gran rey de Armenia, que ojalá adquiriera el mismo renombre de valentía...»

Las últimas palabras se perdieron en la algarabía de las aclamaciones. Los cortesanos no tuvieron ojos más que para la fila de los príncipes, primero el nuevo soberano que, instintivamente, dio dos pasos hacia adelante, y luego su hermano mayor Bahram, que se apoyó sobre el hombro más cercano, intercambiando una breve mirada con Kirdir, que esbozó un rictus de impotencia.

Mani también estuvo a punto de desfallecer, pero por otras razones. Hasta ese instante, estaba persuadido como todos los súbditos del Imperio, de que el trono correspondería a Bahram, quien recientemente se había acercado a su padre y que gozaba del apoyo de los magos, mientras que Ormuz vivía casi en desgracia en su lejano reino de Armenia, en tan malos términos con el rey de reyes que no habría pensado siquiera en venir a verle si no se hubiera enterado de que estaba moribundo.

Aquella misma mañana, al ser informado de la desaparición del anciano soberano, Mani había tenido la impresión de que el mundo que le rodeaba se ensombrecía. Las persecuciones se habían intensificado a lo largo de las semanas anteriores, incluso en la capital, aprovechando la enfermedad de Sapor, quien seguía siendo la última defensa frente a los fanáticos, poco efectiva, pero siempre leal a su promesa de protección.

Antes de acudir al palacio, el hijo de Babel había comunicado sus inquietudes a su «Gemelo» celeste, que apenas había intentado tranquilizarle. «Si el fin está próximo —le había dicho—, hay que resignarse a ello y preparar a tus discípulos para afrontarlo. ¿Acaso has escrito, pintado y enseñado sólo para tus contemporáneos?»

Y ahora la pesadilla se disipaba, ahora la esperanza renacía, gracias a unas palabras que habían salido, ¡oh paradoja!, de la propia boca de Kirdir: «... mi hijo bienamado, el divino Ormuz...».

Por otra parte, el despechado mago proseguía su oficio sin alterar el ritual consagrado.

—Los ángeles han aceptado por soberano al divino Ormuz, hijo del divino Sapor. ¡Someteos a él, criaturas, y regocijémonos!

Hizo una seña al príncipe electo para que se acercara y le tomó la mano, interrogándole en voz alta:

—¿Aceptas del Altísimo la religión de Zoroastro, que Vishtaspa consolidó y Artajerjes reanimó?

—Serviré a la divinidad y haré el bien a mis súbditos.

El nuevo soberano fue llevado hasta el trono sin gran pompa, en una apresurada ceremonia que estaba destinada solamente a no prolongar el vacío del poder. La verdadera solemnidad tendría lugar el día de la coronación, por lo demás, mucho más tarde. La costumbre exigía que se celebrara en la próxima fiesta del Noruz, comienzo del año nuevo, lejos de Ctesifonte, en un lugar consagrado de Pérsida, cuna de la dinastía sasánida.

Sin embargo, para Ormuz, el poder estaba ya en sus manos. Sus súbditos se precipitaron a sus pies. El propio Bahram se obligó a prosternarse y su hermano le invitó a subir los peldaños del trono para estrecharle contra él en medio de las ovaciones. En el bullicio de las felicitaciones cortesanas, Mani permanecía inmóvil. Sin embargo, en otros lugares, sus fieles y todos aquellos que participaban de la misma esperanza sentirían deseos de celebrarlo, de cantar, de regocijarse; Denagh, para quien el nuevo soberano era un segundo padre, echaría hacia adelante, sobre el hombro izquierdo, su trenza salpicada de largos hilos de plata... Allí mismo, en el palacio, entre los dignatarios del Imperio, la felicidad de los amigos del Mensajero tenía acentos diferentes.

Ormuz en persona, emergiendo del torbellino, buscó con los ojos a aquel que llamaba en privado «Maestro». Le miró fijamente un momento e intentó hacerle señas discretamente, pero el hijo de Babel sólo miraba dentro de sí mismo, preocupado y como torturado en ese minuto de felicidad.

Sus pasos le condujeron hacia los restos mortales de Sapor, de los que todos se habían apartado excepto los encargados de los incensarios. Hubiera deseado descubrir en los rasgos petrificados de aquel por quien había sentido tanto afecto la clave del misterio que se desarrollaba ante sus ojos. Estuvo un tiempo inmerso en esa contemplación, sordo a todo, ausente. .. Luego, sin una mirada para el nuevo rey de reyes, se escabulló hacia la salida.

El encargado de la cortina le alcanzó jadeando al final de la antesala. El soberano deseaba recibirle al día siguiente al amanecer.

—¿Habré perdido ya al maestro y al amigo? —dijo Ormuz al recibirle—. Ayer se habría dicho que la cara de onagro de Kirdir estaba más alegre que la tuya y mi hermano Bahram menos desolado. ¿Tienes miedo de todas las victorias? ¿Desconfías de todas las dichas?

Mani se mostró contrito y lo estaba, ya que desde su primer encuentro, treinta años antes, a las orillas del Indo, Ormuz jamás había tenido para él otra cosa que el más sincero afecto, aunque tuviera que pelearse por su causa con la tierra entera.

—Mi actitud no tiene otra explicación que la extrema sorpresa. El Cielo nos ha hecho un regalo, a mí, a Denagh, a todos los míos y al Imperio entero. Temíamos el reinado de la persecución y obtenemos el de la generosidad. ¿No hay motivo para aturdimos de felicidad?

—¿Tu compañero celeste no te había advertido?

—No me había dado ninguna esperanza.

—Sin duda no querría privarte de la alegría de la sorpresa.

Aunque hubiera cumplido ya cincuenta años, Ormuz tenía en los ojos un candor de niño que suscitaba una inmensa ternura en el hijo de Babel.

—¡Ahora que ya pasó la sorpresa, podrás manifestarme tu alegría!

—¿Acaso puede dudar de ella el señor del Imperio?

Ormuz paseó su mirada ostensiblemente por la habitación vacía.

—¿Es a mí a quien hablas así, Mani? ¡El señor del Imperio! En las sesiones públicas es conveniente que te dirijas a mí con esas palabras, pero cuando estemos solos te ordeno, como señor del Imperio, que me hables como siempre lo has hecho. ¡Por todos los Cielos! ¿Intentas realmente alejarte de mí en el momento en que más necesito tu presencia, tu amistad y tus consejos? Mi padre tenía razón en llamarte desertor, eso es lo que eres. Pero yo no tendré tanta paciencia como él, ni el mismo dominio de mí mismo. Quiero que me digas en este instante, por tu honor, y en nombre de Aquel que te ha hecho Mensajero, si vas a ser o no el amigo, el sostén, la inspiración y la Luz de mi reinado, hasta el último balbuceo de tu vida. ¡Respóndeme o desaparece para siempre y que yo no vuelva a oír jamás tu nombre ni el de tus allegados!

—Ormuz, tú eres el amigo que me ha defendido contra la injusticia del mundo. Aunque tu mano me golpeará de muerte, no la maldeciría.

—¿Golpearte? ¿Mi mano?

El rey de reyes tenía los ojos llenos de lágrimas.

Tomó la mano de Mani y se la llevó a los labios, como lo había hecho ya algunas veces en el pasado. ¡Pero entonces no era el rey de reyes!

—¿Tu compañero celeste te dijo que desconfiaras de mí?

—No, Ormuz, con que sólo hubiera mencionado tu nombre, mis inquietudes se habrían calmado.

—¿Y ahora sigues estando inquieto?

—Jamás he dudado de ti.

—La hora de la duda ha pasado, Mani, y también la de la indecisión. Tenemos que construir juntos. Desde esta noche, haré anunciar por la voz de los heraldos que el rey de reyes abraza la fe de Mani.

—¡No, Ormuz! Así fue como erramos el camino tu padre y yo. Esperé demasiado de él y él esperó demasiado de mí. Ése no es el camino razonable. Un día, tú querrás hacerme tomar decisiones de rey y yo querré hacerte adoptar escrúpulos de Mensajero. Y vendrá la amargura, y nos convertiremos en extraños el uno para el otro, quizá en enemigos. Sin haberlo deseado jamás, te encontrarás matando a aquel que amas. Luego, me llorarás con lágrimas sinceras. No, Ormuz, no me empujes a cometer dos veces el mismo error, el Cielo no me perdonaría un nuevo fracaso.

—Un día me dijiste que el reinado de la Luz no había podido coincidir con el de Sapor; esperaba que coincidiera con el mío.

—No se trata de ti, Ormuz, ni de Sapor ni de mí. La culpa es del siglo. Por todas partes se alzan a nuestro alrededor los sectarios de los dioses celosos, y mi voz es la de la divinidad generosa. Durante mucho tiempo aún, mi fe será la de un puñado de Elegidos desprendidos de las cosas del mundo. El Imperio no puede abrazarla. Pero podemos construir muchas cosas juntos si cada uno de nosotros desempeña su cometido: si tú gobiernas con justicia, si actúas por el bien de tus súbditos, como lo has jurado, y preservas la libertad de creencia para todos; y si yo, por mi parte, con los discípulos que se han unido a mi Esperanza, me esfuerzo en enseñar la Luz a las naciones.

—¿Eso nos impedirá seguir siendo amigos?

—Fui el amigo del gran rey de Armenia, ¿por qué no puedo ser el amigo del señor del Imperio? Cada vez que lo desees, nos veremos a solas como esta mañana, hablaremos del mundo y de los Jardines de Luz, de pintura, de medicina y de armonía, pero en el mismo instante en que abandone el palacio volveré a ser el Mensajero y nada más, y tú volverás a ser el rey de reyes, cada uno por su camino, con sus propias armas y sus propias cargas.

En los meses que siguieron, la fe de Mani tuvo una espectacular expansión por todo el Imperio y más allá. Un gran número de caballeros, magos hostiles a los dogmas de Kirdir y gentes de todas las castas se unieron a los Elegidos, como adeptos o como simples oyentes. El Mensajero no se explicaba este súbito progreso. La simpatía evidente de Ormuz era una de las razones, unida al afecto de la gente por su nuevo soberano que se había revelado clemente y firme al mismo tiempo, y cuya presencia en el trono parecía derramar, por algún sortilegio bendito, abundancia y felicidad. No había epidemias, ni hambre, ni inundaciones destructoras, ni ninguna de esas calamidades que causan tantos estragos. Anunciaban el reinado los mejores augurios.

Los preparativos de la coronación habían sido generosos, incluso dispendiosos, pero el pueblo no se quejaba; se había tenido cuidado de distribuir entre los pobres lo suficiente para festejarla dignamente. Al acercarse el Noruz, Ormuz se impacientaba. Todas las mañanas, antes de las audiencias, llamaba a Mani para confiarle sus entusiasmos de la víspera y sus esperas. ¡Hubiera deseado tanto que hiciera el viaje hasta Pérsida junto a él! Pero el hijo de Babel le persuadió de que le dispensara de ello; su sitio no estaba en semejante ceremonia.

El lugar era una garganta entre dos acantilados. Allí era donde Artajerjes y luego Sapor habían hecho grabar en la roca las imágenes de su coronación. A algunos pasos de los fundadores, una superficie virgen y lisa estaba preparada para conservar la marca del nuevo soberano, el tercero del linaje sasánida. De una punta a otra del corredor sagrado, el suelo pedregoso estaba cubierto de alfombras, y la pared rocosa, hasta la altura de tres hombres, revestida con colgaduras de seda estampada con los emblemas de la dinastía: sol, fuego, luna, machos cabríos, onagros, perros, leones y jabalíes. En medio, en un lugar donde el desfiladero se ensanchaba haciéndose más luminoso, se había levantado un estrado, cuyos lados formaban una suave pendiente hasta llegar al suelo. Y sobre el estrado, un trono vacío.

Desde ambos lados del desfiladero, avanzaba un cortejo. Uno conducido por Ormuz, a caballo. Su larga cabellera rizada se desbordaba bajo una corona en forma de casco, rematada por una esfera a la que estaban atadas cintas de colores que revoloteaban hacia atrás, el aro que ceñía su barba era ahora de oro y perlas. Le seguían, pero a distancia, los oficiales de su guardia, los príncipes de sangre real, los familiares y los músicos, y después, todos los cortesanos; del otro lado llegaban los magos con Kirdir a la cabeza. Sería él quien, en el espacio de una unción, sustituiría al Altísimo, a Ahura Mazda, para conferir al monarca la dignidad suprema.

Los dos cortejos iban al paso, su lentitud prolongaría la ceremonia. Perfumes, afeites, inciensos, cantinelas. Cantos épicos en el camino del soberano, danzas sagradas al

paso del gran mago. Al final de la procesión, algunos excesos esperados: riñas sin importancia, borracheras... Pompa envuelta en carnaval.

Y todo siguió así hasta el encuentro de los dos caballos que iban a la cabeza sobre el estrado. Hasta un súbito silencio. En la mano derecha, Kirdir sostiene el aro de cintas, símbolo de la realeza divina, y en la izquierda, el cetro. Ormuz toma entonces el aro con la mano izquierda y alarga hacia adelante la derecha con el dedo índice curvado en señal de sumisión a Ahura Mazda; luego, coge el cetro, y ahora le toca a Kirdir, que vuelve a ser un simple mortal, ejecutar el gesto de sumisión en dirección a aquel que, desde ese momento, está investido de la divinidad.

El rey de reyes suelta entonces la brida de su montura y el jefe de los magos salta a tierra, la recoge y hace girar a Ormuz sobre sí mismo entre las aclamaciones de los súbditos. Luego, el soberano va a sentarse en el trono. Kirdir le ofrece con gran solemnidad un vaso de oro que el monarca se lleva a los labios. Es el último gesto de la ceremonia pública. Los dos cortejos se retiran, esta vez apresuradamente, y el lugar se queda desierto. El monarca está solo. Solo con su vaso y con un único compañero, un viejo esclavo sordo provisto de un espantamoscas. Frente al soberano, a su alrededor, y pronto dentro de él, los antepasados y las divinidades.

Y es que el vaso contiene la bebida de los dioses, el *haoma*, preparado la víspera por Kirdir y sus ayudantes según un ritual milenario. Las ramas de la planta *haoma* han sido purificadas, reducidas a polvo en un mortero bendito y luego mezcladas con leche y con unas hierbas, cuyo secreto sólo poseen y se transmiten los magos de rango superior. Un brebaje sagrado de la India antigua y de Persia que hace que el ser divino que lo beba, entre en el éxtasis místico por el cual se unirá a las divinidades.

Bajo el efecto del *haoma*, el soberano sufre convulsiones, pero se supone que ningún mortal va a interrumpir esos excesos milagrosos. El soberano se abandona al delirio, pero se supone que ningún mortal oye lo que grita o balbucea; los creyentes dicen que mantiene una conversación sibilina con sus antepasados.

El rey de reyes ha entregado el alma en el ejercicio de su divinidad, bajo la mirada impasible y benévola del viejo servidor sordo.

Aquella noche, cuando el pueblo y los dignatarios se embriagaban aún a la salud del divino Ormuz, los tres jefes de las castas, reunidos en cónclave, designaron un nuevo rey de reyes: Bahram. Aquel a quien los magos preferían.

¿Quién podría equivocarse sobre la identidad de los envenenadores? ¿Pero quién, también, podría castigarlos o aportar la prueba de su culpabilidad? Se decretó que el soberano no había podido soportar la bebida de los dioses, quizá porque no era digno de beberla o quizá el ángel del *haoma* no había aceptado su coronación. La evidencia del crimen proporcionó, incluso, un argumento a los asesinos: si Kirdir hubiera querido matar, ¿habría actuado con sus propias manos y ante todo el país reunido?

Seis

Si a Ormuz lo asesinaron, fue porque su subida al trono les parecía a los magos y a los guerreros como un prelude al triunfo de Mani. Pero este último nunca había querido creer en semejante milagro. Cuando Denagh se mostraba ebria de esperanza y de felicidad, él se esforzaba en hacerle comprender que la perversidad del mundo no se dejaría aniquilar así y le hablaba de sufrimiento, de paciencia y de pruebas. Los largos años pasados cerca de Sapor le habían enseñado a precaverse contra todas las ilusiones. ¿Para qué había servido la prometedor aliianza con el gran sasánida, puesto que el Mensajero no había podido impedir las guerras ni las persecuciones, puesto que el soberano más poderoso de su siglo no se había atrevido a desafiar a las castas ni a mantener su promesa de convertirse?

En aquel agitado año, había en Mani mucha amargura, y también cansancio, pero una constante lucidez. El reinado de Ormuz jamás había sido a sus ojos otra cosa que un claro en un cielo tenebroso, y si bien al enterarse de su desaparición se sintió triste, afligido y lleno de rebeldía, quiso impedir que sus allegados se abandonaran a las lamentaciones.

—La gran prueba va a comenzar —les dijo—. Mi deseo es que ninguno de vosotros me acompañe en esta penosa parte del camino que mi cuerpo debe recorrer aún.

Maleo no quería alejarse, pero Mani le pidió firmemente que se llevara a Cloe y a toda su descendencia a vivir a Tiro. Fueron muchos los que volvieron así a su país de origen.

Cuando Bahram, ya coronado, regresó a Ctesifonte, un paje fue a comunicar al Mensajero el edicto que le concernía. «Mani, hijo de Pattig, de la raza de los partos y de la casta de los guerreros, médico de oficio, ha profesado diversas opiniones contrarias a la Religión Verdadera, por lo que a partir de este día será desterrado de las tierras de Mesopotamia, de Armenia, de Pérsida...»

¿Desterrado? ¿Sólo desterrado? Denagh y todos aquellos que habían elegido permanecer junto a Mani fueron a tocarle el hombro y la rodilla y luego se llevaron a los labios sus dedos crédulos. Ellos, que habían pasado días enteros suplicándole que huyera; ellos, que le veían ya asesinado por el monarca fratricida, le habían recuperado.

Y lo más importante era que el hijo de Babel pronunciaba palabras de desafío que les llenaban de alegría. ¿Abandonar Mesopotamia, Armenia y Pérsida? ¿Y por qué sólo esas regiones? —les decía—. ¡Se alejaría del Imperio entero! ¡Había estado demasiado tiempo a la sombra de los sasánidas, malgastando su vida en sus tierras! No había querido ir a Palmira por no irritar a Sapor. A Roma tampoco, y sin embargo, sentía que le llamaban. Ni a Egipto, ni al país de los axumitas. De ahora en adelante no permitiría que las promesas de los reyes se interpusieran en su camino. ¡Partiría! Primero a la India, cuyo suelo prometedor sólo había rozado, y luego al Tíbet, a Turfán, a Kashgaria, a China.

¿Desterrado? Liberado más bien de las ocultas cadenas que lo ataban a un único Imperio, a una dinastía.

Seguido de los más fieles, se puso de nuevo en camino. No como un condenado que huye, sino con el paso de un conquistador. Sólo se detenía a las horas del sueño, y en cada etapa encontraba, como en el pasado, una casa abierta, orgullosa y agradecida por brindarle refugio.

Había tomado la dirección del Oriente, rebasando Kengavar y Ecbatana y se había internado ya por la ruta de las caravanas hacia Abarshahr cuando a mitad de la jornada, durante un alto cerca de un curso de agua, se retiró a meditar y se encontró frente a frente con su «Gemelo».

«Corres y corres —le dijo el Otro—. ¿Es así como piensas escapar de tu hastío?»

—Tengo prisa por descubrir todas esas naciones a las que aún no he llevado mi mensaje. ¿No fuiste tú quien me dijo...?»

«No, Mani, ya es tarde. Tu camino se ha perdido. Tienes que regresar.»

—¿Hacia las regiones de donde acaban de desterrarme?»

«Cruzarás la ciudades donde tu nombre es el más venerado, Kerja, Susa, Gaujai, Jolasar... Por todas partes la gente se congregará a tu paso, miles de hombres y mujeres querrán unirse a tu comitiva, pero tú les dirás solamente: Contempladme, saciaros de mi imagen, ya que no me volveréis a ver bajo esta apariencia.»

* * *

La multitud, la acostumbrada multitud de las despedidas se había congregado al pie de las murallas de Jolasar, a ambos lados de la puerta de Susa. Las ovaciones de la víspera se habían convertido ahora en lágrimas, en dignidad. Pasó el Mensajero, y después su séquito. Una escuadra de caballeros los esperaba desde el alba. El oficial se acercó.

—Tengo orden de conducir a Mani, hijo de Pattig, ante el divino Bahram, rey de reyes.

—¿Dónde está tu señor?»

—En su residencia de verano.

—¿En Beth-Lapat? Precisamente allí se termina mi viaje. ¡Ve a decir a tu señor que Mani está en camino!»

El hijo de Babel había hablado con un tono que no tenía réplica. Dando una palmada en la ijada de su montura, reanudó su marcha sin preocuparse más de su interlocutor. Este último, estupefacto, después de un inútil minuto de vacilación, volvió grupas con sus hombres. Había venido a prender al Mensajero rebelde y se consideraba satisfecho con una promesa de su boca.

Y Mani llegó libre a Beth-Lapat. Libre recorrió las calles bordeadas de fieles, libre llegó hasta la verja del palacio y hasta los aposentos del monarca. Un viejo escriba de la cancillería se había contentado con abrirle paso a través de los vestíbulos custodiados; luego, con voz deferente, le rogó que se sentara mientras iba a advertir al rey de su presencia.

Bahram estaba sentado a la mesa con sus allegados para la comida del crepúsculo. El funcionario se inclinó hasta las losas de mármol.

—Que Su Divinidad me perdone mi intrusión. Mani acaba de llegar.

El primer movimiento del monarca fue apoyarse en el brazo de su asiento para levantarse, pero sus ojos se encontraron con los de Kirdir, su consejero de siempre, y se sentó de nuevo.

—Sé que el señor había expresado el deseo de recibirle. ¿Debo hacerle entrar?

—¿Hacerle entrar? ¿Obligar a desplazarse hasta aquí a un personaje tan célebre? ¡Qué imperdonable falta de juicio! ¡Seré yo en persona quien vaya a verle!

Para el caso en que su almibarado sarcasmo hubiera podido confundir al escriba, añadió:

—¡Que ese hombre espere donde está! Lo veré cuando haya terminado de comer. Y no voy a apresurarme.

Cuando se presentó ante Mani, el monarca había tenido tiempo de comer y de beber demasiado. Con los años había engordado y su paso se había hecho más pesado, sin conferirle, no obstante, la dignidad espontánea de Sapor ni la soltura seductora de Ormuz. Con el brazo izquierdo, rodeaba los hombros de su amante adolescente, la que las crónicas llaman «la reina de los sakas», cuarenta años más joven que él y casada, por su mediación, con su propio nieto. Dos pasos más atrás, se perfilaba la túnica amarilla del jefe de los magos.

—¡No eres bienvenido!

Éstas fueron las primeras palabras de Bahram. Evidentemente, Mani le inspiraba un verdadero espanto que superaba a fuerza de agresividad. El hijo de Babel observó largamente a aquel gordo niño viejo mal amado, tan cruel como digno de compasión, y le respondió sin rabia:

—Algunas personas se han mostrado siempre hostiles hacia mí, sin que yo haya hecho ningún mal.

—Antes de que hablemos del mal que has causado, dime qué bien has hecho a nuestra dinastía. ¡No eres de ninguna utilidad en la guerra ni en la caza! ¡Pretendes ser médico y jamás has curado a nadie!

—Todos saben que he tratado y sanado...

—Mi padre, el divino Sapor, te nombró médico del palacio, pero no conseguiste evitarle las fiebres y los sufrimientos. ¡Y cuando te llamó en su lecho de muerte, no juzgaste oportuno venir!

Así que Sapor había querido verle una última vez y alguien se había interpuesto para impedir que le llegara el mensaje. ¿Quién habría podido cometer tan abyecta felonía, sino Kirdir, Bahram y sus cómplices? Mani sentía que el asco y la rabia le invadían y se obligó a dominarlos. Guardó silencio. El monarca se sintió alentado a proseguir.

—¿Y mi hermano, el divino Ormuz? Tú eras su médico, pretendías ser su amigo, pero cuando se sintió mal, tampoco estabas a su lado porque no habías juzgado útil acompañarle como te lo había pedido. Quizá habrías podido aliviar sus dolores.

Hasta Kirdir se mostró turbado por esa alusión, esa nueva confesión enmascarada, pero Bahram le hizo un guiño confiado. ¿Qué podían temer? Uno era el jefe de los magos, que tenían vara alta en la justicia; el otro era el soberano.

—¡No respondes!

Mani suspiró.

—Otros tienen las respuestas. En su corazón y en sus manos.

No dijo más. Si había que instruir el proceso de los asesinos de Ormuz, no sería ante semejante tribunal. Bahram pareció decepcionado de que Mani se hubiera contentado con una réplica tan alusiva y le lanzó una mirada en la que quiso poner todo el desprecio posible. Luego, se orientó hacia otras quejas.

—Cuando el rey de reyes te llama, jamás estás aquí; pero cuando te prohíbe visitar tal o cual región, te diriges inmediatamente a los lugares de los que acabas de ser desterrado. ¡Curiosa manera de servir a tus señores!

Mani dejó que hablara. Tenía de nuevo en la mente la imagen de Sapor agonizando y murmurando su nombre, mientras a su cabecera, unos seres de sombra simulaban no haber oído. Imagen angustiada, pero también intensamente reconfortante. En ese instante, el hijo de Babel dejó de lamentar los años transcurridos junto al gran sasánida.

Entretanto, Bahram seguía farfullando:

—¡He decidido tu destierro y tú me has desobedecido!

—He obedecido a una voz celeste que me ordenaba efectuar un último periplo.

—¡Una voz celeste! ¡Es lo que pretendes desde siempre! ¿Por qué te tendría que hablar el Cielo? ¿Por qué escogería en este Imperio a un miserable súbdito con la pierna torcida en lugar de dirigirse directamente al rey de reyes?

Desde el principio de la entrevista, a cada pregunta de Bahram, Mani se había reservado algunos segundos de espera antes de contestar. Era su manera de indicar que había querido entregarse a la autoridad terrenal, y no al lamentable personaje que la encarnaba. Pero esta vez esperó más tiempo, con los ojos clavados en los del monarca.

—El Cielo debe de tener sus razones, Él, que conoce a los hombres más allá de sus adornos.

Bahram no reaccionó. De pronto parecía quebrantado, desengañado. Kirdir quiso reanimar su cólera:

—¿Este hombre no intenta decir que es más digno de honor que los divinos miembros de la dinastía?

El monarca no dijo nada. Permanecía ensimismado. El mago se acercó a él y, como inadvertidamente, le dio un golpe en el hombro con el suyo. Mani sonrió. ¡Jamás habría osado nadie actuar de esa manera con Sapor ni con Ormuz! Pero Bahram sacudió la cabeza como si emergiera de una siesta y reanudó su interrogatorio donde lo había dejado.

—Así, sería esa voz la que te habría ordenado que desobedecieras al rey de reyes y que te rebelaras.

—¡Nadie ha blandido jamás la espada de la rebelión en mi nombre!

—Has sembrado el desorden. Has apartado a los guerreros de su deber y a los artesanos de su oficio. Has hecho un llamamiento a las gentes para que desprecien las barreras de las castas y de las razas. Ahora, los comerciantes miran a los ojos a los caballeros. Ya no se escucha a los magos. ¿No es esto una rebelión?

—El divino Sapor no juzgó nefastas mis enseñanzas, puesto que me autorizó a difundirlas, puesto que escribió a los dignatarios de todas las provincias para que me ayudaran. ¿Habría favorecido unas actuaciones contrarias a los intereses del Imperio y de la dinastía?

—Habías acallado su desconfianza.

—¿Durante treinta años? ¿Él, el conquistador, el monarca más temido de su época, se habría dejado engañar durante treinta años y luego, en su lecho de muerte, me habría llamado? En su último soplo de vida y de poder terrenal, ¿habría designado como legítimo sucesor al hijo que era mi amigo y mi protector, como todos sabían, aquel a quien temían mis enemigos? ¿Es mi nombre el que se está intentando mancillar hoy o el de los grandes soberanos?

—¡Ni una palabra más!

Bahram avanzó hacia Mani como para agarrarle, pero recordando su dignidad imperial se contentó con escupir una imprecación inaudible. Para dar tiempo a que el monarca se calmara, Kirdir tomó el relevo para formular una acusación precisa.

—Mani, hijo de Pattig, al abandonar la Religión Verdadera que es la de nuestros antepasados, te has hecho culpable de apostasía. Al profesar ideas innovadoras que han perturbado a los creyentes, te has hecho culpable de herejía. Dos crímenes contra el Cielo.

—Ciertamente, estoy alejado de las opiniones de Kirdir, pero sigo siendo fiel a Zoroastro.

El monarca se serenó bruscamente.

—Lo que acabo de oír me basta. La acusación es clara y la defensa también. Si Mani es encontrado culpable de herejía y de apostasía, su castigo es la muerte. Si es aún fiel a la enseñanza de Zoroastro como él afirma, renuncio a castigarle y me comprometo a perdonarle su desobediencia a mis órdenes. ¿No es esto conforme a nuestra ley?

Kirdir asintió. El hijo de Babel guardó silencio. No comprendía cuál era el trato que le proponían. Por lo demás, el monarca no esperó su consentimiento.

—Juzguémosle.

Luego, fue a sentarse e invitó a Mani a tomar asiento en un diván frente a él. Había alguien a quien comenzaba a divertirle la escena, la joven amante del rey. Se acercó a él pidiéndole que le explicara cómo iban a desarrollarse las cosas.

—El honorable médico de Babel va a exponer sus ideas y si se las juzga leales a la Religión Verdadera, saldrá de aquí libre y gozará de nuestra protección. Mani, te escuchamos.

Pero la adolescente no había comprendido bien.

—Cuando este hombre haya hablado, ¿quién juzgará si es fiel o hereje?

—La única persona que es capaz de resolver en esas materias: el gran mago Kirdir que tenemos la suerte de tener entre nosotros.

Mani tuvo aún el recurso de la risa.

—Antes que someterme a vuestra mascarada, prefiero recibir de vuestras manos una copa de *haoma* con acónito. ¿O era cicuta?

—Esta frase te ha condenado —decretó Kirdir.

—¿Acaso antes de pronunciarla estaba perdonado?

—No —confesó Bahram sin rodeos—. Había jurado por mis antepasados que morirías. Pero tu perfidia te valdrá tener que sufrir.

Siete

Mani fue condenado al suplicio de los hierros. Una pesada cadena sellada alrededor del cuello, otras tres alrededor del busto, tres en cada pierna y tres más en cada brazo, sin ninguna otra violencia, ni sevicia. Tampoco le encerraron en un calabozo, sino que simplemente le dejaron en un patio enlosado, cerca de un puesto de guardia. Su vida iba a agotarse gota a gota bajo aquel peso. Se dio orden de alimentarle para que sobreviviera más tiempo, para que sufriera más tiempo.

Las visitas no le estaban prohibidas. Apenas se conoció la sentencia en los barrios de Beth-Lapat, comenzó el desfile. Allí fueron los discípulos, que se acercaban tanto como los guardias se lo permitían, para lanzar una flor a los pies del Mensajero. Pero sobre todo, acudió una multitud de mirones como en todos los suplicios públicos. Ni uno solo de los habitantes de la ciudad y de los alrededores habría querido perderse el espectáculo que ofrecía el ajusticiado. Venían familias enteras, y si los niños se asustaban, los padres los tranquilizaban con una risa ligera.

Algunos consideraban un deber insultar al condenado o sermonearle, por celo, por animosidad innata, otros por simple escrúpulo de honestidad, ya que no podían decidirse a gozar así de la distracción ofrecida por el rey sin pagarla con una palabra.

El tercer día de la última pasión de Mani los ciudadanos siguieron desfilando hasta la puesta del sol, cuando se cerró el portón de madera de su prisión a cielo abierto. Entonces quedó bajo la vigilancia de dos imberbes soldados que le flanqueaban evitando que sus miradas se cruzaran. De pronto, se tiraron cara al suelo tan violentamente que se despellejaron las palmas de las manos. Ante ellos acababa de aparecer el monarca en persona. Solo.

Con un carraspeo de garganta, les ordenó que se marcharan. Luego, después de algunos pasos vacilantes, fue a sentarse al borde de un friso de piedra cerca de Mani y sus cadenas.

—Quería hablarte, médico de Babel. Hay una cuestión que me intriga desde nuestro encuentro.

Por extraño que pudiera parecer, el tono de Bahram estaba desprovisto de animosidad; era casi amistoso. El prisionero se dignó levantar los ojos.

—Esa voz celeste que te habla, Mani...

Sus palabras denotaban confusión y como una súplica de niño.

—Ya me respondiste el otro día, pero no he saciado mi curiosidad.

Mani le contempló de nuevo, sin miramientos, pero sin destellos de hostilidad. Luego, pacientemente, se puso a contarle los comienzos de su misión, el «Gemelo», el palmeral, la India, hasta el primer encuentro con Sapor. Hablaba con la voz exhausta del que lleva la cruz. El monarca se acercó y se inclinó para oír mejor, y cuando le interrumpió fue con el cuchicheo de un íntimo.

—¿Pero por qué tú, Mani? ¿Por qué el Cielo no habría hablado directamente al divino Sapor?

—¿Cómo habría comprendido la gente que la majestad que emanaba de él venía del Cielo y no de su propio poder terrenal? Mientras que cuando el hombre humilde resplandece, está dando testimonio.

Bahram movió la cabeza con aire sosegado antes de proseguir:

—Me preocupa otra cuestión. ¿Qué has podido decirles a mi padre, a mi hermano Ormuz, a mis tíos y a esa mujer, Denagh, para que sientan por ti tanta veneración? ¿No les habrás revelado algún secreto del universo?

—Han oído de mi boca las verdades que estaban en ellos. Jamás se escucha otra voz que la propia.

Mani había murmurado esta frase con el tono de una confesión y Bahram se inclinó más aún. Tenían casi la misma edad, pero el hijo de Babel seguía siendo muy delgado. Al verlos conversar así, ¿quién habría sospechado que el que buscaba consuelo era el carcelero y que su víctima pudiera replicar con tan poco resentimiento? Aunque lo hiciera sin complacencia y sin ninguna palabra que intentara suscitar la compasión ni la gracia. Se habría dicho que, aquella tarde, el suplicio de Mani no era un tema digno de ser abordado por aquellos dos hombres.

El octavo día, el Mensajero recibió la visita de Zerav, el tañedor de laúd, que había sido durante cuarenta años el músico favorito de Sapor, y antes, de Artajerjes. Era un hombre orgulloso, alto, esbelto, y aunque sus dedos de octogenario estaban ya nudosos, al contacto con las cuerdas recobraban su juventud.

Siempre había apreciado la sabiduría del hijo de Babel y había tenido con él, en otro tiempo, largas y sosegadas discusiones. Su condena le ofendía. A modo de protesta, se había presentado con su laúd. Su entrada fue notable. Caminó directo hacia Mani, le besó

la mano prisionera y luego se sentó cerca de él en el suelo, con las piernas cruzadas, y se puso a tocar un aire lastimero. El silencio se apoderó de la multitud.

Desconcertados por su porte principesco, los jóvenes soldados no habían osado interponerse. Inmediatamente vino en su ayuda un dignatario de la corte, quien también se sintió confuso frente a ese monumento vivo del Imperio. Es inconveniente — balbuceaba—, para un hombre de la fama de Zerav, venir a tocar a un lugar tan vil.

—¿Acaso no estoy en el recinto del palacio? —se asombró el anciano músico.

—Sin duda. ¡Pero es el patio de los suplicios!

—Para mí, este lugar es hoy el más respetable del palacio y el más perfumado.

—¡Aquel que ha tocado para los reyes no puede tocar para un ajusticiado!

Antes de que Zerav respondiera, se oyó la voz jadeante de Mani, pero en modo alguno estaba interviniendo en la discusión. Ni siquiera daba la impresión de haberla oído. Parecía que estaba prosiguiendo con el músico una lejana conversación.

—¿Sabes, Zerav? Al alba del universo todos los seres estaban inmersos en una melodía suprema, el caos de la creación ha hecho que lo olvidemos; pero un laúd en comunión con el alma del artista puede despertar esas armonías originales...

—¡Gratas son a mis oídos las palabras del sabio!

Y olvidando amenazas y argucias, comenzó a tocar de nuevo, ardiente e inspirado, hasta la noche.

Dicen que Bahram estaba aquel día de caza y que, en su ausencia, nadie se atrevió a asumir la responsabilidad de maltratar al venerable músico de los reyes.

Cuando al día siguiente regresó el monarca, unos soldados fueron a casa del tañedor de laúd con el fin de interpelarlo, y descubrieron que, aquella misma noche, se había apagado en la estrecha serenidad de su lecho, como última protesta.

El decimocuarto día los mirones se habían cansado y los fieles eran cada vez más numerosos. Los guardias les prohibieron sentarse, obligándolos a desfilar en silencio; larga vela diurna, durante la cual Mani se mostró agitado. Se adormilaba y luego se despertaba y se movía, intentando estirar sus miembros anquilosados; pero apenas había encontrado una postura, quería volver a la anterior. En un momento dado, creyeron oírle decir:

—Has escrito y no te han leído. Has dicho una cosa y han comprendido otra. Los hombres han querido otra cosa.

Derramaba lágrimas y los fieles se miraron, preguntándose si estaría hablando de ellos.

El decimoséptimo día creyeron el fin inminente y los guardias dejaron a sus discípulos acercarse. Había que formular una pregunta entre todas, pero el corazón de Mani latía en su labio inferior y los fieles renunciaron a hacerle hablar para que no se ahogara aún más.

Como si hubiera oído sus angustias inexpresadas, abrió los ojos para murmurar con tono de seguridad:

—¿Después? Lo que en mí era Tinieblas volverá a las tinieblas, lo que en mí era Luz seguirá siendo Luz.

Todos ansiaban saber más, pero la palabra de Mani era tan vacilante que los discípulos se resignaron.

Sin embargo, por la tarde, poco antes de que se cerraran las puertas, recuperó el vigor bruscamente. Irguió la cabeza y su voz sonó fuerte. ¿O sería la voz del «Gemelo»?

—Cuando cierres los ojos por última vez, volverán a abrirse inmediatamente, sin que tú lo hayas querido. Y tu primer instante será de incredulidad, cualquiera que haya podido ser tu fe. En el más firme de los creyentes subsiste la duda y en el más obcecado de los descreídos habita la esperanza no confesada. Frente al Más Allá, los hombres no hacen más que interpretar papeles, su creencia común está inscrita en la fatiga de sus cuerpos.

Esperaron a que recuperara con dificultad el aliento, pero él prosiguió:

—A continuación viene la prueba.

Alguien a su alrededor había murmurado la palabra «juicio» y Mani se sobresaltó como si le hubieran ofendido.

—¿Qué juicio? ¡Cuando cierras los ojos, la sentencia ha sido ya pronunciada! ¡Por tus propios labios!

Todo su rostro se había animado, así como las palmas de sus manos, sus dedos, su garganta, su busto.

—Pasado el instante de incredulidad, cada uno vuelve a sus pequeños defectos, a sus costumbres, y se opera la selección entre los seres humanos sin necesidad de tribunal. El que ha vivido para la dominación sufrirá porque ya no se le obedece; el que ha vivido en la apariencia, pierde toda apariencia; el que ha vivido para la posesión, ya no posee nada, su mano se cierra en el vacío. Lo que era de él, pertenece desde ese momento a los demás. Vagará para siempre por los lugares donde transcurrió su vida terrenal, como un perro atado a su correa. Un mendigo ignorado allí donde fue amo.

«Los Jardines de Luz pertenecen a aquellos que han vivido con desprendimiento.»

Guardó silencio. Sus ojos se cerraron. Luego, como si prosiguiera su sermón para sí mismo, comenzó de nuevo a mover los labios en un rostro iluminado. De cuando en cuando, un fragmento de frase sin coherencia se escapaba de ellos.

«... el sol no te herirá más los ojos... tú que sabes contemplar la felicidad de los demás... todos los perfumes de la amante... esa mujer no envejecerá... allí encontrarás todos los libros... y los que nadie ha escrito... aprenderás las edades del universo... te irás hacia el Egipto del Más Allá...»

Sus discípulos se inclinaban sobre él para recoger esas frases. Todos codiciaban el instante que él había comenzado a vivir.

El vigésimo día ordenó a sus fieles que partieran. Todos los hombres y todas las mujeres jóvenes, aquellos sobre quienes podía abatirse la persecución.

Se produjo entonces aquel sublime alboroto. Se propaló una consigna sin que nadie supiera jamás qué boca la había susurrado. No fue la del hijo de Babel, ya que él sólo había murmurado: «Alejaos, dispersaos, dejad pasar el torrente de la venganza, más tarde os volveréis a levantar». Pero los adeptos propagaron otra muy diferente: «¡Hay que escribir el nombre de Mani por todas partes!».

Escribir con carbón, con tiza, pero más que eso, grabar. Grabar profundamente, en la madera, en el hierro, en la piedra, las letras corrosivas. En los mojones de las encrucijadas, en las murallas de las ciudades, en todos los edificios del Imperio, las prisiones, los palacios, los cuarteles, en todos los lugares de culto, innumerables manos trazaron, cada una en su lengua, el nombre de Mani. Con fervor, para que nadie lo pudiera borrar.

Así se manifestó la inmensa rabia de la gente de paz. Contra su siglo y contra los milenios venideros; contra las divinidades celosas y las espadas absueltas; contra los cuatro imperios, las cuatro castas, las razas, la sangre; contra los magos avariciosos y los soberanos verdugos.

Contra la muerte. Contra las cadenas. Contra las cadenas de Mani.

* * *

La vigésima sexta mañana acabó el último acto de su pasión. Sus discípulos hablarían pronto de suplicio, de martirio, de crucifixión; Mani habría dicho simplemente «mi destierro».

Sólo le velaban ya unas mujeres de cabellos grises. Sobrecogidas, mudas, abrumadas, inmersas ya en el duelo que se aproximaba. Mani no conseguía ya moverse y respiraba ruidosamente, pero la mirada sobrevivía.

Sus ojos se cruzaron con los de Denagh. Ésta comprendió y fue a murmurar algo al oído de las mujeres, que se incorporaron e intentaron serenarse.

Entre ellas se encontraba una discípula a la que llamaban la hija de Atimar. Con voz dulce, se puso a cantar las palabras aprendidas.

Noble Sol que prodiga el calor

y con el mismo gesto pródigo, la sombra que nos protege.

*Sol que hace madurar los racimos y los cuerpos para la fiesta y
luego se retira para que podamos celebrarla.*

*Sol que cierra los ojos a nuestros excesos, a nuestras locuras de mortales
y que está allí al día siguiente con el mismo talante y la misma generosidad.*

No espera de nosotras gratitud ni sumisión.

*Noble es nuestro Sol cuando sale
y noble cuando se pone...*

La hija de Atimar estaba pronunciando estas palabras cuando Mani cesó de sufrir. Denagh, que era la que estaba más cerca de él, le cerró los ojos. Luego, puso sobre sus labios un último beso de vida. Las otras mujeres la imitaron.

Era el año 584 de los astrónomos de Babel, el cuarto día del mes de Addar para la era cristiana, el dos de marzo del año 274, un lunes.

Desde entonces, la pasión de Mani se confunde con la nuestra.

Epílogo

El monarca se negó a que el cuerpo de Mani fuera entregado a los suyos, por miedo a que su sepultura se convirtiera en un lugar de peregrinación; ordenó también que antes de hacer desaparecer su cadáver, lo embalsamaran y, desnudo para que se le reconociera por su pierna torcida, lo colgaran a la entrada de Beth-Lapat, a fin de aportar a todos la prueba de su muerte.

Pero el lienzo de muralla se convirtió en lugar de peregrinación, gigantesca lápida sepulcral de la que era imposible arrancar la sombra del Mensajero. Y para desafiar a la muerte, los fieles se juraron no llamarle ya de otro modo que «Mani-Hayy», Mani el Vivo, términos que se volvieron inseparables en sus relatos y en sus oraciones, hasta tal punto que los griegos sólo oían una única palabra que transcribieron como «Manichaios». Otros decían «Maniqueas» o también «Maniqueo».

¿Deformaron su nombre?

¡Si no fuera más que eso!

De sus libros, objetos de arte y de fervor, de su fe generosa, de su búsqueda apasionada, de su mensaje de armonía entre los hombres, la naturaleza y la divinidad no queda ya nada.

De su religión de belleza, de su sutil religión del claroscuro sólo hemos conservado estas palabras: «maniqueo», «maniqueísmo», que en nuestras bocas se han convertido en insultos. Y es que todos los inquisidores de Roma y de Persia se aliaron para desfigurar a Mani, para destruirle. ¿En qué era tan peligroso para tener que perseguirle así hasta en nuestra memoria?

«He venido del país de Babel —decía—, para hacer resonar un grito en todo el mundo.»

Su grito se oyó durante mil años. En Egipto se le llamaba «el apóstol de Jesús»; en China le denominaban «el Buda de Luz»; su esperanza florecía al borde de los tres océanos. Pero pronto llegó el odio, el ensañamiento. Los príncipes de este mundo le maldijeron, para ellos se convirtió en «el demonio mentiroso», «el recipiente rebosante de Mal» y, en su furor, también le llamaban «el maníaco»; su voz era «un pérfido encantamiento»; su mensaje, «la innoble superstición», «la pestilente herejía». Luego, las hogueras cumplieron su cometido, consumiendo en un mismo fuego tenebroso sus escritos, sus iconos, a los más perfectos de sus discípulos y a aquellas altivas mujeres que se negaban a escupir sobre su nombre.

Este libro está dedicado a Mani. He querido contar su vida, o lo que aún puede adivinarse de ella después de tantos siglos de mentira y de olvido.